



ARCHIVO

LA REPUBLICA ROJA

ROBERTO W. CHAMBERS



LECTURAS PARA TODOS

SUPLEMENTO DE LA

REVISTA SEMANAL

"Jeromin"

"LECTURAS PARA TODOS"

Suplemento de la REVISTA SEMANAL "Jeromín"

PUBLICABA LAS MAS SELECTAS OBRAS LITERARIAS ESPAÑOLAS Y EXTRANJERAS

Número 13.

junio 1932.

Precio de cada número: 30 céntimos
Tiempo mínimo de suscripción: un año
PAGO ADELANTADO

APARTADO 466
MADRID

PRECIO DE SUSCRIPCION:
España 20 pesetas año
Extranjero 30 — —

Para el público en general la Commune de París en 1871 no fué otra cosa que una revuelta popular de más o menos importancia que cedió ante el empuje de las fuerzas del Gobierno. Ni se da cuenta a ciencia cierta de su importancia ni de su duración.

Dará idea de ambas cosas saber que comenzó el 18 de marzo y terminó con el combate de Menilmontant el 28 de mayo, después de haber sido tomado París a la bayoneta. Su importancia ya encarece el hecho de que un país que sostiene casi al mismo tiempo una guerra tan dura, tan encarnizada como la que había empeñado con Prusia, no la llama insurrección, revuelta, desorden, sino guerra también. "Guerre des Communes de París" se titula el libro que apareció el mismo año, escrito "por un oficial superior del Ejército de Versalles", en el que ha querido ver al general Vinoy, que mandó un Cuerpo de Ejército, porque fué preciso movilizar contra París cuatro Cuerpos de Ejército de primera intención al mando del general Vinoy, que después se aumentó cuando se entregó el mando al general MacMahon, mariscal de Francia.

Tan tremendo movimiento fué la primera manifestación del movimiento socialista internacional; tan marcado está este carácter, que entre los jefes del movimiento, la mayoría eran extranjeros, fueron, dice "el oficial general", el prusiano Jacoby y el ruso Tnatchin los que dieron desde Londres la orden de quemar a París y fueron Delescluze, Doubrovski, Vesimico, Brunel, los que la transmitieron en esta forma: El ciudadano Milliere, a la cabeza de 100 hombres incendiará las casas sospechosas y los monumentos públicos de la orilla izquierda, y seguía nombrando jefes y cuadrillas de 100 hombres para que fueran incendiando por distritos.

El ejército de la Commune era de más de 110.000, como siempre una minoría importante, porque no pasaban de 20.000 los que los manejaban, manejados a su vez por el consejo que recibían órdenes como la de quemar a París de gentes refugiadas en el extranjero.

También es característico el comienzo de la insurrección; no se declara desde el primer momento el fin que se persi-

gue; se disfraza con el velo de un patriotismo insensato. Que los cañones de las luttas de Montmartre no sean entregados al enemigo; luego cuando los guardias movilizados, el pueblo en armas para defender a París de los prusianos, han cometido el primer atentado, han arrojado al Sena, atacado de pies y manos y empujándolo con paños, a un desgraciado agente de Policía cuando han asesinado al general Lecomte y Clemente Thomas, cuando ya la embriaguez de la sangre y el temor del castigo pesa sobre ellos, enloqueciéndolos, se muestra el objeto político y social, cuando ya no es tiempo de retroceder.

Y surgen los monstruos de todas las revoluciones que arrastran hasta los engañados y entusiastas de buena fe, como Rosel, y las profanaciones y las crueldades, como la del pobre soldado crucificado en el fuerte de Tauves; el fusilamiento de los rehenes, entre ellos el Arzobispo de París; las señales rojas, en forma de tridente, en las casas donde había ciudadanos "bons à fusiller".

Y la táctica de siempre: la salida del ejército rojo para atacar Versalles, donde se había retirado el Gobierno de Thiers y donde funcionaba la Asamblea Nacional legalmente constituida, y los gritos de dolor y las proclamas contra los asesinos que fusilaban al pueblo cuando el ejército de Versalles se defiende y los hace retroceder y cuando ante los sufrimientos de la población de París en poder de bandas de asesinos y de incendiarios tienen que atacar. Mendou, Clichy, Couberoie, Mendon, Chatillen, los fuertes de la cintura y ciento sesenta y cuatro barricadas formidables!

Y todo esto delante del enemigo, que ocupaba posiciones delante de París.

La obsesión de la guerra, el amor propio nacional, dolido ante tal espectáculo de ferocidad y de horror; la tristeza profunda de ver a París casi destruido; incendiados las Tullerías, el Palacio del Ayuntamiento y tantos otros, han hecho que la literatura francesa no trate el asunto de la Commune con la amplitud y la persistencia que pudiera esperarse de asunto de tan gran importancia, que emocionó no solamente a Francia entera, sino a todo el mundo.

Los más importantes trabajos son históricos y críticos; la novela figura en la bibliografía de la Commune en muy pequeña parte; los hermanos Víctor y Paul Margueritte han escrito una obra sobre el tema, de modo que contra el documento frío falta la descripción palpitante, la visión directa del hecho, las notas que dan relieve y corporeidad a los personajes.

En cambio, en los países extranjeros, especialmente entre los anglosajones, para cuya ideología resulta inexplicable mucho de lo que ocurrió en París durante la revolución, el comentario fué grande y profundo; pero acaso ninguno da una visión tan directa como la del autor de LA REPUBLICA ROJA.

Roberto Williams Chambers es norteamericano; nació en Brooklyn en 1865. Sus aficiones le llevaron a la pintura, sin darse cuenta de que al mismo tiempo que un excelente pintor había en él un literato profundo, observador y hábil en dar a la impresión una viveza plástica extraordinaria. Cuando llegó a París aún quedaban huellas profundas de la revolución, que le impresionaron grandemente. Estudió París; se documentó no sólo en fuentes oficiales, sino en testigos de los hechos; buscó tenazmente, con paciencia norteamericana, a los que habían conocido y tratado personajes de la revuelta. Y este es su gran acierto, de una trascendencia psicológica importantísima, porque pinta a los jefes, primero, de simples particulares, y luego, al frente de la revuelta, con lo que se ve la influencia que en sus caracteres produjo el mando y el poder.

Ante la oportunidad, el sensacional interés de LA REPUBLICA ROJA, no hemos vacilado en publicarla en dos números, ya que su extensión nos impedía darla en uno sólo, como es costumbre en "Lecturas para todos".

Sólo en contados casos, y siempre en gracias a la importancia de alguna obra, interrumpiremos nuestra costumbre de dar en cada número una novela completa.

LA REPUBLICA ROJA

Por ROBERTO W. CHAMBERS

CAPITULO PRIMERO

El café Cardinal

—¡Los ingleses son unos cochinos!— dijo un joven que se tambaleaba en la puerta del café Cardinal.

A esta observación no respondió nadie. El café estaba lleno. El joven avanzó con paso inseguro hacia el centro del amplio salón buscando sitio donde sentarse. Sus ojos apagados se dirigieron de una mesa a otra, hasta que se fijaron en un grupo de gente reunida junto a una de las ventanas que daban a la rue des Ecoles. Dando traspiés dirigió sus pasos hacia aquel grupo y un momento después, dejaba caer pesadamente la mano en el hombro de una mujer que formaba parte del grupo, la cual lanzó un grito. Un sujeto que estaba sentado junto a ella, se alzó colérico, pero al ver quién era el recién llegado recobró su aire satisfecho.

—Es Isidoro Weser—murmuró.

En seguida se le hizo sitio en torno de la mesa de mármol.

—Siéntate, Isidoro—dijo el individuo que se había levantado—. Parece que tienes las piernas poco seguras.

Weser seguía de pie junto a la mesa tambaleándose y mirando a unos y a otros. Luego, dirigiéndose sucesivamente a cada uno de los tertulios, dijo:

—“Bon jour”, Faustina. “bon jour”, Tribert, “bon jour”, Sarre, “bon jour”,...

—¡Siéntate! ¡siéntate!—exclamó Tribert impacientado.

Weser contestó con una especie de alarido que llamó la atención de todos los que ocupaban el café. Sin duda era lo que el recién llegado deseaba, porque dijo:

—Al entrar no logré que se fijasen en mí. A pesar de haber dicho lo que dije esperando que motivaría algún comen-

tario, no ha habido comentario.

Hizo una pausa fijando su vidriosa mirada en Landes, el cual le contemplaba con curiosidad desde una mesa lejana, por encima del periódico que estaba leyendo, y agregó:

—Eueno, lo repetiré. ¡Los ingleses son unos cochinos!

Landes hizo además de levantarse, tuteó un momento y volvió a sentarse. Esto parecía regocijar a Sarre, el individuo de aire satisfecho.

—Efectivamente, ¡los ingleses son unos cochinos!—exclamó obligando a Weser a sentarse en una silla que tenía al lado.

Todos los que estaban en el café pudieron oír su voz. Algunos se rieron. Landes tiró el periódico y dirigiéndose al grupo de la ventana, replicó mirando fijamente a Sarre:

—Me llamo Philip Landes, y soy americano.

Sarre rechinó los dientes, y ya iba a contestar, cuando exclamó la joven que se sentaba a su lado:

—Todos saben que es usted americano, Monsieur Landes. Nadie trata de ofenderle.

Sarre agitó la mano.

—No haga usted caso. Weser está bebido, ¿verdad, Tribert?

—Lo mismo da; a mí no me gustan los yanquis—dijo Tribert con descaro.

Paget puso cara de susto, Sarre volvió a rechinar los dientes y Georgias, el griego, sonrió burlescamente. Landes permaneció un momento silencioso y al fin repuso:

—Estoy esperando una explicación, Sarre.

—Pues yo—gritó Weser, haciendo esfuerzos para ponerse de pie—, yo le llamo a usted...

—¿Qué me llama usted? ¡Canalla!—interrumpió Landes, friamente.

Tribert obligó a sentarse a Weser y volvió la cara para encontrarse con la rígida mirada de Landes.

En aquel momento se acercó un hombre a la mesa, saludó a todos con la cabeza, y se sentó.

—Buenos días, Raul—gruñó Tribert.

Después de devolver el saludo, el nuevo tertulio, sacó un lente, de un estuche, se los puso y miró a Landes.

—¡Ah!—exclamó—. Es monsieur Landes. ¿Qué sucede?

—Monsieur Landes cree que no somos bastantes corteses—murmuró Sarre.

—Y tal vez quiera darnos una lección—dijo Raul Rigault.

—Si es preciso...—replicó Landes.

Rigault se quedó mirándole.

—Los yanquis no son simpáticos en París—dijo bruscamente.

—Eso los tiene sin cuidado a los americanos—replicó Landes.

Rigault sacó un papel del bolsillo.

—Monsieur Landes—dijo—tengo que hablar con usted.

—Sea lo que sea lo que tenga usted que decirme, Rigault—respondió Philip—no olvide que durante el sitio que acaba de levantarse, los yanquis hemos servido en las ambulancias y que el embajador de nuestro país ha sido el único diplomático extranjero que se ha sostenido en su puesto, en París. Y ante todo, deseo saber qué intenciones les guían a usted, Rigault, y a usted, Sarre, estudiantes ambos del Barrio Latino al insultar a un compañero de estudios, a un miembro de la Asociación de estudiantes.

—El señor tiene razón—dijo un oficial de Artillería, alto y joven, que se sentaba en una mesa contigua.

—¿Qué es esto?—exclamó Rigault.

El militar se puso de pie lentamente, se abrochó el dolman y recogiendo el sable lo enganchó a la cadenilla plateada que pendía del cinturón. Luego se acercó a Landes, y haciendo una inclinación de cabeza, le dijo:

—Yo, señor mío, admiro a los yanquis.

Y después de saludar afectuosamente a Faustina, volvió la espalda y se alejó sin despedirse de los demás.

—Los ojos de Raul Rigault, relampaguearon bajo los cristales de los lentes, y murmuró:

—A ese hay que sangrarle.

Disgustado de aquella escena, Philip dió media vuelta para retirarse también, pero Rigault se levantó de un salto y le cerró el camino. Bajo su crespada y poblada barba se veía una boca pequeña, húmeda, y llena de malicia. Comenzó a hablar lentamente, pero apenas había pronunciado media docena de frases estaba colérico, con las mejillas encendidas por la ira. Sus ojos fulguraban.

—Monsieur Landes—dijo—ha sido usted expulsado de la Asociación de estudiantes y por esta razón... es usted un yanqui. Nosotros no queremos yanquis—agregó levantando la voz—; ni prusianos... ¿Me entiende usted?

Al llegar a este punto su voz era de trueno. Sarre le cogió por un brazo, diciendo:

—Dale la carta, Raul, y déjate de espectáculos.

Raul alargó el papel que tenía en la mano, y Philip lo tomó mecánicamente, mientras que Rigault decía con voz colérica:

—¡El ministro yanqui y los estudiantes yanquis... pagan espías prusianos!

Sin replicar una palabra, Landes se abalanzó sobre él. Tribert sujetó a Rigault contra la pared, derribando casi la mesa que tenían delante, mientras que Monsieur Cardinal, alarmado por el escándalo que se había producido en su establecimiento, sujetó entre sus brazos al americano y empezó a dar voces llamando a la Policía. Landes forcejeaba, pálido de ira, derribando mesas y sillas, pero Monsieur Cardinal le tenía bien sujeto, y además se colgaban de sus brazos Sarre y Pagot.

—Raul Rigault—dijo con voz entrecortada—; miente usted! ¡Suéltame, Monsieur Cardinal! Aquí no le tocaré... ¡Suéltame Sarre, o te estrangulo! No le tocaré, palabra de honor, Monsieur Cardinal... No le tocaré aquí, ni esta noche... ¡Déjeme usted!

Soltáronle como deseaba, y cesó el tumulto en el café al ver que Landes daba unos pasos y se encaraba con Rigault.

—¡En cuanto le encuentre le romperé el bastón en la cabeza, grandísimo embustero! ¡Apártese, Sarre! ¡Y usted también!—añadió dirigiéndose a Tribert que retrocedió sin responder—. En cuanto a ese canalla que llaman ustedes Weser y ese griego que tan valiente se muestra con esa navajilla, que acaba de guardarse en el bolsillo... ¡Qué asco!

Y haciendo un gesto de repugnancia salió a la calle, trémulo de agitación. Después de cruzar el Boulevard St Michel, entró en el restaurant Ferdinand y pidió un cubierto; pero como todavía estaba demasiado alterado para comer, cuando le sirvieron el primer plato, sacó el papel que le había entregado Rigault y lo miró. Llevaba el sello de la Asociación de estudiantes franceses y estaba dirigido a

MONSIEUR PHILIP LANDES
Pintor de Historia

Escuela de Bellas Artes.—París.

En aquel momento entró Ellice acompañado de Inés Falaise, y Landes se puso de pie para recibirla.

—“Bon soir”, Mlle. Inés... ¡Hola Juanito! Siéntense ustedes; no he empezado a comer todavía.

Inés se sentó crugiendo su elegante y vaporosa falda y los dos jóvenes tomaron asiento uno a cada lado.

—¿Hay noticias?—preguntó Ellice—Los periódicos siguen hablando de ese misterioso Comité Central.

—Desde que comenzó el sitio no dejo de oír hablar de ese Comité. ¿Quién lo compone? ¿Para qué sirve?

—Juanito—repuso Landes—voy a decirte todo lo que sé.

Creo recordarás que el mes pasado cuando se estaba arreglando lo de la paz apareció un cartel en todas las paredes... un cartel grande, cuadrado, rojo, de color de sangre.

—Sí que lo recuerdo. Decía que la Guardia nacional había elegido a los “infrascritos” para formar un Comité que interviniese en la situación.

—Eso es, y declaraban que intervenirían en nombre de trescientos mil ciudadanos. No es un detalle pequeño, trescientos mil ciudadanos. Los “infrascritos” eran diez y seis individuos completamente desconocidos, excepción hecha de ese sujeto llamado Assi, que se hizo notar en sus sucesos de Creuzot. Pues bien, este fué el principio del Comité Central. Por el pronto, nadie hizo caso de él y me parece que sigue ahora ocurriendo lo mismo.

—¿Qué es eso, “Mon Dieu?” ¡Política, política y política!—exclamó Inés—. ¿Es así como distraen ustedes a las señoras los yanquis?

—¿Podría usted encontrar algo más divertido, Mademoiselle?—replicó Philip sonriéndose y entregándole la carta que había dejado junto al cubierto. Léelo tú también, Juanito—añadió.

Ellice se inclinó y después de pronunciar un “Pardon”, Inés se puso a leer el papel que el joven acababa de desdoblar. Cuando vió el contenido del escrito se echó hacia atrás y mirando fijamente a Landes exclamó: ¡Diablo! ¿Quién te ha dado eso?

—Me lo acaba de dar Raul Rigault en el café Cardinal.

—Raul Rigault sabe todo lo referente al Comité Central—observó Inés en voz baja.

—O hace que lo sabe; lo mismo da. Después de un corto silencio, Landes agregó.

—¿Te acuerdas, Juanito, cómo celebraron el 24 de febrero en la Plaza de la Bastilla el año pasado? Yo lo presencié todo. Desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde pasaron sin intermisión los batallones de la Guardia Nacional, tocando trompetas y tambores, con sus oficiales a la cabeza. Llevaban coronas de siemprevivas con crespones y cintas rojas y las colocaban alrededor de la estatua de la Libertad en la Plaza de la Bastilla. En los cinco días siguientes hicieron lo mismo hasta ciento cincuenta batallones. Muchas veces un oficial pronunciaba un discurso que empezaba siempre del mismo modo, poco más o menos: “El pueblo de París honrando la memoria de las ilustres víctimas que murieron defendiendo la libertad, defenderá la república hasta la muerte.”

—Esa gente siempre está con músicas y desfiles militares—dijo Ellice.

—Sí—repuso Landes secamente—ayer hubo un desfile de cañones

—Sí, ahora se los ve en lo alto de Montmartre centelleando al sol. Mañana tienes que llevarme a verlos, Juanito. Todo el mundo va.

—Los parisienses juegan con fuego—replicó Landes—. ¿Le parece a usted divertido que una milicia organizada coja del parque de Cours-la-Reine doscientas cincuenta piezas de artillería viejas y las lleve a las alturas de Montmartre paseándolas por la ciudad?

—Eso lo hicieron para evitar que cayeran en manos de los alemanos—dijo Inés—. Thiers se los hubiera dado a Bismark.

Landes no quiso replicar y se sonrió. —De todos modos—dijo Ellice—debe usted confesar Inés que están haciendo mangas y capirotes de la propiedad del gobierno.

—“Pardon”—replicó Mademoiselle Falaise, mostrando dos hileras de dientes preciosos—. Los cañones pertenecen a la Guardia Nacional. Todos los soldados de cada batallón han dado algo para pagarlos y lo mismo han hecho las familias y los amigos de la tropa. Yo di todo lo que llevaba encima: diez francos. Esas piezas de artillería han sido construidas durante el sitio para la Guardia Nacional y se han pagado como digo. ¿No pertenecen al gobierno, ni mucho menos!

Al acabar de hablar Inés movió la cabeza y miró a sus interlocutores con aire resuelto.

—¿Quién dió la orden del traslado?—preguntó Landes, tomando una pera y sonriéndose por la impaciencia que mostraba Inés ante su seriedad.

—El Comité Central—respondió.

—¡Precisamente! ¡Y los parisienses dicen que no existe ese Comité. Mientras tanto Montmartre está abarrotado de artillería, con la que se podría hacer polvo a París. ¿Le parece a usted eso una gracia? Los periódicos ilustrados publican caricaturas acerca del asunto. Si Thiers no está tonto, debe enviar en el término de veinticuatro horas un regimiento de línea a recoger los cañones a la fuerza.

Los tres interlocutores se pusieron de pie y salieron del restaurant. Ya en el boulevard St. Michel estuvieron hablando unos momentos y después se separaron con su “¡Au revoir!” “¡Au demain!” Landes se encaminó a los jardines de Luxemburgo y Ellice acompañó a Mademoiselle Falaise al Folies-St-Antoine, donde la joven desempeñaba un papel del nuevo sainete “Paris patas arribas”, por cuyo trabajo obtenía cincuenta francos semanales y bastantes aplausos.

CAPITULO II

Después de dejar a Ellice y a Inés, Philip echó a andar lentamente por el boulevard St. Michel y luego, después de sentarse en un banco, se quitó el sombrero, mecánicamente, para que le diese el aire, mientras pensaba:

—Este es el primer aire tranquilo que sopla en esta triste ciudad desde que se cerraron sus puertas en otoño y comenzó el sitio.

—Monsieur Philip—murmuró una voz detrás de él.

El joven volvió la cabeza y se puso de pie de un salto.

—¡Faustina!—exclamó—. ¿Qué sucede? ¿Por qué llora usted?

Al pronto la muchacha no pudo hacer sino apoyarse en un árbol y sollozar lentamente. Al cabo de unos instantes, Philip la hizo sentarse y encendiendo un cigarrillo, esperó a que hablase. Sabía que no habría venido a verle sin tener algo que decirle.

La plaza de Médicis estaba mal alumbrada, pasaba poca gente y nadie se fijaba en ellos. Los sollozos de una mujer no eran para llamar la atención en una ciudad donde por espacio de seis meses apenas se había oído otra cosa. Landes fumaba y aguardaba.

Pasado un rato, Faustina dejó de llorar, se irguió en su asiento, secó sus ojos y se arregló el velo. Entonces Landes se inclinó sobre ella diciendo con dulzura:

—¿Qué puedo hacer por usted, Faustina?

—Nada—replicó la joven sonriéndose, pero con los labios trémulos—nada como no pueda usted volver a traer los tiempos pasados, monsieur Philip.

—¡Oh! Crea usted que volverán.

—No—replicó la muchacha—; no volveré a ser feliz. Recuerde usted lo alegres que estábamos aquí, en el Barrio Latino, Francine y Wyeth Vernon, Marieta y Jorge Carriere. Entonces usted, Inés Falaise y yo éramos buenas camaradas y ¡qué felices!—exclamó poniéndole en un brazo la mano enguantada. ¿Se acuerda usted, mi pobre Philip? Ya todo acabó ¿Podría usted volver esta ciudad a su primitivo estado? ¿Podría hacer de nosotros la misma gente que éramos entonces? ¿Podría usted traer a Jorge de los campos de Champigny... y la sonrisa a los labios de Marieta? Si descendiésemos al fondo del Loire encontraríamos a Armando con el rostro cruzado por la hoja de un sable; si fuésemos a la rue du Bac, pasaríamos por el lugar donde una granada mató a Francine... Usted la vió tendida en el arroyo, con su linda chaqueta gris destrozada y llena de barro... Wyeth Vernon iba tan cerca de ella que se le manchó de sangre la manga. El pobre se ponía encarnado cuando ella le llamaba estúpido, porque la seguía a todas partes. Ahora no sabe qué hacer. Todos los días le puede usted encontrar sentado en un banco de los jardines.

—Vamos, Faustina, no sea usted tan trágica—dijo Landes con mucha dulzura—. Y por cierto, no me extraña que crea usted muertas a todas las personas decentes si anda usted con la gente con quien la vi a usted hoy.

—¡Sí! ¿Más por qué me he rebajado hasta hacerme camarada de sujetos como Sarre y Rigault, yo, Faustina Courtois?

—Eso es lo que quisiera saber—replicó Landes.

—Porque son revolucionarios—repuso Faustina—, porque conspiran contra...

—Contra la Gran Duquesa—exclamó Landes.

La joven se contuvo y preguntó con aplomo:

—¿Cree usted que es una farsa, mi pobre Philip?

—Creo que todo lo que dirijan Sarre y Rigault no puede ser más que una farsa, un sainete propio del Palais-Royal. Pero eso no es del caso ahora. Ellos son bajos, pero sus amigos lo son más. ¿Qué puede hacer una criatura como

usted en compañía de un ser como Tribert?

Faustina dejó caer la cabeza.

—Creí poder soportarle porque trabaja por la república, y yo, ¡bien lo sabe Dios!, aborrezco al imperio... a los alemanes y a Thiers. Como no tengo nada que dar, me he dado yo misma.

—Eso ha sido un error—repuso Landes con mucha sequedad.

—¿Un error?—exclamó—. ¿Y cómo lo calificaría usted si supiera que hoy me ha pegado?

Philip permaneció silencioso y al fin, contestó:

—Faustina, eso es caer todavía más bajo.

La joven comenzó a sollozar de nuevo, violentamente.

—¿Cuándo la pegó a usted y por qué la pegó?—preguntó Landes.

—Esta tarde después de... volver a casa.

—Pero ¿por qué?—insistió Landes.

—Porque me puse de parte de usted en el café Cardinal, y por una cosa que le dije anoche.



¿Qué puedo hacer por usted, Faustina?

—¿Qué le dijo usted?

—Les dije...

—¿Les dijo usted a ellos?

—Sí, a Rigault, a Sarre, a Tribert y a todos, que la revolución no podrá prosperar jamás con los crímenes que están planteando. Entonces me dijo que me pegaría si volvía a repetirlo y esta noche me pegó. Si a usted le parece que es un crimen robar al Banco de Francia para adquirir dinero para la revolución, llámeme usted lo que quiera, porque cuando ellos lo dijeron no me opuse. Serán capaces de hacerlo cualquier día; pero cuando se trata de ratillas y de asesinar a hombres ancianos...

—¿Cómo?—exclamó Landes.

—¿Cree usted que se pararán en barras? Fué Tribert quien lo propuso, yo le dije que le aborrecía y entonces... ocurrió lo demás. ¡Me pegó... ese canalla!

—¿Conque quieren asesinar?...?

—Sí; al padre de su amigo de usted, al coronel conde de Brassac.

Landes dió un salto.

—Eso es lo que venía a decirle a usted—agregó la joven humildemente.

—Prosiga usted—repuso Landes con tono áspero.

Faustina, desde aquel momento, habló con voz ahogada por su hondo sufrimiento. Philip recordó después ciertas circunstancias, pero en aquellos instantes sólo le preocupaba lo que su amiga tenía que decirle.

—Prosiga usted, Faustina—repitió.

La interpelada, con voz apagada, y mecánica, pero clara, continuó:

—El coronel conde de Brassac, padre de Víctor de Brassac, amigo de usted, ¿no es así?... El que ganó el premio de Roma y murió hace tres años...

—¿Y qué más?

—El coronel de Brassac mandaba la caballería en Klarbrunnen y fué hecho prisionero. Le dejaron preso bajo palabras de honor en su casa de Chartres, y tres días después llegó a París. ¿Sabe usted todo esto?

—Sí, lo sé. Todos los periódicos publicaron la noticia de su llegada.

—Anoche vino Sarre a vernos al café Cardinal y nos dijo que el conde de Brassac había traído algunas joyas de familia para depositarlas en el Banco de Francia. No quiso explicarnos cómo lo sabía, pero indicó que el conde es muy descuidado en lo tocante a las alhajas y que las lleva en una pequeña bolsita en el bolsillo y que acostumbra a salir solo. Entonces, Tribert dijo que era muy fácil robarle y que aun era mejor matarle para quitarse estorbos.

—¡Avisaré al coronel de Brassac!—dijo Philip, desdeñosamente.

—Eso es lo que yo deseaba. Pero no soy traidora, no.

—La cárcel de Mazas y la guillotina saldrán al encuentro de sus amigos cuando llegue la ocasión, Faustina. ¿No le convendría a usted mientras tanto, librarse de ellos?

—Debo volver a su lado—respondió haciendo un mohín—, para trabajar por la república, sin crímenes y sin Tribert si puedo y con ellos si debo. Querido monsieur Philip, me mira usted de un

Landes la contemplaba intrigado. ¿Qué cambiada estaba! ¿Asociada con criminales? No podía creerlo. Y si realmente lo estaba, ¿por qué los traicionaba? ¿Era por vengarse de la paliza? La joven, que leía los pensamientos de su interlocutor en sus ojos, se puso muy pálida y se levantó.

—No—dijo con suavidad—; está usted equivocado. No es por venganza. Ya le he dicho que es por ser el conde amigo de usted y usted Philip Landes... ¡a quien amo!

Landes, sorprendido dió un paso atrás.

—¿Qué disparate!—exclamó, pero Faustina, sin aguardar su respuesta, se alejaba rápidamente.

Philip se quedó parado viéndola cruzar el boulevard St. Michel, y luego se dirigió a la rue Soufflot. Creía que la joven había dicho la verdad, tanto por la naturaleza de los hechos, como por el motivo de revelarlos. Además, Faustina no mentía nunca. Estaba convencido de que, al menos por entonces, Faustina le amaba, pero ni le sorprendía ni concedía importancia al hecho. Estaba acostumbrado a los caprichos de las muchachas del Barrio Latino, y no las consideraba demasiado serias en general. Nunca se había preocupado por ninguna, como no fuese en el sentido de un buen compañerismo. Faustina había cambiado mucho, perdiendo no poco en el cambio. Seis meses antes era una muchacha del Barrio, educada, lista, encantadora, llena de alegría; nunca sentimental y perfecta compañera de un joven estudiante deseoso solamente de gozar noche y día.

Después de tirar el cigarrillo, Landes lanzó un suspiro y se abrochó el gabán, porque el aire dejaba de ser primaveral y empezaban a levantarse los vientos nocturnos. Con paso ligero penetró en la oficina de Telégrafos del palacio del Senado, donde tomó varias hojas y empezó a redactar un despacho, pero de pronto se detuvo. Cayó en la cuenta de que ignoraba las señas del conde de Brassac. Se le había olvidado preguntárselas, y Faustina se había retirado bruscamente sin decirle si las sabía. El hotel donde había residido antes la familia lo habían vendido al morir Víctor, a cuyo fallecimiento no tardó en seguir el de su madre. El anciano conde y su hija vivían en Chartres al estallar la guerra, y Landes no tenía la menor idea de dónde podrían alojarse ahora. Su mirada se fijó en el militar que estaba trabajando en el aparato telegráfico, y en correcto francés le preguntó la dirección del coronel conde de Brassac, del 13.º regimiento de húsares de Héricourt y ex prisionero de guerra en Klarbrunnen. El telegrafista no abrigó sospechas y le rogó cortesmente que aguardase. En seguida trajo un abultado tomo y repasó las páginas.

—El señor conde de Brassac está en Chartres, a las órdenes del general Vinoy—dijo después de buscar el nombre.

—Pero ha regresado a París recientemente, y creí que podría usted decirme dónde se alojaba—replicó Landes.

El telegrafista, sin responder palabra, hizo funcionar el aparato transmisor, y casi inmediatamente sonó el re-

—He teleografiado al ministerio de la Guerra—dijo el militar—y me responden que el coronel Brassac acaba de separarse del general Vinoy para regresar a su hotel de la rue Faublas, número 13.

Landes se dirigió a las señas indicadas por el telegrafista, y llamó. Salió a abrirle el mismo anciano portero que tenía antes la familia y un criado le condujo por el jardín a la casa.

Cuando el sirviente desapareció para pasar la tarjeta, Landes se puso a contemplar el salón. Na habían cambiado los muebles. Allí seguía el mismo piano donde Juana, la hermana menor de Víctor tocaba los días de fiesta las piezas aprendidas en el convento. Al entrar el coronel, Landes se quedó sorprendido del cambio que se había operado en él. Estaba más viejo, más canoso y más achicado. Su uniforme resplandecía como la caja ricamente decorada de una momia. El militar se acercó a Philip tendiéndole los brazos.

—¡Hola, hijo mío! ¡Sea usted bien venido, monsieur Landes!

Luego se sentaron y hablaron de Víctor, de su premio de Roma, de su primer cuadro, de su muerte y del fallecimiento de su madre.

—Mi mujer murió de una afección al corazón—dijo el coronel.

—Ya lo sé, señor conde—repuso Philip, y permanecieron silenciosos mirándose tristemente.

—¿Y mademoiselle de Brassac?—preguntó Philip pasados unos momentos—. Por fortuna se libró del sitio. Supongo que estará buena.

—Mi hija está bien. Ha venido conmigo a París, pero no se halla en este hotel. Lo vendí hace tiempo y desde entonces, hemos vivido en Chartres, pero el dueño actual, que reside en Londres desde que empezaron los trastornos, puso la casa a mi disposición cuando regresé a París. Yo vengo aquí algunas veces desde el ministerio de la Guerra, porque está cerca, pero esta casa contiene demasiados recuerdos para mi niña. Juana y yo nos alojamos en el Hotel Perret, de la plaza Pigalle y regresaremos a Chartres el 18 de marzo, es decir, pasado mañana. Todos nuestros amigos se han ausentado de París. No ha quedado ninguno a quien pueda confiar a mi hija y no puede estar aquí sola.

Después hablaron de la guerra, de la humillación, del desastre, de la derrota, del sitio y de sus horrores, de la insubordinación de la Guardia Nacional, del traslado de los cañones y de los sucesos que amenazaban.

Durante toda la conversación, Landes no hacía más que pensar cómo diría lo que tenía que decir, y acabó yendo derecho al asunto.

—Señor conde—dijo poniéndose en pie—, hace una hora he oído que corre usted peligro. Unos rufianes han sabido, o creen saber, que lleva usted encima ciertos diamantes valiosos, y han resuelto acecharle para robárselos.

El conde se puso de pie también.

—Pues es cierto—repuso tranquilamente—; he traído un saquito de diamantes para depositarlos en el Banco de Francia. Puede decirse que es todo

de mi muerte. No poseo casi nada más, aparte del castillo, y los castillos viejos no valen gran cosa en estos tiempos—añadió con cierta amargura—. En nuestra casa de Chartres ha habido dos tentativas de robo, lo cual demuestra que alguien sabía que estaban allí y por eso los he traído a París.

—Debe usted considerar que es un gran peligro llevarlos encima.

—No he caído en ello. He estado ya dos veces a ver al marqués de Ploec, que pertenece al Banco de Francia, y no le he encontrado. Esta noche estoy citado con él en el Luxemburgo. Acaso se haga cargo de ellos hoy mismo y los guarde en las cajas de seguridad; si no iré mañana por la mañana a llevarlos al Banco.

—Cuanto más pronto mejor—dijo Landes sin poder reprimir su impaciencia—; pero permíteme que le diga que no es bueno que lleve esas joyas consigo. Ya ve usted que conocen su existencia varios ladrones y asesinos.

—Así parece—replicó secamente el anciano militar—. ¿Quiere usted ver lo que esos señores ladrones codician tanto?

Al decir esto sacó del bolsillo del dolman una bolsita de cuero y dijo sonriéndose:

—Abrala usted.

Al abrirla cayó en la mesa una pequeña cascada de piedras resplandecientes. Las joyas eran grandes y de lustre espléndido. Su vista aumentó la intranquilidad de Landes, y se aventuró a prevenir con más insistencia al coronel.

—Bueno—dijo éste—, confieso que no veo que exista realmente ningún peligro, más por si lo hay, pronto quedará conjurado. Esta noche o mañana a más tardar, estarán a buen recaudo. Permíteme ahora, pero sólo faltan quince minutos para mi cita en el Luxemburgo.

—¿Me permite usted que le acompañe?

—Con mucho gusto. Me agrada mucho ir en su compañía. Aguárdeme un momento, mientras me mudo de uniforme, pero antes permíteme...

Y ofreció a Landes una copa de vino que trajo un criado en una bandeja. Bebieron en silencio y cuando el conde dejó su copa dijo:

—Usted fué amigo de mi hijo.

Luego se retiró para volver en seguida con una guerrera de diario, sin cinturón para el sable. Philip lo notó, pero como hombre educado, no pudo decir nada. Además, suponía que, por lo menos, el coronel llevaría revólver en el bolsillo, y al ver las pocas precauciones que su viejo amigo tomaba, deploró más que nunca su costumbre de no llevar armas.

Cruzaron el patio, atravesaron el portal y se encontraron en la calle. Estaba completamente desierta. Anduvieron en silencio sonando acompasadamente las espuelas del coronel y el bastón de Landes. Un solo mechero de gas alumbraba la rue Faublas, y cuando entraron en el callejón de Lombard no quedó luz ninguna. Las altas y viejas casas estaban cerradas y silenciosas.

—¿Voy demasiado de prisa?—preguntó Philip.

—No, hijo mío—respondió el anciano

no militar, y su voz demostró que estaba sonriéndose—. ¿Cree usted que pertenezco al cuerpo de inválidos?

—¡Ya lo creo que no!—comenzó a decir Philip, pero al llegar a la esquina de la rue des Mauvais-Menages, se detuvo bruscamente.

—¿Qué hay, hijo mío?—preguntó el coronel alargando el cuello.

—Creí que nos seguían—respondió Landes, volviéndose y tratando de atravesar las tinieblas con la vista.

—También me pareció a mí—dijo el coronel.

Permanecieron silenciosos unos instantes sin oír nada más que el ruido de sus pasos y llegaron a la rue de Monsieur le Prince.

—¿Qué oscuro está—murmuró Landes—, y no se mueve nada, ni se siente el menor ruido.

—No se preocupe usted tanto—dijo el coronel riéndose y poniendo una mano en el brazo de Philip.

—Ahora me parece sentir pasos otra vez en la otra acera—agregó Landes. Ambos miraron hacia atrás entre las sombras.

—¿Trae usted revólver?—preguntó el joven.

—No, no lo llevo y lo siento, pero usted...

—Yo nunca lo uso y no sabía que esta noche iba a necesitarlo. Sólo fui a darle a usted la noticia de lo que ocurría y ella bastaba para ponerle en guardia... Pero mi bastón es muy pesado...

—Lo siento—repitió el anciano militar—. He cometido una tontería dejándome el revólver en casa. Pero me parece que después de todo nos hemos engañado. Escuche y verá como no nos sigue nadie.

Ambos se pusieron a escuchar. No se oía nada. En seguida entraron en la calle de Monsieur le Prince. Estaba mejor alumbrada y pasaban algunos transeúntes. Landes lanzó un suspiro de satisfacción al dar vista a la verja de hierro del Luxemburgo.

—¡Gracias a Dios!—se dijo a sí mismo; pero con gran sorpresa suya, el conde siguió en línea recta y entró en los jardines por la puerta de la fuente de María de Médicis. Landes le siguió, no sin protestar.

—“¡Mon Dieu!”—dijo el conde riéndose—. ¿Qué quería usted que hiciera? Este es el camino más corto.

—Pero por aquí se ataja poco más que yendo por la calle, y estos árboles no son buenos en noche tan oscura.

—Eso no reza con ojos tan penetrantes como los de usted y los míos—insistió el coronel, y Philip se quedó algo avergonzado al notar que se sonreía.

Seguieron sin decir una palabra, y juntos cruzaron el camino de césped que separa la fila de arbustos del amplio pilón de la fuente. Allí proyectan su sombra gigantescos sicomoros, y un macizo de arbustos, sin hojas, pero de espesas ramas, sombrea los alrededores del estanque.

—“¡Mon Dieu!”—exclamó el militar quitándose la gorra y pasándose el pañuelo por la frente—. ¿Qué de prisa anda usted, señor yanqui! ¿Tienen todos los jóvenes americanos las piernas tan largas como las suyas?

Landes no respondió. Tenía los ojos fijos en el macizo que se alzaba junto a ellos. Rápido como un relámpago levantó el bastón en el mismo momento que Sarre le tiraba de espaldas.

Cuando recobró el conocimiento y desapareció parcialmente el ruido de sus oídos, oyó muy cerca la voz de Tribert, que decía:

—Echad a ese yanqui al agua. No le registréis; ya le he registrado yo. ¿Qué diablos estás haciendo, Sarre? Deja al conde solo.

Luego lanzó varios juramentos, maldiciendo a Sarre y a Georgias.

—El conde no traía los diamantes—dijo el griego dando una patada al cuerpo de Landes.

—¡Mientes, embustero! Ya te he dicho que los he oído caer al agua.

—Regístrale la ropa más detenidamente—indicó Sarre con tono de ansiedad.

—La bolsa ha caído al agua; lo he oído yo. Ya te dije que no le arrimases al borde. Si no viene Pagot con la luz nos vamos a quedar sin los diamantes, y estamos expuestos a que se nos eche encima todo el Cuerpo de guardia. ¿Oyes, Georgias? Ayúdame a tirar a este cochino yanqui.

—¿Encima de la bolsa de los diamantes?—gruñó Sarre nerviosamente—. Aguárdate a que Pagot traiga luz. ¡Maldito sea! ¿Por qué no se dará prisa?

—¿Pincho a este yanqui? Respira y quiere ponerse de pie—dijo Georgias.

—Sí—murmuró Tribert—dale detrás de la oreja... ¿Estás ahí, Pagot?

—¿Quién vive?

—Amigos—balbuceó Georgias.

—¡Alto!—dijo una voz que sobresalía entre el ruido de arreos militares y de pisadas de caballos.

—¡La caballería!—murmuró Tribert—. Está entre los árboles. Dale al americano... ¡Pronto!... ¿Por qué tiembles, idiota, tonto?... Dame el cuchillo. ¡Dámelo!

—Avancen tres pasos los amigos de Francia—ordenó la voz de antes.

Tribert cogió el cuchillo, y en el mismo instante quedó su rostro envuelto en la luz de una linterna.

—¡Al asesino! ¡al asesino!—gritó el centinela de caballería—y en el acto resonaron en el bosque toques de trompetas y ruido de armas.

—¡Socorro!—gritó débilmente Landes, cayendo desvanecido.

—¡Cochino!—rugió Tribert hundiéndole el cuchillo en la garganta—. ¡Toma el socorro!

Cuando Philip volvió a recobrar el conocimiento vio moverse en torno suyo luces y altas figuras que en apariencia recorrían los alrededores sin rumbo fijo. Después de un poco se le despejó algo la imaginación y empezó a recordar. Sintióse acometido de un repentino temor, quiso incorporarse apoyándose en un codo.

—¡El conde!—dijo débilmente—. ¿Dónde está el conde Brassac?

Las figuras que antes se movían parecían que se habían quedado petrificadas. Una de ellas se acercó con una luz,

y Landes se vió echado en una camilla militar cubierta de mantas de la tropa. Hallábase rodeado de soldados en un gran salón gris. Sus movimientos y la luz le hacían daño en los ojos y le dolía la cabeza como si fuera a estallar.

Acercóse un oficial de blanco cabello y otro militar, un médico, le arregló un vendaje que le cubría la garganta, y al mismo tiempo que le aplicaba algo frío en los ojos y en la frente.

—¿Puede usted hablar?—preguntó el oficial.

—Sí—respondió Landes; pero su propia voz le retumbaba en la cabeza y le molestaba mucho.

—¿Recuerda usted cómo le atacaron?

—Iba con el conde de Brassac. Se detuvo un momento en la fuente para descansar. Se estaba riendo porque yo andaba muy de prisa. Entonces..., entonces no recuerdo... ¡Ah, sí! Asomé algo en el macizo..., la cara de un ladrón..., Tribert. Le pegué con el bastón..., y entonces... entonces... No sé qué pasó.

El dolor que sentía era tan grande, que tuvo que detenerse y aguardar a que se le aplacase un poco.

—¿Cómo se llama el individuo que vió usted en el macizo?

—Tribert.

—¿Dónde vive?

—No lo sé. Le vi en el café Cardinal. Estaba con otros..., con otros ladrones. Los oí hablar cuando estaba en el suelo.

—¿Quiénes son los otros?

—Georgias, el griego; Andrés Serre, estudiante de Medicina; y un hombre que ellos llaman Pagot.

—¿Quién es usted?

Philip Landes, ciudadano de los Estados Unidos, residente en la calle de Notre Dame, número 70, alumno de pintura en la Escuela de Bellas Artes.

El dolor le obligó otra vez a suspender su declaración.

—Haga usted un esfuerzo más—dijo el oficial—. ¿Hay peligro?—preguntó al médico.

—No; no está herido de gravedad. No hay fractura y el cuchillo sólo ha rozado la piel de la garganta, pero el dolor le trastorna.

—Pruebe usted, monsieur Landes, pruebe usted a hablar, a ver si puede decirme todo lo que sabe acerca del asunto.

Philip hizo un esfuerzo desesperado para concentrar la imaginación, y lo consiguió. Según fué despejándose el cerebro, comprendió que debía hablar con prudencia para no comprometer a Faustina, cosa que estaba resuelto a evitar a ser posible. Así, pues, cuando contó su historia con débil voz no mencionó para nada a la joven.

Dijo en sustancia que no podía engañarse en lo tocante a los ladrones, porque los había visto aquella tarde en el café Cardinal y le habían insultado por ser yanqui. Sus voces eran inequívocas. Después de comer había ido a ver al conde de Brassac, que hacía tres días había regresado a París. El conde vivía en su antiguo hotel de la rue Faublas. Allí le había encontrado Philip, y durante la visita le había enseñado una

bolsita con diamantes que traía a París para depositarlos en el Banco de Francia. Luego habían salido juntos, porque el conde iba a ver al marqués de Ploeuic.

—Me pareció que llevaba los diamantes con demasiado descuido—añadió Landes—, y al saber que iba al Luxemburgo completamente solo, le pedí permiso para acompañarle.

A continuación refirió lo demás, y por último formuló la pregunta, cuya contestación tanto temía.

—¿Y el conde de Brassac?

—El señor conde está gravemente herido.

—¿Ha muerto quizás?

—Sí, murió a consecuencia de una puñalada.

—Se la infirió Georgias—dijo Landes con voz apagada, y volvió a desmayarse.

El médico no quiso que se le preguntase más, y le administró una dosis de morfina que le hizo dormir profundamente hasta el próximo día. Se despertó ya de noche y tomó mecánicamente un poco de sopa. A la mañana siguiente, después de un sueño tranquilo abrió los ojos y se encontró con el oficial canoso a la cabecera de la cama.

—¿Está usted mejor?—le preguntó.

Philip se incorporó. Sentía laxitud y entumecimiento en los músculos y estaba como atontado, pero respondió:

—Ya me encuentro bien. Voy a levantarme.

—Cuando usted guste, pero antes tengo que hablarle un momento, si me lo permite.

El oficial sacó unos papeles del bolsillo diciendo:

—Estos son los papeles que llevaba usted consigo hace dos noches. Uno es una carta notificándole su expulsión de la Liga de estudiantes por ser yanqui. Está firmada por Raul Rigault y refrendada por Andrés Sarre. Este es el telegrama que redactó usted, para el conde de Brassac, aquella misma noche y que no llegó a enviarse. El telegrafista que se hallaba de guardia se acuerda de usted y confirma su relato.

Después de una pausa, el militar prosiguió:

—El conde de Brassac falleció a las once y media la misma noche del atentado. Antes de morir recobró el conocimiento y mandó llamar a su hija, con la cual pudo hablar.

—¿Pobre Juanita!—exclamó Philip acordándose de la desolada joven, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

El oficial prosiguió con tono bondadoso:

—Tenemos ansiedad por saber de las joyas. Fueron encontradas en el estanco y debieron entregárselas inmediatamente al marqués de Ploeuic; mas por alguna mala inteligencia se dejaron en manos de la doncella de Mlle. de Brassac, y ella las tiene en sus habitaciones del Hotel Perret.

—¿Eso es muy expuesto! ¿Sabe Dios lo que puede sucederle a esa señorita si los ladrones llegan a saber que las tiene en su poder!

—Ese es nuestro temor, aunque hemos puesto a un ordenanza de guardia a las órdenes de Mlle. de Brassac,

pero en cuanto usted esté en disposición de salir, creo que puede ser muy útil. Antes de morir, el conde la habló de usted.

—¿Han cogido a los asesinos?—preguntó Landes.

—No, y será fácil cazarlos. Escuche usted, M. Landes. Son el alma de una extensa conspiración. En ella hay algo más que ese asesinato. Hemos descubierto un complot cuyas ramificaciones han de producir honda ansiedad. El Gobierno ha recibido noticias, y la policía está trabajando secretamente. A los periódicos se les ha prohibido hablar del asesinato y han dicho que el conde falleció de una apoplejía. Le enterraron ayer en Montrouge, y a ser posible Mlle. de Brassac saldrá hoy para Chartres.

—¿A cuántos estamos?

—A 18.

—¿Entonces he estado malo dos noches y un día?

—Eso es.

Landes se echó al suelo sin más ceremonia, y cuando se hubo vestido estrechó la mano del médico, el cual le dió por curado, aconsejándole que se mantuviese sereno y evitase toda excitación, porque—añadió riéndose—, si no le partían la cabeza andarían muy cerca de ello.

En aquel momento entró un ordenanza y entregó un papel al oficial canoso.

—¿Cómo se ha venido usted del Hotel Perret?—preguntó el militar al soldado.

—La señorita insistió, mi capitán.

El capitán se encogió de hombros y se volvió bruscamente hacia Landes.

—La señorita está completamente sola con su doncella en el Hotel Perret. Me manda una carta preguntándome si mister Philip se encuentra mejor y si podrá ir a verla antes de salir para Chartres, pues de lo contrario vendrá ella aquí con su doncella. Desea darle a usted las gracias por encargo de su padre. Bien podía haber buscado otro mandadero y no enviar al ordenanza que estaba allí para protegerla. Tal vez no haya tiempo que perder, mister Philip.

—¿Tiene usted la bondad de mandar por un coche?—dijo el yanqui.

Mientras lo aguardaba con el sombrero y el bastón en la mano, y después de haber cambiado los cumplidos de rigor, el capitán le dijo secamente:

—Esta mañana han ido las tropas a recoger los cañones que se habían llevado a Montmartre.

—¿Ya era hora!—exclamó Landes.

—¿Sí, ya era hora, y ¿sabe usted cómo se ha convencido M. Thiers de ello? Según dicen, la causa de esta determinación han sido las revelaciones que han llegado a sus oídos con motivo del asesinato del conde de Brassac.

—¿Alarma a M. Thiers esa conspiración que decía usted?

—Ojalá le alarme—respondió el capitán mirando al médico.

En el mismo instante entró un dragón anunciando el coche. Landes estrechó nuevamente la mano a los militares y bajó corriendo al coche. Al montar dijo al cochero:

—Hotel Perret, Plaza Pigalle. Corra usted.

CAPITULO III

Intermedio histórico

París llevaba varias semanas cantando el "couplet" de Rochefort, que decía así:

"C'est Adolphe Thiers qu'on me nomme,
Sacré nom d'un petit bonhomme!"

Montmartre era evidentemente un foco de conspiraciones. Ciento cincuenta mil guardias nacionales y trescientas mil mujeres y niños apoyaban al Comité Central que se cernía como una nube de tormenta en la colina llena de cañones. Atraídos por el desorden, los peores elementos, la verdadera hez y escoria de París, se congregaban en Montmartre para unirse a la revuelta. Movilizados, franco-tiradores, soldados de línea desertores, todos venían pidiendo el uniforme de la Guardia Nacional y los cinco francos diarios. Era un misterio de dónde procedía el dinero. Algunos hablaban de Bismarck, y otros citaban a cierto inglés que habían repartido entre las hordas veinte mil francos en moneda francesa.

La lluvia caía a torrentes, y las famosas piezas de siete y las ametralladoras comenzaban a oxidarse. Para divertir a la Guardia, el Comité Central ordenó que se izase la bandera roja en Buttes Chaumont y que se arriase la tricolor. París miraba y monsieur Thiers estaba como galvanizado.

La gente hacía cálculos acerca de lo que vendría después.

—Es fácil—murmuraban—aplantar a esos insurrectos. Un regimiento de línea y otro de caballería que recuperen los cañones, conseguirían lo que no logrará el Gobierno con bandos y manifiestos.

Thiers creía que al primer redoble de tambor toda la población leal de París se pondría sobre las armas y dió órdenes. A cosa de las dos de la madrugada redoblaron los tambores en casi todas las calles de la capital. Era el "rappel" la llamada a las armas... Ningún batallón se levantó. A las tres se repitió el toque de alarma. París siguió durmiendo. A las cinco, al amanecer, sonó el tercero y último redoble por las calles y las cornetas sonaron en las plazas.

Thiers, con la nariz pegada al cristal de un balcón del Ministerio de Estado, vió entrar galopando a los ayudantes de campo.

—¿Qué hay?—preguntó cuando subieron a su despacho.

—Apenas han respondido doscientos guardias nacionales.

La avenida Malakoff y la plaza de la Estrella se llenaron de repente de sombrías legiones en marcha. A la misma hora salían del Parque de Boulogne grandes masas de hombres silenciosos y recorrían la avenida en dirección de los Campos Eliseos. En el Palacio de la Industria apareció la caballería seguida del ruido sordo de los cañones. Era

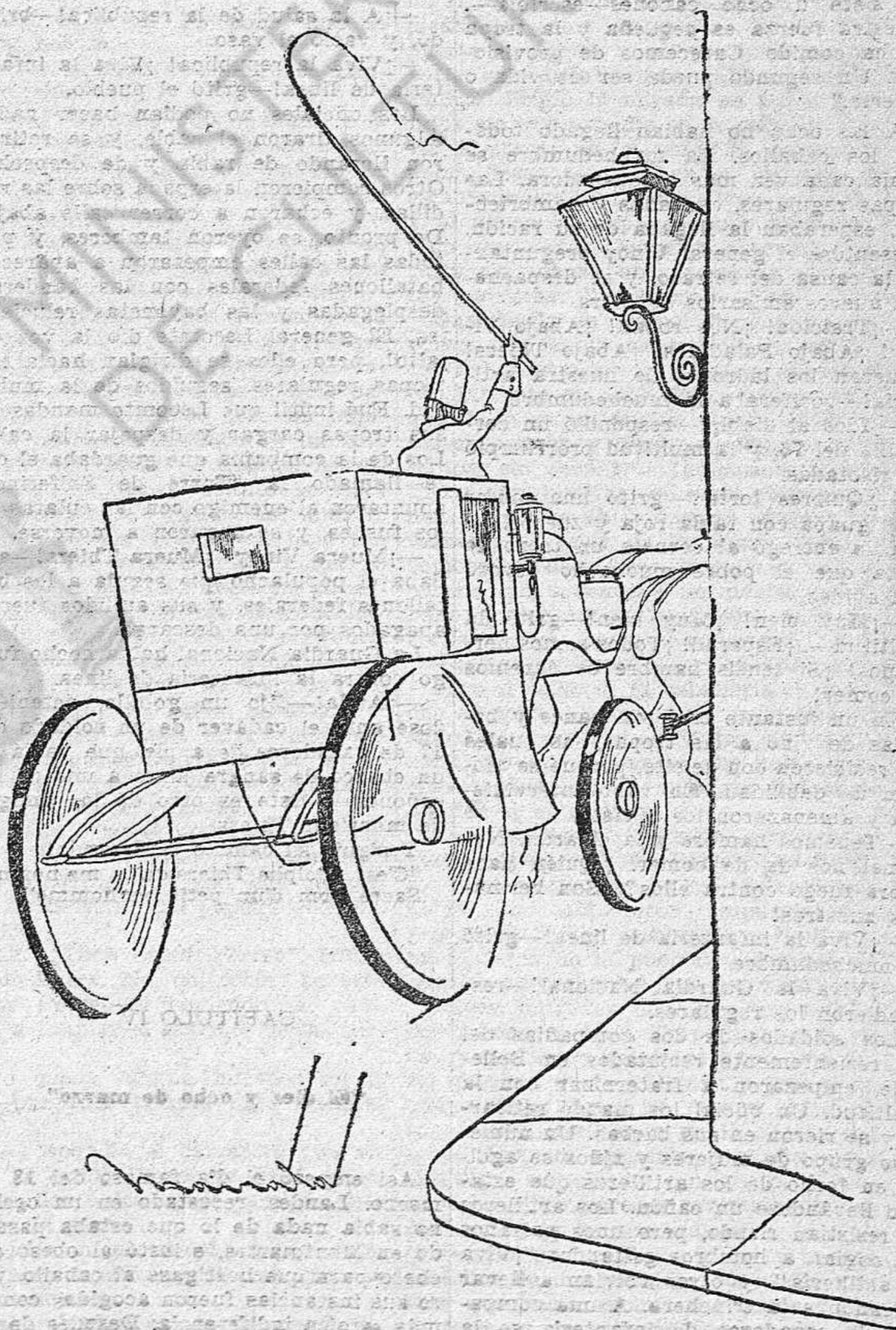
la brigada del general Lecomte, a las órdenes de Thiers, que iba a capturar los cañones de las alturas de Montmartre.

Las tropas marchaban en silencio por la desierta avenida, alumbrada solamente por las estrellas, atravesando luego la plaza de la Concordia y siguiendo la calle de la Paix, donde se dividiría en destacamentos para tomar las empinadas callejuelas que conducen a la colina de Montmartre. La caballería hizo alto en la plaza Pigallé junto a la fuente. El 76 de línea ocupó la calle Houdon y la calle l'Abbaye. Emplazóse una ametralladora para barrer la calle de los Mártires. El general Lecomte envió un destacamento de policía a tomar la importantísima posición del Moulin de la Galette, que estaba defendida con cañones. La policía, arrastrándose

entre las tinieblas, se acercó armada de sables y fusiles.

—¿Quién vive?—gritó el centinela revolucionario.

Por toda contestación recibió una bala que le derribó. El cuerpo de guardia se puso a la defensiva, pero todos sus hombres fueron cogidos y desarmados. La guardia que había en el número 6 de la rue des Rosiers fué apresada durmiendo en sus puestos, y las tropas y la policía cargaron sobre los cañones. A las cinco de la mañana, el general Lecomte envió una comunicación al general d'Aurelle de Paladines, diciéndole que los cañones estaban cogidos y que los zapadores demolian los atrinchamientos. Para bajar la artillería le pedía el envío de caballos. De Paladines vino en persona a enterarse de lo que deseaba el general Lecomte, porque



—¡Hotel Perret!—exclamó Landes—. ¡Corra usted!

Thiers no le había dado órdenes acerca de los caballos.

—¡Dios mío!—exclamó el general Lecomte—. ¿Se le ha olvidado enviar caballos?

D'Aurelle de Paladines mandó a sus tropas bajar los cañones a mano, y los soldados comenzaron a arrastrar una pieza de 7 por la resbaladiza y enlodada calle hasta la base de la colina. Una gran multitud de hombres, mujeres y chicos se había reunido para ver a los soldados, y de todas las casas salían guardias nacionales empujando el fusil y gritando:

—¡Thiers nos ha hecho traición! ¡Esto es un golpe de Estado! ¡Lecomte nos está robando nuestros cañones!

De Paladines despachó mensajero tras mensajero suplicando a Thiers el envío de caballos y arneses. "Van a estar mis hombres trabajando todo el día y no van a poder bajar a mano más de siete u ocho cañones—escribía—. Nuestra fuerza es pequeña y la tropa no ha comido. Carecemos de provisiones. Un segundo puede ser de vida o muerte."

A las ocho no habían llegado todavía los caballos. La muchedumbre se ponía cada vez más amenazadora. Las tropas regulares, cansadas y hambrientas, esperaban la llegada de su ración. Presentóse el general Vinoy preguntando la causa del retraso, y se despacharon nuevos emisarios a Thiers.

—¡Traición! ¡Nos roban! ¡Abajo Vinoy! ¡Abajo Paladines! ¡Abajo Thiers! ¡Mueran los ladrones de nuestra artillería!—vociferaba la muchedumbre.

—¡Idos al diablo!—respondió un cornetilla del 76, y la multitud prorrumpió en risotadas.

—¿Quieres torta?—gritó una mujer muy guapa con falda roja y zuecos.

Y la entregó al corneta un trozo de torta que el pobre muchacho devoró con avidez.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!—gritó la multitud—. ¡Esperad! ¡Todos somos hermanos! ¡Si tenéis hambre os daremos de comer!

En un instante trajeron panes y botellas de vino a las tropas, las cuales los recibieron con deleite, porque se morían de debilidad. En vano intervinieron y amenazaron los oficiales.

—Tenemos hambre y la Guardia Nacional nos da de comer. ¿Quién hace ahora fuego contra ellos? ¡Son hermanos nuestros!

—¡Viva la infantería de línea!—gritó la muchedumbre.

—¡Viva la Guardia Nacional!—respondieron los regulares.

Los soldados de dos compañías del 76, recientemente reclutados en Belleville, empezaron a fraternizar con la multitud. Un oficial los mandó retirarse y se rieron en sus barbas. Un numeroso grupo de mujeres y niños se agolpó en torno de los artilleros que estaban llevándose un cañón. Los artilleros se resistían riendo, pero unos paisanos los cogían a hombros gritando: "¡Viva la artillería!" y otros volvían a llevar el cañón a la trinchera. A una compañía de cazadores de infantería se le mandó hacer fuego contra la Guardia Nacional, y los fusiles fueron levanta-

dos, pero las mujeres corrieron a cubrir con sus cuerpos a sus maridos y a sus hermanos.

—¡Fuego!—gritó el capitán.

Ni un disparo le respondió. A otras tropas se las ordenó que despejasen la multitud cada vez mayor; se negaron. Los oficiales amenazaron a los soldados con los sables y los revólvers, pero permanecieron inactivos.

—La Guardia Nacional nos ha dado de comer y no vamos a hacer fuego sobre las mujeres—replicaban.

—¡Eh, tú! ¡El del bigote castaño!—gritó a un soldado una linda muchacha de la multitud—. ¿Quieres quedarte con nosotros?

—¿Me daréis algo de comer?—replicó el soldado con seriedad.

—Sí, hombre; te daremos de comer y de beber.

El militar aceptó un poco de pan y un vaso de vino.

—¡A la salud de la república!—brindó, y vació el vaso.

—¡Viva la república! ¡Viva la infantería de línea!—gritó el pueblo.

Los oficiales no podían hacer nada. Algunos tiraron el sable, y se retiraron llorando de rabia y de despecho. Otros rompieron la espada sobre las rodillas, y echaron a correr calle abajo. De pronto, se oyeron tambores, y por todas las calles empezaron a aparecer batallones federales con las banderas desplegadas y las bayonetas relucientes. El general Lecomte dió la voz de ¡alto!, pero ellos se dirigían hacia las tropas regulares, seguidos de la multitud. Fué inútil que Lecomte mandase a sus tropas cargar y despejar la calle. Los de la compañía que guardaba el café llamado la "Torre de Solferino", apuntaron al enemigo con las culatas de los fusiles, y se negaron a moverse.

—¡Muera Vinoy! ¡Muera Thiers!—aullaba el populacho que seguía a los batallones federales, y sus aullidos fueron apagados por una descarga.

La Guardia Nacional había hecho fuego contra la infantería de línea.

—¡Anda!—dijo un golfillo, deteniéndose ante el cadáver de un soldado del 17 de cazadores de a pie, que yacía en un charco de sangre junto a uno de los cañones—. Este es otro de los amigos de monsieur Thiers.

Y siguió su camino tarareando:

"C'est Adolphe Thiers qu'on me nomme, Sacré nom d'un petit bonhomme".

CAPITULO IV

"El diez y ocho de marzo"

Así empezó el día famoso del 18 de marzo. Landes, recostado en un coche, no sabía nada de lo que estaba pasando en Montmartre, e instó al obeso cochero para que hostigase al caballo, pero sus instancias fueron acogidas con la más estoica indiferencia. Después de un poco, el auriga volvió la cabeza, y con mirada extraviada, puso al cielo por

testigo de que hacía lo que podía. Esto rompió el hielo, y Landes, sin más ceremonia, se sentó a su lado en el pescante, diciendo:

—Aquí se va mejor.

—¿No sabe usted—repuso el cochero horrorizado—que esto es contra las ordenanzas?

—No digo que no—replicó el joven encendiendo un cigarrillo y alargando otro al cochero.

—¡Y no lo niega!—exclamó el auriga levantando los brazos en alto.

Inmediatamente bajó las manos, aceptó el pitillo, y dijo confidencialmente:

—El señor debe ser estudiante del Barrio.

—Sí, eso es lo que debe ser el señor.

—A los estudiantes les está permitido todo.

—Cállese y mire adónde guía—dijo el yanqui en tono amistoso.

Por un pelo no acababan de atropellar a un joven, que se quedó parado maldiciéndolos. Era Weser, pero Landes no le conoció bajo el uniforme de guardia nacional.

El cochero no quiso desperdiciar la ocasión para demostrar su ingenio, y sin responder palabra puso las riendas en manos del yanqui. Landes las tomó y restalló la fusta en las orejas del caballo.

—¡Fuera bromas!—exclamó—. ¡Vamos andando!

El cochero vociferaba inútilmente pidiendo auxilio y hasta se dirigió a un soldado que pasaba, gritando:

—¡Socorro! ¡Guardias!

Pero el soldado y los transeúntes no hacían sino reírse. A toda velocidad cruzaron el Pont-au-Change y pasaron el Louvre, donde Landes, cansado ya de la broma, devolvió la fusta y las riendas al cochero, formulando amenazas para el futuro, si no arreaba más de prisa. En la plaza del Carrousel, ante el pabellón de Rohan, estaba descansando un batallón de línea, pero dejó pasar el coche sin dificultad.

—El señor es muy divertido—dijo el cochero, ya tranquilizado—. ¡Pero yo también lo soy!

Su voz quedó apagada por el estampido de un fusil, y el auriga cayó desde el pescante al suelo. El caballo retrocedió temblando y luego echó a correr a toda velocidad. Landes cogió las riendas caídas para contenerle. Entonces oyó voces, y al echar una mirada a los transeúntes, que marchaban en todas direcciones, volvió a oír otro disparo y vió a Pagot con uniforme de guardia nacional, que acababa de quitarse el fusil de la cara.

Antes que tuviera tiempo de recapacitar, se hallaba bastante lejos, porque el caballo, medio desbocado, corría hacia la rue Blanche. Un policía se atravesó en la calle para detener al caballo; pero casi fué arrollado y tuvo que retirarse. Luego se precipitó sobre un cordón de tropas, las cuales comenzaron a dar voces, y opusieron las bayonetas; pero el caballo rompió las filas de soldados y fué a estrellarse contra un farol. Landes salió despedido del pescante, yendo a caer bastante lejos, asustado, pero sin ninguna lesión.

—¿Por qué corría tanto?—preguntó

un oficial que se acercó al trémulo yanqui.

—¿Es que cree usted que lo hacía por divertirme?—replicó Philips colérico.

En el mismo instante oyó una carcajada, y al volverse vió un oficial de artillería, de elevada estatura, montado a caballo, que le miraba con gesto regocijado. La risa fué infecciosa, y Philips se levantó riéndose también. Había reconocido en el artillero al militar que se había puesto de su parte en el café Cardinal, cuando la riña con Rigault y Sarre.

—Dispéñeme usted, M. Landes—dijo el oficial gravemente, no me reía de usted, sino de su respuesta.

—No hablemos de eso—respondió Landes, y al ver que las lesiones no pasaban de la rotura de las rodilleras del pantalón, cogió su sombrero y su bastón y miró en torno suyo.

El oficial se apeó mientras tanto, y se le acercó, diciendo:

—Veo con satisfacción que no se ha herido usted. Permitame que le felicite y le ofrezca mis servicios.

—Muchas gracias—repuso Landes—. No sé qué hacer. Debo ir a la rue Blanche para dar parte del asesinato de mi cocher; pero también tengo que hacer en la plaza Pigalle.

El teniente jefe del cordón de Infantería, aguzó el oído.

—¿Asesinato?—preguntó.

Entonces Landes contó lo ocurrido a los dos oficiales.

—Estoy todavía atontado, y, además, ha ocurrido todo en unos segundos—concluyó—. El que disparó llevaba uniforme de la Guardia Nacional, pero le conozco: se llama Tribert.

—¿Dice usted que llevaba uniforme de la Guardia Nacional?

—Sí; con galones de capitán.

—¿Hubo agitación en la calle antes de ocurrir el hecho?

—No noté nada; la gente iba como de costumbre. Y después de una pausa, añadió:

—Observo que por estas calles no hay más que militares.

—¡Acabamos de recuperar los cañones de Montmartre!—dijo el oficial de artillería—. Si va usted a la plaza Pigalle, permitame que le sirva de escolta por si acaso.

—Gracias; pero me parece que no es necesario.

—Ya lo creo que es necesario—repuso el oficial, sonriéndose—. No podrá usted entrar en la plaza como no le acompañe un oficial del Estado Mayor.

—Entonces acepto, agradecido, su bondadoso ofrecimiento.

El teniente y la tropa los rodearon con mucha corrección.

—Mi capitán—dijo el teniente—, yo enviaré cuatro números y un cabo a la rue Blanche, y si está Tribert por esta zona, procuraremos cogerle.

—Me llamo Alain de Carette—dijo el oficial de artillería, volviéndose hacia Landes—. Sé que usted es Philips Landes, porque así lo dijo en el café Cardinal; sólo le pido su palabra de honor de que me citará usted como testigo de cargo contra Tribert, cuando le cojan.

—Tiene usted mi palabra de honor, mi capitán—dijo Landes.

—Basta—respondió, y en seguida entregó la brida del caballo a un soldado, diciéndole:

—Llévalo al ministerio de la Guerra; yo iré a pie.

Sin escuchar las corteses protestas de Landes, le cogió del brazo y comenzaron a subir a lo alto de la colina.

—Rara vez puedo darme el gusto de pasearme—dijo riéndose—. Aquí está la plaza Pigalle.

Delante de la fuente, en el centro de la plaza, había un escuadrón de caballería y en cada esquina tenían puesto un centinela. Se acercaron a un grupo de oficiales y Carette les dijo:

—M. Landes desea hacer una visita en el Hotel Perret.

—No hay nadie—respondió uno de los oficiales—. El último que ha salido ha sido el dueño

Y señalando hacia un café de la esquina, añadió:

—Ahora está ahí. Es aquel que se asoma al balcón.

—¿Y los huéspedes?—preguntó Landes alarmado.

—Cuando llegamos esta mañana a la plaza, se marchaban dos en un coche. ¿Te acuerdas?—preguntó a un militar que había a un lado, y que contestó moviendo la cabeza:

—¿Aquella muchacha tan mona y su doncella? Sí; ya me acuerdo. Iba con ellas M. Perret, el dueño del hotel.

Philips no podía perder tiempo, y con el corazón lleno de ansiedad atravesó corriendo la calle, en dirección del café. El salón estaba casi vacío. Sólo había un joven escribiendo ante un pupitre y un camarero andando de un lado para otro para matar el tiempo. Al entrar Philips, el joven levantó la vista e inmediatamente siguió escribiendo. La luz era escasa y el joven bajó tan rápidamente la cabeza, que Philips no pudo verle, aunque sí notó en su aspecto algo que no le era desconocido.

—¿Está monsieur Perret?—preguntó.

—Sí, señor—comenzó a decir el camarero, pero rectificó en seguida con voz balbuciente: No, señor, no está.

El joven que estaba escribiendo volvió la espalda a Landes y se puso a mirar al camarero, y Philips sólo pudo ver que tenía el pelo rizado.

—Monsieur Perret debe estar aquí porque le he visto desde la plaza—dijo Philips; el camarero echó una mirada furtiva al individuo del pupitre y movió la cabeza.

—¡Ah! ¿Dice usted Perret? Había entendido Berry. No, no, señor; no está monsieur Perret—y cogiendo un paño se puso a limpiar el mármol de las mesas.

—¿No queda ningún huésped en el hotel?—preguntó Landes algo amostazado.

—No—respondió el camarero con viveza—. El señor Perret se llevó en su coche las dos únicas personas que quedaban en la casa...

En aquel momento el del pupitre arrastró un poco la silla, y el camarero se quedó silencioso.

—¿Sabe usted si era mademoiselle de Brassac y su doncella?

—Sí... no...

El camarero se había acercado al pupitre y Landes oyó un sordo murmullo.

—No, señor, no era mademoiselle de Brassac. Esa señorita y su doncella se marcharon la semana pasada—dijo el camarero con tono de despreocupación.

—¡Miente usted!—exclamó Landes en voz baja avanzando hacia el individuo del pupitre.

—Este señor debe saberlo; es hijo de monsieur Perret.

En el mismo instante Philips se precipitó sobre él.

—¡Imbécil!—murmuró el joven entre dientes, y dando un empujón al camarero para abrirse paso, desapareció por una puerta que había detrás de la mesa donde estaba escribiendo.

Aunque tardó un segundo en desaparecer, Landes pudo verle la cara. Era Georgias, el griego. Philips asió la manivela de la puerta, pero no pudo abrirla. Entonces, cogió una banqueta, y empleándola como catapulta, deshizo la puerta a golpes y se precipitó en un patio que daba a una calle contigua. Philips dirigió la mirada en todos sentidos sin ver a nadie en la calle, y volvió a entrar en el café. El camarero había desaparecido. Landes registró el establecimiento sin encontrar a nadie, y al volver al pupitre donde había estado escribiendo Georgias, encontró una carta sin acabar, que empezaba con estas palabras: "Mi querido Raúl".

Guardóse la en un bolsillo con un revólver que había encontrado en el cajón del mostrador, y volvió a registrar rápidamente el café. Por una escalera que halló en un ángulo subió a los pisos superiores, y recorrió todos los aposentos, sin encontrar tampoco a nadie. Todas las puertas estaban abiertas y no se veía mueble ninguno. Bajó nuevamente al salón de la planta baja, y comenzó a dar voces desde una ventana. La tropa acababa de montar a caballo, y con cierta agitación, al parecer, se dirigía hacia el boulevard.

—¡Capitán Carette!—gritó Landes.

Pero el ruido de la caballería en marcha ahogaba su voz, y no pudo oírlo el oficial de artillería. Philips deploraba amargamente el tiempo que había perdido registrando el café sin llamar a alguien en su ayuda.

Como nadie le respondía, atravesó la plaza y llegó al hotel Perret. Sus furiosos campanillazos y sus estrepitosos golpes, no obtuvieron respuesta. De pronto, se fijó en una ventana baja que había cerca de la puerta, y después de romper los cristales con la culata del revólver, entró en ella. La casa estaba como boca de lobo. Tropezando con sillas y mesas, se encaminó hacia una débil claridad que se filtraba a través de una cortina, describió ésta y miró en torno suyo. Hallábase en la oficina del hotel. Era un aposento pequeño, pero elegante, amueblado con gusto, y con el techo y las paredes revestidos de roble. A través de una mampara de cristales, vió un vestíbulo y los primeros peldaños de una escalera. Encendió una vela que había encima del buzón de la portería, y después de coger todas las llaves que había colgadas en el tablero, empezó a subir la escalera. En el pri-

mer piso se detuvo, y eligió dos llaves, cuyos números correspondían a las de las puertas. Las llaves venían bien y pudo entrar sin tropiezo. En aquellos aposentos no había nadie. Tiró las llaves y subió al segundo piso. En éste no había más que una puerta, cuya llave llevaba, y entró; pero apenas hubo dado un paso en las tinieblas, saltó algo delante de él y se le cayó la vela de la mano.

Sin saber cómo, consiguió llegar hasta un balcón, y lo abrió. Inmediatamente se volvió para ver quién le había tirado la bujía, y vió un gatazo rubio, que le miraba con los ojos muy abiertos, desde lo alto de un mueble. Tenía el lomo arqueado, y la cola encrespada. La vela estaba caída a sus pies. Philips lanzó una carcajada nerviosa. Al retumbar su voz en el solitario aposento, sonó en la cama una especie de quejido.

Philip dió unos pasos, y vió un perrito pequeño todo tembloroso, y haciendo grandes demostraciones de conciliación. Landes le llamó, y el animalito vino hacia él y se echó boca arriba a los pies del joven. Philip le cogió en brazos. Al verlo, el gato depuso su actitud belicosa, desencrespando la cola, y devolviendo al lomo sus curvas naturales, y empezó a relamerse. Con el perrito en brazos, Landes comenzó a registrar cautelosamente el cuarto. Encima de la cama vió una maleta a medio llenar. Contenía una guerrera de militar y algunas ropas interiores. Un poco más allá, en el suelo, había unas botas de montar, unas espuelas y un sable en su vaina. Philip pasó al aposento contiguo, y observó que había estado ocupado recientemente, porque aún lucía el gas a media llave, y había en las mesas algunos artículos de "toilette". En el fondo del aposento había un pesado cortinón. De pronto, lo movió una pequeña ráfaga de aire, y se llenó la estancia de un olor sutil. Philip reconoció en el acto el aroma. ¡Era cloroformo! En un instante, descorrió la cortina, y abrió la puerta que había detrás. En el suelo yacía una mujer atada y amordazada.

Cuando Landes soltó al perro, el animalito se precipitó sobre la mujer; pero en seguida se detuvo bruscamente, y comenzó a dar vueltas en torno de ella, ladrando. Landes no sabía qué hacer. El perrillo vino a refugiarse entre sus pies. Las persianas estaban entreabiertas, pero las vidrieras se hallaban cerradas, y el olor de cloroformo mareaba. Abrió rápidamente uno de los balcones, y volvió a escape al lado de la mujer para quitarla una toalla que la cubría la cara. Entonces vió caer al suelo una esponja que tenía entre los labios, y el olor del cloroformo se hizo casi insoportable. Conteniendo la respiración, cortó el bramante que sujetaba las manos y los pies de la narcotizada, y la arrastró hasta un balcón. La luz del sol iluminó su rostro y doró su cabellera de color castaño que, formando un moño, se recogía bajo una cofia de las que usan las doncellas. La pobre llevaba un vestido de viaje y tenía los guantes puestos. En una mano sujetaba el asa de una red, que, evidentemente, había sido cortada con un cu-

chillo. La otra mano la tenía abierta y encogida, y la densa palidez de su rostro hacía temer que el socorro llegaba tarde. Apoyándose en la barandilla del balcón, que daba a la plaza, Landes vió unos húsares en la puerta dando agua a los caballos, y les gritó pidiendo auxilio. Los militares le oyeron, se montaron y vinieron al galope hasta debajo del balcón.

—¿Hay por ahí algún médico?—preguntó Philip.

—No—respondió el oficial que mandaba la fuerza—. ¿Qué ocurre?

—Busque un médico, porque es cuestión de vida o muerte.

—Yo entiendo de medicina—dijo un sargento, después de cambiar unas palabras con su superior.

—Entonces, entre por esa ventana rota, y suba a escape. Mientras tanto, hagan el favor de buscar la ambulancia y un médico.

Un húsar picó espuelas, y el caballo echó a correr hacia el Boulevard, mientras el resto de la tropa se volvía a la fuente, después de haber visto penetrar al sargento por la ventana.

El sargento subió la escalera en dos saltos, miró con fijeza a Landes, saludó mecánicamente, y se puso a examinar a la mujer que yacía junto al balcón.

—¡Cloroformo!—exclamó.

Landes ofreció su ayuda; mas como fuese rehusada por el militar, le dejó solo con la narcotizada y se puso a examinar el aposento. Era un gabinete. Lo cruzó en dirección a la puerta de una alcoba que estaba entreabierta, y después de encender una cerilla abrió el balcón. El aposento estaba vacío. El olor a cloroformo lo invadía todo, pero el aire que penetraba por el balcón no tardó en disiparlo.

Al volverse, lo primero que vió Landes fué el retrato de un militar con uniforme de húsar de la guardia. Era el retrato del conde de Brassac, y al pie se leía en los caracteres finos y precisos de la escritura de una colegiala, este letrero: "Mi papá. 1.º de agosto de 1869".

Por vez primera recordó Landes el rostro de Juana de Brassac. Hasta entonces sólo la recordaba vagamente como una linda colegiala, hermana de su amigo Víctor; ahora se despertaba bruscamente su memoria y recordaba todos los incidentes de la semana de Pascuas. El salón, las luces, las entalladuras de la sillería y los infantiles gestos de Víctor; se acordó de Juana, de sus ojos de violeta, de su cuello blanco y de sus esculturales manos, apoyadas en los hombros de su madre. Recordó todos los detalles de su vestido; recordó su voz al contestar a su padre y al dirigirse al piano para entonar su canto favorito. Haciendo un gran esfuerzo coordinó sus ideas y las concentró en el presente: Juana había desaparecido y su doncella había sido cloroformizada. ¿Por qué? "¿Por los diamantes!" Por los diamantes habían asesinado al padre. ¿Habían asesinado también a la hija?

Oía al sargento en el aposento inmediato trabajando en el inánimado cuerpo de la sirvienta, que seguía suje-

tando en su rígida mano el asa de la red. ¿Llevaría allí los diamantes? Landes se sentó desconsolado, con la cabeza entre las manos, tratando de descubrir alguna pista de la tragedia; pero ante sus ojos se alzaba incesantemente la faz de Juana de Brassac y todos sus pensamientos se volvían hacia el salón en que había oído resonar su dulce voz.

Oyó al sargento, que salía del gabinete y bajaba la escalera, para volver a subir en seguida con otros militares, cuyas espuelas y sables sonaban en el entarimado. El perrillo y el gato, que habían venido a refugiarse en el cuarto donde se hallaba Landes, empezaron a jugar. A Philip le inspiraron ternura aquellos seres, sin duda los mimados por ella, y los llamó. El gato, al pronto, se puso a la defensiva, pero no tardó en hacerse una rosca en la cama. Landes le puso el perro al lado y fué a mirar lo que hacían en el cuarto contiguo. En aquel momento sacaban a la narcotizada en unas angarillas. Un grupo de húsares y oficiales se quedó mirando a Philip, el cual preguntó:

—¿Está viva?

—Por ahora, sí—respondió un genarme brevemente.

—Mucho lo siento, caballero—dijo el sargento—; pero debe usted considerarse prisionero.

—¿Prisionero?

—Lo siento mucho—repitió el sargento.

Landes vió de pronto en el balcón a Carette, su nuevo amigo, y se dirigió a él.

¿Cómo?—exclamó Carette—. ¿Qué disparate—y dando el brazo al americano, dijo al sargento:

—Yo salgo fiador de este caballero.

En seguida le hizo pasar a la alcoba.

—Parece usted un cadáver, amigo mío—le dijo—; se conoce que le ha hecho daño el olor del cloroformo.

—No es el cloroformo—repuso Landes.

—Ya lo sé—replicó el militar fríamente—. ¿Quiere usted confiarse a mí?

—Sí—respondió Philip, y le contó todo, acabando por enseñarle la carta que Georgias había dejado sin concluir en el café—. ¡Es terrible!—exclamó al acabar su relato, y se puso a pasear nerviosamente.

Philip se detuvo luego y se acercó al lecho. El francés había dejado caer la mano en el lomo del gato, distraídamente, y el perrillo se había acercado.

—Estos animalitos deben ser suyos—dijo Philip.

Su voz era insegura. El francés se asomó a la puerta y dió una orden. Luego volvió al lado de Philip, y poniéndole una mano en el hombro, dijo:

—Encontraremos a Mlle. de Brassac. No se atreverán a hacerle ningún daño.

—Han matado a su padre.

Los azules ojos de Carette relampaguearon:

—¡A un militar valiente!... A un anciano! ¡Cobardes!

En aquel momento llegó un soldado con un cesto muy grande tapado. Carette metió en él al gato y al perro.

—Nosotros nos cuidaremos de estos animales, mientras encontramos a su

dueña—dijo—. ¿Quiere usted que los mandemos a su casa?

—Son ustedes muy bondadosos—dijo Landes con efusión.

—Llévalos con cuidado — ordenó el capitán.

El soldado saludó. El gato lanzó un maullido lastimero, y el perrillo lloró. El soldado volvió a saludar otra vez con grave gesto y salió con el cesto colgado del brazo.

—¿Vivirá la muchacha?—preguntó Landes.

—No; ya ha muerto—respondió Carrette.

—Entonces, ¿sabe Dios cómo averiguaremos lo que necesitamos para descubrir el misterio que rodea a este asunto!... ¿Qué es eso?

—¿Es la explosión de una ametralladora! ¿Están luchando en Montmartre! exclamó el oficial de Artillería.

En el mismo instante sonó una corneta en la plaza y los húsares montaron y salieron trotando hacia el boulevard. Carrette sacó del estuche los gemelos de campaña.

—Mire, mire, cómo corre la infantería de línea!—dijo Philip con ansiedad.

El Boulevard, que formaba el lado Norte de la plaza, se llenó de pronto de infantería en el más completo desorden. Un teniente de húsares precipitó su caballo sobre los grupos, gritando y gesticulando, con el sable en una mano y el revólver en otra.

—¿Será posible que vengan huyendo?—observó Carrette con disgusto.

A una señal del teniente, los húsares se formaron en dos líneas, a través del boulevard. La infantería, llena de pánico, se mezcló con la caballería y empezó a agruparse detrás de los caballos. Pisándolos los talones, llegaron otros soldados vestidos de verde y azul, entre los que había cundido la desmoralización.

—¿También huyen los fusileros! ¿Qué les habrá pasado?—murmuró el capitán—. ¡Mire, mire! ¡Por allí viene un general con su Estado Mayor. ¡No puede ser el general Lecomte! ¡No puede ser! ¿Qué demonios les hará huir?

Los toques de las cornetas resonaban en el boulevard, y entre el tumulto de voces sobresalió una que gritaba:

—¿Desenvainen sables!... ¡Al trote!... ¡Al galope!... ¡Carguen!

Los húsares partieron como el viento y un instante después se oía el estrépito de la colisión.

—Han cargado sobre el populacho—dijo el capitán Carrette—. ¡Me voy! ¡Adiós, amigo mío!

—Yo voy con usted—dijo Landes, siguiéndole por las escaleras, cuyos peldaños bajaron velozmente de dos en dos.

—Mi jefe es Vinoy. Tengo que ponerme a su lado; pero yo, en el caso de usted, no me mezclaría en esto, señor Landes—dijo el capitán al llegar a la calle.

—¿Ve usted? ¿Ve usted?—dijo Philip con voz sorda—. ¡Los húsares han sido aniquilados! ¡Ahí vienen los que quedan!

Habían quedado pocos, efectivamente. El resto del escuadrón volvía destro-

zado, con los caballos cubiertos de sangre y espuma. Los soldados apenas podían tenerse en las sillas. El oficial traía una gran herida roja en la cara y un brazo inutilizado. Al llegar donde estaba Carrette con Landes, levantó la mano sana y se echó a reír.

—Los diablos se han soltado y vienen por ahí—dijo.

—¿Qué ocurre, Jacques?—preguntó el capitán con perfecta serenidad.

—La infantería de línea se ha unido a la Guardia Nacional. ¡Malditos sean! Su traición nos ha costado la pérdida de los cañones. ¿Quieres sujetarme este brazo?

Al decir esto, se inclinó en la silla y Carrette pasó su pañuelo por debajo del brazo herido para ponerlo en cabestrillo.

—¿Conque nos ha hecho traición la infantería de línea?—preguntó con voz ronca.

—Sí, el 88 de línea; ¡Los de ese regimiento luchando como demonios al lado de la canalla!... ¡Muchas gracias! Ya estoy bien preparado hasta que me vea el médico. Móntese usted a la grupa y vámonos de aquí.

—¿Dónde está el general?

—Corriendo, para no enfriarse. ¡Mire, mire! ¡Por allí vienen esos malditos traidores!

En aquel instante se llenó de gente el Boulevard. Guardias nacionales, soldados de línea renegados y la flor de ese foco de anarquía, que llaman Montmartre, pasaban como una tempestad por la calle, aullando, gritando y arrollándolo todo en torrente irresistible. Los pocos soldados de infantería leales y los que quedaban del batallón de fusileros, fueron arrollados. Landes vió un pequeño grupo de policías y gendarmes de a pie, hacer frente a la avalancha durante uno o dos segundos y echar luego a correr hacia la fuente, seguidos de un enjambre de guardias nacionales.

—Bribones, miserables!—gritó el teniente de húsares.

—¡Huye, Jacques! ¡Libra a tus hombres! ¡No los expongas inútilmente!—dijo Carrette sacando el revólver. Déjanos a este señor y a mí agarrarnos de un estribo. Si no nos ponemos ahora en salvo, no nos pondremos nunca. Al galope!

El teniente parecía no oírle. Le chispeaban los ojos y empezó a echar maldiciones entre dientes. De repente, haciendo un gesto de furor, dió la vuelta al caballo.

—¡De frente! ¡Adelante el 39 de húsares!—gritó a su fragmento de escuadrón—. ¡Al trote!... ¡Al galope!... ¡Carguen!

Aquel puñado de hombres cargó locamente sobre los tumultuosos, y Landes oyó la voz del teniente que sobresalía sobre el terrible estrépito.

—¡Abajo la canalla! ¡Ahora, hijos míos! ¡Todos a una! ¡Viva Francia!

El impulso de la caballería contuvo un instante el avance de las masas. Los sables de la pequeña tropa se alzaban y caían como relámpagos; pero luego los revolucionarios se agolparon en torno suyo. Carrette cogió a Landes por un brazo y le arrastró al interior del Hotel Perret, cuya puerta había queda-

do abierta, y atravesando el patio, salieron a otra calle por la puerta trasera. Esta calle estaba desierta, y los dos amigos anduvieron alguna distancia sin hablar. El capitán guardó el revólver, y sin afectación ninguna se secó las lágrimas que le habían humedecido los ojos.

—¿Qué loco ha sido Jacques!—dijo al fin—. Es valiente, pero mal soldado. ¡Esa carga ha sido criminal! Necesitábamos todos los hombres leales que han caído en ella.

—¿Habrá muerto, verdad?—preguntó Landes.

—Con toda su tropa—repuso Carrette—. ¡Ha sido un crimen, un crimen!

Al llegar nuevamente al Boulevard se detuvieron. Las aceras estaban llenas de gente, y entre ella marchaban los soldados de la Guardia Nacional, cantando la "Marsellesa", pero no se notaba ningún desorden. Philip siguió a Carrette hasta una larga fila de barracones de madera que se habían armado para cobijar temporalmente a las tropas durante el sitio. El capitán se detuvo detrás de uno, y volviéndose a su compañero, le preguntó:

—¿Qué va usted a hacer?

—Seguidle a usted si puedo—repuso Landes.

—No, no puede—dijo Carrette.

Landes retrocedió.

—Quiero decir—repuso el militar con viveza—que no puede usted seguirme, porque mi uniforme es un poco... nada más que un poco... ¿Sabe usted?

—¿Poco seguro?

—Sí.

—¿Poco seguro para usted? ¿Corre usted peligro?

El capitán se encogió de hombros. Miró complacido a Landes y respondió: —Déjeme usted antes de que esto se ponga peor. ¿No ve usted que la gente nos mira?

Landes volvió la cabeza y vió varios individuos de cara feroz que se habían acercado y que cuchicheaban mirando a hurtadillas el uniforme de Carrette.

—Adiós—murmuró el francés—. No me dé usted la mano. Voy a ver si puedo encontrar el Estado Mayor de Vinoy.

Dicho esto dió media vuelta y sin más despedida se internó entre los barracones. Landes le alcanzó cuando se hubo alejado un poco, y poniéndole una mano en el hombro y tendiéndole la otra le dijo:

—¿Por quién me ha tomado usted, capitán Carrette?

—Por un hombre muy temerario—respondió el militar irritado—, y por un compañero fiel—añadió afectuosamente—, cuya cabeza—continuó encogiéndose de hombros—no quisiera ver rota.

—¿Qué es eso?—interrumpió Philip.

Llegaban ya al extremo de un barracón, y ante él había un señor de edad regular, al cual se había acercado un hombre y le estaba interrogando:

—Según creo, usted es el general Clement Thomas?

—Yo soy—respondió el caballero secamente.

Al oír pronunciar el nombre del general Clement Thomas, se detuvieron varios transeúntes y le miraron con cu-

riosidad. Entre ellos había un teniente de la Guardia Nacional, cuyo empleo debía de ser de fecha muy reciente, porque llevaba a medio pegar los galones de las bocamangas y hacía con el sable un ruido innecesario.

—¡Ah!—exclamó con insolencia—. ¿Con que es usted el general Clement Thomas?

En torno del general se había formado ya un corro de curiosos.

—¿Que le habrá inducido a venir a Montmartre?—murmuró Carette al oído de Landes.

El teniente sonó el sable y miró con fiereza al general.

—¿Ha venido el general a ponerse al frente del movimiento?

—No, hijos míos—respondió Clement Thomas mirando a los que le rodeaban—. Ya soy viejo. He presentado mi dimisión.

—Entonces, ¿qué hace usted aquí?—preguntó el teniente con tono amenazador.

—Es un espía—murmuró la gente acercándose más.

Un soldado de la Guardia Nacional, de pelo canoso y tez tostada, con el rifle en bandolera, se acercó a preguntar qué sucedía.

—Estamos contemplando a Clement Thomas—dijo uno del corro con descaro.

—¿Está aquí Clement Thomas?

—Ahí le tiene usted—dijo el que había respondido antes, señalando al grupo con el dedo.

Thomas permanecía perfectamente sereno, aunque algo pálido. El federal se irguió.

—¡Debemos fusilarle!—dijo con reposada ferocidad.

El general Thomas lo oyó y se puso lívido. Los ojos del federal se encontraron con los suyos. Acudió más gente. El nombre de Clement Thomas corría de boca en boca.

—¡Acordaos de 1848!—gritó un viejo esgrimiendo el puño cerrado en dirección del general.

—¿Con que éste es el asesino del pueblo?—gruñeron voces amenazadoras.

—General Thomas, ¿se acuerda usted del Faubourg St. Antoine?—gritó un marino renegado.

El clamor se acrecentó.

—¿Mató usted bastante gente en la rue Marguerite, general Thomas?—aulló otra voz.

Un anciano rompió el corro y se acercó al general para insultarle.

—¡Canalla! ¡Cómo se reía usted, montado en su caballo, cuando gritaba: "¡Ensartadme a todos esos granujas en una bayoneta!" ¡maldito carnicero!

—¡Acordaos de Montretout!—gritó un movilizado apuntando a Clement Thomas con la bayoneta.

Carette se interpuso rápidamente, y de un sablazo cortó por la muñeca la mano del movilizado. El soldado cayó como muerto y la multitud se precipitó sobre Carette. Landes abofeteó a dos o tres individuos y también se vinieron contra él.

—¡Mueran!, ¡mueran! ¡Abajo los espías!—gritaba la gente.

Clement Thomas, Carette y Landes quedaron cogidos entre la masa de re-

volucionarios, los cuales se oprimían de tal modo, que las bayonetas y sablazos que les asestaban herían a los mismos que vociferaban.

—¡Basta!—gritó un oficial de la Guardia Nacional, apartando las bayonetas con dificultad.

—¡Prendedlos!, ¡prendedlos!—vociferaban los federales—. ¡Luego los fusilaremos!

—¡Mueran!—tronó la multitud.

Un jinete, que venía galopando por la calle, dirigió el caballo al centro de la muchedumbre. Era Dardelles, comandante de los caballeros de la República, compañía insurgente de mala reputación. Abrióse camino pegando a la gente con el sable de plano, y cuando llegó junto al general, le cogió por el cuello gritando:

—¿Quién es usted?

El anciano balbuceó algo ininteligible, y su voz se perdió entre el ruido atronador de la multitud.

—¡Es Clement Thomas! ¡Es Clement Thomas!

—¡Le detengo en nombre de la República!—gritó Dardelles, y volviéndose a abrir camino con la punta de su terrible sable, se alejó con su prisionero. Seguían seis federales arrastrando a Landes y otros seis escoltaban a Carette, que marchaba con la cabeza erguida y el uniforme desgarrado.

—Si alguien intenta matar a los prisioneros antes de ser juzgados, le atravesaré con mi sable—dijo Dardelles.

A lo cual replicaron mil voces en un solo grito:

—¡Mueran!

Un revolucionario, titulado capitán Ras, se puso al lado de Dardelles con el revólver amartillado.

—No somos carniceros—dijo la muchedumbre—. Que los juzgue un tribunal.

—¡Ya tendrás cuidado de no hacer uso del revólver!—murmuró un franco-tirador, y esgrimió el fusil para dar un culatazo a Landes.

El capitán Ras detuvo el golpe con una mano y con la otra hizo fuego sobre el agresor, saltándole la tapa de los sesos.

—¡Toma, por bruto!—exclamó al disparar.

—Gracias—dijo Carette a Ras, pero no pudo añadir más, porque se le obligó severamente a permanecer callado y a apresurar el paso.

A pesar del ejemplo que acababan de presenciar, la salvaje muchedumbre que les rodeaba no dejaba de asestar golpes a los prisioneros.

Dardelles deshizo de un sablazo la boca de un hombre y soltó una cargada al oírle lanzar un espantoso grito de dolor.

—¡Verás qué bonita se te queda la boca!—dijo burlescamente.

En el mismo instante, Clement Thomas recibió un pinchazo de bayoneta en el antebrazo, y el capitán Ras castigó la agresión descargando su pesado sable en la cabeza del asesino, al cual se le saltó un ojo y quedó con el cráneo deshecho.

—¡Ya veis que cumplo mi palabra!—

gritó al populacho, que contestó con una especie de bramido.

Poco después llegó un batallón de Guardias Nacionales, y cercó a los prisioneros con las bayonetas. Landes y Carette marchaban juntos y pudieron cambiar algunas palabras sin que les amenazasen sus guardianes.

—¿A dónde nos llevan?—murmuró Philip, limpiándose la sanguinolenta espuma que le cubría los labios.

—Al Comité Central, mi pobre amigo. Según dicen, está constituido en el Chateau Rouge, en la rue Clignancourt.

En el cruce del Boulevard Magenta y el antiguo Boulevard exterior, la multitud engrosó mucho, y en el aire no dejaban de resonar los gritos de "¡Mueran!, ¡mueran!"

Cuando llegaron al Chateau Rouge, metieron a los prisioneros en un cuarto lleno de Guardias Nacionales. Allí no se les permitió hablar. Los federales pasaban el tiempo insultando a Clement Thomas, el cual estaba como atontado con la cabeza caída sobre el pecho.

Un capitán viejo que ostentaba la medalla de Julio, se fijó en Landes y le aseguró que había asistido a todas las revoluciones habidas desde hacía cuarenta años, y por experiencia sabía que el asunto que le traía allí no tardaría en quedar zanjado frente a un muro.

Así pasaron una hora entre los soldados que se alababan de pertenecer a un batallón de Belleville. Carette, al oírlo, arqueó las cejas con ironía y estuvo a punto de costarle la vida el gesto, porque un soldado le hizo un disparo que por fortuna no dió en el blanco. Entonces se suscitó una cuestión entre la tropa con motivo de lo que debía hacerse con los prisioneros.

Por lo que se desprendía del altercado, el Comité Central no se hallaba en Chateau Rouge. Unos querían sacar a los presos al jardín y tirar al blanco sobre ellos. Otros insistían en que se les subiese al piso de arriba hasta que llegase el Comité. Por fin, después de una agria discusión, subieron a los tres prisioneros al piso de arriba, donde fueron recibidos por un capitán del batallón 79, el cual los invitó muy cortésmente a entrar, y en el acto dió con la puerta en las narices a los captores, con gran asombro de todos.

El capitán del 79 se llamaba Mayer y era periodista. Contó a Landes que tenía un hijo prisionero en Alemania, y también dijo que estaba preso el general Lecomte en una habitación contigua.

—Yo he servido en su Estado Mayor—dijo Carette tristemente—. ¿Le fusilarán?

—Creo que no fusilarán a nadie—dijo el oficial federal con satisfacción—; pero Carette se sonrió y se dirigió a una ventana que daba a un jardín.

—Esta pared es muy a propósito—dijo con una risa seca.

Luego llegaron más prisioneros, pero ya eran las tres de la tarde y todavía no se había presentado el misterioso Comité Central. Carette cogió del brazo a Philip, y le llevó a la ventana por centésima vez.

—Parece que esto se pone mal—dijo echando una mirada al jardín.

Una fila de Guardias nacionales estaba calando las bayonetas en los fusiles y formándose en la senda del centro del jardín.

—Me parece que van a darnos otro paseo—dijo.

—A mi—repuso Carette—no me importaría morir decentemente, pero tengo miedo al populacho. Si van a llevarnos otra vez por la calle, preferiría morir ahí en el jardín.

—Señores—dijo el capitán Mayer—la escolta les aguarda para conducirles ante el Comité Central. Han enviado recado diciendo que los esperan en Buttes Montmartre. Tengan la bondad de bajar al jardín.

Al llegar abajo vieron al general Lecomte por primera vez. Estaba aislado y con mucha guardia. Todos los prisioneros le saludaron; hasta los oficiales federales inclinaron la cabeza ante el bravo y anciano general, que devolvió cortésmente los saludos; pero la Guardia Nacional maldecía a Lecomte y a todos los prisioneros, asegurándoles el fin del general Brea y de su ayudante de campo.

A continuación dió comienzo la terrible jornada a través de Montmartre. Una espesa niebla se extendía sobre la colina ocultando su cima. Entre la bruma sonaban siniestramente los tambores y las cornetas de la escolta. La multitud, furiosa, rodeaba a la tropa dando mueras y agrediendo a los prisioneros. Un oficial que marchaba delante de Landes cayó al suelo con el cráneo partido. Otro, un niño casi, cayó también con la espalda atravesada por una bayoneta. Sus gritos desgarraban el corazón, hasta que una vieja con facha de bruja le aplastó la cabeza con sus zuecos de madera. El populacho había probado la sangre y aullaba pidiendo más. Los oficiales defendían desesperadamente a sus prisioneros, pero la lista de víctimas no dejó de aumentar hasta que el cortejo llegó a las empinadas calles de Buttes Montmartre. Hordas de mujeres enloquecidas los maldecían desde las ventanas, y los amenazaban con el puño cerrado. En medio de un infernal estrépito, la escolta hizo alto ante una casita de dos pisos que se alzaba en lo alto de la rue de Rosiers. A los prisioneros los metieron primeramente en un patio, y luego los pasaron a un aposento del piso bajo. La multitud quiso seguirlos, pero el patio era pequeño y las masas las formaban millares de personas. Al entrar los prisioneros les hicieron un disparo que no alcanzó a nadie.

El general Lecomte pidió que le condujesen ante el Comité.

—No tenga usted prisa—refunfuñó un franco-tirador haciendo una mueca antipática—. Tiempo hay para morir.

—¡Cochino, asqueroso!—aulló un desertor de la Infantería de línea, tratando de alcanzar a Clement Thomas con la bayoneta—. ¡Tú fuiste quien me echó noventa días de calabozo! ¡Ahora te echarán a la eternidad!

Dos oficiales defendían con verdadera solicitud a sus prisioneros, pero eran

pocos contra muchos. Aullando como lobos, los revolucionarios atacaron las ventanas del primer piso, haciéndolas astillas con las culatas de los fusiles, y metieron las puntas de las bayonetas en el cuarto de los prisioneros. Estos se hallaban muy apretados, y todos estaban muy pálidos, pero ninguno se movió. Alain de Carette sostuvo a Clement Thomas con un brazo y con el otro paró los golpes. El general Lecomte permaneció quieto y sereno, sin ocuparse apenas de esquivar los bayonetazos que casi le alcanzaban al pecho. Luego, el populacho penetró por la puerta del jardín dando espantosos gritos, y se desarrolló una escena horrible. Carette recibió un golpe que le hizo caer rodando. La turba cayó sobre Clement Thomas, y al ruido sordo de los golpes sucedió el ruido metálico de las bayonetas. Por último, le sacaron al jardín y le pusieron junto a la pared. Sonaron doce disparos de fusil, no en descarga cerrada, sino uno tras otro, y después del duodécimo, como todavía alentase el anciano, se adelantó un cabo del batallón de Belleville, y aplicándole el cañón de su revólver al oído del moribundo, le hizo un disparo. La masa encefálica de Clement Thomas quedó esparcida sobre la hierba. Las turbas, ebrias de sangre, volvieron para caer sobre el general Lecomte. Los otros prisioneros, con generosa devoción, le arrancaron más de veinte veces de las sanguinarias manos que se alzaban contra él. Landes luchó desesperadamente, pero al fin, recibió un golpe en el pecho que le derribó, y no pudiendo volver a ponerse de pie, se arrastró hasta un rincón. Desde allí, apoyado contra la pared, vio con dolor, que el general Lecomte era arrastrado al jardín, y oyó cómo le destrozaban a tiros.

—¡Adiós, Philip!—exclamó Carette, tambaleándose—; ahora volverán por nosotros.

—¡Yo no puedo morir todavía!—balbuceó Philip—. ¡No quiero morir!—E hizo un desesperado esfuerzo para levantarse.

De repente sonó un furioso redoble de tambores en la calle, y se llenó el jardín de Guardias Nacionales que echaron afuera al pelotón de las ejecuciones.

—¡Dadnos los prisioneros!—gritaba la multitud.

—¡Calen las bayonetas! ¡Despejen el patio!

La escena era tan horrible, que Philip, que había conseguido llegar hasta la ventana y estaba viendo lo que sucedía, perdió el conocimiento, pero Carette le impidió caer.

—Hay una esperaza—dijo—. Esas tropas son de Sceaux.

El batallón de Sceaux despejó el patio centímetro a centímetro, y luego la calle.

—¡Ya veis las consecuencias de jugar conmigo y con mis tropas!—dijo el coronel agitando el revólver y echando el caballo sobre el populacho.

Luego se inclinó en la silla, y cogiendo a un ruñán por el cuello, le balanceó y le dejó caer estrangulado. Las

turbas se reprimieron un poco y empezaron a comprender lo que habían hecho y a temer sus consecuencias. Más de un bruto, con las manos ensangrentadas por su participación en la carnicería del jardín, conservaba aún la fascinación del crimen, pero ante la demostración de fuerza física y de severidad que acababa de dar el coronel, no titubearon más, y a la media hora, el batallón de Sceaux, al son de las trompetas y de los tambores, marchaba con los prisioneros por la rue de Rosiers, y sin que nadie les molestase, llegaban al Chateau Rouge.

Así empezó el famoso 18 de marzo de 1871. El Comité Central había dado la señal y se alzaba el telón para representar un drama titulado "La Commune", con todo París por escenario y monsieur Thier de apuntador.

CAPITULO V

Cobarde fuga

Cuando llegó el convoy de prisioneros a la rue Clignancourt, estaban dando las cinco las campanadas de Montmartre. Toda la ciudad estaba cubierta de niebla y las calles se hallaban llenas de cieno escurridizo. Los prisioneros entraron en el patio, y en seguida un oficial empezó a tomar nota en un libro de los nombres y señas de los presos. Cuando llegó a Alain de Carette se quedó confuso.

—Buenas tardes, monsieur Carette—repuso el otro militar en voz baja—; gracias; no es necesario.

—Buenas tardes, monsieur Carette—repuso el otro militar en voz baja—; gracias; no es necesario.

Al encararse con el prisionero de al lado, que era Landes, titubeó otra vez, y volviéndose a Carette, le dijo mirando al suelo:

—Por este señor puedo hacer algo.

—No está usted en situación de conceder favores—replicó Carette con desdén.

—Soy jefe de batallón—agregó el militar sin fijarse en las palabras de Carette.

—Y mi primer asistente—repuso éste.

—No olvido que ha sido usted muy bueno conmigo—dijo el militar—y haré lo que pueda por usted y por su amigo.

Tomó el nombre de Philip y se fué, y casi inmediatamente llegó un oficial llamando al capitán Carette y al "llamado" Philip Landes. Siguiéronle y los llevó por un estrecho pasillo, en cuya conclusión había un hombre escribiendo en una mesa. Era Jaclard, jefe de batallón de la Guardia Nacional.

—Bien, señores—dijo al verlos—; pueden retirarse. El Comité Central no vendrá esta noche.

—¿Estamos libres?—balbuceó Philip.

—Sí.

—¿Y los otros?—preguntó Carette.

—Tendrán que pasar aquí la noche. El Comité Central los juzgará mañana.

¿Sería verdad? ¿Estarían libres o sería una añagaza para fusilarlos en cuanto entrasen en el patio?

Philip y Carette pensaron lo mismo en aquel momento.

—Yo saldré primero—dijo el capitán.

—No, yo—insistió Philip, pero Carette le echó a un lado y de un salto salió al patio. Estaba silencioso y no se veía a nadie.

—¡Salga, Philip!—dijo en voz baja, y ambos atravesaron el patio y salieron a la calle.

—Si nos conocen estamos perdidos—murmuró Carette—. Mi uniforme será mi sentencia; debe usted separarse de mí.

—De ningún modo—replicó Philip molestado.

—Bueno, iremos juntos... ¿Es aquél un coche de alquiler?

—No lleva número, preguntaré—dijo Landes, y atravesó corriendo la calle, mientras Carette le aguardaba en la sombra. No se veía al cochero por ninguna parte. Philip miró a todos lados, y después de ocupar tranquilamente el sitio del cochero hizo señas a Carette.

—¡Monte a escape!—le dijo en voz baja cuando se acercó.

Philip empuñó las riendas y el caballo echó a andar, sin que les interrogasen en un puesto de Guardias Nacionales que guardaban el Boulevard exterior. Así recorrieron la ciudad, a buen trote, sin que nadie les cerrase el camino, logrando llegar sanos y salvos al Gran Boulevard. Esta parte de la ciudad estaba perfectamente tranquila. En las puertas de los cafés la gente fumaba y charlaba tranquilamente como si no supiesen nada de la sangrienta tragedia de la rue des Rosiers. Frente al café Torton había alegres grupos de señoras y caballeros tomando aperitivos, y los vendedores ambulantes recorrían la calle ofreciendo sus mercancías como de costumbre. Todos los teatros estaban abiertos y resplandecientes de luces; por el boulevard de los Italianos pasaban muchos coches y las terrazas del Café de la Paix se hallaban atestadas de gente.

—¡Parece increíble!—dijo Philip mirando a Carette que había sacado la cabeza por la ventanilla y le mandaba parar—. ¡Parece increíble! ¿Se conoce que la ciudad no sabe nada de lo que ocurre en Montmartre!

—Así parece—repuso Carette con tono de sátira.

—¿Dónde quiere el señor que le lleve?—preguntó Landes riendo.

—Lléveme al ministerio de la Guerra. Debo dar cuenta de lo sucedido.

Landes guió al caballo entre una multitud de ómnibus y coches. A los pocos minutos se detenían ante el ministerio de la Guerra en la rue St. Dominique. El coche lo dejaron en la puerta de las cocheras del ministerio, y en seguida subieron a un gran salón donde había tres militares con las cabezas juntas e inclinadas sobre una mesilla, al lado de un balcón. Los tres militares eran el anciano general Le Flô, el mariscal Mac Mahon y el general Borel.

—¿Dónde está el general Vinoy?

—preguntó Mac Mahon, después de los saludos de ordenanza.

El mariscal había llegado aquel día de Alemania, donde había estado prisionero, y no sabía nada de la expedición a Montmartre. Antes de que Carette le pudiera contestar, le preguntó con viveza el general Borel:

—¿Ha estado usted en Montmartre?

Alain de Carette le contó la historia de lo ocurrido.

La puerta se abrió y entraron dos hombres. Los tres generales se pusieron de pie y saludaron respetuosamente, pero el más bajo de los recién llegados hizo señas de que se volvieran a sentar.

Philip no había visto más que un retrato de aquel señor de pelo blanco y escasa estatura, pero le bastó para saber que se hallaba en presencia de monsieur Adolfo Thiers.

—Me duelen mucho las muelas—dijo con voz aguda el jefe del poder ejecutivo—. ¿Cómo no vendrá ese ayudante de campo?

El general Le Flô se acercó al presidente y le dijo algo al oído.

—¡Cómo!—exclamó Thiers mirando al capitán—. ¡Querido mío! ¿Cuenta otra vez su historia!

—¡Si no será nueva para usted!—dijo Mac Mahon—. ¿No ha mandado a nadie a Montmartre desde las ocho de la mañana, para que trajese noticias?

—No, no se ha enviado a nadie. Los cañones han sido capturados—replicó el presidente mirando a Carette a través de sus redondas gafas—. Cuente la historia, capitán.

Carette relató brevemente los hechos que había presenciado, y se detuvo.

—¿No tiene nada más que decir?—preguntó Thiers.

—Sí, la opinión de un oficial de artillería es... comenzó modestamente el capitán.

—Prosiga—replicó impaciente Thiers. Carette explicó la causa del fracaso en lo tocante a la recuperación de los cañones, por la falta de caballos, y contó cómo habían fraternizado las tropas con el pueblo, por no haber recibido víveres.

Thiers se encaró bruscamente con Carette y le dijo:

—Pero no han sido fusilados ni el general Lecomte, ni el general Clement Thomas. Acabo de ver a Langlois y a Lockroy, y me han jurado que responden de la vida de ambos generales.

—Pues yo afirmo que los han fusilado esta tarde—respondió Carette acalorado.

Thiers, evidentemente, sabía la verdad de todo, pero deseaba ganar tiempo antes de darse por enterado.

—¿Pero cómo sabe usted eso?—preguntó.

—Ya se lo he dicho. Vi a las turbas sacar a rastras a los generales, y oí los disparos que produjeron su muerte.

—¿Los vió usted fusilar?

—No, señor.

—Entonces, lo que dice no prueba nada—replicó el presidente, apartándose bruscamente—. ¿Dónde está el ayudante de campo del general Pointe de Gevigny?

Carette se puso encendido al oír aquellas palabras que para él equivalían a

un insulto, pero retrocedió unos pasos y dejó el sitio al ayudante que se acercaba saludando.

—¿De dónde viene usted?—preguntó el presidente.

—Vengo de parte del general Pointe de Gevigny y del general Farre.

—¿Qué desean?

—El general Farre—respondió el ayudante bastante desconcertado por los modos del presidente—me envía a decir que el general Pointe de Gevigny manda en Cherburgo un cuerpo de treinta y cinco mil hombres con todo lo necesario para su traslado a París en veinticuatro horas. Su disciplina y su valor son incuestionables. El general le ofrece a usted su apoyo, y si acepta su oferta le promete que en el término de cuarenta y ocho horas no quedará un revolucionario en todo París.

Thiers se puso rojo, y después de murmurar algunas palabras acerca de la oficiosidad de algunas personas, se volvió hacia el ayudante y le dijo con tono despectivo:

—¡El general Pointe de Gevigny está loco! Le agradezco su buena intención, pero no serviría de nada.

Los militares que se hallaban presentes se quedaron estupefactos.

—Voy a formar un ejército que será suficiente para lo que necesitamos—continuó Thiers—. Puede usted retirarse—y fijándose en Carette, añadió—: Vaya usted a mudarse de uniforme y vuelva a las ocho.

El populacho se había apoderado del reloj, del portamonedas y del sable de Carette, mas por una casualidad a Philip no le habían quitado nada. Después de las aventuras que habían corrido juntos no pensaban separarse. Faltaban todavía cinco minutos para las siete. Como Carette había de presentarse dentro de una hora en el ministerio de la Guerra, y estaban sucios y sin comer en toda la mañana, fueron a una casa de baños, enviaron un mozo al estudio de Landes y al cuartel de Carette para que les trajese ropa limpia, y comieron a toda prisa en el restaurant más próximo. No era cosa de hacer esperar a monsieur Thiers. La discusión de los asuntos referentes a Juana de Brascac, y a las probables consecuencias de su marcha del Hotel Perret sin ir acompañada de nadie que la guardase, debía posponerse hasta después de haber visto a Thiers. Así, pues, todo lo hicieron con tanta rapidez, que daban las ocho los relojes cuando volvían a presentarse en el Ministerio.

El oficial de guardia saludó y dijo al verlos:

—No hay nadie, capitán Carette.

—¿Que no hay nadie?

—Ni un alma.

—¿Y el presidente?... ¿Y los ministros?

—Los ministros se han retirado, y M. Thiers ha ido a Versalles.

—¿Qué diablos ha sucedido?

—Cuando se retiró M. Thiers le oí decir: "Puesto que París nos abandona, abandonaremos a París. Dejémosle que él se las componga como quiera."

—¿Dijo eso?

—Eso oí, mi capitán. Llegó el general Vinoy con su Estado Mayor y deja-

ron los caballos en la puerta rodeados de un escuadrón de caballería ligera que había venido de escolta. A cada momento llegaban nuevos mensajeros con noticias del desastre en Montmartre, y con testigos de los asesinatos de los generales. De repente, se oyeron gritos en dirección de la Explanada. Era un batallón de la Guardia Nacional que se dirigía al Ayuntamiento con una bandera roja, gritando: "¡Viva la Commune!" Como yo estaba aquí abajo no lo vi; pero dicen que Thiers chillaba como una rata cogida en un cepo, y salió corriendo al vestíbulo. Entonces le vi dar orden de evacuar París... —Señor Carette —añadió el oficial amargamente—, sólo con mi gente me hubiera atrevido a dispersar ese batallón con bandera roja y todo.

—Bueno—dijo Carette rechinando los dientes—. ¿Qué hizo luego ese "petit bonhomme"?

—Volvió corriendo por su sombrero y en seguida bajó tambaleándose por la escalera y gritando: "General Vinoy, voy a tomar su escolta." Y montó en su cupé. Cuando se sentó sacó un libro de notas y escribió algo. Era una orden para abandonar el Mont-Valerien.

—¡Virgen santa!—rugió Carette—. ¡Eso es criminal!

—¡Mont-Valerien, la única fortaleza inexpugnable entre París y Versalles!—exclamó Philip entre dientes.

—Entonces—continuó el oficial—sacó la cabeza por la ventanilla, y llamando a la escolta que le rodeaba, gritó al oficial que iba al frente: "¡Al galope! ¡Al galope! ¡Mientras vayamos por este lado del puente de Sevres, corremos peligro!" Y el escuadrón partió velozmente, dejando sin escolta al general Vincy.

Carette se puso de color carmín, y pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Ese es el hombre que se proponía reconstituir a Francia! ¡El que preparó la revolución de 1830 y huyó a Enghien cuando estaba luchando en París! ¡El mismo que preparó la revolución de 1848, y cuando estalló la revuelta, balbuceaba: "¡La marea sube!" y huyó disfrazado!

Todo estaba en el mayor desorden: los sellos y los papeles se hallaban esparcidos por las mesas; libros y documentos de gran valor se amontonaban revueltos en los pupitres, y las puertas de los armarios estaban abiertas de par en par.

—¿Cuántos hombres tiene usted?—preguntó Carette al oficial.

—Treinta.

—¿Puede usted defender la puerta?—Hasta que no quede un soldado.

—¡Bueno! Cierre las ventanas y póngase con su fuerza en la puerta para impedir que entre nadie. Yo me ocuparé de eso—añadió dirigiéndose a los montones de papeles y libros.

Con ayuda de Philip, Carette recogió todo en los armarios y cerró las puertas. Cuando acabaron eran cerca de las doce de la noche. Hacía buen tiempo y no se oía en toda la ciudad ni un solo cañonazo.

—Philip—dijo Carette—, el Hotel Pernet está sin guardia ninguna.

—Ya lo sé.

—¿Cuándo recordó usted por prime-

ra vez que habíamos salido de las habitaciones de Mlle. de Brassac dejándolas a merced de todos los ladrones de París?

—Me acordé cuando llegábamos a lo barracones del Boulevard viejo. Entonces iba a hablarle a usted y a preguntarle qué debíamos hacer..., pero la gente empezó a fijarse en su uniforme. Luego hubiera sido inútil hablar. Este maldito Thiers ha empeorado la situación, y eso que yo creía que no podía ser más mala. Ahora no hay policía a quien encargar de la busca y protección de Mlle. de Brassac. Yo poco puedo hacer; tengo que andar con muchas precauciones, porque están buscándome. La bala que mató a mi pobre cochero me dice todo lo que necesito saber.

—Y ahora—añadió lanzando un suspiro de fatiga y de desaliento—, ahora me quedo sin la ayuda de usted. No hay que decir que para usted sólo es posible una cosa: presentarse en Versalles mañana lo más temprano posible.

Ya iban a dar las dos de la madrugada cuando los dos jóvenes, después de cambiar impresiones largamente, se echaron en unas camas de campaña que había en un salón, y no tardaron en quedarse profundamente dormidos.

CAPITULO VI

Los tambores del 265.º

A las siete de la mañana, Philip se incorporó, diciendo:

—Están llamando, Carette.

Pero el capitán ya estaba en la puerta.

—¿Quién es?—preguntó.

—El oficial de guardia.

Carette abrió la puerta y el teniente le dijo:

—El general d'Abzac ha estado aquí a las seis. No quería creerme cuando le dije que el Gobierno había huído.

Después apareció Moidrey exclamando:

—¡Me han dejado con mis cuatro baterías en las Tullerías, sin orden ninguna! ¡Necesito órdenes!

—Mi comandante — replicó Carette — aquí, en el ministerio de la Guerra, no han dejado más que a la guardia y a mí.

—¿Tiene usted los sellos del Ministerio?

—Sí.

—Entonces escríbame una orden y podré salir por la Porte Dauphine con mis baterías. ¡Sea usted testigo, capitán Carette, de que Thiers huye tan de prisa que se olvida de mis valientes baterías!

Apenas hubo salido Moidrey con la orden escrita, llegaron otros con peticiones semejantes.

El general Bocher dijo al presentarse:

—Mi brigada está toda la noche sobre las armas. Ni siquiera he permitido que se acueste la tropa. Han pasado todo el tiempo vestidos y armados esperando a cada momento la orden de dirigirnos a Montmartre.

El conde Arthur de Vogüe, jefe de movilizados, empezando a hablar al mismo tiempo; pero ambos se callaron al oír en la calle la acompasada marcha de la tropa. Todos corrieron a los balcones.

—¿Son los federales?—gritó Bocher sacando el revólver.

—No; es la infantería de línea.

La división de Farron marchaba hacia la Porte Dauphine en un perfecto silencio, sólo turbado por las herraduras de los caballos, y el rítmico paso de los hombres. El 35º pasó en orden excelente, seguido del 42º, de varios regimientos de "marche" y de la gendarmería.

—¡Y monsieur Thiers huye teniendo bajo su mando tropas como esas!—dijo con desdén un oficial—. ¡No me gusta ese "petit bonhomme!"

Los oficiales se miraron unos a otros con gesto de desesperación.

—¡Sólo podemos hacer una cosa—dijeron—, unirnos al Ejército que se está formando en Versalles. Luego le estrecharon la mano a Carette y se retiraron.

Cuando bajaban los oficiales, subían los ujieres a preguntar si podían retirarse también.

Los federales pueden venir de un momento a otro—dijo uno—y pasarán a cuchillo a la guardia.

—Tienen ustedes razón—repuso Carette—. ¡Váyanse!

Y Philip y el capitán se quedaron solos en el Ministerio de la Guerra.

—Venga usted a la terraza del jardín—dijo Carette—. Allí podremos hablar y vigilar al mismo tiempo la rue Bourgogne. Si vienen, vendrán por ella.

Dicho esto, echó a andar. El sol lucía en un cielo completamente limpio de nubes, los pájaros cantaban en los árboles y todo era calma en el ambiente. En la parte opuesta del río sonaba una campana, y la brisa primaveral casi imperceptible traía al oído lejanos sonidos. Los dos amigos se sentaron en el parapeto que daba a la rue Bourgogne, y Carette sacó dos bollos y una botella de leche.

—Tal vez sea lo último que comamos juntos—dijo Landes sonriéndose.

—¿Quién sabe! Versalles no está lejos—repuso Carette—. No está lejos—repitió tristemente—y, sin embargo, me parece que aunque nos sea fácil salir de París nos va a costar trabajo volver... Esto está muy mal... muy mal.

Landes asintió con la cabeza.

—No puede imaginarse, amigo Philip, lo que siento dejarle a usted. Me parece una deserción. Si pudiera quedarme...

—Ya sé que se quedaría usted—respondió Philip.

—¿A qué hablar de eso? ¿Cree usted que Thiers piensa volver?

—Sí, y volverá si puede. Seguramente volveremos a tomar la ciudad, pero, ¿qué sucederá antes?

—La Commune significa el reinado del Terror—dijo Landes.

—Eso y nada más que eso—repuso Carette—. ¿Qué hará esa gentuza con el Poder que acaban de conquistar? ¿Qué hará Flourens?... ¿Y Assi y Descluze?... ¿Y Raúl Rigault?

En la calle sonó una voz,

—¡Eh! ¡Usted, capitán!

—¿Qué quiere usted?—preguntó Carette, asomándose al parapeto.

El que llamaba era un hombre con uniforme de la Guardia Nacional, que se tambaleaba borracho.

—¿Que qué quiero?—replicó el soldado con voz torpe—. Ya se lo diré... Quiero que sepa usted que yo soy tan guapo como usted y nada más.

Carette le miró atentamente.

—No debe estar solo—dijo en voz baja a Philip—. ¿Tiene usted preparado el revólver?

—Yo soy Yssel—siguió diciendo el borracho—, Juan María José Yssel, cabo de la cuarta compañía del batallón doscientos sesenta y seis.

—Es usted muy inteligente—replicó Carette—. ¿Dónde está su batallón?

—Yo no tengo batallón.

—Sí, lo tiene usted. ¿Vendrá por ahí?

—Puede.

—¿Cuándo?

—Abra usted, capitán—dijo el cabo golpeando la puerta con su fusil.

—Abriré si me dice cuándo vendrá su batallón.

—No tardará... A las diez...

—¿Quién es el coronel?

—Un memo.

—Bueno..., ¿pero cómo se llama?

—Wilton... Es de la Escuela de Bellas Artes.

—Le conozco—murmuró Philip agitado—. Es un estudiante yanqui, un artista, gran amigo de Gustavo Coubert.

—¿Y quiénes son los jefes del batallón 265°?—preguntó Carette.

—Tribert, coronel.

—¿Quién?

—Antonio Tribert..., un burro.

Philip y Carette cambiaron una mirada. Luego preguntó Landes:

—¿Dónde está ese batallón?

—En la rue des Rosiers... ¿Me van abrir o no?

—¿Dónde dice usted?

—En la rue des Rosiers. El cuartel general del coronel está en el Impasse de la Mort.

Philip cogió una mano a su amigo, pero no se miraron.

—Siga usted, cabo.

—¿Qué más quieren ustedes saber? Abran la puerta. Seamos amigos.

—Sí, hombre, sí... ¿Duerme allí el coronel?

—Lo mismo que si estuviera en el infierno, que debe ser su casa.

—¿Quiénes son los oficiales?

—Sarre.

—¿Quién?

—Andrés Sarre, capitán; Isidoro Wesser, teniente; ayudante de campo, Pagot... Pero no voy a decirles desde aquí todo lo que sé. Déjenme entrar y fraternizaremos...

En aquel momento sonó un redoble de tambores en la rue Bourgogne, y asomaron por una esquina unos cuantos soldados como exploradores. Se deslizaban pegados a las paredes con el fusil amartillado y la cabeza baja. Los tambores, mientras tanto, resonaban cada vez más cerca, y entre sus redobles sobresalía el toque de una corneta.

—La primera guardia de la Commune—murmuró Carette—. Venga usted.

Los dos amigos cruzaron la terraza, subieron unos escalones, y siguiendo una senda bordeada de arbustos entraron en una estrecha avenida que conducía a un patio. Allí se detuvieron.

—Adiós—dijo Carette estrechando la mano de su compañero—. Esta puerta da a la rue d'Athiss, y desde ella puedo llegar a la estación de San Lázaro, para estar en Versalles dentro de una hora. Si algo tiene que decirme me encontrará en el Estado Mayor de Vinoy. Ya tengo las señas de usted: rue Notre Dame. Acuérdesse de lo que me prometió y téngame al corriente si es posible. ¡Adiós, Philip!

Y diciéndose uno a otro: "¡Valor!", se separaron.

CAPITULO VII

El callejón de la Muerte

Las dos daban en el reloj del palacio del Luxemburgo, cuando Landes doblaba la esquina de la rue de Seine para entrar en la de St. Sulpice; pero al llegar a la plaza de este nombre le cerraron el paso centinelas de la Guardia Nacional, gritándole: "¡Atrás! ¡Atrás!"

Junto a la línea de soldados se agolpaba una multitud curiosa. Landes no pudo ver lo que la gente miraba hasta que cruzó la calle. Había una gran aglomeración de coches, carros y ómnibus detenidos sin poder avanzar ni retroceder. El joven subió a la acera, y cuando su vista alcanzó a descubrir toda la plaza, halló la explicación de aquel atasco. Centenares de soldados de la Guardia Nacional trabajaban como negros en los cuatro lados de la plaza, y ya habían levantado una formidable barricada de adoquines. Los federales habían dejado los fusiles, y se habían quitado los cinturones y las guerreras para atacar a los bloques de granito con picos y palancas. Un oficial patizambo, con vueltas rojas en el ca-



Abra, capitán, Somos amigos

pote y una porción de galones en el kenis y en las mangas, paseaba de un lado a otro la acera donde los soldados trabajaban y donde los cristales de los escaparates de las tiendas reflejaban sus encantos personales. Hablaba con voz campanuda y nasal, y repartía su atención entre los vidrios de los escaparates y un grupo de modistillas muy lindas que comentaban burlescamente la facha del militar.

—¡"Mon Dieu"! ¡Qué bonito!—exclamó una morenilla—. ¡Y qué piernas tan graciosas tiene!

—¡Son de estilo Renacimiento... del tiempo de Francisco I, señoritas!—dijo un estudiante que había al lado, con un cartabón debajo de un brazo y un tablero de dibujar debajo del otro.

Las muchachas contagiaron su risa a los de alrededor.

—No son Renacimiento...; ¡son árabes!—dijo otro estudiante—. Mírenle tal como está de espaldas... Esas piernas forman un arco árabe del más puro estilo... Admiren ustedes ese fragmento de la Alhambra, traído por el Gobierno, con un gasto enorme, para instrucción del público parisiense y...

Un soldado quiso detenerle, pero el estudiante se le escurrió de las manos y montó en un ómnibus, desde cuya imperial siguió explicando a grandes voces, mientras se alejaba el vehículo, entre las carcajadas de los curiosos, el incalculable valor de aquella humana joya de la arquitectura musulmana.

—¡Parece mentira que tengamos ganas de reírse!—pensó Philip apresurando el paso hacia el Luxemburgo—. Nadie más que los parisienses puede tomar a broma tan siniestros preparativos.

Cuando hubo llegado a la calle de Vaugirard se dispuso a cruzar los jardines del Luxemburgo, pero nuevamente le cerraron el camino otros centinelas, y otra vez volvió a oír el grito de "¡Atrás! ¡Atrás!"

Una rápida ojeada a través de la línea de soldados le bastó para ver que los jardines estaban cuajados de tropas federales, especialmente de infantería de la Guardia Nacional.

Obligado a dar un gran rodeo, en el curso del cual encontró más federales haciendo barricadas, llegó por fin a su estudio de la rue Notre Dame.

José, el portero, crítico declarado y admirador secreto de Landes, se hallaba a la entrada del pasaje cubierto de hiedra que conducía al estudio. Al ver José a Philip se puso contento.

Después de los horrores de la plaza Pigalle, después de la matanza de la rue des Rosiers y después de lo que parecía un sin fin de años de ausencia en el mundo de las pesadillas, aquel regreso conmovió profundamente a Landes; de buena gana hubiese abrazado a José, pero se limitó a decirle:

—¡Hola, José! Aquí me tiene usted. Me parece que ha durado algo mi ausencia.

—Tres días, monsieur Landes—replicó José con tono sepulcral.

En sus ojos había una acusación y una expresión dolorosa en su boca.

—¿Marcha todo bien?—preguntó Philip sabiendo lo que iba a venir.

José levantó una mano al cielo con ademán suplicante, y con los ojos vueltos en la misma dirección exclamó:

—¿Que si todo marcha bien? ¿Me pregunta usted eso? Tres días con tres noches ha estado usted ausente con sus alegres amigos sin dar señales de vida a su fiel portero. Al señor no le importa que haya pasado las noches en ansiosa espera y que haya corrido de un lado a otro temiendo que le hubiera ocurrido alguna desgracia al señor. A usted le tiene sin cuidado que yo, alarmado por su seguridad, haya acudido al depósito de cadáveres y a la dirección de policía, y que por correr me vea con los pies deshechos y con la gota agravada.

—Lo siento mucho, José, pero no puedo evitarlo. No ha habido más remedio que aguantarse.

—Pero no se ha ocupado usted de mí, que siempre he sido tan fiel y tan diligente para con usted. No se ha dignado usted enviarme dos letras o un recado que calmase mi intranquilidad, ¡no! Sólo me ha enviado usted un cesto de perros y gatos que me miraban con ojos espantosos.

—¡Ah!—exclamó Philip—. ¿Trajo un soldado el gato y el perrito?

—Monsieur Philip, el perrito está mordiendo y estropeando todo el estudio, y el gato araña la corteza del almendro y destroza el rosal; más en atención al señorito no he pegado a ninguno de los dos bichos.

—Es usted muy bueno, José; es usted una joya. Ahora prepáreme usted el baño y algo de comer, porque en seguida tengo que volver a salir.

—¿A pasarse otros tres días por ahí?

—No, no. ¿Ha venido monsieur Ellice?

—Cinco veces todo angustiado.

—¿Ha estado alguien más?

—Una señorita... Mademoiselle Faustina Courtois. Vino esta mañana y, según dijo, volverá hoy mismo.

Al entrar Philip en el estudio, el perrito enderezó las orejas. El joven le llamó con cariño y el animalito fue corriendo a su lado y se dejó coger en brazos. El gato también conoció al recién llegado, y levantándose del diván en que estaba arrellanado, abrió sus grandes ojazos de color esmeralda, se estiró, abrió la boca y empezó a hacer el carretón. Philip se sentó y cogió a los dos animales. Entonces, en la placida calma de su cuarto, tomó posesión de sus pensamientos la desgraciada Juana de Brassac, y su cerebro empezó a dar vueltas al problema de su salvación, que le preocupaba constantemente desde su entrada en el Hôtel Perret. Sus pensamientos en este sentido apenas habían sufrido interrupción en medio de los espantosos horrores de la rue des Rosiers, del tumulto de la plaza Pigalle y del siniestro silencio del abandonado ministerio de la Guerra. El rostro de la joven lo había tenido presente en la imaginación entre los infernales clamores del Château Rouge, y entre la confusión, las violencias y las crueldades, su corazón repetía su nombre a cada latido. Pero sólo ahora que se

encontraba en su estudio con los animalitos de ella en los brazos, podía meditar friamente acerca del desesperado problema de su salvación.

La policía había sido sacada de la ciudad, la guardia de Luxemburgo había huído a Versalles y no quedaba nadie a quien pedir ayuda ni consejo siquiera. El debía proceder con exquisita cautela, porque estaba señalado por los jefes de las turbas, y cualquier mal paso podía agravar los peligros que amenazaban a Juana. Por otra parte le halagaba muy poco la idea de verse junto a un muro con los ojos vendados y una docena de balas del batallón 265° en el cuerpo.

Tenía que buscar a Juana sólo. No había en París una persona que pudiera ayudarle... Mas, no... había una... Faustina Courtois podía serle útil por sus relaciones con Tribert. Pero ¿cómo?

Philip almorzó en compañía del perro y el gato, y mientras esperaba la llegada de Faustina, sacó del bolsillo el papel todo arrugado que Georgias había dejado a medio escribir en la plaza Pigalle y por centésima vez leyó estas pocas líneas:

"Querido Raúl: Si crees que el callejón está bastante seguro, Tribert puede retener en él al pájaro hasta..."

La carta había sido interrumpida en este punto por la súbita entrada de Landes en el café. Hasta que no hubo llegado el cabo borracho a la terraza del ministerio de la Guerra, la palabra "Callejón" podía haber indicado uno de los muchos que hay medio ocultos entre las callejuelas del viejo París; pero gracias al beodo, Landes sabía que aquel callejón era el llamado de la Muerte, y que en él tenía Tribert su cuartel general.

El callejón de la Muerte era una estrecha calleja sin salida y sin empedrado, que se extendía en ángulo recto desde el Faubourg du Temple hasta el Canal St. Martín. Muy posiblemente no habría oído hablar de él más de un parisiense por cada mil. Landes conocía el callejón por haber vivido allí su modelo, Sara Lalo, y por haber ido un día a dar un consejo al padre de la joven, que había estado a punto de matarla en una de sus acostumbradas borracheras.

El resto de la carta estaba claro. El "pájaro" era indudablemente Juana de Brassac. Cuando miraba la carta y pensaba que la pobre niña se hallaba en aquella guarida de granujas, y en poder de semejantes criminales, sentía impulsos de ir corriendo a arrancarla de las manos que la retenían. Pero estos impulsos tenía que vencerlos ante la lógica, y se desanimaba más cada vez. ¿Podría utilizar a la modelo? ¿Sería posible ponerse al habla con Juana por medio de Sara Lalo? Comprendiendo las dificultades de semejante empresa volvió a pensar en Faustina Courtois y empezó a sentir impaciencia por su llegada. La tarde avanzaba y la luz disminuía... Faustina no debía tardar. En efecto, al poco rato se abrió silenciosamente la puerta, sonaron pasos en la senda y Faustina entró en el jardín.

Haciendo un gesto de bienvenida, Landes se puso de pie, y después de hacerla pasar, cerró la puerta del estudio.

La joven permaneció quieta al lado de Landes con el rostro muy pálido. Su expresión era de cansancio. Landes creyó ver en ella signos de participación en las violencias de los últimos tres días. Al ver el lazo de cinta roja que llevaba en el pecho, no pudo reprimir su indignación.

—¿Qué hay?—preguntó secamente.
—Que estás seguro, Philip.

—No me importa lo que puede ocurrirme a mí—respondió con aspereza—. Lo que deseo saber es por qué llevas eso en el pecho. ¿Estás orgullosa de tus asesinatos y de tu anarquía? ¿No es eso rojo que llevas ahí el símbolo de la Commune? Pues ese símbolo es el de la ignorancia, de la brutalidad y de la crueldad. ¡Parece mentira que lo lleves encima!

—Sí... lo llevo...

Y después de una pausa añadió entre dientes:

—Lo llevaré mientras haya rebeldes y traidores en Versalles.

—¿Llamas así al Gobierno legal?

—Ese es el nombre que ellos se dan, pero no son más que unos salvajes realistas e imperialistas que quieren volver a esclavizar a Francia. ¿Crees que volverán? ¡Antes volaremos la ciudad!

Al decir esto Faustina, la flameaban los ojos febrilmente y se le pusieron encendidas las mejillas.

Todos los encontrados sentimientos de Landes, quedaron reducidos a una profunda compasión al contemplar a aquella muchacha, ayer compañera de diversiones y entonces agitada por pasiones demasiado fuertes para su resistencia.

Landes la hizo sentarse a su lado en el diván.

—Escucha, Faustina. Los dos somos, como tú dices, antiguos amigos y camaradas. Hasta estos malditos sucesos nada han turbado nuestras buenas relaciones. No hace mucho participábamos juntos las miserias del sitio. Yo te conozco..., sé que eres recta y leal por naturaleza. Antes, por lo menos, eras incapaz de cometer una acción baja.

Cuando la vió tranquilizada, Landes la cogió una mano y empezó a contarla la historia de los últimos tres días, sin suprimir un detalle. Cuando acabó Faustina estaba como una muerta. Había llegado el momento de pedirle su ayuda y expuso su deseo. En su relato había incluido el asesinato del conde de Brassac, los sucesos de la plaza Pigalle, la carta de Georgias y las revelaciones del cabo borracho. Faustina era lista y comprendió en seguida que se trataba de encontrar a Juana de Brassac.

—Ayúdame a desarrollar mi plan—dijo Philip—. No sé por dónde echar. Ya ves que soy un hombre señalado.

Los ojos de Faustina estaban secos. Retiró su mano de las de Philip, se irguió y miró a su amigo con fijeza.

—Si puedo, te ayudaré a buscar a mademoiselle de Brassac. ¿Qué debo hacer?

—Procurarme un uniforme del 265° y un pase o la contraseña.

—Te traeré la contraseña y dos uniformes. No debes ir solo; que te acompañe monsieur Ellice.

—¿Tienes razón! ¡Irás Juanito conmigo! ¿Cumplirás tu ofrecimiento?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Qué buena eres!—exclamó Landes dándole un abrazo.

La joven se desasíó roja de rabia.

—¿Cómo te atreves?—dijo dejándose caer en una silla, sollozando amargamente con la cabeza caída sobre el pecho y vuelta de espaldas a Philip.

—¡Si no te abrazaba por nada!—protestó Landes.

—Ya lo sé. ¡Por nada! Crees que debo soportar tus caricias porque soy una muchacha del Barrio Latino.

—Te juro por mi honor que no pensaba nada de eso—replicó Landes—. Sólo lo creía y creo que eres la muchacha más generosa del mundo... y la compañera más leal. Nunca te he pedido un favor que no me hayas concedido, por muchas molestias que te haya causado. No hay persona en el mundo a quien yo pueda tratar con un respeto tan sincero como a ti, Faustina.

—“¡A la bonheur!”—exclamó la joven riendo nerviosamente, e irguiéndose otra vez con uno de sus rápidos cambios acostumbrados—. No hables más de eso. Voy a traerte en seguida los dos uniformes. Dentro de una hora estaré de vuelta. Ya me las arreglaré para entregárselos a José sin que nadie me vea.

Al decir esto, Faustina se dirigió a la puerta con la misma serenidad que si fuese a desempeñar alguna comisión corriente; pero antes de salir se volvió y encontró a Philip, que se acercaba corriendo a abrir.

—Dios te guarde—dijo mirándole a la cara—y no olvides que las almas pecadoras se purifican con el amor.

—Tú eres más buena que yo—balbuceó Philip, disgustado.

—¿Yo mejor que tú?—replicó Faustina, amargamente, volviendo a cambiar de expresión—. ¡Pero aun es más buena Mlle. de Brassac!

La pobre muchacha tenía el cutis encendido, cuando echó a correr por la puerta y salió al jardín. Philip la oyó cambiar unas palabras con alguien, y a los pocos momentos entraba en el estudio Juanito Ellice..

—¡Caramba! ¡Al fin has vuelto! Faustina dice que has estado en Montmartre y que necesitabas mi ayuda.

—Sí, necesito tu ayuda, pero ante todo me hacen falta noticias... Siéntate y cuéntame la situación.

—Pues en primer lugar, te diré que Raúl Rigault, tu amigo del café Cardinal, es prefecto de policía y procurador general de la Commune.

—¡Santo Dios!

—Lo mismo dije yo cuando leí su nombramiento en un cartel pegado en la oficina del gobernador, en la rue Bonaparte.

—¿Lo ha nombrado el Comité Central?

—Sí, el Comité Central. Es espantoso para ti, Philip.

Lo mismo dirás cuando oigas lo que tengo que decirte. Pero ese... estudiante del Barrio Latino... es más joven que tú.

—No; ha cumplido ya veintiocho años.

—¡Pero si ha fracasado en todo... en Derecho... en Medicina... y últimamente en la Politécnica! ¡Si es un don nadie,

sin pizca de talento! ¿Cómo le han dado ese nombramiento?

—Yo supongo que se le habrá dado por ser el más canalla de la cuadrilla. Toma a Marat abiertamente por modelo.

—¿Es posible que se atreva tan pronto?

—Creo que sí. Toda la Commune está chiflada con la Primera Revolución. Sus oradores ensalzan a Robespierre. No estamos en 1871; estamos en el año 79 de la Libertad; y el mes que viene no será abril, sino Germinal; han cogido el “Oficial” y le están arreglando a su medida. Todos los periódicos suprimidos por Thiers han vuelto a salir, y en cambio han suprimido los que se publicaban. Y lo más infame de todo—añadió Ellice, bajando la voz—es que hoy han aparecido bandos en todas las paredes de París con el nombramiento del Comité de Seguridad Pública y el decreto resucitando la Ley de sospechosos.

—¡El reinado del Terror!—exclamó Landes.

—Ahora habla tú—repuso Ellice—. ¿Qué necesitas de mí?

Juanito Ellice no tenía muchas ideas originales para ser un buen consejero, pero era un perfecto confidente y un excelente amigo; y después de escuchar con creciente agitación el relato de su amigo, concluyó dando un salto de impaciencia al oír que se trataba de hacer una expedición al Callejón de la Muerte.

—En cuanto a planes—concluyó diciendo Philip—. ¿Cuáles quieres que tenga? Soy el único protector de Juana de Brassac en esta crisis... y al mismo tiempo soy un hombre señalado por esos criminales que la tienen en su poder, y que ocupan los principales puestos del gobierno de la ciudad. Si la encuentro y tengo la suerte de arrancarla de las garras de Tribert, ¿dónde la llevo? Dentro de una hora debe estar camino de Chartres. Si esto no puede realizarse, debe esconderse hasta que tenga ocasión de huir, pero ¿dónde se esconde? No conozco a nadie a quien me atreva a pedirle que la reciba. Por lo que su padre me dijo, me figuro que no tienen muchos amigos en París, y esos pocos, sabe Dios dónde estarán... Seguramente habrán huído a Versalles con el gobierno y el ejército. Supongamos que esta noche, por ejemplo, encontramos a Juana de Brassac en el Callejón de la Muerte. Supongamos que logramos sacarla de su encierro. En este caso es muy probable que tengamos que correr, y supongamos que no podemos llegar a la estación...

—Es que no debemos dejar de llegar a la estación.

—Sí, pero con los registros domiciliarios y con la guillotina funcionando alegremente en todas las plazas y con Raúl Rigault ardiendo en deseos de ver mi cabeza en el cesto del serrín...

De pronto se quedaron silenciosos, porque sintieron llamar a la puerta.

—Escucha—murmuró Landes—. ¿Qué es eso? La puerta tiene campanilla; nadie llama a golpes.

Los dos amigos aguardaron en silencio. Los golpes volvieron a sonar bajos y persistentes.

—No me explico—murmuró Landes

al oído de Ellice—cómo ha dejado pasar José a nadie sin conocerlo.

Por tercera vez sonaron los golpes, claros e imperativos.

Landes se dirigió a la puerta y la abrió de par en par.

Un hombrecillo cetrino, todo vestido de negro, excepción hecha de una banda roja, que le cruzaba el pecho, penetró en el cuarto silenciosamente, sin quitarse el sombrero. Dos soldados de la Guardia Nacional quisieron seguirle, pero les hizo señas de que se retirasen y cerró la puerta suavemente. Luego, con voz fría, dijo que deseaba ver al dueño de la casa.

—Yo soy el inquilino—repuso Landes, con el corazón oprimido—. ¿Quién es usted y qué quiere?

—Yo soy el ciudadano Varlet, encargado por el jefe de policía del arresto de un tal Henri Marsy, sospechoso de la Commune. ¿Cómo se llama usted?

—Philip Landes, pintor de profesión. —¿Y este señor?—añadió mirando a Ellice.

—Juan D. Ellice, artista.

—¿Cómo se llama su vecino del estudio de enfrente?

—Moreau Gauthier, escultor—respondió Landes—. El señor Ellice no vive aquí. Tenga la bondad de preguntarme a mí lo que desee saber.

—Preguntaré a quien me dé la gana—replicó el hombrecillo con la mayor naturalidad—. ¿Quién vive en el estudio de más allá?

—No lo sé—respondió Landes mintiendo deliberadamente, porque sabía que allí residía el sujeto a quien buscaban.

Ellice lo comprendió y en el mismo instante tuvo una inspiración.

—Bueno, adiós, Philip—dijo estrechando la mano a Landes y dándole un apretón de inteligencia—; mañana volveré—y se dirigió a la puerta.

Pero el hombrecillo se adelantó, y después de echar la llave se la guardó en el bolsillo.

—¿Qué es eso?—gritó Landes colérico.

—Este caballero no debe salir de aquí ahora. Voy a registrar sus habitaciones.

—¡Ca, no, señor!—exclamó Philip.

—En nombre de la Commune...

—¡A mí qué me importa en nombre de quién quiere usted registrar!—gritó Landes trémulo de ira—. ¡Fuera de mi casa!—rugió dirigiéndose al hombrecillo.

Pero el delegado de la Commune fué más vivo, y abriendo rápidamente la puerta, llamó a los soldados.

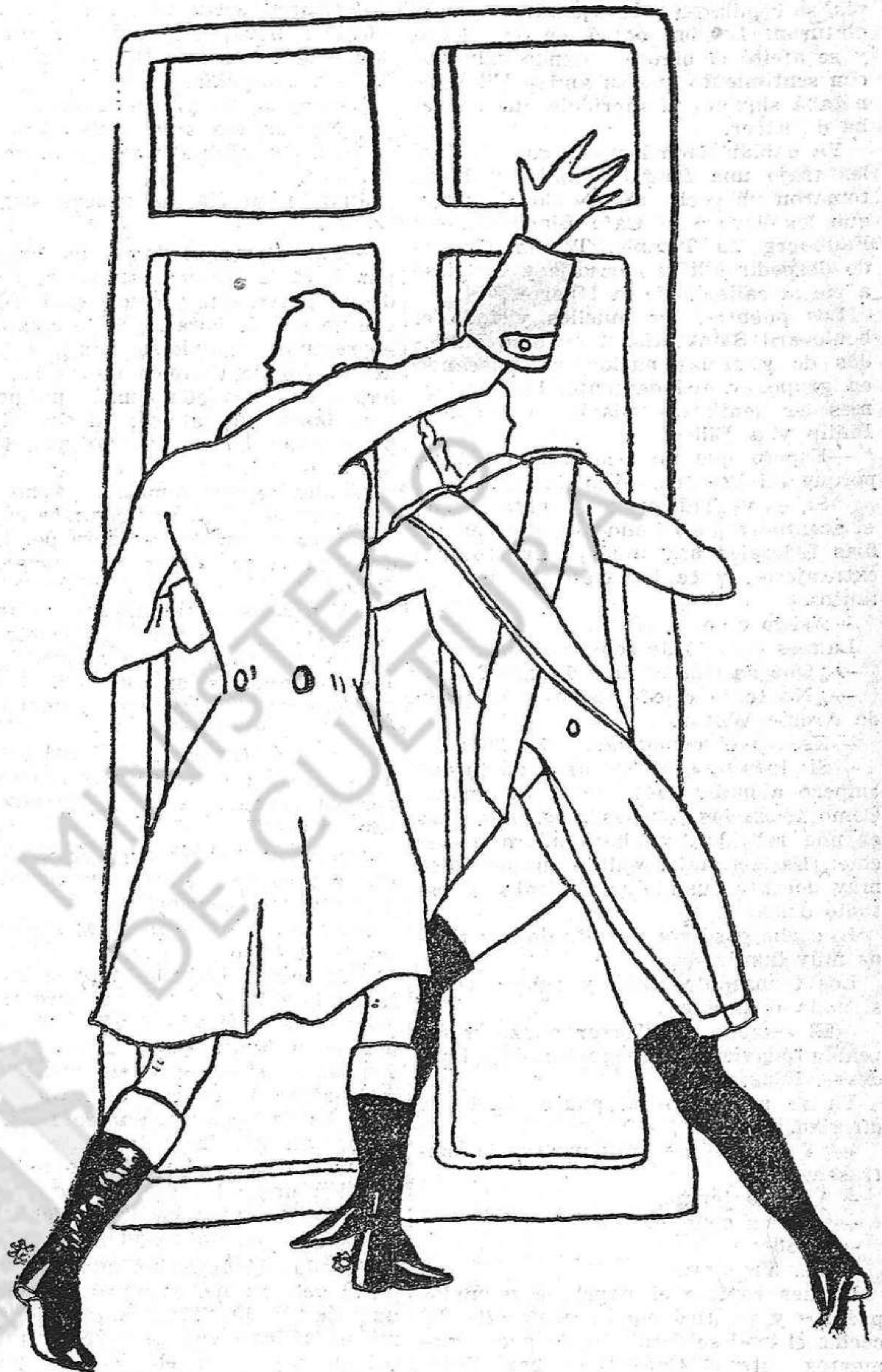
—Se niegan al registro—dijo impasible—. Fuego, si ofrecen más resistencia.

—¡Pruebe usted, ladrón desorejado!—gritó Landes pálido de furia.

—Y cogiendo una bandera yanqui, que pendía de la pared, la ondeó exclamando:

—¿Ve usted esta bandera? ¿Me ve usted bajo ella? Este es mi pabellón. Este es el terreno de los Estados Unidos. ¡Ultrajeme a mí o a ella, si se atreve!

El delegado de la Commune se puso algo más pálido, y contempló la ban-



Tendremos que romperla—dijo reuniendo todas sus fuerzas...

dera. Ignoraba los derechos de los extranjeros, pero procuró ocultar su ignorancia. Los soldados miraban el pabellón yanqui con ojos estúpidos y amartillaban sus fusiles. Después de un momento, Verlet se quitó el sombrero, y haciendo una inclinación de cabeza a Landes, le dijo:

—Ha sido un error; no es necesario proceder a un registro formal. No ha sido mi ánimo inferir ningún agravio a su nación. Espero que olvidará usted este incidente.

Ellice aprovechó la oportunidad que se le ofrecía y salió con aire descompuerto pidiendo a voces un coche para ir a ver al embajador de los Estados Unidos. Pero lo que hizo fué avisar a Marsy para que huyera.

—Espero que su amigo no insistirá en llevar adelante este desagradable asunto, que sólo es debido a un error. Confío en que no irá, como dice, a ver al ministro de los Estados Unidos—añadió el delegado con mucha humildad, y después de nuevas excusas se retiró.

José entró luego con un paquete de grandes dimensiones. Ellice acababa de regresar de poner en guardia al vecino de Philip, y entre ambos desataron el paquete. Ellice miró el reloj: eran cerca de las seis.

—Veamos qué viene aquí—dijo.

Los uniformes y los kepis les sentaban como por lo general sentaban a los hombres que los usaban. Los dos amigos se contemplaron comentando la facha que hacían, se probaron la ke-

pis, se cepillaron y se ajustaron bien el cinturón. Landes entró en la alcoba y se afeitó el bigote. Cuando salió vió con sentimiento que su amigo Ellice no notaba siquiera el sacrificio que acababa de hacer.

Ya habían dado las seis cuando José les trajo una frugal comida, y luego tomaron un coche mandando al auriga que los llevase al Café Blanc-béc, del Faubourg du Temple. Tenían planeado despedir allí el carruaje y dirigirse a pie al callejón de la Muerte.

Los puentes, los muelles y todo el boulevard Saint Michel estaban cuajados de guardias nacionales, paseando en grupos y aisladamente. Los uniformes les sentaban todavía peor que a Philip y a Ellice.

—Espero que no tendré que hablar, porque mi acento...—dijo Juanito.

—Sí, es verdad que se te nota mucho el acento—repuso Landes—, pero en las filas federales hay muchos aventureros extranjeros, y te tomarán por uno de tantos.

—Así lo creo.

Landes cambió de conversación.

—¿Qué ha sido de Inés Falaise?

—¿No te lo dije? Se ha enamorado de Archie Wilton.

—Ese es el comandante del 266°.

—Sí; Inés no se ocupó de él hasta que empezó a bullir en lo de la Commune. Como todas las jóvenes francesas, Inés es una rebelde... y ahora adora a Archie. ¡Es lástima!... Wilton era un chico muy decente cuando se dedicaba al estudio del arte.

El coche pasó por delante de una tienda muy iluminada.

Los transeúntes iban y venían como si nada ocurriese.

—El reinado del Terror no ha intervenido todavía en los negocios—dijo Landes—. Espera.

Ya se acercaban al punto donde se dirigían.

—¿Y el papel de Faustina con la contraseña?

—Aquí lo tengo.

—Veamos cuál es.

—Viroflay.

—Sí... Viroflay.

Landes rompió el papel en menudos pedazos y los tiró por la ventanilla del coche, el cual se detuvo a los pocos momentos ante el Café Blanc-bec. Ellice pagó y siguió a Landes a la terraza. Pidieron café y se sentaron como si vinieran dispuestos a pasarse allí la velada. En la terraza había poca gente. Un "souteneur" de mal aspecto, y un par de infelices muchachas, pero ni un solo uniforme, por lo cual los dos amigos dieron las gracias al cielo. Al poco rato se asomó el obeso dueño del establecimiento, y al ver a dos guardias nacionales los llamó con entusiasmo.

—Buenas noches, compañeros. ¿De qué batallón son ustedes?

—Del doscientos setenta y cinco—respondió Landes amablemente, y al mismo tiempo hizo seña a Juanito para retirarse.

—¿Con que del doscientos setenta y cinco?—repitió el cafetero resoplando.

—Sí... Nuestro jefe es el coronel Tribert—dijo Landes levantándose lentamente y empezando a retirarse.

—Espere usted un poco, compañero. ¿Quiere llevar un recado a mi hijo? Quizá le conozca... Pablo Martín, de la tercera compañía.

Landes se detuvo y repuso:

—No conozco a ese Pablo Martín.

—¿Y su amigo?—preguntó mirando a Ellice.

Juanito movió la cabeza negativamente.

—Pues haga el favor de preguntar por él en la tercera compañía, y dígame de mi parte, que procure salir esta noche un par de horas. ¿Se lo dirá usted?

—preguntó pegando su cara a la de Landes—. Dígame también que a las nueve habrá una pequeña cená..., un poco de vino bueno, un ganso; en fin, algo un poco mejor que el rancho. ¿Se lo dirá usted, monsieur?

Landes se lo prometió y echó a andar, pero el padre de Martín le cogió de un brazo, y con voz fatigosa por la gordura, le volvió a dar las gracias, añadiendo:

—Venga usted también, y su amigo... "Mon Dieu!" Dos horas de asueto siempre se las saben buscar la gente joven. Traigan señoras, si quieren... A mí no me importá. "Cré'nom d'un nom il faut bien qu'on s'amuse!"

Para deshacerse de él, Landes le prometió todo, y el obeso cafetero les dejó por fin retirarse con un chaparrón de "au revoirs!"

Al cruzar el sucio canal de St. Martin, Philip encargó a Ellice que tuviese cuidado con los centinelas.

—No hay que temer nada; traemos los revólvers—dijo Juanito.

—Sí—pensó Landes—pero si hacemos fuego lo echamos todo a perder. Mira—añadió en voz alta—, allí está el callejón de la Muerte. Ahora mucho tiento y déjame responder si nos dicen algo.

Cruzaron la calle y entraron en una estrecha callejuela malamente alumbrada por un solo farol de aceite en el extremo opuesto. Al poner los pies en el callejón nadie les dió una voz ni oyeron ningún ruido en las tinieblas más que el eco de sus pisadas.

Cuando llevaban andada la tercera parte del camino, se abrió la puerta de una casa y brotó un chorro de luz, al mismo tiempo que se percibía una babel de voces en el interior; pero la puerta se entornó de nuevo y las voces cesaron al mismo tiempo que volvía a reinar la obscuridad.

Los dos amigos habían visto salir un militar que se dirigía a la bocacalle.

—Es el centinela. Viene de ahí dentro de beber y por eso no nos ha echado el alto—murmuró Ellice.

—Espera un momento—repuso Landes dirigiéndose al sujeto, que ya había llegado a la desembocadura del callejón.

Casi estaba al lado del centinela, cuando éste oyó los pasos de Philip, y tambaleándose, levantó el rifle.

—¿Quién vive!—gritó con voz de trueno.

—¿Amigo de la Commune!

—¿Avance tres pasos el amigo de la Commune!

Philip obedeció sin reparo.

—¡Alto!

Philip se detuvo, enderezóse el kepis,

y metiéndose las manos en los bolsillos, dijo:

—¡Vamos, vamos, compañero, no te des tanto tono! Has dejado tu puesto para ir a beber, y mientras podía haber pasado hasta el propio Thiers.

El centinela se quedó amedrentado, pero trató de ocultarlo pidiendo con malos modos la contraseña.

—¡Viroflay! ¡Viroflay! Realmente disgusta esta indisciplina.

El centinela puso el arma en su lugar descanso, y miró con insistencia, tratando de ver la cara de Landes en la semiobscuridad.

—¿De qué batallón eres?—preguntó nerviosamente.

—Del que a ti no te importa.

—Poco cortés eres, compañero—replicó el centinela, que ya empezaba a temer que tenía que habérselas con un oficial de ronda.

—Soy cortés, cuando debo serlo. ¿Por qué has dejado tu puesto?

—Mira, compañero..., fué sólo un momento... Este trabajo es muy duro... ¿Vas a dar parte de mí?

—¿De qué batallón eres?

—¡Toma! ¡del 265°!—repuso el soldado sorprendido y con cierta desconfianza.

Philip comprendió su indiscreción y procuró subsanarla en seguida.

—Vamos, veo que no estás tan borracho cuando contestas acorde—añadió.

—¡Borracho!—exclamó el centinela—. ¡Si sólo he bebido media copa!

—Más vale así... ¿Y de qué compañía?

—Tercera—balbuceó el mozo, perplejo y nuevamente amedrentado.

—¿Cómo te llamas?

—Pablo Martín.

Landes silbó suavemente, y luego, lanzando una carcajada, dió una palmada en el hombro del centinela.

—No hagas caso, hombre; todo ha sido broma—dijo—. Te traigo un recado de tu padre.

—¡Embustero!—exclamó Martín con desconfianza, pero mucho más tranquilo—. Bien te has burlado de mí.

—¿Hasta qué hora estás de guardia?—repuso Philip.

—Hasta media noche. Me ha castigado el capitán por haber perdido tres botones. ¿Qué quiere mi padre?

—Quiere que te den dos horas de asueto. Tienen preparados un ganso, un poco de vino superior y una buena compañía en el café Blanc-bec, a las nueve.

—¿Caramba! ¡No puedo ir!

—Pídele permiso al capitán.

—Se conoce que no eres de la tercera compañía, porque no sabes qué casta de pájaro es el capitán Pau. ¿Crees que después de haberme echado seis horas de guardia extraordinaria va a concederme dos horas de libertad? ¿De qué compañía eres tú?

Landes fingió no oír la pregunta.

—Siento que no puedas venir—repuso—. El señor Martín me ha convidado a mí también.

—¡Y pensar que no puedo ir! ¿Dijo que habría ganso?—preguntó el soldado golpeando el suelo con la culata del fusil.

—Ganso con guisantes—repitió Philip.

—¿Y vino añejo? Si, será ese tan bueno que bebe él.

—A mí no me dijo más que "buen vino" y "ganso tierno".

—No lo repitas, compañero, que se me hace la boca agua.

—¡Diablo! Lo mismo me pasa a mí —exclamó Philip riéndose.

El centinela maldijo su mala suerte, y Landes siguió riéndose, hasta que de pronto, como si se le hubiese ocurrido una idea repentina, se acercó a Martín para decirle:

—Escucha, compañero; me parece que vamos a poder arreglar la cosa. ¿Dónde está el centinela de la puerta de la casa de Tribert?

—No tiene centinela en la puerta; está dentro del portal. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Espera un poco... La casa del coronel Tribert es... es...

—La tercera del fondo de este callejón... a mano derecha. ¿No ha estado nunca tu compañía de guardia ahí?

—No... todavía no. Supón que conseguimos ponerte un sustituto... ¿Lo notaría el coronel?

—¡Ca!... No me conoce y además se ha ido.

—¿Y tu capitán?

—También se ha marchado... con el coronel al Ayuntamiento.

—Entonces si consigo poner otro indiosuper... sin que te echen de menos.

—¿Pero, podrás hacerlo?

—Es posible. Un compañero mío ha venido al callejón a ver a su novia, y quizá quisiera quedarse por ti ofreciéndole media botella de vino y un alón de cualquier cosa.

—¿Hombre, no es mala idea! ¡Diselo!

Philip fué al sitio donde Ellice le esperaba escondido detrás de una puerta, y le explicó en pocas palabras la ocasión que se les ofrecía para realizar sus propósitos.

Murmurando un "¡Perfectamente!", Juanito echó a andar al lado de su amigo hacia donde les esperaba el centinela.

—Este es mi compañero Víctor, de la sexta... —dijo Landes a Martín—. Entrégale el fusil y echa a correr.

—¿No vienes tú también?

—Dentro diez minutos. Voy a buscar una mujer... porque tu padre me ha dicho que podemos ir acompañados.

—¡Caramba! —exclamó Martín—. Entonces no esperó... Pero oye, compañero... lleva dos.

Dicho esto, Martín se alejó presuroso, murmurando:

—No lo olvides; la contraseña es Viroflay.

Y se alejó en dirección del canal. En cuanto hubo desaparecido, Landes se encará con Ellice.

—Juanito —dijo—, Tribert ha ido al Ayuntamiento. Su casa es una pequeña que hay al final del callejón. La tercera a mano derecha. Voy a reconocer el terreno.

—Yo también voy.

Los dos se dirigieron rápidamente hacia la casa.

—¡Vaya una ratonera! —exclamó Juanito viendo el muro que cerraba el fondo del callejón.

—¿Quién vive? —gritó una voz desde dentro de un portal.

—¡Amigos de la Commune!

—¡Avancen tres pasos los amigos de la Commune!... ¡Alto!

—¡Calla! ¡Viroflay! —dijo Landes avanzando hacia la puerta—. Pablo Martín se la ha buscado otra vez.

—¿Pues qué ha hecho? —preguntó el centinela apoyándose negligentemente en el fusil.

—¿Sabías que el capitán le había castigado por lo de los botones?

—Sí, a seis horas de guardia extraordinaria.

—Pues bueno; ahora le han cogido faltando de su puesto. Acababa de entrar a echar un trago en el "Bec-de-gaz", cuando... llega... llega...

—¿Quién?

—Ya te lo puedes figurar —murmuró Landes vacilando.

—¿Grissot, tal vez?

—Sí, Grissot mismo.

—¡Caramba! ¡Pobre Pablo! ¿Y qué hizo ese viejo?

—Voy a decírtelo.

Landes penetró en el portal con un aire que nadie hubiera dicho que no pertenecía a un batallón federal. Ellice le siguió y ambos penetraron en una especie de oficina grande y medio desalquilada y alumbrada con una sola bujía.

—¡Esperad! —gritó el centinela, un muchacho barbilampiño de ojos saltos—. No podéis entrar ahí.

—Bueno, hombre —respondió Philip riéndose—. ¿No nos puedes dar algo que comer?

—No, pero ahí, en ese cuartito, tengo una botella de coñac... Si queréis aguardar hasta que...

—No podemos aguardar.

—Si viene el coronel...

—¡Ca, no viene!... Danos de beber —dijo Landes acercándose y echando una mirada a Ellice.

—¿Qué tiene tu fusil? ¿A ver?

—¿Qué?... ¿Qué?... —dijo el centinela bajando la cabeza para mirar.

Landes, entonces, se arrojó sobre el soldado y le tapó la boca, mientras Ellice le quitaba el fusil de las manos.

—Rompe esa cortina, Juanito, y trae en seguida un pedazo, porque este me está mordiendo.

En un momento quedaba amordazado y sujeto el centinela con una pelota de trapo en la boca y unas tiras de tela alrededor de las muñecas y de los tobillos.

—¡Vaya una tropa la de estos federales! —dijo Landes riéndose—. Casi podríamos ir a apoderarnos de la ciudad. Anda, Ellice; vamos a meter a este en el cuartito donde guarda el coñac.

Después de encerrar al centinela, Juanito se guardó la llave del cuarto en el bolsillo.

En aquel momento se oyó el ruido de una puerta y una voz en el piso de arriba. Los dos amigos se acercaron medio a rastras hasta la escalera, y después de escuchar sigilosamente un momento, Landes dijo:

—Subamos.

Cuando llegaron al rellano, Philip, que iba delante, se puso a mirar por la puer-

ta que había sentido abrirse. En seguida se volvió y echó una mirada a Juanito que le heló la sangre en las venas. Luego, acercándole la boca al oído le dijo:

—Tribert está ahí.

La voz era clara y se entendían perfectamente las palabras.

—¿Por qué se queja usted? —decía Tribert a alguien que debía hallarse en un aposento interior—. Usted tiene la culpa. Ya le he dicho lo que yo haría en su caso, y he hecho más de lo que puede hacer nadie por usted.

Sus palabras no obtuvieron respuesta.

Landes le vio coger un sable de un armario, y colgárselo del tahalí. Luego tomó unos revólvers de una panoplia, se los puso al cinto y se volvió hacia la invisible ocupante de la habitación contigua.

—Le digo que no se lamente más. Si quiere irse a su casa de Tours, le repito que la mandaré, pero con esa condición. En cuanto a su adalid, ese tiene que quedarse aquí.

—Entonces yo también me quedaré —respondió una voz dulce, pero con acento de reto.

Tribert hizo una mueca siniestra.

—¡Tengan ustedes mucho cuidado! Ahora voy al Ayuntamiento. Si quiere usted ir a Tours, convenga usted a su aristócrata compañero para que se venga a razones. Si no se decide a aceptar mi proposición, antes de salir yo de aquí les va a ir mal a usted y a él. Si... a los dos... ¿Me oye usted, capitán Carrette?

A Philip le dió un vuelco el corazón. Retrocedió un paso y oprimió la mano de Juanito, el cual hizo seña con la cabeza de que oía lo que hablaba Tribert.

Hubo una pequeña pausa, tras de la cual se oyó la voz de Carrette, fría y desdenosa.

—Estaba distraído. ¿Qué decía usted?

—Digo —rugió Tribert— que le tiene a usted cuenta decidirse ahora. La Commune ha vitado la Ley de sospechosos. Si le coge Raúl Rigault cuente usted con un pelotón de soldados... y una pared para fusilarle a usted; mientras que por el contrario yo le ofrezco el mando de un batallón.

—¡Ah! ¿De un... batallón?

—De turcos.

—¿Turcos?

—Eso mismo.

—¡Ah! ¿Turcos de Belleville?

—¿Qué insensato! —pensó Landes—.

¡Desafiar una fiera dentro de su cubil!

La voz atronadora de Tribert volvió a alzarse de nuevo, pero en seguida se contuvo. La esperanza de conseguir un oficial verdaderamente militar y aristócrata para el ejército de la Commune, valía la pena de reprimirse.

—¿Qué tiene usted que decir contra los turcos, señor aristócrata? El batallón está formado... Ya verá usted cómo lucha cuando se encuentre frente a frente con esos monos amarillos de Argelia. ¿Quiere usted el mando o no?

—¿Quiere usted que sea traidor por salvarme?

—¡Responda usted! —refunfuñó Tribert.

—Ante todo, haga el favor de afo-

jarme un poco esta cuerda, porque me aprieta demasiado. ¿Supongo que todavía no entrará la tortura en los procedimientos de la Commune?

—Eso te va a costar que te aprieten más las ligaduras—pensó Landes—. ¿Por qué será tan tonto Carette?

Después de titubear un momento Tribert entró en la habitación donde se hallaba el prisionero y se le oyó decir:

—¿Qué cuerda? ¿Esta?

—¡No, así no!... ¡Está usted apretando!

Hubo una pausa.

—¿Le hace daño?—gruñó Tribert.

—Mucho—respondió Carette secamente.

—Pues ya sabe usted cómo puede librarse de esta pequeña molestia. Escúcheme por última vez. Las tropas de Versalles se pasarán a nuestro bando si ven a los turcos a nuestro lado mandados por un oficial regular. Por eso me hace falta usted. Esa es su salvación. Con la Commune podrá usted llegar a ser lo que quiera. De nada le sirve rehusar, porque con usted y sin usted arrojaremos al Sena a Thiers y a sus traidores, y a usted...

—¡Es ignominioso!—exclamó una voz débil de mujer.

—¡Ahora, Juanito!—dijo Landes sacando el revólver.

Los dos amigos penetraron en el aposento.

—Ya viene—murmuró Ellice.

Tribert apareció en el dintel de la puerta del aposento anterior, y al verlos abrió la boca para gritar y quiso empuñar el revólver, pero cayó al suelo lanzando un quejido sordo.

Landes le había descargado un golpe en la cara con la culata del revólver, y antes de concluir de caer le propinaba otro golpe terrible en la sien.

Tribert quedó inmóvil en el suelo.

—Entra tú, Juanito—dijo Philip—; yo no me atrevo a dejar sola a esta fiera.

Juanito penetró rápidamente en la habitación interior, mientras que Landes cogía a Tribert por los pies y lo arrastraba hasta un cuartito que había en el rellano de la escalera.

A la escasa luz que llegaba del vestíbulo, Philip quitó un pañuelo de seda que Tribert llevaba al cuello, lo rasgó y con las tiras resultantes le ató fuertemente las manos y los pies. Luego cogió una toalla pequeña de un lavabo, y formando una pelota con ella, atascó la boca del revolucionario, que seguía inconsciente en el suelo. Para mayor seguridad rasgó otra toalla y le puso más ligaduras. En seguida abrió una ventana diciendo: "Hay que dejarle que respire", y salió cerrando la puerta tras de sí y guardándose la llave.

Al entrar en el cuarto del prisionero, cayó en brazos de un hombre ensangrentado y con todo el traje hecho jirones.

—¡Carette! ¿Usted aquí?

Estas fueron las únicas palabras que pudo pronunciar Landes. Sin desasirse del capitán, volvió la cabeza hacia otro aposento, cuya puerta estaba abierta, y vio a Ellice inclinado sobre una joven

que se hallaba sentada en un sofá, trémula, pero con mirada resuelta.

—Mademoiselle de Brassac, no desconfíe de nosotros por el uniforme que llevamos. Venimos a sacarla de aquí.

La joven fijó en Landes una mirada tímida, pero inflexible. Estaba como asombrada. Carette cogió del brazo a su amigo, lanzando una carcajada, y le dijo:

—Esta joven no es mademoiselle de Brassac. La joven que usted busca está encerrada en otro cuarto. Venga usted.

—De prisa, ¡por Dios!—exclamó Landes.

Carette quiso seguirle, pero se tambaleó y murmuró inclinándose:

—¡Estaba tan apretada la cuerda!

Philip le dió el brazo, y ambos se dirigieron a una puerta que el capitán indicó.

—Tendremos que romperla—dijo, reuniendo todas las fuerzas que le quedaban para hacer un esfuerzo.

Unidos los dos, se dejaron caer contra la puerta, la cual saltó hecha astillas, y los dos jóvenes cayeron de cabeza. Landes se incorporó en seguida junto al dintel de la derribada puerta.

A la escasa luz de un quinqué que había sobre una mesa, Philip vio una joven inmóvil. Sus hermosos ojos, dilatados por el miedo, parecían en la penumbra negros. En su blanco rostro se observaba una delicada expresión de calma.

Esta vez no había lugar a dudas, Philip la hubiera conocido entre un millón. Juana de Brassac era ya una mujer. Su hermoso cabello rubio, sus dulces ojos y la curvatura de sus labios, no habían cambiado con el tiempo. Aquella delicada manita, que descansaba sobre la mesa, estaba igual que cuando años antes la viera Philip descansando en el hombro de la madre de la joven.

—¿Qué desean ustedes?—preguntó serenamente mademoiselle de Brassac, como si aquellos hombres hubiesen entrado de un modo regular, y no rompiendo la puerta.

—Yo... soy.. Philip Landes—balbuceó su salvador.

—¡Philip Landes!—exclamó Juana clavando la mirada en el recién llegado.

El capitán Carette, mientras tanto, había conseguido ponerse de pie. Tenía el uniforme roto y ensangrentado, el rostro intensamente pálido, y su voz apenas era perceptible; pero se adelantó y se inclinó saludando con perfecta soltura.

—Yo me llamo Alain de Carette, capitán de artillería, apresado esta mañana por los federales en la estación de San Lázaro. Toda la mañana la he pasado prisionero con usted y con otra señorita... y este joven es Philip Landes, el amigo de su hermano, y que arriesga su vida por salvarnos.

Con un además de exquisita cortesía, Juana de Brassac tendió la mano a Landes, diciendo:

—Caballero, lo que hace usted por mí me lo profetizó mi padre...

—Hay que darse prisa si hemos de salir de aquí—dijo Carette con una sombra de voz, y se encaminó al aposento donde estaba Ellice, abstraído

atendiendo solamente a la asombrada cuanto altanera joven, que al ver aparecer otra mujer se levantó exclamando: "¡Bendito sea Dios!", y salió al encuentro de Juana sin mirar siquiera a Juanito.

—Madame... Mademoiselle de St. Briec—dijo Carette—, la presento a mademoiselle de Brassac. No podemos perder un momento. ¿Quiéren ustedes venir, señoritas? ¿Quiere usted acompañarlas, Philip?

—Usted no puede salir así... Su uniforme...

—No, no voy con ustedes. Aguardaré hasta que esto se aclare.

—¿Pero cree usted que vamos a retirarnos sin venir usted con nosotros? Póngase mi gabán... Ahí tiene usted la gorra de Tribert.

—Ese gabán es de paisano... Tome este otro—dijo Juan de Brassac trayendo un capote de oficial que estaba colgado en una percha.

Carette se lo puso ayudado por Ellice, y Landes trajo la gorra de militar de Tribert.

—Ya está usted bien—dijo—. ¿Quiere usted guiarnos? Estamos expuestos a tropezar con un centinela.

Las jóvenes se taparon la cara con el velo. En el callejón de la Muerte no había un alma cuando el grupo salió del cuartel general de Tribert.

Dirigiéronse silenciosamente hacia la desembocadura de la calleja. El centinela no había regresado y su ausencia no había sido descubierta.

Al entrar en el Faubourg du Temple se encontraron frente a frente con Martín. Venía completamente borracho, acompañado de una sección de soldados, y entonaba en voz baja y sentimental una canción amorosa.

—Estamos perdidos—murmuró Ellice—; ahí viene Martín.

En el mismo instante el soldado se fijó en Landes, y gritó loco de contento:

—¡Buena cena y buen vino, compañero! ¡En mi vida lo he pasado mejor! ¡Señoras, llegan ustedes tarde!

—¡Silencio!—ordenó Carette con voz enérgica, y luego, dirigiéndose con aire de superioridad al oficial que mandaba la sección, añadió:

—¡Alto!, señor oficial. ¿Cómo permite usted que un soldado borracho insulte a un jefe que va acompañado de señoras?

El momento no podía ser más crítico. El teniente había cerrado el camino y empezaba a mandar a su gente que se desplegara, pero aquella reprimenda inesperada le amedrentó. Vió los cuatro galones dorados de Carette, y aunque con aquella luz tan escasa era imposible distinguir el semblante, no cabía duda en cuanto al porte y la superioridad de Carette. El tono frío y autoritario del capitán hizo estremecerse al teniente. Balbuceó una excusa y saludó obsequiosamente con ánimo de retirarse, pero se quedó helado cuando Landes, aprovechando la impresión, se acercó a Carette, le saludó con deferencia y le dijo algo en voz tan baja, que el oficial sólo pudo oír el nombre

a "Cluseret". Carette movió la cabeza y encarándose de nuevo con el teniente federal, le dijo:

—¡Preséntese a su capitán y dése por arrestado! ¡Sargento! ¡Coja usted a ese borracho y llévelo a la prevención! ¡Treinta días de calabozo! Que pongan dos centinelas aquí y que no se permita a nadie salir del callejón hasta recibir órdenes mías. ¿Cómo no hay centinela en la casa del coronel Tribert? Que pongan dos inmediatamente con orden de no dejar entrar ni salir a nadie hasta recibir órdenes del general Cluseret... ¿Qué es esto?... ¡O consigo que haya disciplina en el batallón o lo disuelvo! ¡Marchen!

Como un rebaño de carneros, los soldados y su jefe se internaron en el callejón, mientras que los fugitivos apresuraban el paso en dirección del canal St. Martín.

Landes y Juana de Brassac iban delante; detrás marchaban silenciosamente Ellice llevando del brazo a la joven desconocida, y Carette cerraba la marcha.

La calle no estaba bien alumbrada, pero pasaba bastante gente, y de vez en cuando algún transeunte, más curioso que los demás, se detenía y se volvía a mirar al grupo, no faltando alguien que llamase la atención de otros sobre los cinco fugitivos.

Cuando la escena se hubo repetido varias veces, Carette se acercó a Philip y le dijo en voz baja:

—Vamos muchos reunidos y estamos llamando la atención.

—Ya lo veo. Lo siento mucho, pero vamos a tener que separarnos.

—¿Adónde piensa usted dirigirse? —preguntó Carette.

—Adonde dijimos la otra noche en el Ministerio de la Guerra: a la estación de Montparnase. A ser posible, mademoiselle de Brassac debe estar dentro de una hora camino de Chartres.

—Creo que no va a ser posible.

—¿Por qué, si no está guardada la estación? Por lo menos así me lo ha dicho Ellice.

—Al medio día no estaba guardada, pero desde entonces, ¡sabe Dios cómo estará! Yo que usted no me aventuraría, por si acaso.

—¿Y qué hacemos entonces? ¿Adónde vamos?

—Me parece que no es hora de andar escogiendo, aunque tuviéramos dónde escoger—empezó a decir Alain.

Ellice interrumpió:

—¿No ves que la gente nos mira, Philip? Más pronto o más tarde tendremos que separarnos.

—El capitán Carette—repuso Landes—cree que ya deben haber puesto guardias en la estación de Montparnase.

—Entonces no hablemos más—replicó Ellice—. Toma un coche con mademoiselle de Brassac; nosotros seguiremos andando un poco y tomaremos otro para reunirnos los tres en mi estudio.

—¿Y por qué no en el mío?

—Porque el mío está más cerca y es más seguro. Rigault y compañía no me conocen tanto como a ti.

—El consejo de monsieur Ellice es excelente—dijo Carette con débil voz—. ¿Quiere usted llamar a un coche, Ellice?

—¿Qué le pasa a usted, querido Alain?—murmuró Philip, mientras Juanito iba a la parada de coches a tomar uno.

Alain se apoyó en su amigo sin decir nada. Juana le preguntó si estaba herido. La otra joven estaba trémula, pero no habló.

El coche se detuvo junto al grupo para que Philip montase, pero éste se apartó diciendo:

—Suba usted, Alain; nosotros iremos en seguida.

Carette se irguió haciendo un esfuerzo, saludó con la cabeza e hizo seña para que subiese al coche mademoiselle de St. Brieu. La joven le miró, titubeó y acabó por obedecer. El subió al carruaje detrás de ella y al sentarse se desmayó. Ellice saltó dentro del coche también, y Landes, después de dar la orden al cochero, se asomó al interior del vehículo.

—Está muy malo, ¿verdad?—preguntó—. Tiene todo el cuerpo lleno de sangre fresca. Debe estar herido.

Entonces mademoiselle de St. Brieu, saliendo de su estupor, se volvió hacia Ellice, y de dijo:

—Esta mañana le han pegado un balazo en el hombro en la estación de San Lázaro, donde mataron a mi tío. Yo entiendo algo de cirugía. Si conseguimos llegar a sitio seguro le haré la cura.

—Recomienda al cochero que corra, Philip—dijo Ellice—. ¡Adiós! Id a mi estudio lo más pronto que podáis.

El coche arrancó. Landes y Juana de Brassac se quedaron solos en el Faubourg du Temple. El joven miró un momento a su compañera y le ofreció el brazo. Ella lo tomó confiadamente y echaron a andar juntos. Al doblar la primera esquina, entraron en una calle oscura, por la cual marcharon lentamente al principio, pero en cuanto se atrevieron apresuraron el paso.

Juana marchaba ligera como una pluma, apoyándose en el brazo de su acompañante, y a pesar de la velocidad que llevaban, respiraba con desahogo.

—¿Está usted cansada?... ¿Tiene usted miedo?—la preguntó Landes al acercarse a un boulevard bien iluminado.

—No. ¿Corremos peligro ahora?

—Creo que no. Me parece que lo peor ha pasado. En cuanto llegemos a aquel farol, tomaremos un coche y...

El joven no pudo hablar más. Parecía que se le había pegado la lengua al paladar.

Raúl Rigault venía andando a su lado.

Landes vió brillar los ojillos de su enemigo debajo de los cristales de sus lentes, vió sus labios rojos y gruesos humedecidos por el veneno del odio, y, sin titubear un instante, descargó una y otra vez el puño cerrado en aquella repulsiva cara. En seguida oyó gritos, sintió ruido de carreras y clamor de voces y en un instante se sintió cogido por la muñeca y arrastrado por Juana

de Brassac, que corría a su lado sin soltarle, perseguidos ambos por la gente.

—Venga por aquí—dijo Philip casi sin poder respirar, y siguieron su rápida carrera por una larga y oscura calle. Luego entraron en otra y luego en otra sin dejar de correr. Las voces de los perseguidores parecía que se acercaban. Llegaron a una calle más ancha y con mejor alumbrado, pero casi desierta, y la cruzaron para internarse en seguida en otra callejuela oscura, angosta e interminable, que ni el mismo Landes conocía. En el silencio podía oír los latidos de su corazón y el crujido de la falda de Juana, que corría a su lado sin soltarle la mano.

—¿Está usted cansada?—le preguntó Philip casi desmayado.

—¡No!, ¡no!—respondió la joven apresurando el paso.

Al fin llegaron a una plaza.

—Aquí no podemos correr—dijo Landes.

Pusiéronse a escuchar. Ya no se oía el ruido de los perseguidores.

—Deben haberse ido por otro camino. ¿Qué falta nos hacía ahora un coche!—murmuró Landes limpiándose el sudor que le cubría el rostro y mirando a todos lados.

—¡Allí me parece que hay uno!—exclamó y echó a andar conteniendo a Juana para que no corriese.

—¡"Au large! ¡Au large! ¡On ne passe pas!"—les gritaron desde una bocacalle.

—¡Una barricada!—exclamó Landes—. ¡Venga usted!

Para llegar al estudio de Ellice, situado en la calle de Sfax, había que ir hacia el norte; pero no podían encontrar salida en aquella dirección, porque les cortaban el paso por todas partes las bayonetas y la voz de ¡alto! de los centinelas.

—¡La ciudad está dividida en dos partes! No sé cómo vamos a poder llegar a la calle de Sfax; las barricadas nos cierran el paso y no me atrevo a volver a los boulevares.

—¿Entonces, qué hacemos?—preguntó Juana, con perfecta firmeza en la voz.

Landes se detuvo lleno de compasión por la joven.

—¡No crea usted que lamento lo que sucede!—exclamó Juana con viveza—. No tengo miedo y confío en usted. Además, no estoy cansada.

Philip miró en torno suyo con desesperación. No tenían más que un camino. Hacia el norte todas las salidas estaban interceptadas, pero hacia el oeste no había ningún obstáculo al parecer.

—Creo que podremos llegar a mi estudio...—dijo titubeando—, pero... si...

—Le seguiré muy agradecida adonde me lleve—dijo Juana.

—Entonces vamos a buscar un coche en el muelle.

Y dando nuevamente el brazo a la joven se dirigieron cautelosamente al río.

—Si los espías de Raúl Rigault han averiguado donde vivo—pensó—estarán vigilados los muelles. Tal vez por eso habrán dejado de perseguirnos...

Con el corazón angustiado por es-

tos pensamientos, se dirigió a la fila de coches y llamó a un cochero.

—¿Podrá usted atravesar las barricadas para llevarnos a la calle de Sfax?

El auriga movió la cabeza negativamente.

—Ni por todo el oro del mundo—respondió.

—Entonces, a la rue de Notre Dame, número 70. ¡Corra usted!

CAPITULO VIII

Cercados

Sería ya la media noche cuando el carruaje se detuvo ante el jardín de la casa donde tenía Landes el estudio. Al llamar acudió José, miró un instante y en seguida abrió.

—Nos hemos separado de Mr. Ellice—dijo Landes—, y como las barricadas nos han cortado el paso para ir a su estudio..., venimos aquí.

—Bueno, bueno, monsieur Philip—respondió José siguiendo respetuosamente a su inquilino, que se internaba en el jardín con su compañera en dirección del estudio.

El portero encendió la luz y la chimenea y se retiró. La lámpara alumbraba un lado del estudio, dejando el otro en completa oscuridad. La luz de la chimenea despedía pequeñas llamas azules y delgadas espirales de humo. Juana de Brassac se echó hacia atrás en su silla, con los ojos cerrados y el semblante pálido. Philip se quedó mirándola. Comprendiendo lo poco apropiado del lugar para alojar a una señorita sentía rubor, pero no había tiempo que perder en reflexiones. José no tardó en volver con una tetera y una cocinilla de alcohol. Los deberes de Landes como dueño de casa eran imperativos.

—Señorita—dijo con timidez a su huésped—, siento en el alma que no haya sido posible reunirnos con los otros compañeros en el estudio de Ellice, pero aquí por lo menos estará usted segura un par de días, hasta que haya ocasión para que emprenda su viaje a Chartres. Arriba hay un cuarto que pongo a su disposición. Yo dormiré en otro de este piso, aquí mismo. Puede usted estar tranquila, porque José y yo vigilarémos. No puedo expresar—añadió con acento de pesadumbre—lo que siento que este lugar no sea adecuado para usted; pero es todo lo que puedo ofrecerle.

Juana se puso de pie y le tendió la mano. La luz de la lámpara dió de lleno en sus ojos violeta al levantarlos para mirar a Philip. Tenía el rostro pálido, y en su semblante se trataban todos los signos del cansancio físico y mental. En su porte se combinaban la exquisita docilidad de la colegiala con la dignidad de la mujer.

—Creo—repuso—que soy yo quien no podrá expresar nunca la gratitud que siento. ¿Puedo subir ya a mi cuarto?

Landes encendió una bujía y la pre-

guntó cortesmente si podía enseñarla el camino. La joven le dió las gracias y le siguió por la escalera. Al subir, Philip notó la respiración fatigosa de su protegida, y se detuvo en el rellano para esperarla, porque se había quedado atrás. Cuando llegó arriba, Landes abrió la puerta del cuarto y se apartó a un lado para dejarla pasar. A la luz de la chimenea, que chisporroteaba, la joven vió venir hacia ella el perrito, y lanzó una exclamación. El gato también al sentir ruido se levantó de la cama donde estaba echado.

—¡Tcherka! ¡Tcherka!—exclamó la joven avanzando rápidamente y cogiendo al gato en sus brazos. Luego se sentó a los pies de la cama y se puso a sollozar. Landes dejó la luz sobre una mesa y se retiró cerrando la puerta suavemente.

Al ver a aquellos dos animalitos, Juana perdió el valor que la quedaba, y dejando caer la cabeza sobre la suave piel de Tcherka, lloró amargamente por su desgraciado padre.

Landes oyó desde abajo su desconsolado llanto todo el tiempo que pudo soportarlo, y, por último, con los ojos llenos de lágrimas, tomó el sombrero y se dirigió a la habitación de José.

El portero, alumbrado con un farol, andaba en la puerta haciendo bastante ruido. La luna en cuarto creciente iluminaba los tejados.

—¡José!—dijo Landes como enfadado—. ¿Qué está usted haciendo a estas horas por aquí? Es la una de la madrugada.

—Estoy poniendo un candado a la puerta. La calle está llena de soldados por ahí abajo hacia la rue Vavin. ¿No oye usted el ruido de los picos?

Por la columna vertebral de Landes pasó un escalofrío.

—¿Y qué hacen con los picos?

—Una barricada muy hermosa. Así-mese al centro de la calle y la verá. Escuche usted.

En el silencio de la noche resonaban los golpes del acero al chocar con el granito, y mientras Landes escuchaba llegó a sus oídos otro ruido cada vez mayor. Era el ruido de la tropa, lejano al principio, pero cada vez más claro. Al poco rato podía distinguirse la acompasada cadencia de la marcha de muchos hombres arrastrando las metálicas vainas de los sables y el sordo retumbar de los arzones de artillería.

—¡Apague usted la luz! ¡Vienen a esta calle!—exclamó Landes.

José obedeció en silencio. Cada vez se oían más cerca los cañones, las pisadas de los caballos y el ruido de las espuelas, hasta que todo el ambiente vibró con el resonar del acero.

Landes vió aparecer en la calle un jinete como una sombra plateada por la luna, seguido de otro y de otros más, envueltos en gruesos capotes, con los largos sables colgados detrás de las espuelas y envueltos en nubes de vaho que se desprendía de los flancos de los caballos.

Los cañones pasaron también. Eran piezas de a siete, largas y siniestras ametralladoras, e informes bultos montados sobre ruedas.

Por las aceras avanzaba la infantería insurgente; hombres pequeños, con los ojos hundidos que giraban en las órbitas como los de un enfermo o los de un loco.

Antes de pasar la retaguardia, volvió a sonar el siniestro ruido de los picos, pero esta vez a la cabeza de la columna, que, al parecer, había llegado al punto donde se cruzaban la rue Notre Dame y la rue Bara.

—¡Están levantando barricadas en los dos extremos de la calle! ¡Estamos cercados!—murmuró Landes.

Alguien se acercó a la puerta y llamó con la culata del revólver. Landes se retiró a la habitación del portero y se puso a escuchar.

—¿Quién anda ahí?—refunfuñó José pisando ruidosamente con sus zuecos.

—¡Siento molestar a un ciudadano!—respondió una voz con marcado acento inglés—. ¿Quiere usted darme un trago de agua?

Landes se acercó a la puerta de un salto, exclamando:

—¡Wilton!... ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Entra!

José abrió la puerta y Philip arrastró al recién llegado hasta el cuarto del portero.

A la luz de una bujía apareció un joven de ojos vivos, con uniforme de coronel de la Guardia Nacional.

—No sabía que estabas todavía en París, querido Philip—dijo el militar.

—Pues aquí me tienes como sospechoso de vuestra maldita Commune.

—¡Qué tontería!—exclamó Wilton. Ya iba a añadir algún chiste, pero al ver la cara de Landes se puso serio.

—Puesto que eres coronel—dijo Philip—, podrás ayudarme.

—¿Qué has hecho?

—Nada... Hace unos días insulté a Raúl Rigault, y esta noche le he pegado a él, a un centinela federal, a Tribert, coronel del 265...

Wilton soltó una ruidosa carcajada, y se dejó caer contra la pared.

—¿Pero a qué diablos haces ese ruido? ¿Quieres que caiga un piquete sobre nosotros?—dijo Landes enfadado.

José inmóvil y lleno de asombro, contemplaba la escena con melancólica aprobación.

—¡Prosigue, hombre, prosigue!—dijo Wilton, casi sin poder hablar de risa—. Te aseguro que no te interrumpiré.

—Pues no tengo más que añadir, como no sea que un terceto de cortacabezas anda tras de cortar la mía, y también que anduve metido en lo de Montmartre, y que soy uno de los señalados por la Commune.

—Ya veo que te has metido en muchas honduras. ¿Y cómo has podido escapar?

Landes le explicó la situación lo más brevemente posible, y pidió consejo y ayuda a su compatriota.

—Los tendrás, querido Philip. Te ayudaré todo lo que pueda. Lo que no sabré decirte es la importancia de mi ayuda ni el tiempo que durará. La Commune nos vigila estrechamente a los oficiales extranjeros. Hoy tienes a Drombowski de general, y mañana pueda que lo mande fusilar el Comité Central. Hoy so-

mos coroneles Frankenberg y este tu servidor, y mañana acaso nos encontraremos aherrojados en la cárcel de Mazas.

—¿Pero cómo diablos has llegado a entrar en el ejército federal?

—Ha sido cosa de Gustavo Couvert. El me proporcionó el cargo que tengo.

—¿Y por qué?

—Porque me gusta la broma.

—¿La broma?

—Sí, o si lo quieres mejor, la bulla. Soy un mal pintor, pero creo que hago un buen militar.

—¿Pero es una vergüenza que te veas entre esos criminales! Te aseguro que la Commune se ha hartado de sangre en lo de Montmartre.

—Ha sido una barbaridad que les costará cara—repuso Wilton—. En cuanto se verifiquen las elecciones se hará expurgo de asesinos y quedarán limpios los batallones. Bien sabes que todas las grandes causas salen perjudicadas por los que se valen de su nombre para ocultar sus crímenes—concluyó Archie pomposamente.

—Me parece haber oído una observación como esa a Faustina Courtois—dijo Landes sonriéndose.

—¿Sin duda!, ¡sin duda! Pensamos lo mismo ella y yo!

—¿Sin duda!, ¡sin duda! Pensamos lo mismo también igual.

—¿Claro, hombre! ¡Es también muy despejada esa chica.

—Sí—replicó Philip—, y, según he oído, admira tu uniforme.

—¿De veras? ¡Cuando yo digo que es muy inteligente!—exclamó Archie con alegría infantil—. Te advierto que yo mismo me he puesto los galones. ¡Mira qué botas! Me han costado ciento cincuenta francos. ¿Qué te parece?... Considera que un hombre no puede luchar...

—Considero que lo mismo lucharás con calzado de ciento cincuenta francos que de quince... ¿Por qué tienen que ver tus botas y tus galones con lo que estábamos hablando? ¿Van a ayudarnos a salir de París a mí y a mi protegida? Eso es lo que quiero saber.

—¿Qué puedo hacer por ti, Philip?

—preguntó Wilton con sonrisa franca.

—¿Es tu batallón el que acaba de pasar?

—¿El de infantería? Sí, el 266. Hemos dejado trescientos hombres en el ministerio de la Guerra.

—Ya lo sé—pensó Philip tristemente—; he visto algunos—y en seguida añadió en voz alta—: ¿Qué vais a hacer?

—Los ingenieros están cerrando los dos extremos de esta calle con barricadas, y mi gente escolta a la artillería que va a defenderlas.

—¿Dices que están cerradas las dos salidas de la rue Notre Dame?

—Lo estarán por la mañana.

—¿Tienes mando aquí?

—No lo sé.

—¿Puedes proporcionar un pase a mi portero para que traiga viveres para nosotros?

—¿Para atravesar las barricadas? Sí, hombre. ¿Qué más quieres?

—¿Puedes evitar que entren en esta casa los federales?

—También. ¿Qué más?

—Necesito ponerme en comunicación con el ministro yanqui, en primer lugar para colocar bajo su protección a mademoiselle de Brassac, y luego para poder salir yo de la población. Aquí estoy muy mal y no me atrevo a asomarme a la puerta siquiera. Si me conocen y caigo en manos de Raúl Rigault, no podré salvarme aunque se pongan de mi parte todos los oficiales de la Guardia Nacional.

—¿Sabe Rigault dónde vives? Si lo sabe, me temo que va a servirte de poco mi protección.

—Como no lo hayan averiguado sus espías en las últimas veinticuatro horas, no tiene noticia de mi domicilio. Si lo hubiese sabido habría mandado por mí cuando mandó por Marsy. Yo vine aquí del Hotel du Mont Blanc, durante el sitio. La policía estaba entonces entretenida con otras cosas, y ni me empadroné ni nadie me preguntó nada. Sólo saben donde vivo Faustina, Inés, Juanito Ellice y uno o dos yanquis más. Mis cartas van al Banco y en el Banco no tienen mis nuevas señas. Quizá esta noche pudiera ir a la Legación. ¿El correo estará vigilado?

—¿Claro!... El correo y el telégrafo. En cuanto a la Legación, también está rodeada de una nube de espías. Toda la ciudad está plagada de ellos. A nosotros, los extranjeros que formamos parte del ejército, nos está prohibido comunicarnos ni acercarnos a una legua siquiera de las Legaciones extranjeras, como no sea con orden expresa. Pero me parece que, por lo pronto, aquí estás seguro si permaneces encerrado. A tu portero le proporcionaré pase para entrar y salir. ¿Es fiel?

—Como un perro, y bueno hasta la pared de enfrente—dijo Landes sonriéndose y hablando en francés.

En el mismo instante desapareció del rostro de José el gesto de ansiedad y de desaprobación.

—Bueno, pues entonces todo se reduce a decir a Raúl Rigault, cuando llegue la ocasión, que se te ha visto en Versalles, y así quedará despistado... por el pronto, al menos. Mientras ande yo por aquí ya me las arreglaré para alejar a los demás intrusos. También haré lo posible para que puedas comunicarte con el ministro de nuestro país; pero no te doy seguridades... Ese ridículo e infernal Bergeret es el que tiene la culpa de todo. Rabia de envidia de los oficiales extranjeros. Dombrowski es un buen militar, pero Bergeret es un bruto.

Wilton recogió su espada y se dirigió a la puerta acompañado de Philip.

José salió a su encuentro con una botella en la mano diciendo humildemente:

—El señor coronel pedía agua, pero yo, José Lalocard, me siento orgulloso de poder ofrecerle este vino de Borgoña.

Wilton tomó friamente la botella, la destapó y después de llenar de vino un tazón de porcelana, se lo bebió hasta la última gota.

—He bebido—dijo—por la salud y la prosperidad de todos los de esta casa. Es tan buen vino como usted es buen sujeto, José. ¡Buenas noches, Philip! ¡Buenas noches, José, o mejor dicho, buenas noches... ciudadano!

Inmediatamente se retiró, y entonces Landes dijo al portero:

—Le daría a usted la mitad de lo que poseo con tal de que no se llevase de aquí todavía a su mujer y a sus hijos.

—No se irán.

—Mademoiselle de Brassac estará aquí uno o dos días, y quisiera que entre todos se los hiciéramos lo más llevaderos posible.

—Bueno, señor.

—Gracias, José. Ahora váyase a dormir, y mañana a las nueve prepárenos el desayuno: café, bollos calientes, huevos, frutas y carne para el gato, y para el perrillo, leche y un hueso que le sirva de entretenimiento.

—Está bien, monsieur Philip—respondió José amablemente—. Que usted descanse.

—Igualmente, amigo José. Buenas noches

CAPITULO IX

Juana de Brassac

El aire de la mañana era fresco y en la chimenea ardía un buen fuego de leña. Después de tomar el baño, Philip penetró en el estudio.

El sol caía formando cuadrados de oro en el suelo, y a través de los cristales del techo se veía el cielo azul y sin una nube, como de primavera. El estudio estaba silencioso. Desde la puerta se veía la del cuarto de Juana de Brassac. En el rellano de la escalera se hallaba el gato echado al sol, siguiendo indiferente con sus espléndidos ojos verdosos los movimientos de Philip. Este, para no hacer ruido al llamarle con la voz, le llamó con la mano. El gato permaneció en su sitio con serena compostura sin hacer caso de la llamada, pero cuando el joven sacó un tazón y lo llenó de leche, se pudieron oír los maullidos de Tcherka desde la rue Bara. El animalito bajó corriendo y en el mismo instante se entreabrió un poco la puerta y se precipitó escaleras abajo el perrillo. Al llegar dió unos brincos a Philip, y en seguida se ocupó del tazón de leche. El gato, muy molestado, se echó hacia atrás con las orejas un poco gachas y la lengüecita fuera. El perro, mientras tanto, se agitaba, lamía y meneaba la cola, bebiéndose la leche. Landes se rió de la escena y trajo otra taza de leche para Tcherka, a cuyo lado estuvo hasta que dejó limpia la porcelana. Después abrió la puerta del jardín y el gato salió a afilarse las uñas en los troncos de los rosales, mientras que el perro se revolcaba en la arena y escarbaba en el suelo.

José llegó con una bandeja con servicio de plata y cristal, y después de extender un mantel adamascado sobre una mesilla japonesa, preparó todo para el desayuno.

—¿Le han dicho algo al pasar por las barricadas?—preguntó Landes.

—No, monsieur Philip. Esta mañana traje un ordenanza el pase. Es para dos semanas, pero puede renovarse si hace falta.

—¿Qué hay de noticias?

—Mañana serán las elecciones. También se habla de una salida sobre Versalles.

—¿Para qué?—dijo Philip desdeñosamente.

—¡Caramba, pues para coger a monsieur Thiers!

—¿Qué tontería!

—Dicen que ahora es la ocasión, antes que vuelvan las tropas de Alemania. Aseguran que ahora tiene poco ejército... ¿Enciendo la maquinilla del café?

—Todavía no—repuso Landes.

Pero mientras hablaba salió de su cuarto Juana de Brassac. Asomóse a la barandilla de la escalera y, mirando al estudio, dijo a Landes, que se había puesto de pie de un salto:

—Buenos días, monsieur Landes. ¿Puedo bajar?

—Cuando usted guste—balbuceó el joven dirigiéndose al pie de la escalera.

Apoyándose ligeramente en la balaustrada, la joven bajó con la cabeza algo inclinada por efecto de la timidez. Philip no se había figurado que era tan bella. Traía el cabello echado hacia atrás, dejando al descubierto toda la frente blanca y perfecta, y sus ojos, aquellos ojos de color violeta que Landes recordaba haber visto en casa de Victor despedían una luz tan suave y tan serena, que el joven apartó la vista turbadora ante mirada tan pura.

Al llegar al pie de la escalera, Juana le dió la mano y él llevó a su bella protegida hasta una butaca al lado de la chimenea.

—¿Ha descansado usted, mademoiselle?—la preguntó Philip.

—Sí, muy bien, muy bien—respondió con viveza.

—¿Y usted, monsieur Landes? Usted seguramente no habrá descansado bastante después de haber hecho tantas cosas como hizo ayer.

La franqueza y la admiración que denotaban su mirada y la suave inflexión de su voz, produjeron al joven cierto embarazo mezclado de satisfacción.

—Debe usted haber echado de menos su cuarto—siguió diciendo Juana—. Siento haberle causado este trastorno.

—Nada de eso; he descansado perfectamente. Mi cuarto es aquél—dijo Landes señalando una puerta medio oculta por una cortina en el fondo del estudio—. La habitación donde me ha dispensado el honor de pasar la noche es usted la primera persona que la ha utilizado desde que vivo aquí. Sentiría que no la haya parecido cómoda. Es tan pequeña y tan...

—Es muy buena. ¿Qué estudio tan bonito tiene usted! Nunca he estado en ningún estudio hasta ahora. Sólo hubiera podido ver el de Víctor si hubiera vivido en casa—añadió tristemente.

—El desayuno está servido, monsieur Philip—dijo José.

Landes ofreció el brazo a Juana y la llevó hasta la mesa, que estaba colocada debajo de la montera de cristales.

El sol arrancaba destellos al servicio de plata, a la porcelana y al cristal. La maquinilla del café despedía una pequeña columna de vapor. En el jardín cantaba el mirlo encaramado en la copa de un almendro, mirando con desconfianza al gato, que le acechaba con insistencia desde abajo.

—No conseguirá cazarlo—dijo Landes.

—Pero de todos modos es un gatito muy cruel y tengo que enseñarle a ser bueno.

—Me parece que no aprenderá las lecciones—repuso Philip riéndose.

En seguida mandó retirarse a José y sirvió por sí mismo a su compañera. Al principio se mostraron algo reservados ambos y comieron casi en silencio, hasta que Landes dijo:

—Cuando tuve por última vez el honor de almorzar en casa de mademoiselle de Brassac, era todavía muy niña... Creo que gustaba babero—añadió en cierto tono de broma.

—No, ya no lo gustaba; pero no niego que peinaba trenza. También sé que mademoiselle de Brassac creía que el amigo de su hermano Víctor era un señor bastante viejo.

—Siempre me he acordado—dijo Landes—de aquella semana de Pascuas, de la bondad de sus padres, de Víctor, que era mi mejor amigo y... de usted.

—Víctor estaba hablando siempre de usted antes de presentárnoslo, y después de su visita oí muchas veces a mis padres hablar de usted..., lo mismo que mi hermano. En cuanto a mí, jamás creí que se volvería usted a acordar de aquella colegiala. Me parecía usted muy sabio y muy alto, ¡muy alto! ¡Qué pequeña era yo entonces! Pero ahora soy casi tan alta como usted, monsieur...

—Philip—apuntó el joven.

—Monsieur Philip—repitió Juana con sonrisa encantadora, alargándole la mano, con el rostro rebotante de generosa emoción.

—¿No sé cómo expresarle mis sentimientos! ¿La podré agradecerle bastante lo que está haciendo por mí?

—Su agradecimiento será siempre mucho mayor que mis merecimientos. Usted me hace más feliz que... que...

—¿Qué perplejidad!—exclamó Juana con una duce mirada—. Todos los hombres valientes y buenos son lo mismo cuando se les alaba un poco.

—Mademoiselle—interrumpió Landes—. Si hablamos de valor debo decir que su comportamiento de anoche es increíble.

—No era valor.

—¿No? Pues se le parecía mucho.

—No, era desprecio. Al anoecer creía que volvería Tribert como había dicho... No crea usted que le dejé comprender que me importaba lo que él pudiera hacer. Cuando entró usted y el otro oficial...

—Sí, cuando entramos de cabeza—dijo Philip riéndose, y luego añadió—: Tenemos que pedirle mil perdones por semejante modo de entrar... ¡Ah!, pero la serenidad de usted es maravillosa... Y luego... su padre se hubiera sentido orgulloso de usted si hubiera podido presenciar la retirada.

Aquel mismo día, al anoecer, Phi-

lip estaba sentado al borde del pilón de la fuente fumando, y Juana se hallaba en el estudio reposando entre los cojines del diván con Tcheka en los brazos. La joven había prometido no moverse hasta que Philip viniera a despedirse. Landes, por su parte, fumaba y trataba de ordenar las ideas en su mente.

Dicho en pocas palabras, Juana le había contado que al volver de ver a su padre en el lecho mortuario, se había encerrado en sus habitaciones del Hotel Perret, para pasar la noche, negándose a recibir hasta a su doncella María. A la mañana siguiente, la doncella, que era muy fiel, volvió a llamar la atención de su señorita acerca de los diamantes. Quería llevarlos a sitio seguro y preguntó qué hacía con ellos. "No me acuerdo de lo que la diría—dijo Juana, mirando con pena a Philip—; no quería ocuparme de ellos; habían costado la vida a mi padre." Después llegaron los empleados del Gobierno preguntando y dando órdenes. "Se conducían de un modo muy extraño—continuó Juana; no querían que mi padre fuese enterrado en Chartres, ni permitían que se enviase recado a ningún amigo. María les suplicó que me pusiesen bajo el cuidado de una señora de respeto. Carecíamos de parientes en París, pero María les dió los nombres de una o dos amigas de mi madre y les suplicó que fuesen a buscarlas; pero siempre que pedía que se fuese en busca de alguna señora cuyo nombre daba, o la respondían que no estaba en París o se negaban a hacer el recado sin presentar ninguna excusa. El entierro de mi padre lo aceleraron de tal modo, que el mismo día de su muerte, por la noche, estaba en el cementerio. Luego vinieron a decirme que al día siguiente debía regresar a Chartres, y María preparó el equipaje, sin dejar de hablar de los diamantes y de lo peligroso que era llevarlos en el saco de mano. Cansada ya de escucharla la dije una vez. "¿Por qué no los mandas al Banco de Francia como quería mi padre?" Pero mi doncella era muy suspicaz, y el terrible suceso que acababa de ocurrir había exagerado su desconfianza. "No—exclamó—el señor estuvo tres días para llevarlos y no lo consiguió. No debemos dejarlos de nuestro poder." "Como quieras", la respondí, y me puse a llorar recordándome de mi padre.

"Al día siguiente por la mañana envié el ordenanza a preguntar por usted en el Luxemburgo, porque pensábamos salir para Chartres por la tarde." A esto había replicado Philip que por qué envió al ordenanza y no a la doncella, y Juana había contestado: "Porque creía que el soldado iría y volvería más de prisa, y además porque me parecía que no podía pasarme sin mi doncella. Cuando hubo salido el ordenanza, María empezó a hablar otra vez de los diamantes. Yo estaba llorando y no la escuché. Sentía odio hacia las joyas. Por fin, María perdió la serenidad, ¡pobre María!, y dijo: "¡Muy bien, ya veo que no le importan nada ni mi persona ni los diamantes, puesto que me hace llevarlos de este modo

tan peligroso", y sacudió el maletín, malhumorada. En seguida salió de mi cuarto, y volvió instantáneamente, muy pálida, seguida del fondista Perret, el cual me dijo que el ordenanza no había vuelto, pero que habían enviado otro de Luxemburgo diciendo que monsieur Landes se estaba muriendo a consecuencia de las heridas y deseaba verme, porque quería hablarme de mi padre. Perret añadió que no había tiempo que perder y que debía ir en seguida. Le respondí que hiciera pasar al ordenanza, y a esto me contestó que el militar se había marchado en seguida de dejar el recado. A nosotras nos pareció extraño aquello, pero, ¿qué hacer?... ¡Ay!, monsieur Philip, ¿qué podían hacer dos mujeres solas? Además, yo no pensé en nada seriamente, sino en que podía usted fallecer sin verme.

Además de mi deseo de oír lo que tuviera usted que decirme de mi padre, yo también tenía un encargo de él para usted.

Al llegar a este punto se le llenaron los ojos de lágrimas, y así permaneció un rato con las manos cruzadas, hasta que recobró el dominio de sus trémulos labios.

—Perret—prosiguió Juana—salió corriendo por un coche. María le estuvo mirando hasta que la puerta se cerró tras él, y entonces se volvió hacia mí para decirme con mucha agitación: "Ha estado detrás de la puerta mucho tiempo y ha oído todo lo que hemos hablado. Es preciso buscar otro sitio para los diamantes". Yo también me puse agitada entonces. Mientras volvía Perret buscamos a toda prisa por todos lados sin encontrar ningún escondite, pues todos nos parecían poco seguros. María corrió a la puerta. Yo sentí a Perret subir las escaleras. María murmuró "¡Pronto, señorita, pronto!" Nuestros ojos cayeron sobre una pistola que mi padre había comprado a un anticuario y que íbamos a llevar a Chartres. En seguida echamos los diamantes en el largo cañón del arma, lo atascamos con un poco de papel, y volvimos a colgar la pistola donde estaba. Llegó monsieur Perret y María le preguntó: "¿Está ya el coche? Podemos salir cuando usted diga", y sin que nos viese el fondista, al bajar la escalera, me dijo al oído: "Ahí están bien los diamantes hasta que volvamos".

Perret había cerrado la puerta entregando la llave a María, la cual la guardó en el saco de mano. Entonces vi que el fondista miraba al saco y a la doncella, y sentí ganas de no salir, sospechando algo. Pero ya era tarde. Perret tenía abierta la portezuela del coche (un coche cerrado que guiaba él mismo), y después de ayudarnos a subir, montó en el pescante. Al salir de la Plaza Pigalle venía un regimiento de húsares. María me tiró de repente del vestido, e inclinándose hacia adelante, murmuró: "En mal sitio hemos dejado los diamantes. Cualquier ladrón que entre en el cuarto, lo primero que le llamará la atención será la pistola. Voy a volver a recogerlos". "No, no—respondí—; no vayas, María".

Pero María era de mucha más edad que yo (había sido doncella de mi ma-

dre) y sólo me obedecía cuando quería, porque creía que lo que ella pensaba era lo mejor.

—¡No vuelvas, María, yo te lo mando!—exclamé. ¡No me dejes sola!

—Si no es más que un momento, señorita—me respondió—. No corre usted peligro, porque están ahí, en la fuente, los húsares. Está usted perfectamente segura si Perret no se mueve de aquí.

Y sin escucharme más se encaró con Perret y le mandó parar diciéndole que tenía que volver por el frasquito de las sales que se le había olvidado a su señorita. Inmediatamente cerró la porte-

zuela y echó a correr a través de la plaza. Yo la vi entrar en la casa; ¡pobre María! y después de un corto rato de espera, Perret arreó a los caballos. Esto me asustó, pero en seguida vi que al parecer sólo quería darlos la vuelta, y, en efecto, los llevó lentamente hasta el lado opuesto de la plaza y se detuvo. Desde allí quedaban fuera de nuestra vista los húsares que habían hecho alto en la Plaza de Pigalle. Nos hallábamos muy cerca de una esquina. De pronto Perret fustigó a los caballos y éstos echaron a correr, metiéndose en un patio de una calle contigua. Era un



...echamos los diamantes en el cañón del arma...

patio rodeado de almacenes... Yo, asustada abrí la portezuela del carruaje y grité, y entonces se arrojaron sobre mí dos hombres con uniforme de la Guardia Nacional, los cuales me obligaron a entrar a la fuerza en el coche y me ataron y amordazaron. Perret, mientras tanto, me miraba sonriéndose. Luego bajaron las cortinillas; alguien que se había montado en el pescante empuñó las riendas, y en el mismo carruaje me llevaron al Callejón de la Muerte, donde me encerraron en un cuarto todo aquel día y el siguiente... hasta que vino usted.

—¿A quién vio usted en ese tiempo? —preguntó Philip.

—A Tribert, siempre a Tribert. Tenía gran empeño en que les dijese dónde estaban los diamantes. Me dijo que por ellos habían matado a mi padre y a mi doncella, y me matarían a mí también si no confesaba dónde estaban escondidas las joyas.

—Debí matarlo—murmuró Philip entre dientes, y en voz alta preguntó:

—¿Y los otros prisioneros, el capitán Carette y la señorita...?

—No vi a ninguno. Tribert dijo cuando trataba de amedrentarme, que habían cogido a otros dos aristócratas, pero no mencionó sus nombres, ni los vi hasta que usted me sacó de mi encierro.

Después de escuchar este relato de Juana, Landes le había explicado quiénes eran Carette y Ellice, y por qué estaba relacionado con Raúl Rigault, y finalmente, había llegado el temido momento de decir a su protegida que se encontraban encerrados entre dos barricadas, y que por el pronto no tenían más remedio que vivir escondidos donde estaban.

La joven había recibido estas noticias con gran despreocupación, cosa que tranquilizó a Landes de un modo indecible. Juana no hubiera podido ponerse más pálida de lo que estaba, pero Landes creyó notar en sus ojos que le miraba con confianza.

Todavía estuvo Philip una hora más meditando sobre los acontecimientos pasados y los que pudiera reservar el porvenir, y al cabo de este tiempo apareció en la puerta mademoiselle de Brassac, diciendo:

—¿Puedo salir al jardín, monsieur?

Landes se adelantó presuroso hacia ella, preguntándola:

—¿Ha descansado usted ya, mademoiselle?

—Ya estoy completamente descansada.

—¿Y se siente usted bien?

—Perfectamente.

—Entonces, ¿quiere usted pasear un poquito?

La calle estaba silenciosa. De vez en cuando se oía a lo lejos, por la parte de la rue Vavin, la voz de un centinela; pero la rue Notre Dame estaba tranquila. Sólo interrumpía el silencio el trotecito del perro que corría de un lado a otro y la solitaria nota del mirlo.

Juana y Philip comenzaron a pasear hablando.

—¿Hay algo de nuevo? — preguntó Juana.

—Sí—respondió Landes—. Envié a José a la rue Sfax y ha vuelto hace poco con la noticia de que anoche saquearon la casa de Juanito Ellice.

—¿Oh! ¿Y qué ha sido de ellos?

—No sé; sólo podemos hacer votos por que hayan escapado bien. Carette no estaba para soportar más trotes. Y Ellice... ¡pobrecillo! Es un bravo que anoche se jugó la vida por pura caballerosidad y por puro amor a sus amigos.

—¿Y la joven?—preguntó mademoiselle de Brassac—. ¡Ojalá estuvieran todos aquí!

—¿Bah!—exclamó Philip sacudiendo su depresión—. ¡Esperemos que a estas horas estén tan tranquilos como nosotros! Si me lo permitiera usted, la haría un par de preguntas...

—Es usted muy dueño de preguntarme cuanto quiera, monsieur Philip.

—¿Dónde están las monturas de los diamantes?... Porque supongo que su padre los desmontaría de algunas joyas para poderlos guardar mejor.

—Están en nuestra casa de Chartres. Son muy anticuadas y creo que están seguras, pues no despertarán la codicia de nadie.

—¿No me dijo usted esta mañana que está todavía en Alemania monsieur de St. Gildas, su tutor y único pariente cercano?

—Si no está ya, por lo menos estaba hace una semana, prisionero y enfermo...

—¿No podría escribir a Chartres a monsieur de St. Gildas, a fin de que se enviase desde allí con un propio adonde se halle?

—Sí, en Chartres está mi prima esperando el regreso de su marido.

—Otra cosa. Como su equipaje se ha quedado en la plaza Pigalle, quisiera que me diese usted una lista de lo que necesite para mandarle a José que lo traiga de cualquier tienda.

—Es usted muy precavido, señor Landes. Creo que lo mejor será que me traigan ropa como la que gastan las obreras. Así no se despertarán sospechas al comprarla.

—Es verdad. Perdóneme que me muestre tan oficioso, mademoiselle.

Juana le miró sorprendida, y juntando las manos, repuso en tono de protesta:

—Usted, que es mi único amigo, dígame, ¿tendría que perdonar a mi hermano por cuidarse de mí?

—¿Qué felicidad poderme considerar hermano de usted, Juana! — exclamó Landes, profundamente conmovido.

CAPITULO X

En un jardín

Habíanse verificado las elecciones y la farsa había concluido. De 435.000 electores, sólo 60.000 salieron a la calle para acudir a los colegios electorales. La gente encontraba por todas partes bayonetas, cañones y ametralladoras, y por doquiera se veían batallones de la Commune en movimiento. Los lúgubres

Húsares de la Muerte galopaban por la trémula ciudad lanzando roncós gritos de amenaza o de triunfo.

En medio del tumulto de trompetas y cañones, entre el estruendo de las salvvas de artillería y de las vociferaciones de los comunistas se depositó en las urnas el último voto, y los Húsares de la Muerte cercaron los colegios electorales.

El resultado estaba previsto. Fueron elegidos noventa y cuatro miembros de la Commune. Cada distrito eligió un número determinado de miembros, según la población. Resultaron reelegidos casi sin excepción los que ya ocupaban puestos en la Commune.

La mísera ciudad se estremecía.

Al día siguiente hallábase Landes sentado en el jardín ante el caballete, cuando oyó una ruidosa llamada en la puerta, y en seguida vio venir a José seguido de un oficial de la Commune, de uniforme.

El militar era Wilton, y Landes se apresuró a levantarse para recibirlo.

—Philip—dijo rehusando con gesto el asiento que se le ofrecía—, sólo vengo a recomendarle que tengas cuidado. Mi batallón ha recibido orden de marchar esta noche al fuerte de Issy, y vendrá otro a ocupar nuestro puesto en las barricadas de tu calle. Ignoro qué batallón será y quién podrá mandarlo; pero si te aseguro que es preciso que te escondas, porque han empezado las visitas domiciliarias y Raul Rigault está llenando las cárceles.

—Según me ha dicho José, a Rigault le han ratificado su nombramiento de jefe de Policía y de fiscal general de la Commune. ¿Es verdad?

—¿Ya lo creo! Insistió en ello el general Duval. Se ha instalado en la Prefectura de Policía con una banda de individuos que en cuanto a ferocidad no tienen nada que aprender de los indios. Es una vergüenza. Tiene por compañeros de fiscalía a Ferré y a Enrique Velet, y por familiares a Vermerch, Humbert y Willaume. Sarre y Weser llevan a cabo su obra baja y repulsiva en compañía de ese miserable Pilotell.

—¿Pilotell, el caricaturista?

—Sí, ya lo conoces... Un sujeto sin talento, cobarde y disipado. Ayer prendió a monsieur Polo, director del "Eclipse", y Rigault dice que fusilará al periodista, el cual, según tengo entendido, no ha cometido más delito que el de no aceptar para su periódico las malísimas caricaturas de Pilotell. Este blasona ahora de haber cogido a monsieur Polo tres mil francos que entregará a la Commune. ¡Ya me va dando asco esta canalla!

Landes hizo sentarse a su amigo y le habló con vehemencia.

—Resigna el mando—le dijo— y sal de esta ciudad. ¡Tú no puedes mezclarte con esos rufianes! ¿Será tarde para huir?

—Sí, amigo mío. Me fusilarían. Ahora vamos a salir y espero que habrá lucha. La gente de Versalles amenaza a la población y al fuerte de Issy, y si no me engaño, allí va a empezar la danza. No me importa combatir, pero

detesto la Commune tal como está en París.

Después de hablar un rato, Archie se levantó, tendiendo la mano a Landes, el cual le despidió diciendo:

—Adiós, Archie; que salgas bien de todo esto. No te arriesgues. La imprudencia no es valor.

—Lo mismo te digo, querido Philip—repuso Wilton—. Adiós, y si ves a Inés...

—Ya sé lo que tengo que decir—replicó Landes—. Cuidate tú.

Dicho esto, Archie Wilton, natural de Nueva York, de veintidós años de edad, salió a ponerse al frente de una horda de fanáticos, tan peligrosos unos para otros y para sus oficiales como para el enemigo.

CAPITULO XI

La Commune se mueve

La mañana del 22 de marzo, día fijado para las elecciones en París, apareció en todas las paredes de la ciudad un cartel de grandes dimensiones, con letras gordas, que decía:

"A LOS ELECTORES DE PARÍS:

Teniendo en cuenta que la convocatoria de las elecciones es un acto de la soberanía nacional, y que el ejercicio de esta soberanía sólo pertenece a los poderes emanados del sufragio universal, resulta que el Comité constituido en el Ayuntamiento no tiene ni derecho ni facultades para tal convocatoria.

Por tanto, los representantes de los infrascriptos periódicos, consideran nula y sin valor la convocatoria anunciada para el 22 de marzo, y aconsejan a sus lectores no hagan caso de ella.

Lo aprueban y se hallan presentes: "Journal des Débats".—"Elector Libre".—"Vérité".—"Gaulois".—"Petit National".—"Siècle".—"Temps".—"France".—"Pays".—"Univers".—"Patrie".—"Bien Public".—"Opinion Nationale".—"Journal de Paris".—"France Nouvelle".—"Monde".—"Constitutionnel".—"Petite Presse".—"Figaro".—"Paris - Journal".—"Petit Moniteur".—"Presse".—"Soir".—"Liberté".—"National".—"Cloche".—"Français".—"Union".—"Journal des Villes et Campagnes".—"Moniteur Universel".—"Gazette de France".

En frente de cada cartel se agrupaba una multitud agitada, que de vez en cuando dispersaban los pelotones de la Guardia Nacional, pero a pesar de ello, volvía a reunirse y discutía el texto del cartel con palabras y gestos más exaltados cada vez.

Cuando arrancaban algún cartel, y la gente tenía que retirarse ante las bayonetas, el tumulto crecía, y manos misteriosas pegaban nuevos carteles donde acababan de arrancarlos.

La protesta de la prensa parisiense cayó como una bomba entre los miembros del Comité Central y sus secuaces que ocupaban el Ayuntamiento.

El efecto de la protesta fué instan-

táneo y decisivo. En las calles se formaban grupos, había reuniones al aire libre, los batallones leales ofrecían sus servicios, y por todas partes en el centro de París, la gente de los mejores barrios unía su voz a la digna protesta de la Prensa.

Casi todas las alcaldías estaban ocupadas por republicanos moderados, y éstos hicieron saber que no abdicarían ante la rebelión ni prestarían su ayuda a ninguna elección fijada para el 22 de marzo.

Estos sucesos fueron conocidos en Versalles casi tan pronto como en París, porque no había sido cortada totalmente la comunicación entre el Capitolio y la ciudad donde estaba constituida la Asamblea Nacional.

Entabláronse negociaciones y se despacharon enviados de Versalles. Messieurs Tirard, Clemenceau y otros trataron de conseguir una reconciliación, pero desde el primer momento se vió que la Commune no tenía gana de ella.

Por otra parte, el "partido de orden" en París, perdió la poca fe que había conservado respecto de Adolfo Thiers. Día tras día, la Commune, que al principio había pretendido justificarse con el grito de "Libertad municipal", estaba tomando un carácter siniestro que de todo tenía menos de francés. Los alarmados habitantes de París veían entrar diariamente nuevos actores en escena. El Ayuntamiento se había convertido en un centro revolucionario. Frecuentábanlo individuos extraños y sospechosos, dragones polacos de uniforme, con botas de campana y amplios capotes; garibaldinos de roja guerrera, sombrero de plumas y enormes espuelas; "Húsares de la Muerte", semejantes con su fantástica armadura y sus sables y su revólver, a espantosas visiones de pesadilla al pasar por las calles oscuras envueltos en sus amplias capas. Por la noche los cafés estaban llenos de gentuza que jugaba y blasfemaba y bebía en compañía de mujeres del tipo más abyecto y peligroso. El oro corría como el agua, las orgías despertaban a los vecinos pacíficos, cuyas protestas eran acogidas con burlas y maldiciones, y a veces con una bala disparada en son de broma. Los batallones de Belleville se pasaban los días en marchas y contramarchas, tocando sus eternas cornetas y sus retumbantes tambores, que atronaban la ciudad con sonos horrendos.

No sin razón se había apoderado el terror de gran parte de la población pacífica de París.

—¿Pagarán a esos bandidos para que nos molesten de este modo?—se preguntaban unos a otros.

La contestación no tardó en recibirse. Los del Comité Central con los revólvers amartillados, habían tomado "a préstamo", 500.000 francos del Banco de Francia. La noticia alzó un grito de protesta del elemento sano de la ciudad. Convocóse una reunión de ciudadanos pacíficos de París el 22 de marzo, frente a la Opera Nueva. Iba a ser una protesta silenciosa, pero imponente. Habíase recomendado que los asistentes al mitin no llevaran armas, ni

lanzasen ningún grito hostil. Aquella gente inofensiva se pasó toda la mañana reunida en el punto de la cita discutiendo la protesta de la Prensa y las negociaciones con Thiers. Al mediodía había más de diez mil personas reunidas, y aún acudían más, deseosas de tomar parte en la pacífica demostración que suponían no había de interrumpir la Commune. Desde la plaza de la Opera veían por la rue de la Paix la formidable barricada que defendía la plaza Vesdôme. Esta había sido convertida en fortaleza. Cañones y ametralladoras defendían la barricada, que se extendía a través de la rue de la Paix, y todo la plaza estaba llena de tropas de la Commune. Bergeret, con un uniforme que hubiera llenado de envidia un tenor de ópera, extravagante, permanecía sentado en el centro de la plaza y miraba con sonrisa de satisfacción la gente reunida ante la Opera Nueva.

—Si vienen hacia aquí—dijo a Du Brisson—, yo los haré que se retiren. ¡Ya verán quién soy yo!... ¿Dónde está el coronel Tribert?

Tribert se levantó del sitio donde estaba sentado y se acercó saludando. En sus ojos fulguraba una luz roja, que se destacaba sobre la masa de tafetán y vendas que le rodeaban la cabeza.

—¿Ve usted esos estúpidos que hay ahí reunidos delante de la Opera?—preguntó Bergeret pomposamente.

—Sí, los veo—murmuró Tribert.

—Debía usted decir—corrigió Bergeret, con ceño—, sí, general Bergeret.

—Usted perdone. Sí, general Bergeret.

—¿Tiene usted una lente?

—Aquí hay una, mi general—dijo Sarre.

Bergeret la tomó, y miró con atención por encima de la barricada hacia la plaza de la Opera.

—No tienen banderas, ni llevan armas—dijo después de haber mirado—. Es lo mismo. Coronel Tribert, vamos a tocarles una pieza para que bailen.

Sarre hizo una mueca de aprobación. Bergeret entregó la lente a Tribert, e hinchándose como un pavo se volvió una o dos veces como si estuviera montado sobre un pivote, y miró a los balcones de las casas que daban a la plaza por la parte del Hotel Continental. No había señoras admirándole, y con gran petulancia ordenó que permaneciesen cerradas todas las ventanas de la plaza. Mientras hablaba, se abrió un balcón y aparecieron dos caballeros conversando.

—¡Cierren ese balcón!—gritó Bergeret.

Uno de los caballeros, hombre de corta estatura y ojos muy vivos, le miró con calma un momento, y luego prosiguió tranquilamente la conversación con su compañero.

—¿Me oyen ustedes?—gritó Bergeret furioso, y comprendiendo que le miraba su Estado Mayor—. ¡Cierren ese balcón, y métanse dentro!

El caballero pequeño encendió con mucha fiema el cigarro, se reclinó sobre el balcón, y, mirando al general Bergeret con ojos burlones:

—Burnside—dijo en inglés a su compañero—, ¿quién es ese títere?

Comprendiendo Du Brison que podía ocurrir algo grave, se acercó corriendo para decir a Bergeret:

—¡Mi general, tenga usted cuidado! Ese individuo es el general Sheridan del ejército de los Estados Unidos, y su compañero es el general Burnside.

Bergeret se mordió los labios y se volvió a otro lado. Los enrojecidos ojos de Tribert se fijaron un momento en los dos yanquis, que seguían hablando en el balcón. Luego, arrugando el entrecejo, llamó a Sarre, y emprendió con él en voz baja una conversación, en la que el nombre de Philip Landes tuvo el honor de ser elogiado en el más puro francés de Bellville. Antes de haber acabado de hablar sonó en el centro de la plaza un toque de corneta, que hizo ponerse de pie a todos los oficiales. En seguida tocaron alarma los tambores, las tropas se aprestaron, y el "general" Bergeret, dándose gran importancia, y seguido de su grotesco Estado Mayor, se encaminó hacia la parte oriental de la barricada.

—¿Qué ocurre?—refunfuñó Tribert—. Conque vienen, ¿eh? ¡Vamos a darles quehacer!

Sarre dirigió los ojos hacia donde miraba su superior, y vio que la multitud, reunida frente a la Opera, se había puesto en movimiento y precedida de un soldado de línea, sin armas, que llevaba una bandera tricolor, entraba en la rue de la Paix, en dirección de la plaza Vendôme.

A una orden de Bergeret, las tropas formaron un cuadro con los oficiales en el centro y los cañones en los ángulos. A otra orden se cargaron los fusiles y se calaron las bayonetas, pero sabiendo que su misión era de paz, la procesión de ciudadanos siguió su avance, recomendándose unos a otros que no hubiera provocación por parte suya.

—¡Viva Francia! ¡Viva el orden! ¡Viva la Guardia Nacional!

Estos eran los únicos gritos que se permitían. Mientras avanzaban, y creyendo posible que al ver las cintas azules que muchos llevaban, se tomaran como pretexto para la violencia, dieron orden de quitárselas. Así prosiguieron su marcha, tranquila y gravemente, hasta que la primera fila llegó a la barricada. Allí pidieron a la Guardia Nacional que los dejase pasar, puesto que su misión era de paz y concordia. Ya se habían retrocedido unos pasos, abriendo camino con ademán amistoso, seis o siete federales, cuando de repente redoblaron los tambores y se oyó una voz estridente y voluminosa, que, dominando el retumbar de los parches, profería terribles amenazas. Era Bergeret, dando los tres avisos legales para la dispersión.

Los ciudadanos se quedaron mirándose unos a otros llenos de asombro.

—¡Preparen!... ¡Apunten!... ¡Fuego!—gritó aquel mono de corazón de tigre.

Una tremenda explosión conmovió la barricada, y cuando el humo se alzó, la rue de la Paix era una espantosa carnicería. Lanzando gritos de terror,

saltando por encima de los muertos y heridos y buscando inútilmente un sitio donde refugiarse.

Un anciano de blanco cabello cayó con una bala entre los ojos; una joven yacía gimiendo sobre la acera con el brazo izquierdo atravesado de un balazo. En la rue de la Paix había 20 cadáveres, y sesenta heridos de bala se arrastraban sangrando hacia la plaza en busca de refugio. En la esquina de la rue-Neuve-Saint-Agustín se amontonaban los cuerpos de otros doce muertos. Un doctor, con el brazal de las ambulancias, se acercó a las barricadas para asistir a los heridos, pero Bergeret le echó con malos modos, llenándole de improperios.

—¡Váyase de aquí! ¡Aquí no nos hace usted falta!—gritó el coronel del batallón 83°.

—¡Fusilarle!—aulló Tribert.

Pero Bergeret estaba pensando en otras cosas y el médico escapó por milagro.

Sarre, sentado en lo alto de la barricada, se reía e imitaba burlonamente los esfuerzos que hacían los heridos al arrastrarse por las aceras en busca de un sitio donde guarecerse.

—¡Ese parece un cangrejo!—exclamaba señalando a un desgraciado y sujetándose las caderas con las manos mientras lanzaba grandes risotadas.

Tribert cogió un fusil y atravesó de un balazo la cabeza del herido con gran disgusto de Sarre, que decía había perdido una diversión.

Cuando llegaron al Ayuntamiento las noticias de aquella matanza, los más avanzados del Comité Central, la aplaudieron con frenesí y la aprobaron a voz en grito. Algunos llegaron hasta el extremo de decir que Bergeret no había sabido "acabar con la reacción de un solo golpe".

Una proposición de Assi pidiendo que se diesen las gracias a Bergeret y a su Estado Mayor, fué votada por el Comité. Extendióse un documento y, después de firmarlo todos, fué puesto en manos de un "Caballero de la República", que se encargó de llevarlo a todo galope a los defensores de la plaza de Vendôme.

Bergeret estaba radiante de satisfacción. Sentado en un barril de pólvora recibía el homenaje de sus oficiales, mientras que a poca distancia de él, Julio Vallés escribía con una caja de galleta por mesa el artículo de fondo que al día siguiente había de publicar "Le Cri du Peuple", una villana hoja anarquista.

Aquel artículo empezaba con estas palabras: "Habiéndosele antojado el desorden al partido de orden, la Guardia Nacional le hizo recobrar el sentido."

Desde el 19 de marzo había reaparecido el "Père Duchêne", vulgar parodia del periódico de Herbert. Su lenguaje era increíblemente obscuro, aun tratándose de individuos como Vermesch, Humbert y Villeneuve, directores de aquella innoble publicación.

Inútil es decir que cuando se supieron en París las noticias de la matanza, quedó sembrado el pánico en toda la ciudad. Un

la Legión de Honor y acompañado de un oficial de la Guardia Nacional y capitán de los escuchas de Franchetti, paseaba una bandera por los boulevards gritando: "¡A las armas! ¡A las armas!" La plaza de la Bolsa estaba llena de gente y de guardias nacionales leales. Todas las tiendas y cafés cerraron sus puertas; formábanse grupos, y algunos oradores amenazaban a los insurgentes. En aquellas agitadas reuniones se decían unos a otros que era inútil entablar negociaciones con bandidos y asesinos sistemáticos. No había más que un camino: oponer la violencia a la violencia. Las noticias llegaron a Versalles y produjeron profunda impresión. Hostigábase al Gobierno para que obrase con rapidez. Aun en aquella fecha tan avanzada un repentino "coup-de-main" de Thiers podría haber salvado la ciudad. Todavía estaba abierto el camino de Versalles a París.

Thiers podrá contar con el apoyo de mucha gente. Hasta en el Barrio Latino se habían alzado seis mil estudiantes ofreciendo sus servicios. La Escuela Politécnica, fiel a sus honorables tradiciones, marchaba como un solo hombre a alistarse para el servicio activo.

Pero el tiempo pasaba y Thiers permanecía callado. París era un inmenso campamento, en el que ocupaban una mitad el partido de orden y la otra mitad los insurrectos de la Commune. Cansado, al fin, de esperar a Thiers, el partido de orden entabló negociaciones con el Ayuntamiento. Estas negociaciones duraron hasta la tarde del día 25, y aquella misma noche corrió la noticia de que se había acordado el día en que habían de celebrarse las elecciones. Fueron fijadas para el domingo, 26 de marzo, y el partido de orden tranquilizado por las seguridades y fianzas dadas por la Commune, se retiró, enviando a los estudiantes a sus escuelas y el batallón Politécnico a su colegio, y dispersando los batallones leales de la Guardia Nacional.

Habiase convenido solemnemente que en cuanto se conociese el resultado de las elecciones, el Comité Central evacuaría el Ayuntamiento. Los infelices que componían el partido de orden lo creían todo y se fueron a la cama el sábado con los corazones satisfechos, resueltos a cumplir sus deberes de ciudadanía en las urnas a la mañana siguiente.

Pero en el Ayuntamiento las cosas marcharon de otro modo aquella noche. El Comité Central se regocijaba y el vino corría a raudales.

—¡Qué tontos son esos burgueses!—dijo Assi a Billioray, que respondió con una sonrisa.

Raúl Rigault, completamente borracho, gritó tambaleándose y señalando a Bergeret:

—Ese es el hombre que los llenó de plomo y acero, y yo les aseguro a ustedes que cuando llegue mi vez no me quedará atrás.

CAPITULO XII

Una sombra del terror

En el estudio se deslizaban los días en medio de la más completa calma. Tres veces por semana José traspasaba la barricada para ir al mercado de St. Germain, sin que le molestase para nada el nuevo batallón que ocupaba la rue Notre Dame. Aquel batallón era realmente muy extraño. Las tropas llevaban el uniforme azul pálido y el fez rojo de la Infantería turca, del corte de los uniformes de los zuavos, de los cuales sólo se diferenciaban por el color. Se les conocía por el nombre de "Primer batallón de turcos de París", y Philip supo por José que su coronel era un individuo llamado Sarre, "un individuo pequeño, regordete, de rostro sonrosado y alegre—dijo el portero—cuya risa pone carne de gallina", pero no podía quejarse de él porque nada le hacía.

París estaba tranquilo, con esa tranquilidad de la víctima que espera la muerte. Corrían rumores de un intento de salida para derrotar al ejército de Thiers antes de que pudiera reforzarse con los prisioneros que regresaban de Alemania.

Bergeret hablaba con voz campanuda y añadía más onzas de entorchados de oro a su levita; Flourens, bravo, ingenioso y acaso un tanto loco, se paseaba en compañía del siniestro y altivo Billiorary; Duval trabajaba noche y día con Eudes y Cluseret para perfeccionar el plan de defensa, y el Comité Central disputaba, acusándose sus miembros mutuamente como "sospechosos" hasta el punto de que las denuncias, las visitas a media noche y los bruscos y silenciosos encarcelamientos aterrorizaron a los propios revolucionarios. Nadie estaba seguro; nadie, ni los generales de la Commune, ni aun los miembros del Comité Central se atrevían a hacer frente a una acusación, mientras no podían defenderse con otra denuncia en contra de algún correligionario. Las acusaciones eran valor cotizable. El que acusaba con más violencia era el mejor patriota. Las cárceles se llenaban y Raúl Rigault bullía por todas partes, colérico, excitando, empujando y arrastrando a todos a espiar, a observar, a denunciar y a efectuar detenciones. La gente temblaba cuando le veía pasar; hasta sus propios amigos, hasta los mismos miembros de la Commune procuraban evitar su encuentro en la calle. Todo el día se lo pasaba en su guarida oficial, rodeado de sus satélites, inquiriendo, examinando y reprochando a los desgraciados ciudadanos que le llevaban a su presencia. Con terribles amenazas o con risa todavía más terrible gritaba:

—“Fiche moi ça dedans!”

Y el prisionero era cogido y llevado por las calles a empujones y golpes hasta una de las cárceles.

Al anochecer aquel joven sanguinario se quitaba el fajín, se sacudía el polvo de la ropa y salía a la calle. Allí habían acabado "los asuntos" y tomaba aires de "dandy". Muy perfumado, y con las manos enguantadas hacía una cena extravagante con sus familiares en cualquier restorán elegante, y luego, cruzando el río hasta el Barrio Latino, pasaban la noche bebiendo en compañía de mujeres degradadas, en la puerta de los cafés del Boulevard St. Michel.

José contaba a Philip lo que hablaban en la barricada y le refería en voz baja que la noche anterior Raúl Rigault, bebiendo con sus secuaces en la terraza del café Cardinal había gritado después de lanzar una blasfemia.

—¡Necesito un ramillete de treinta mil cabezas antes de verme limpio de traidores!

El café estaba lleno de estudiantes y ciudadanos que le oyeron, y al día siguiente lo sabía toda la ciudad y se acobardaba más que nunca.

Landes no ocultaba a Juana casi ninguno de los rumores que llegaban hasta él por mediación de José. Era mejor que supiese toda la verdad y además tenía plena confianza en su valor y buen juicio.

Un día que paseaban por el jardín sonó una violenta llamada en la puerta. La joven se puso pálida y miró a Philip con ojos espantados.

—¿Quién será?—murmuró Landes—Enciérrese en seguida en el estudio, Juana.

—No, quiero quedarme aquí—repuso la joven con la respiración ligeramente entrecortada—. ¡Ay, Philip! ¿Le habrá descubierto a usted la Commune?

—¿A mí? No; es a usted a quien buscan.

—Pero a mí no pueden hacerme daño, y, en cambio, a usted... ¡Oh, Philip!

—No me diga usted nada, Juana. Retírese en seguida.

Juana se negó a retirarse, mirando a Philip con gesto de súplica.

—Puede usted huir saltando la tapia del jardín—murmuró—. Sí, sí, puede usted. Ande de prisa. Yo saldré a recibirlos... Yo los entretendré. ¡Por Dios, huya usted, Philip!

Landes le echó una profunda mirada, diciendo:

—¿No quiere usted retirarse al estudio?

Juana insistió en su negativa, moviendo ligeramente la cabeza. La puerta crujió y se sintieron pasos.

—¡Ya entran!—exclamó Juana con voz ahogada y echando los brazos al cuello de su amigo.

Antes de que Juana tuviese tiempo de apartarse, apareció un hombre de larga blusa azul y echó a correr hacia Philip, tirando la gorra al suelo. Al fijarse en él Landes, avanzó unos pasos y gritando "¡Ellice!" Los dos amigos cayeron uno en brazos de otro, sin que Landes se fijase en que Juanito venía acompañado de una mujer vestida con

el traje propio de las vendedoras del mercado, y que era mademoiselle de St. Brieuc.

—¡Juanito!—exclamó Landes—. ¿Estás bueno?

—Sí; ¿y tú?

—Yo también estoy bueno. ¿Y Alain de Carette?

—En Versalles.

—¿Cómo has podido pasar la barricada?

Juanito se sentó en el borde del pilón de la fuente, sacó un enorme pañuelo rojo del fondo del bolsillo de la blusa, se limpió el rostro y miró a mademoiselle de St. Brieuc, que desaparecía con Juana por la puerta del estudio, y se echó a reír.

—¿Qué te parece, querido Philip? Ahora nos dedicamos a la venta de verduras. Las cestas las hemos dejado en la portería ¿Quieres comprarnos unas coles?

—Dime. ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?—repitió Philip.

—Casi no lo sé yo mismo. ¿Tenéis una barricada en cada esquina, verdad?

—Sí, hombre, sí. Prosigue.

—Bueno, pues nosotros decidimos venir a veros de un modo o de otro. Ayer vendimos a los turcos que te cuidan la calle alcachofas y nabos secos, pero no conseguimos que nos dejasen atravesar las líneas y volvimos hoy a intentarlo. Ahora, al llegar a la barricada, nos encontramos con que se habían vuelto locos en la calle. Un carro cargado de aves vivas tropezó con un cañón y volcó. ¡Si hubieses visto correr a los pavos y a las gallinas y a esos ladrones de turcos tras de ellos! Por entre mis pies pasó corriendo un capón, y el turco que lo perseguía me tiró al suelo en su precipitación por cazar al ave. Cuando me levanté los vi corriendo calle abajo. Los oficiales no podían hacer nada con la tropa, y en un instante se quedó la barricada sin defensores, porque todos se dedicaban a la caza de pavos. Mademoiselle de St. Brieuc y yo aprovechamos la ocasión metiéndonos tranquilamente por una de las salidas de la barricada, y antes de que nadie se diese cuenta de nuestra intrusión estábamos escondidos en la esquina de la calle del convento. En la rue Bara había un centinela, pero no nos dijo nada, creyendo sin duda que teníamos autorización para ir por donde quisiéramos, puesto que habíamos pasado la barricada. Cuando se distrajo, llamamos en tu casa, y aquí nos tienes.

—¡No sabes lo que me alegra vuestra llegada! Vamos adentro que estaremos mejor—dijo Landes, echando a andar hacia el estudio.

Cuando hubieron llegado, Landes arrastró un diván a la alcoba, diciendo:

—José hará una cama para uno con este diván, y el otro dormirá en la mía. Mademoiselle de St. Brieuc compartirá con Juana el cuarto de ésta.

—No; yo no quiero quedarme aquí. No es posible que arregles para cuatro la habitación de dos. A mademoiselle de St. Brieuc le gustará mucho estar con otra joven, pero yo buscaré albergue en otro sitio en cuanto pase un rato con vosotros.

—¿Te vas a ir? ¿Pero cómo vas a pasar la barricada?

—Saltando por encima.

—¿Y sabes la pena con que se castiga eso?

—No.

—Pues con el fusilamiento en el acto sin previa sumaria.

Juanito se quedó pensativo.

—¿Qué piensas?—preguntó Philip.

—Conque dices que...

—Nada... Escucha, Juanito. ¿No arriesgaste la vida en el Callejón de la Muerte por ayudarme? Pues bien, creo que no te costará trabajo quedarte conmigo sin etiqueta de ninguna clase. Hazte cargo de que estoy prisionero desde aquella noche sin tener a mi lado otro hombre con quien hablar más que José.

—Si te empeñas me quedaré. Pero por lo que vi cuando llegué, parece que no echas mucho de menos la ausencia de compañeros del sexo masculino...

—Bueno — interrumpió Philip secamente—. ¿Necesitas ropa limpia y traje más decente que ese que traes?

—Ya lo creo. Esta blusa no huele a violetas precisamente.

—Bien; pues como conoces la casa lo mismo que yo, haz lo que quieras. Allí está el baño preparado, y en cuanto a la ropa, tengo motivos para saber que te sienta bien la mía.

Cuando hubieron comido los cuatro, Juana insistió en que los hombres debían fumar, por cuya razón encendieron un pitillo, y después de echar una bocanada de humo al techo, Philip rogó a Juanito que relatase las aventuras que había corrido aquellos días.

—Nada de exageraciones ni fantasías, monsieur Ellice—dijo mademoiselle de St. Brieuc con tono de seriedad—; ya sabe usted que estoy aquí para corregir equivocaciones.

—No hay necesidad de embellecer el relato. Es bastante fantástico por sí solo, pero no será de mi partido el que contradiga lo que yo llamo las sorprendentes y divertidas aventuras de mademoiselle Margarita de St. Brieuc... y de su leal...

—Sí, monsieur Ellice—dijo Juana con dulzura—, pero, degradingamente, no han acabado todavía esas aventuras. ¿No deberíamos tomarlas un poco más en serio hasta que hayan acabado?

Juanito hizo una inclinación de cabeza y prosiguió con tono grave:

—Tiene usted razón. La situación es bastante seria y nada se gana con pretender que no lo es. Cuando tomamos el coche esperábamos reunirnos con ustedes en mi estudio en el término de una hora. El capitán Carette estaba desmayado, y a mademoiselle de Saint Brieuc le costó bastante trabajo arreglarle los vendajes que debieron corrersele cuando Tribert le tiró al suelo como usted sabe.

—Efectivamente.

—Si mal no recuerdo, el capitán Carette recobró el conocimiento antes de llegar a la rue de Sfax, ¿verdad?

—Sí—repuso Margarita brevemente.

—Bueno; pues cuando cruzamos el pasaje de Lille e íbamos a entrar en la rue de Sfax, mademoiselle de St. Brie-

uc, que iba viendo el camino por la ventanilla del coche, me gritó de repente que mandase parar al cochero. Lo hice así y fué una suerte que mi compañera me pudiera avisar a tiempo, porque toda la calle estaba llena de tropas federales poseídas de locura. Los soldados, borrachos, gritaban como demonios y disparaban al aire sus fusiles, en vista de lo cual nos volvimos en el coche al pasaje de Lille, que estaba oscuro como boca de lobo. Allí me apeé y me asomé por una esquina. Los federales estaban sacando a un hombre de un portal y disparaban los fusiles en todas direcciones, aullando y maldiciendo. En pocos momentos acabaron con aquel infeliz a bayonetazos y le dejaron no sé cómo. Yo estaba como petrificado y no acertaba a moverme del sitio en que me hallaba. Luego vi a la soldadesca echar abajo otra puerta, sacar a la calle a todos los vecinos de la casa y entregarse al saqueo. Se los veía ir y venir por las habitaciones con antorchas encendidas. Por fin salieron todos gritando: "¡Viva la Commune!... ¡Mueran Lebeau!" Me figuro que le cogieron por haber sido el que instruyó y disciplinó a la Guardia Nacional durante el sitio. Vivía en la rue de Sfax. En aquel momento tuve un pensamiento que me hizo dar un salto. ¿Qué casa habían estado saqueando y se disponían a quemar?... Deslizándome pegado a las paredes pude acercarme y vi que en el centro de la calle se amontonaban los restos de monsieur Lebeau, revueltos con los muebles de mi estudio y mis lienzos destrozados.

Después de ver aquello no perdí tiempo; pero antes de que pudiera retirarme me hizo fuego la Guardia Nacional. Las balas barrían la rue de Sfax. El cochero, que me había esperado a fuerza de ruegos de Mademoiselle de St. Brieuc, puso los caballos al galope, y no paró hasta llegar al boulevard St. Michel, donde nos suplicó que le dejásemos aunque no le pagáramos. El traqueteo del coche había añojado los vendajes a Carette, y se hallaba en situación casi desesperada por efecto de la pérdida de sangre. Con nuevos ruegos conseguí que el cochero siguiese adelante en busca de albergue. No pueden ustedes imaginarse el cuidado con que teníamos que andar. Un oficial herido hubiera sido lo bastante para que nos jugase una mala pasada cualquier dueño de un hotel que fuese del partido revolucionario. Pero nos era fácil evitarlo, porque los amigos de la Commune estaban todos muy exaltados, y como se les conocía a primera vista, no era difícil elegir. Después de larga busca encontramos uno que, por la tranquilidad que denotaba creíamos poder fiarnos de él, y resultó, efectivamente, buena persona. Era Verdier, el dueño de la Boule d'Or, un hotelito de la rue St. Michel. Allí acostamos al capitán, y mademoiselle de St. Brieuc se puso a curarle las heridas mientras llegó un médico, el cual dijo que habían curado al herido tan bien como pudiera hacerle curado él mismo...

—¿Perdón, monsieur Ellice!... El médico no dijo nada de eso—interrumpió Margarita.

—¿No dijo que las vendas estaban bien puestas?

—Dijo que estaban bien, pero eso no significa alabanza. Prosiga usted.

—El doctor iba a salir para Versalles y tenía un pase de Raúl Rigault del cual nos aprovechamos para falsificar otro para Carette. Mademoiselle de St. Brieuc se negó rotundamente a que la proporcionásemos otro en igual forma.

—Era demasiado peligroso—dijo la joven—. Una falsificación podía pasar, pero dos, y una de ellas para una mujer, hubieran despertado sospechas.

—Pues bien—continuó Ellice—, el médico hizo subir en su coche a Carette y se fueron juntos.

—¿Has tenido posteriormente noticias de Carette?—preguntó Landes, y a continuación añadió—: Pero no, no has podido recibir las.

—De él directamente, no—repuso Juanito—, pero M. Verdier tuvo carta del médico en la que le decía desde Versalles que el enfermo marchaba muy bien y que no tardaría en poder prestar servicio. Además, el doctor mandaba de parte de Carette las gracias por los servicios que le había prestado mademoiselle de St. Brieuc. La carta decía...

—Ya le advertí que le corregiría cuando incurriese en errores—interrumpió con viveza Margarita.

—Sí; pero bien sabe usted que no estoy equivocado en lo que digo. Lo leí yo mismo.

—¿Y no hacía referencia a usted?

—Ya lo creo. Me daba las gracias.

—¿Y no decía nada acerca de su valor, de su generosidad?

—No recuerdo... no recuerdo con exactitud lo que sucedió aquellos días. Sólo me acuerdo de una cosa que ha borrado de mi imaginación todas las demás.

Philip pensó con extrañeza si Juanito había olvidado su corrección e iría a decir que la causa de sus olvidos era Margarita de St. Brieuc, pero pensándolo bien se dijo a sí mismo:

—No puede ser tan tonto—y agregó en voz alta—: ¿Qué cosa es esa?

—Pues sencillamente, que a los tres días de estar en la Boule d'Or me atreví a salir y eché andar por el boulevard St. Michel, con ánimo de averiguar algo de vosotros, y al doblar una esquina vi un grupo de gente que leía un bando.

Me acerqué a ver qué decía, y figurate mi terror cuando vi que estaba leyendo mi propia filiación y el ofrecimiento de una recompensa al que me prendiera, firmado por Raul Rigault. Te aseguro que me flaquearon las piernas. A ti también se te citaba, diciendo que tanto tú como yo debíamos ser presentados vivos o muertos a Raul Rigault. Mademoiselle de Brassac y mademoiselle de St. Brieuc ocupaban también varias líneas de letras gordas, pero no se mandaba que las entregasen muertas. Inútil es decir que al leer aquello volví al hotel y me encerré. Después vino Verdier a hablar con nosotros. La familia de mademoiselle de St. Brieuc vive en Tours; todos sus amigos han huido a Versalles o adonde han podido.

pero no obstante esto, Margarita tuvo la bondad de declarar que se consideraba más segura a mi lado, a pesar de mi sentencia, que sola.

—Declaro mucho más que todo eso a propósito de mi confianza y de mi estima para usted, monsieur Ellice.

Juanito se ruborizó de satisfacción, y continuó:

Verdier nos aconsejó que probásemos fortuna en las barricadas. Un matrimonio hortelano que se dedicaba al negocio de verduras en el mercado y que le vendían a él las hortalizas, se avino a cederle su ropa por una cantidad seis veces mayor de lo que valían, y para que no dijese nada Verdier les aseguró que si Rigault se enteraba de la venta los mataría en el acto. Nosotros nos pusimos la ropa a pesar de su mal olor y empezamos a vender hortalizas en las barricadas, hasta que pudimos llegar aquí. Esto es todo.

CAPITULO XIII

Pesquisas peligrosas

Al día siguiente, antes de las seis de la mañana, Landes escribió una carta que decía:

"Querido Juanito:

"Ahora que estás aquí para ocupar mi lugar debo salir a ver si encuentro alguna ayuda. Tu blusa azul, etc., me servirá de disfraz. Si a ti te dieron resultado, a mí también me lo darán. Voy a deslizarme hasta el pasaje Stanislas y a no ser que tenga mala suerte me encontraré en las calles y procuraré llegar a la Boule d'Or. Espero que Verdier se mostrará tan amistoso conmigo como contigo para intentar que llegue una carta mía a manos del embajador de nuestro país. Creo que la cosa merece intentarse y me parece que el riesgo no es muy grande.

"Espero estar de vuelta antes de anoecer. Haz presente a mademoiselle de Brassac que sólo voy a cumplir con mi deber y ruégala que me perdone el que me ausente sin despedirme,

Tuyo,

Philip."

Landes cerró el sobre y después de estampar en él el nombre de su amigo, se puso la blusa y los sucios pantalones del hortelano, y tomó la gorra y el pañuelo del cuello. Luego se quedó pensativo un momento, puso la carta en la mesilla de noche, junto a la cama, y entró silenciosamente en el estudio. El gato vino a hacerle fiestas, pero Landes no le hizo caso porque tenía fija la atención en la puerta del cuarto de Juana. En seguida salió al jardín y cogiendo una escalera de mano que había junto a un árbol, la arriñó a la tapia. Era ésta bastante alta, pero no ofrecía dificultad para llegar arriba y andar por encima. Landes avanzó por ella hasta otra tapia de un jardín contiguo, muy ancha tam-

bién, pero cubierta de rosales cuyas espinas le rasgaban la blusa y le arañaban la cara y las manos. A pesar de ello siguió Landes avanzando hasta llegar a un punto desde donde se veía perfectamente el pasaje Stanislas, pero allí se encontró cerrado el paso por otra tapia rematada por un tejadillo. Más de diez minutos pasó tratando de escalarla, y cuando más desanimado estaba se fijó en un castaño del jardín. Bajó en seguida a tierra, y trepando luego por el tronco del árbol logró alcanzar el ansiado tejadillo. Echado de bruces sobre las tejas, observó la calle, y viendo que no pasaba nadie y que no había ningún centinela, se dejó caer al suelo, y sin separarse de la pared apretó el paso en dirección del boulevard Montparnase.

Experimentaba una sensación extraña al verse en la calle después de tantos días de reclusión. Le parecía como si de pronto hubiera caído en una ciudad desconocida. Casi toda la gente que encontraba iba de blusa y gorra. Las tiendas del boulevard se hallaban cerradas todavía, pero la calle estaba muy animada, y los ómnibus y los coches circulaban como de ordinario. A cada paso encontraba soldados de la Guardia Nacional, pero nadie se fijaba en él, y comenzó a tranquilizarse. Veía muchos hombres vestidos como él y comprendía que si en su traje se hubiese notado algo raro hubiese llamado la atención de los transeúntes. Aparte de una que otra barricada, nadie hubiese dicho que París estaba revolucionado. No había cambiado la vida de la población. Los vecinos de las casas abrían los balcones; los cafés se llenaban de gente y los carros del mercado pasaban formando largas filas por el sucio boulevard hacia la plaza, por la Closerie des Lilas. Philip se detuvo en el boulevard Montparnase para comprar un bollo caliente y entró a comérselo en un cafetín con un poco de manteca y una taza de chocolate. En un rincón del establecimiento había dos soldados de los escuchas de Franchetti tomando café y hablando, y Philip se puso a escuchar lo que decían mientras tomaba el chocolate.

La conversación versaba sobre una juerga en que habían tomado parte la noche precedente, pero se pusieron tan pesados, que Philip se tomó a escape lo que le quedaba del chocolate y se levantó para pagar. Al poner los treinta céntimos sobre el mostrador y dirigirse a la puerta le detuvo una frase pronunciada por el más viejo de los dos escuchas.

—"Nom de Dieu!" Si Raúl Rigault quiere coger a esos, los cogerá. Créelo, Sureau, ¡conseguirá cogerlos! No quisiera yo más que tropezar con cualquiera de ellos. ¡Entonces sí que podría pagarte los diez francos que te debo, porque iba a tener dinero hasta para tirarlo por la ventana!

—¡Déjame en paz!—exclamó su interlocutor con disgusto—. Si no voy a cobrar mis diez francos hasta que cojas a uno de esos mirlos blancos... ¿Cómo se llaman?

—Uno, Philip Landes y otro Ellice—repuso el soldado más viejo—. Vivos

o muertos dan la misma recompensa. ¡Figúrate, Sureau, que me viese con uno de esos diez individuos en cada mano!...

—¡Sí, y con mis diez francos! ¡Vámonos, hombre, no pienses más en tus mirlos blancos!... Pero, escucha, Pastorette lo digo formalmente... Necesito que me pagues mis diez francos.

—¡Ya te los pagaré, hombre!

—¿De veras?

—De veras, te lo aseguro.

—Júralo.

—Déjame en paz.

La conversación volvió a recaer sobre la orgía de la noche anterior, y Philip, sin aguardar a oír más, salió a la calle.

Con verdadero asombro notó que la discusión acerca de su captura muerto o vivo no le había impresionado lo más mínimo; al contrario, sentía ganas de reír. Tenía plena confianza en su sencillo disfraz, y pensando el satisfactorio término de la misión que le había sacado a la calle, seguía su camino casi alegre.

Los jardines del Luxemburgo estaban convertidos en un campamento militar. Al pasar a lo largo de la dorada verja de hierro que se extendía hasta más allá de la Escuela de Minas vió la artillería situada en la terraza de la parte Norte y a los soldados de caballería dando de beber a los caballos en el pilón de la fuente colosal. La infantería federal había acampado alrededor del viejo palacio, en el cual ondeaba la bandera roja de la Commune. En todas las puertas había centinelas hablando con los paisanos que iban a preguntar por parientes que tenían en los batallones insurreccionados, y los lívidos oficiales, con sus resplandecientes uniformes de oro y carmin, se paseaban tranquilamente de un lado a otro en el ala oriental del palacio. En la plaza de Médicis había dos Húsares de la Muerte inmóviles sobre sus huesudos caballos, vistiéndolos los amplios capotes que les llegaban hasta las espuelas. Cual sinietras aves nocturnas sorprendidas por la luz, los húsares entornaban los ojos y espían los movimientos de la gente. En el boulevard St. Michel estaban abiertos los cafés, y unas cuantas mujeres de voz enronquecida y con el rostro pálido y lleno de chafarrinones de colorete volvían con sus amigos de alguna fiesta de Montparnasse. Sus amigos, estudiantes viciosos y borrachos, venían lanzando roncacos aullidos y gritos de burla.

—¡Viva la Commune!—gritaba uno.

—¡Oh, no; eso no!—gritaba otro— ¡Viva Thiers!

—¡Viva Thiers!—repetían los demás irónicamente.

Entonces se fijaron en los húsares de la Muerte, que estaban apostados en la plaza de Médicis, y amenazándoles con los puños cerrados, gritaron:

—¡Viva Thiers! ¡Viva la República! ¡Abajo la Commune! ¡Mueran los húsares de la Muerte!

Uno de los encapotados jinetes se volvió, lentamente, sobre la silla y señaló a los estudiantes. Aunque estaban borrachos comprendieron la amenaza que envolvía aquel brazo extendido. Sus voces y sus vivas cesaron de repente y una de las mujeres corrió a meterse

en un café gritando como una histérica. La piel del rostro del húsar se contrajo con una sonrisa tétrica y silenciosa, dejó caer el brazo lentamente y su cabeza se hundió nuevamente en los pliegues del cuello del amplio capotón, dejando al descubierto dos ojos brillantes que fulguraban siniestramente.

Philip se estremeció sin querer y empezó a inquietarle una sensación de inseguridad. Estaba en un barrio donde era muy conocido, y aunque se bajó la visera hasta los ojos, una nerviosidad extraña, casi un presentimiento, aceleraba los latidos de su corazón.

Al doblar la esquina de la plaza de Médicis para cruzar el boulevard se encontró frente a frente con Faustina Courtois, la cual le conoció en el acto, pero pasó de largo, muy pálida, sin dar la menor señal de haberle reconocido. La impresión del encuentro le puso nervioso y siguió andando pegado a la pared y escuchando atentamente por si alguien le seguía. No tenía miedo de Faustina, pero comprendía que no estaba seguro, puesto que lo mismo que le había conocido la joven, podía reconocerle algún enemigo. Cualquiera comerciante del barrio, cualquier estudiante o cualquier muchacha que quisiera hacerle traición, por codicia o porque lo considerasen un acto patriótico, podía ganarse la recompensa y captarse los favores de Raúl Rigault.

Antes de llegar a la rue des Ecoles encontró media docena de caras conocidas, pero nadie se fijó en él y el temor fué dejando sitio a la esperanza. Sin embargo, había perdido aquella sensación agradable de la persona que corre una aventura y maldecía mil veces su tontería por no haber dado un rodeo por el Panteón evitando el boulevard. Ya no tenía más remedio que pasar por el Palacio de Justicia, y aunque no le conocían mucho por aquella parte, era prudente entrar por la rue des Carmes y buscar camino por el laberinto de callejuelas que hay entre el boulevard St. Germain y el río. Los puentes que cruzan el brazo izquierdo del Sena hasta la isla de St. Louis estaban guardados por tropas, por cuya razón torció a la izquierda y siguió por los muelles hasta el Puente Nuevo. Por allí pasaban libremente las personas y los coches, y él pasó sin que nadie le molestase, mezclado con los transeúntes. El problema consistía ahora en volver al boulevard St. Michel, o mejor dicho a la sección conocida por el nombre de boulevard Sebastopol, en el cual estaba situado el hotel Boule d'Or. Los muelles de la orilla derecha del Sena estaban cerrados con barricadas, pero la plaza del Carrousel se hallaba despejada, y decidió dar un rodeo por fuera de la rue de Rivoli; pero todos sus rodeos fueron inútiles, porque por todas partes se alzaban barricadas. Anduvo durante varias horas por la población, buscando paso para el boulevard Sebastopol, hasta que al fin se detuvo desazonado, sin saber qué hacer.

En la calle había un centinela ante un edificio de piedra gris, que reconoció por la residencia del Arzobispo de París. Había visto muchas veces a aquel bondadoso anciano y le extrañó la pre-

sencia del centinela, que, según observó Philip, no tenía ninguna consigna, porque la gente entraba y salía libremente en el edificio, así como los carruajes. De repente se le ocurrió una idea. ¿Tal vez pudiera hablar con el Arzobispo y acaso éste pudiese enviar un recado al embajador americano! Sin aguardar un momento, atravesó la calle, pasó junto al centinela, que no le hizo el menor caso, y entró en el patio del palacio arzobispal. Mientras miraba a todas partes buscando una puerta se le acercó un criado preguntándole qué deseaba.

—Quisiera ver a monseñor Darboy —dijo Philip resueltamente.

—Monseñor Darboy está en la Magdalena con el párroco—replicó el criado.

—¿Cuándo volverá? —preguntó Philip.

En aquel momento pasaba un sacerdote, y el criado se acercó a él haciendo un profundo saludo con la cabeza.

—Señor abate, este joven desea ver al Arzobispo.

El abate Lagarde, Vicario general del Arzobispado de París, se volvió afectuosamente hacia Philip.

—¿Desea usted ver al Arzobispo, hijo mío?

—Sí, padre.

—Estará de vuelta a la una; venga usted a esa hora—dijo el abate con una sonrisa triste, y volviéndose al criado, añadió: Tenga usted cuidado para que dejen pasar a este joven.

Philip dió las gracias y salió.

Al encontrarse en la calle sacó el reloj y vió que eran las doce. Tenía que esperar una hora y no sabía cómo emplearla. Pensó ir por sí mismo a ver al embajador; pero recordó el aviso de Wilton y lo sucedido a José y sintió otro impulso. Tenía tiempo de ir al Hotel Perret antes de que regresase el Arzobispo. "¿Quién sabe!—pensó—. Tal vez pueda encontrar alguna pista. Nada pierdo con ir y reconocer el terreno".

Su plan le llevó más tiempo de lo que esperaba, porque las barricadas eran numerosas y los rodeos largos; pero al fin llegó a la plaza y se quedó satisfecho al verla desierta. En el hotel no había nadie, al parecer, y estaba cerrada la puerta, pero aún seguía roto el cristal que hacía dos semanas había destrozado él mismo con la culata del revólver.

Sin titubear un momento se metió por el hueco que dejaba el cristal y subió silenciosamente a las habitaciones que había ocupado la familia de Brassac. La puerta estaba abierta. Con el revólver amartillado y aguzando los sentidos, Philip penetró en el aposento, notando desde el primer momento que había sido saqueado. Los armarios estaban abiertos de par en par, con las puertas rotas, la ropa de las camas se hallaba revuelta y hecha jirones, las alfombras se amontonaban en los rincones y los cajones de la mesa de escritorio yacían esparcidos por el suelo desnudo. Landes atravesó una serie de habitaciones reconociendo todos los rincones por si se ocultaba en ellos algún enemigo, y así llegó al gabinete del coronel de Brassac. De la pared pendía una pistola antigua y enmohecida. La

cogió con ansiedad, tocó la boca del cañón, tropezó con una especie de tapón, y cuando consiguió extraerlo le cayó en la mano un chorro de espléndidos diamantes. Era tal su agitación, que Philip no podía moverse, ni respirar, ni pensar siquiera. Poco a poco se le despejó la imaginación, pero siguió inmóvil pensando cómo podría poner en sitio seguro la pequeña fortuna de Juana de Brassac. Una profunda ternura y un transporte de satisfacción aceleraron los latidos de su corazón al ver que había podido ser verdaderamente útil a la mujer que amaba. Mientras paladeaba toda la dulzura de sus pensamientos sonó una puerta y se oyeron pasos quedos. Philip se guardó los diamantes en el bolsillo. Los pasos dejaron de sonar, y de pronto apareció un rostro reflejado en un espejo. En su luna vió Landes la figura de Georgias, erguido, con los ojos saltándosele de las órbitas y la boca entraabierto. El griego vió también a Philip, y en un instante el americano se precipitó hacia la puerta. Pero Georgias, sin esperar el ataque, hizo fuego y emprendió la huida. El proyectil destrozó el espejo y Philip echó a correr por los pasillos tras del fugitivo disparándole el revólver. El griego bajaba la escalera velozmente y quedó acorralado. Philip le miró un instante desde la barandilla, y comprendiendo que Georgias estaba a su merced, porque no podía huir sin abrirse camino luchando con su perseguidor, levantó el brazo fríamente y le disparó las dos últimas balas que le quedaban en el revólver. Ambos disparos alcanzaron a Georgias, el cual lanzó un alarido y cayó rodando, de cabeza, hasta el vestíbulo. Cuando llegó Philip a su lado estaba muerto. Yacía sobre las losas del pavimento, como una informe masa, en medio de un charco de sangre. En las manos conservaba todavía una pistola de un cañón y un cuchillo largo y agudo. Philip cogió el cuchillo y en seguida lo arrojó lejos de sí, porque vió que era el mismo que había visto en el Café Cardinal y el mismo que había atravesado la garganta del coronel de Brassac.

Los arroyitos que la sangre formaba iban a alcanzarle los pies, y se retiró. Con mucha calma abrió el revólver, cuyos cartuchos vacíos tintinearón sobre las losas al caer al suelo, cargó de nuevo el arma, colocando el cilindro en su sitio, y guardó el revólver en la funda de cuero que llevaba pendiente del cinturón, bajo la blusa.

Sin volver a mirar al asesino que yacía a sus pies, se dirigió a la ventana rota por donde había penetrado en el hotel y salió a la calle.

La plaza estaba desierta. Si había todavía inquilinos en las casas de enfrente, no debían de haber oído las detonaciones o se habían guardado prudentemente de hacer averiguaciones.

Sin ninguna dificultad llegó a la rue Blanche y siguió su camino en dirección del Arzobispado. Habían transcurrido casi dos horas y apretó el paso temiendo que el Arzobispo hubiera regresado y se hubiese vuelto a marchar. Al dar vista al palacio vió llegar un coche, del que se apeó un sacerdote y

ayudó a bajar a un anciano. Philip penetró en el patio y encontró al mismo criado con quien había estado hablando dos horas antes.

—El Arzobispo acaba de llegar—dijo Landes—. Le he visto apearse del coche con un sacerdote. ¿Quiere usted suplicarle que me atienda en un instante? Se trata de un asunto de vida o muerte.

—El Arzobispo está fatigado—respondió el criado—. Monseñor es viejo y tiene poca salud. No puedo dejar pasar a nadie.

—Es un asunto gravísimo—insistió Philip—. Además, recuerde usted que el señor Abate dió orden de que me recibiesen.

El criado titubeó un momento; pero al fin se retiró para volver en seguida diciendo a Philip que le siguiese.

Atravesaron largos claustros y ricas cámaras hasta llegar a una puerta cerrada, junto a la cual había un sacerdote leyendo. Al ver a Philip, despidió al criado con un movimiento de cabeza, y clavando una mirada penetrante en el joven, le dijo:

—El Arzobispo está enfermo y fatigado, pero no se niega a recibirle. Sígame usted.

Penetraron en una pequeña estancia a mano izquierda, pasaron por una puerta oculta por un cortinón y entraron en un salón grande y soleado, donde se hallaba el anciano sentado en una butaca. Su faz pálida y de dulce expresión, bajo los cabellos de un blanco nieve, se hallaba contraída como por efecto de un dolor; pero al entrar Philip se sonrió y devolvió silenciosamente los respetuosos saludos del joven. Cuando hablaba, su voz era triste y débil, pero todas las facciones de su pálido rostro denotaban bondad.

—¿Puedo ayudarte en algo, hijo mío?

—Sí, monseñor.

—Cuéntame qué te pasa, hijo mío—dijo monseñor Darboy.

Antes de que Philip pudiera replicar, entró precipitadamente un sacerdote y se postró de rodillas ante el Arzobispo. Venía presa de una agitación terrible. El Arzobispo, al verde en aquel estado, alzó una mano y la puso en la cabeza del sacerdote. En el mismo instante sonaron en la calle redobles de tambores. Al mismo tiempo se percibía el rumor de una muchedumbre que se acercaba y que aumentaba cada vez más, mientras que en el patio del palacio se sentía ruido de armas. Todo sucedió tan de repente, que Philip apenas tuvo tiempo de precipitarse hasta una ventana, antes de que se abriese bruscamente la puerta y avanzase hacia el Arzobispo un oficial de la Guardia Nacional.

Después de un momento de silencio tuvo la cortesía de quitarse la gorra galoneada de oro, y saludar con una inclinación de cabeza al arzobispo, el cual devolvió el saludo con serena dignidad. Casi en seguida entró otro oficial y saludó mecánicamente. Vestía uniforme

de capitán del Estado Mayor, y llevaba un papel doblado en la enguantada mano.

—¿Monseñor Darboy?—preguntó.

El arzobispo inclinó la cabeza en silencio. El oficial se volvió hacia su compañero, que vestía uniforme de camino, diciéndole:

—Capitán Journeaux, hágase cargo del arzobispo.

El oficial saludó y se apartó sin mirar siquiera al arzobispo que se había puesto de pie. Entonces, el capitán de Estado Mayor se encaró insolentemente con el arzobispo y le dijo con sequedad:

—Soy el capitán Revol y traigo una orden para prenderle.

Y con ademán brusco desdobló el papel que traía en la mano y con voz nasal leyó la orden, echando, de vez en cuando, penetrantes miradas a los dos sacerdotes que permanecían al lado del arzobispo.

El escrito decía así:

“Se ordena al ciudadano Revol, capitán, ayudante agregado a la Prefectura de Policía, que entre en el arzobispado y detenga al señor Darboy, que se titula, a sí mismo, arzobispo de París, procediendo en el acto a un registro minucioso de su casa y a la recogida de todos sus papeles.

Raúl Rigault.”

—¿Un mandato de prisión?—repitió el arzobispo con incredulidad.

—Precisamente—replicó el oficial, doblando el papel y guardandoselo.

—¿Es imposible semejante ultraje!—exclamó un sacerdote, pero Revol le mandó callar con voz imperiosa.

Era el 4 de abril, martes Santo, y el Consejo Episcopal había estado reunido en sesión, como de costumbre, en el arzobispado. A las dos se había retirado la mayor parte de los Prelados, pero aún quedaban muchos, entre ellos, el vicario general, abate Lagarde, que se había tenido que acostar con dolor de cabeza.

Al oír los tambores y el ruido de la muchedumbre se había levantado y vestido, y entraba en el salón en el momento de acabar la anterior escena, entre el arzobispo y el capitán.

—¿Quién es usted?—preguntó el oficial.

Pero el vicario general no hizo caso de la pregunta y se dirigió tranquilamente al lado del arzobispo.

—¿Por qué me prenden?—preguntó Monseñor Darboy, mirando al capitán.

—Le prenden—respondió friamente Revol—porque anoche hicieron fuego sobre un destacamento de tropas federales desde las ventanas de un edificio de la rue des Portes. El señor prefecto de Policía desea interrogar a Monseñor acerca del asunto, pues se cree que los disparos procedían de las ventanas de la casa que ocupa una asociación religiosa que tiene relación con el arzobispado. Por supuesto—añadió—, no

le da lugar a decir que seguramente se dejará volver en seguida a Monseñor.

El arzobispo repitió tan extraña historia al abate Lagarde que se había ausentado unos momentos para traer una capa al anciano, y entre ambos se cruzaron unas palabras en voz baja.

—Si—oyó decir Philip al abate—, seguramente es un pretexto. Vienen, sencillamente, a llevarse a Monseñor.

—¿Y usted consiente en acompañarme?—preguntó el arzobispo.

—Yo no consiento... pido el privilegio—repuso el abate Lagarde.

—¡Vamos! “En route!”—dijo el capitán.

—¿Me permite usted decir adiós a mi pobre hermana?—preguntó el arzobispo con dulzura.

—No hay tiempo que malgastar—respondió el capitán haciendo señas a los soldados para que entrasen.

—¿Qué vergüenza!—exclamó Philip desde el balcón, pero en seguida tuvo que morderse la lengua, porque el capitán se dirigió a él y le examinaba con siniestra frialdad.

—¿Quién demonios es usted? ¿Un cura sin manteos?—preguntó.

Y con ademán insultante le puso la mano encima, pero instantáneamente se echó hacia atrás, porque había tentado el revólver que Philip llevaba debajo de la blusa.

—¡Prended a este hombre!—gritó a los soldados.

Landes se vió, en el acto, cercado de bayonetas y echó a andar entre una doble fila de soldados.

El arzobispo había aprovechado aquellos momentos para despedirse de su hermana y volvia acompañado del abate Lagarde. El capitán los siguió hasta que hubieron subido al coche, y luego montó él en el pescante, mientras que su compañero Journeaux se ponía a la cabeza del batallón federal que aguardaba en el patio en posición de firmes. Al redoblar los tambores apareció la fila de soldados que conducían a Philip.

—¡Meterlo con Darboy!—gritó Revol desde el pescante.

Y Philip fué metido, a empujones, en el coche, tras de lo cual echó a andar el cortejo.

Al salir por la puerta cochera, pasaron por delante de un grupo de mujeres que se agolpaban en la entrada. Algunas estaban de rodillas y todas lloraban.

Una de ellas, una joven elegantemente vestida, alzaba las manos con ademán de súplica. Philip la conoció. Era Inés Falaise. Monseñor Darboy inclinó el pálido rostro con benignidad y alzó las manos para bendecir. El capitán Revol lanzó un juramento y maldijo al cochero. El carruaje rodó velozmente hacia la Place Dauphine.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

INDICE

de las novelas publicadas por

“LECTURAS PARA TODOS”

- NUM. 1.—Más largo es el tiempo que la fortuna y Un servilón y un liberalito, por Fernán Caballero.
- NUM. 2.—Temple de acero, por J. Francisco Muñoz y Pabón.
- NUM. 3.—Aventuras de David Balfour, por R. L. Stevenson.
- NUM. 4.—A vista de pájaro, por Juan de Ariza.
- NUM. 5.—Aguas primaverales, por Ivan Turguenef.
- NUM. 6.—El grillo del hogar, por Carlos Dickens.
- NUM. 7.—La española inglesa, por Miguel de Cervantes.
- NUM. 8.—Los buscadores de oro, por Enrique Conscience.
- NUM. 9.—La gran amiga, por Pierre L'Ermité.
- NUM. 10.—Nido de hidalgos, por Ivan Turguenef.
- NUM. 11.—Mi prima Filis, por Mistress Gaskell.
- NUM. 12.—Las minas del rey Salomón, por Rider Haggard.

En nuestro próximo número publicaremos el final de la sugestiva novela

“La república roja”

que tanto interés ha despertado por la emotividad y belleza de su asunto.

“La república roja”

es una clara visión de la realidad.

No deje de leer nuestro próximo número

REPUBLICA BOLIVIANA
W. CHAMBERS



MINISTERIO GENERAL
DE CULTURA



REVISTA SEMANAL
NÚMERO DE LA
LECTURAL PARA
TODOS

LA REPUBLICA ROJA

ROBERTO V. CHAMBERS



LECTURAS PARA TODOS
SUPLEMENTO DE LA
REVISTA SEMANAL
"Jeromin"

223/3

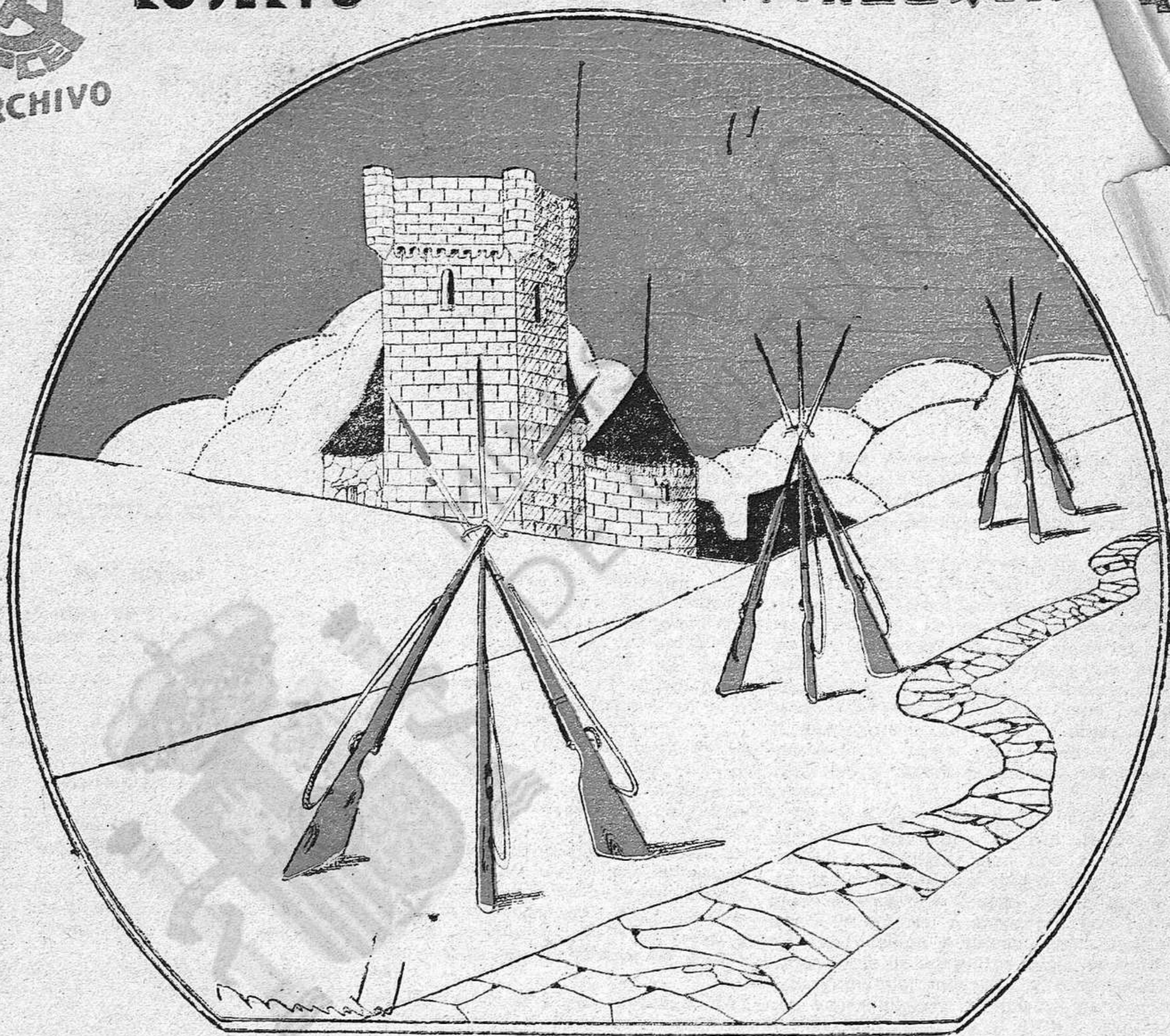
La República Roja

ROBERTO

W. CHAMBERS



ARCHIVO



LECTURAS PARA TODOS

SUPLEMENTO DE LA

REVISTA SEMANAL

"Jeromin"



LA REPUBLICA
ROBERTO
W. CHANDLER



REVISTA SEMANAL
"Jaramila"
NÚMERO DE LA
PARA
LECTURAL
TODOS



LA REPUBLICA ROJA

Por ROBERTO W. CHAMBERS

SEGUNDA PARTE

CAPITULO XIV

Raúl Rigault

La Prefectura de Policía estaba muy lejos, y monseñor Darboy se sentía muy malo, pero se resistía y sólo había en su boca palabras de consuelo y frases de ánimo para sus compañeros. Al poco de salir recordó que Philip tenía algo urgente que comunicarle.

—Hijo mío—dijo—, cuénteme lo que tenía que contarme y que según me dijeron era un asunto de vida o muerte.

Philip le refirió inmediatamente su historia. Monseñor Darboy le escuchó con tanta atención como si estuviera tranquilamente en su residencia, y sólo cuando Landes hubo acabado su relato, lanzó un hondo suspiro y dijo con voz débil.

—¡Ay de mí, hijo mío! ¡Ya ve usted qué poco puedo hacer ahora por mis amigos, pero si Dios quisiera que llegase a poder, cuente usted con mi ayuda. Si las cosas se ponen en contra mía y me encarcelan, a pesar de sus promesas en contrario, no podré ayudarle, pero aquí está el abate Lagarde. Él no corre peligro. En cuanto regrese de la Prefectura, que quizás será hoy mismo o mañana, irá al embajador para exponerle su caso y el de esas señoras que tan noblemente protegen usted.

Impresionado por la dignidad y la dulzura del Arzobispo, Landes cayó de rodillas y le pidió humildemente la bendición. El contacto de aquellas suaves y ancianas manos sobre su cabeza produjo una sensación de paz inefable. Monseñor Darboy, vencido por la debilidad y la agitación de su arresto, se

puso muy pálido, y dejando caer la cabeza en el hombro del abate, cerró los ojos. Le temblaban las manos y estaba como desmayado. Landes le contempló en silencio unos instantes y dijo en voz baja al abate:

—Probablemente me fusilarán antes de que pueda intervenir el embajador americano, aun cuando pueda usted verme esta noche. Tengo en el bolsillo los diamantes de mademoiselle de Erassac. Es toda su fortuna. ¿Quiere usted hacerse cargo de ella, padre?

—Sí—respondió el sacerdote.

Philip hizo una pequeña bolsa con el pañuelo que llevaba al cuello, echó en él los diamantes y ató las puntas lo mejor que pudo. El pañuelo constituía un buen escondite para las piedras, porque entre los pliegues no se notaba el bulto. La triste cara del sacerdote se animó con una ligera sonrisa al notar la incongruencia del burdo pañuelo de algodón con la ropa talar, y se lo guardó en el bolsillo de la sotana.

—¿Tiene usted algún encargo más que darme para mademoiselle de Erassac, hijo mío?—preguntó.

—Dígala que la adoro—respondió con vehemencia Landes.

El abate inclinó la cabeza en silencio.

En aquel momento el coche se detuvo en la Place Dauphine, y Revol saltó del pescante para abrir la portezuela del carruaje. Primeramente se apeó el abate Lagarde para ayudar a bajar al arzobispo y, por último, se apeó Philip y se quedó parado junto al capitán.

El ciudadano, capitán Revol, no sabía, naturalmente, que Philip estaba pregonado. Ni sabía cómo se llamaba ni le importaba saberlo; para considerarle sospechoso le bastaba haberle encontrado con armas ocultas en casa de su hermano. A los ojos del capitán el

preso era de escasa importancia comparado con monseñor Darboy, arzobispo de París; así que cuando echaron a andar se limitó a mandarle que le siguiese.

La puerta de la Prefectura que daba a la Place Dauphine estaba encerrada, pero Revol mandó que la abriesen, y seguido de los tres prisioneros y de dos guardias armados entró en el patio. Este estaba lleno de gente que vociferaba y gesticulaba tumultuosamente. Al entrar el Arzobispo, unos le miraban con hostilidad y otros, con indiferencia, hasta que se presentó un carcelero y Revol le entregó los detenidos.

El carcelero, un rufián chiquitín y corto de vista, con una gran cicatriz a través de la cara, hizo una mueca a los sacerdotes y les indicó que le siguiesen. Uno tras de otro con el carcelero a la cabeza, pasaron por una porción de pasillos y salones hasta llegar a una serie de aposentos llenos de hombres fumando, bebiendo y discutiendo con voces ásperas y fuertes, pero nadie les hizo caso. En el último aposento donde entraron no había nadie; sólo se veían largas mesas llenas de ropa de uniforme, cuidadosamente amontonada por prendas. El carcelero se detuvo e hizo señas a Philip para que se detuviese.

—Ya le llegará la vez—dijo—; pero el clero no debe hacer antesala.

Y haciendo una burlona reverencia al arzobispo, abrió una puerta y pasó con los sacerdotes. Como no cerró al entrar en el salón empujándose tres de una mesa y empujándose tres de otra en el salón empujándose tras de una mesa llena de uniformes de la Guardia Nacional. El carcelero volvió a salir y le dijo:

—Dentro de un momento vendrán por usted. Mientras tanto, súbase en una mesa y verá la función.

Y dicho esto desapareció entornando la puerta.

Philip se encaramó en una de las mesas y se puso a mirar lo que ocurría en el despacho del prefecto de policía.

En el fondo de la habitación, casi frente de la puerta por donde habían entrado el arzobispo y el abate Lagarde, había un gran sillón sobre un estrado, y en el sillón, ante una gran mesa de tapete verde, estaba sentado un hombrecillo escribiendo. En la cabeza llevaba una gorra de militar cargada de entorchados de oro. Su uniforme era oscuro y estaba adornado con galones de plata. Una o dos veces alzó los ojos, pero no se fijó en el arzobispo, que había entrado con el sombrero debajo del brazo, y que permanecía de pie ante la mesa. Alrededor de la habitación se veía a la gente del prefecto de policía sentados unos en largos bancos y otros de pie conversando en voz baja. Casi todos llevaban una especie de uniforme, y a ninguno le faltaba una ancha banda de seda roja ribeteada de oro.

De pronto alzó la cabeza Raúl Rigault, se colocó bien los lentes y con un gesto violento, preguntó brutalmente qué gente era aquella.

—El arzobispo—gritó alguien desde un extremo del salón.

—¡Ah!—exclamó Rigault—, ¿es usted el ciudadano Darboy? ¡Bien! ¡Ahora nos toca a nosotros!

El arzobispo avanzó uno o dos pasos.

—¿Puedo saber por qué se me prende?—preguntó suavemente.

Rigault se echó hacia atrás, sobre el respaldo de la silla y movió la mano.

—Por habernos embrutecido vuestros sacerdotes con sus supersticiones durante mil ochocientos años. Ya es hora de acabar. Vuestros chuanes asesinaron a nuestros hermanos, pero a todos nos llega la vez. Ahora somos nosotros los que estamos en el poder y nos aprovecharemos. Pero no os quemaremos al estilo de Torquemada... Somos demasiado humanos. ¡A usted le fusilaremos!

El Arzobispo levantó la cabeza para mirar la inflamada faz de Rigault. Los que presenciaban la escena se levantaron y vinieron a formar un corro en torno de los dos sacerdotes.

—Escuchad, hijos míos...—empezó a decir el anciano.

Estas palabras levantaron una tempestad de aullidos y de burlas. Por todas partes se oían gritos, gruñidos y siseos que formaban una baraunda imposible de describir. El anciano se echó hacia atrás y se llevó la mano a la frente.

—¡Cómo!—gritó Rigault, descargando un puñetazo en la mesa—. ¿Se está usted sonriendo, ciudadano? Repito que le fusilaré. Dentro de un par de días veremos si se sonríe.—Y encarándose con el abate Lagarde, le preguntó—: ¿Y usted, quién es?

—El Vicario general del Arzobispo de París, al que tengo el honor de acompañar—respondió el sacerdote.

Pero Rigault, que creyó notar, sin duda alguna, afectación en la respuesta, gritó furioso:

—¡Oiga usted! Aquí no valen esos aires sacerdotales! ¡A usted se le conoce por sospechoso!

—El señor abate es, realmente, mi Vicario general—interrumpió el Arzobispo—. No hay mandato de prisión contra él, y si en este momento está a mi lado es porque, accediendo a mi súplica, ha consentido en acompañarme. Le ruego que le permita retirarse.

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!—gritó Rigault con salvaje ironía—. ¡Al ciudadano enjaulado, dejémosle enjaulado! ¿Cómo se llama?

—Ernesto... José... Juan... Lagarde.

—Bueno. A ver, ¡pronto!, una orden de prisión para el ciudadano Lagarde. Y que me encierren a los dos en celda separada. ¡No conviene dejar nunca dos curas juntos! ¡Capitán, hágase cargo de ellos!

El capitán a quien se dirigía era un individuo de edad, con el pelo canoso. Tenía el rostro simpático y no parecía ser presa de la furia que animaba a los demás. Mientras Ferré extendía la orden de prisión, el capitán, llevándose lentamente la mano al bigote, se adelantó diciendo con voz serena:

—Ciudadano Rigault, yo soy soldado veterano y me niego a aceptar esa misión.

Al escuchar estas palabras todos se quedaron como estupefactos; pero Rigault, temiendo, sin duda, que aquel silencio pudiese terminar en una impresión más favorable para los prisioneros, se dirigió a un teniente que se tambaleaba junto a la puerta. El teniente estaba borracho, tan borracho, que después de llevarse torpemente la mano a la visera y tartamudear un "Avec plaisir, mon commandant", no acertaba a mandar a los ocho soldados que formaban la guardia ni a encontrar la puerta para salir.

Desde lo alto de la mesa, y con el corazón agitado, Philip contemplaba la cruel escena que se desarrollaba en el despacho de Raúl Rigault. Estaba solo y sin guardianes; pero a sus espaldas se extendía una seire de aposentos llenos de soldados y de agentes secretos. Por otra parte, sabía que en el despacho de enfrente le aguardaba un fin rápido y desastroso. Cuando Rigault se encaró furiosamente con el abate Lagarde, Landes sintió oprimirse el corazón y se dejó caer sobre un montón de uniformes. ¿No había salvación ni esperanza posibles? Con los ojos dilatados buscó una ventana. Sólo había una y tenía reja. Sus miradas cayeron sobre los montones de uniformes cuidadosamente colocados sobre las mesas. Casi sin saber lo que hacía, cogió unos pantalones y se los puso encima de los que llevaba. Le costó algún trabajo abrochárselos, pero lo consiguió. Un instante después había cogido una levita de Guardia Nacional y se la ponía encima de la blusa, cuyos faldones había dejado metidos dentro de los pantalones. Abrochóse la levita hasta el cuello, ciñóse un cinturón y buscó un kerpis a su medida. Por la puerta entreabierta del despacho de Rigault oyó la orden de retirar a los prisioneros y vio avanzar al pelotón de soldados. Loco y desesperado, abrió una puerta

de enfrente del despacho y echó a andar resueltamente entre la gentuza que se apiñaba en los salones fumando y mascando tabaco.

—¿Dónde vas tan deprisa, ciudadano?—le gritó un individuo.

—¡Ahí traen al Arzobispo para meterlo en la cárcel!—respondió Philip.

Al oírlo, todos los presentes se levantaron para salir a ver a monseñor Darboy.

Philip siguió su camino hasta llegar al patio donde se agolpaba una siniestra muchedumbre.

—¿Dónde está el ciudadano Darboy?—gritaron al ver aparecer en la puerta a Philip.

—¡Ahí lo traen para encerrarlo!—respondió Landes gritando también. Entrad y le veréis.

La multitud se precipitó en dirección del sitio por donde tenían que pasar los prisioneros y Philip buscó la puerta de salida. Estaba cerrada. Por un momento se sintió presa de la desesperación, pero al oír la marcha acompasada del pelotón de soldados y los salvajes gritos del populacho al ver a los prisioneros, cobró animos. No había tiempo que perder. Trepó por las barras horizontales de la férrea puerta hasta lo alto y se dejó caer a la calle sin hacerse el menor daño. Todas las miradas estaban clavadas en el Arzobispo, que aparecía en aquel momento apoyándose en el brazo del abate Lagarde. Nadie vió a Philip, excepción hecha del carcelero chiquitín, cuyos gritos se perdían entre los rugidos de la multitud. Cuando el carcelero pudo abrir la puerta y salir corriendo a la calle, Philip había desaparecido.

CAPITULO XV

El despertar

Al despertarse Juanito Ellice experimentó una sensación de bienestar como hacía mucho tiempo no la sentía. Dió media vuelta en la cama y miró al estudio. La ventana estaba abierta y entraba un rayo de sol.

—Philip—dijo Juanito—. ¿Hace mucho que te has levantando?

Como no recibiese contestación se incorporó y miró hacia la cama de Philip. Estaba vacía y deshecha. Ellice cheyó que debía ser tarde y se levantó. Entonces echó de ver la carta que había en la mesilla de noche y la cogió. Cuando la concluyó de leer estaba completamente despierto. En el estudio se oía ruido de platos.

—José—gritó Ellice—, ¿dónde está monsieur Landes?

—No lo sé, monsieur Ellice. ¿No está con usted?

—¡Se ha marchado! ¡Ha hecho lo que dice en la carta!—pensó Juanito.

En seguida se dió un chapuzón en el baño, se vistió apresuradamente y se dirigió al estudio. El reloj marcaba las ocho y media. Hacía cerca de tres horas que había salido Philip.

José entró con el desayuno y miró a Juanito con dolorosa persistencia hasta que éste le dijo tristemente, moviendo la cabeza:

—Sí, ha ido en busca de auxilio para nosotros.

—¡Ya me parecía a mí!—murmuró José—. ¡Es tan valiente monsieur Philip!... ¿Pero no le parece a usted que estábamos muy bien aquí?

—¡Sí, creo que ya hemos hecho bastante! ¡Dios quiera que no tenga que volver a correr peligros como los que hemos corrido!

A continuación sacó la carta del bolsillo y se la leyó a José, el cual la escuchó gimoteando mientras arreglaba la vajilla.

—¿Qué le parece, José?—preguntó Ellice al portero que se limpiaba los ojos con el dorso de la mano—. ¿Cree usted que hayan podido verle los turcos al dejarse caer en el pasaje Stanislas?

José no podía responder y, como es natural, pensaba lo peor. Su melancolía se hizo tan deprimente, que Ellice le mandó retirarse y se sentó dando vueltas a la carta en la mano.

—Buenos días, monsieur Ellice—dijo Juana asomándose al estudio—. Parece que está usted triste. ¿Qué sucede?

—No se alarme usted...—empezó a decir Ellice.

—¿Ha ocurrido algo a monsieur Landes?

—No, no...

—Entonces, ¿qué pasa?

—Verá usted...—empezó Juanito.

—Dígame todo en seguida. ¿Lo han cogido?

—No..., no..., nada de eso—balbuceó Ellice—, nada más que... Pero mejor será que lea usted esto...

Y la entregó la carta, calculando que si no era el mejor sistema para empezar a darla la noticia, no disponía de otro mejor.

Margarita había bajado también al estudio y las dos jóvenes leyeron la carta al mismo tiempo.

—Ya lo ven ustedes—dijo Ellice con un tono de satisfacción que no engañó a sus amigas—. Sólo ha salido a buscar socorro. Lleva mi disfraz de hortelano..., y como él dice, le servirá tan bien como a mí. Seguramente no le ocurrirá nada y volverá sano y salvo.

—Soy la mujer más desgraciada del mundo. Hago que arriesguen su vida por mí personas que valen más que yo—dijo mademoiselle de Brassac retirándose.

—¡No, no, querida mía!—dijo Margarita con ternura—. No tardará en volver.

—Le esperaremos—respondió Juana con tono sombrío.

Después de tomar el desayuno, Margarita se alarmó al ver la palidez que cubría el rostro de Juana y la invitó a subir a su cuarto.

—Somos las dos personas más desgraciadas del mundo—dijo atrayendo a su pecho la cabeza de Juana.

—¡Usted también!—murmuró mademoiselle de Brassac.

—Soy más desgraciada que pueda serlo usted, en primer lugar, porque tengo yo misma la culpa y luego... ¡Ay, Juanita! Usted es una niña todavía.

Cree usted que sabe lo que es amor, pero lo ignora.

—¿Por qué tiene usted la culpa de sus sufrimientos?

—Porque desprecié el amor cuando lo poseía.

—¿Cómo fué eso?

—Escuche. Mi apellido no es Saint Brieuc. Ese es el apellido de mi tío, pero cuando Tribert me nombró así no me molesté en corregirle. Soy casada y me he quedado sin esposo por mí locura. Reñimos un día, y no quise reconciliarme. Según las últimas noticias que he tenido de él, marchó a la guerra.

—¿Y no ha vuelto a saber más desde entonces?—preguntó Juanita llena de compasión.

—Una vez... nos encontramos... y me trató como si fuera una extraña.

—Pero si usted le ama, ¿por qué no se lo dijo?

—¡Ay, Juanita! Por vergüenza y por orgullo. No me hace caso y le amo.

Después de un largo silencio dijo Juana:

—Si Philip muriese, como murió Víctor, y mi madre y mi padre..., no podría soportar la vida más tiempo. Si esto es amor o no..., por lo menos es lo que yo sé. Me parece que la vida es muy triste.

—El amor es lo único que vale en esta vida. Juanita, tómelo cuando se lo ofrezcan y consérvelo cuando lo posea.

CAPITULO XVI

Un nuevo recluta

Las noticias de la prisión del Arzobispo de París y del vicario general corrieron por la ciudad como un reguero de pólvora. Los faubourgs se regocijaban, el barrio de la Magdalena temblaba y el barrio Latino no protestaba, pero se sentía acobardado al escuchar los pasos del pelotón y la terrible conminación: "¡En nombre de la Commune!"

En el Ayuntamiento fueron recibidas las noticias con aullidos de satisfacción.

—¡Ya cayó en la trampa el lobo viejo! ¡Ahora faltan las crías!—gritaba Bergeret, y en celebración de ello añadía un galón más a sus deslumbradoras bocamangas.

Billiorary mostraba abiertamente su desdén diciendo:

—No sé a qué viene hablar tanto de un obispo; si hubieran fusilado más y hubiesen hablado menos, no quedaría un cura en toda la provincia.

—Entonces no quedaría nadie por fusilar—objetó Ferré.

—Podríamos fusilarnos nosotros mutuamente—replicó Rochefort cínicamente.

—¿Qué cree usted que hará Thiers?—preguntó el coronel Rossel, que no se unía al regocijo general.

—Lo que hace siempre con tanta energía, ¡nada!—repuso Assi.

Y luego, volviéndose hacia Bergeret que se estaba mirando en un espejo de mano, gritó:

—Si le dejan puede que haga una cosa: hablar. Me revienta su charlatanería. De buena gana le haría callar para siempre.

—¿Cómo?

—Sin responder palabra, Assi se sentó y empezó a escribir muy de prisa. Luego puso los sellos a una orden y se la entregó a Bergeret.

La orden decía así:

"Ayuntamiento de París, 4 de abril 1871.

"Por la presente se ordena que sean cortados, en el acto, los hilos telegráficos entre París y Versalles.

"Assi.

"Gobernador del Ayuntamiento
"Miembro de la Commune".

—Muy bien—dijo Bergeret—. Ahora déjame a mí.

Y cogiendo una orden en blanco escribió:

"Cuartel General
4 Abril 1871

"Por la presente:

"Ordeno y mando que hasta recibir nuevas órdenes, la Commune ha decidido que se prohíba la salida de todos los trenes para Versalles.

Adjunta una orden para el jefe de la estación del Ouest-Ceinture.

"El general comandante de
la plaza, Julio Bergeret".

Assi leyó la orden por encima del hombro de Bergeret moviendo la cabeza en señal de asentimiento. Bergeret cogió otra hoja de papel y siguió escribiendo.

"Orden del Comité Central:

"Deténganse todos los trenes que vengan a la Ouest Ceinture, de París. Sitúese un hombre enérgico con tropa suficiente para que haga cumplir esta orden de día y de noche. Si el maquinista no detiene el convoy al ver la señal, el tren será descarrilado".

—Venga a firmar esto, Tribert—gritó Bergeret a un oficial con uniforme de jefe de legión.

El militar se acercó y después de escribir: "Por el Comité", firmó con su nombre: "Tribert, comandante de la Legión".

—Esto servirá para contenerlos—dijo Assi con tono burlón, frotándose las manazas mientras leía la bárbara orden. Disfrutaba no sólo pensar la carnicería que iba a producir el descarrilamiento del tren. El despanzurramiento de los viajeros iba a ser un espectáculo digno de verse.

—¡Va a tener gracia!—explicó a Tribert—. ¡Figúrese a todos esos burgueses revueltos como caracoles en cazuela!

Tribert vió también el chiste del espectáculo y salió haciendo muecas, con las manos llenas de órdenes que entregó a un húsar de la Muerte que había en la puerta. El húsar se las guardó en el bolsillo y picó espuelas al caballo, mientras Bergeret que le contemplaba des-

de un balcón se sonreía satisfecho y se sacudía el polvo de los dorados galones de las bocamangas.

Luego se sentó acariciando el suave terciopelo de su pelliza con el sencillo deleite del salvaje y a los pocos momentos entraron tres oficiales con uniforme de general de la Commune. Eran Eudes, Duval y Gustavo Flourens.

—Bien, señores—dijo impetuosamente Duval—¡la cosa está decidida para mañana!

Duval, uno de los recién llegados, era un hombre chiquitín, de rostro serio, que en tiempos anteriores había sido broncista y que se había hecho oficial de la Guardia Nacional durante el sitio, ascendiendo de pronto a general después del asunto de los cañones del 18 de marzo. Era una especie de Fritz de "La Gran Duquesa" que en cinco minutos había ascendido de soldado a general en jefe. Sin embargo, de los cuatro generales de la Commune, sólo Duval poseía talento militar, pues aunque Flourens también lo poseía, lo estropeaba con su fiereza y su impetuosa testarudez. Eudes era incompetente en absoluto y Bergeret no pasaba de ser un mono con la vanidad del pavo real y la ferocidad del tigre.

—¿Conque está resuelto para mañana, definitivamente?—repitió Flourens con ansiedad.

—Sí—respondió Duval con voz vibrante—mañana nos dirigiremos a Versalles. Esta noche, a ser posible, tomarán posiciones las tropas. ¿Tiene usted el plan, Bergeret?

—Sí, general... tengo un plan mío—respondió Bergeret con sonrisa de orgullo, sacando unos papeles del bolsillo de la pelliza y extendiéndolos sobre las rodillas. Luego, con gesto afectado, comenzó a leer:

"El ejército federal se dividirá en tres divisiones:

"La primera mandada por el general Bergeret hará una importante demostración en el camino de Rueil.

"La segunda, bajo las órdenes del general Duval, avanzará por Bas-Meudon, Chaville y Viroflay. Esta división estará protegida por los fuegos del fuerte de Issy y por los del Reducto de los Molinillos.

"La tercera, mandada por el general Eudes, operará a lo largo de la carretera de Clamart, atravesando Villacoublay y Velizy. Este cuerpo será apoyado por el fuerte de Vanves...

—¿Y adónde, diablos, voy a ir yo?—exclamó Flourens enfadado.

—Usted vendrá conmigo—respondió Bergeret sonriendo con complacencia.

—¿Habrá lucha?—gruñó Flourens.

—¡Ya lo creo!—dijo Eudes—. Prosi-ga, mi general. ¿Qué viene después?

—Nada más—repuso Bergeret, doblando los papeles. ¿No les parece sencillísimo? El objetivo es Versalles; el plan, sin detalles, es éste: Primero, una demostración hacia Mont Valerien, para distraer al enemigo; segundo, un ataque a Clamart; tercero, movimiento de flanco por Bas-Mendon. ¿No es esto sencillo, general Duval?

—Sí, sí—murmuró Duval entre dien-

tes—. ¿Pero y si Mont Valerien hace fuego sobre la columna de usted?

—No lo hará—replicó Bergeret con convicción—. Lo defienden la artillería de marina, y esa está de parte de nosotros.

—¡Lo tomaremos si hace fuego!—empezó a decir Clourens iracundo, pero le obligó a guardar silencio un gesto de Duval.

—¿Qué es eso? ¿Un cañonazo?

Todos se levantaron y corrieron al balcón. En seguida sonó otro estampido lejano que hizo retemblar los cristales. Los cuatro generales de la Commune escuchaban el cañoneo con ojos chispeantes. París, temblando bajo el poder del Comité Central, escuchaba también el sonido del cañón, un sonido que desde hacía meses estremecía hasta los cimientos de la infortunada ciudad. ¿Irá a empezar la lucha nuevamente? ¿Dónde estaban combatiendo? Algunos decían que era el fuerte de Issy que cañoneaba las barricadas de Meudon.

Detrás de la barricada que cerraba la rue de Notre Dame, en la esquina de la rue Vavin, los soldados del 1° de Turcos de París, se hallaban reunidos en torno de las humeantes marmitas del rancho cuando la brisa de abril trajo a la ciudad el eco del primer cañonazo del fuerte de Issy.

Andrés Sarre, con su uniforme de coronel de Turcos, estaba en lo alto de la barricada leyendo un papel con gesto ceñudo. Al oír el lejano estampido alzó la cabeza, sus facciones contraídas recobraron su aspecto normal. A primera vista parecía muy contento.

—¡Thiers!—exclamó—. ¡Ya empieza, monsieur Thiers! Y al mirar, de nuevo, el papel que tenía en la mano, se volvió a poner serio.

—¿Qué pasa?—preguntó un capitán acercándose y llevándose ligeramente la mano a la visera.

—Weser—dijo Sarre mirando al oficial con sonrisa desagradable—, se está usted haciendo muy poco respetuoso. ¿No sabe usted saludar?

Weser murmuró una disculpa y echó una mirada a su superior.

—Estoy algo malhumorado, Isidoro—dijo Sarre con afectada bondad—no me hagas caso. Saludas bastante bien. Acabo de recibir carta de Raúl Rigault. Ha perdido completamente la cabeza desde que es policía general y se está poniendo insoportable e insolente.

Weser miró a Sarre y pensó:

—Vaya, el amigo Sarre ha tenido un disgusto con Rigault y lo paga con los oficiales subalternos.

Después añadió con insolente familiaridad:

—¿Qué te sucede, Andrés?

Sarre clavó los ojos un momento en la grasienta cara de Weser, pero se sonrió sin falsedad, cuando encogiéndose de hombros, entregó a su antiguo compañero la carta que tenía en la mano.

Weser la cogió y la leyó en voz alta:

"Por la presente se ordena al ciudadano coronel Sarre que manda temporalmente el Primer batallón de Turcos de París, que devuelva al Prefecto de Policía todo el dinero, joyas, objetos de arte, emblemas religiosos y vestiduras,

que se han tomado de las iglesias, conventos y otros edificios habitados o frecuentados por sacerdotes, jesuitas o mojas al ser visitados por los soldados del Batallón mandado por el coronel Sarre.

"Raul Rigault

"Prefecto de Policía"

Weser se puso a silbar, doblando el papel, y después de devolvérselo a Sarre siguió silbando.

—¿Qué te parece esto?—preguntó Sarre.

Sus facciones parecían muy tranquilas, pero rabiaba por dentro y rechinaba los dientes.

—¿Vas a hacer lo que te manda?—preguntó Weser suavemente.

Sarre dió un resoplido furioso.

—Si tú me devuelves la parte que te tocó, podré obedecer.

—No puedo—dijo Weser, con mayor naturalidad que antes.

—Ni yo tampoco—agregó Sarre.

Ambos se quedaron mirándose.

—¿Y qué hacemos?

—Eso digo yo; ¿qué hacemos?

—Podemos enviar unas cuantas cosas—apuntó Sarre.

—Sí... unas pocas.

—Todos pueden contribuir.

—Sí, pero no con mucho.

—Eso me parece.

—¿Y si nos preguntan?

—Que nos ahorquen.

—Bueno. Que nos ahorquen.

—Estamos de acuerdo.

—¡Chócala!

Y se estrecharon las manos.

—¿Por qué no se contentará con lo que ha cogido él?—dijo Sarre con ira.

—¡Ya son bastantes ricos! ¡Si Rigault quiere puede saquear toda la orilla derecha del Sena!

—¡Incluso el Banco de Francia!—agregó Weser, echando chispas por los ojos.

Sarre rechinó los dientes como una hiena.

—¡Nosotros no debemos nada a Raul Rigault...! ¡Tenlo presente!

—Ya lo sé—repuso Weser, con los ojos encandilados.

Sarre se dejó caer pesadamente de lo alto de la barricada y permaneció irresoluto, con las manos atrás.

—Se conoce que está pensando que ha hablado demasiado—dijo Weser para su capote.—Y luego añadió en voz alta: —¿Qué cañoneo es ese? ¿Habrá empezado la danza Thiers?

—Probablemente—dijo Sarre distraído.

—Entonces tendremos que ir a la vanguardia.

—Probablemente—repitió Sarre.

Weser, que carecía de valor para luchar, se estuvo paseando con inquietud hasta que el ruidoso estampido de un cañón de una de las fortificaciones más próximas, puso de pie a toda la guarnición de la barricada.

Weser se tornó lívido y se quedó inmóvil.

—¡Hum!—exclamó Sarre riéndose—. ¡Parece que esto se pone serio!

Mientras hablaba se oyó el trote de un caballo que por la rue Vanvin y a los

pocos segundos se apeaba junto a la barricada un husar de la Muerte.

—¡Esto es una orden de marcha, o yo soy prusiano!—exclamó Sarre, tomando un pliego de manos del husar.—Sí... Tenemos que salir a las cinco... Son las cuatro y media... ¡Me alegro! ¡Weser, manda tocar asamblea! Di al capitán Pagot que se quede aquí con la tercera compañía para guardar la barricada. ¿Dónde está mi ordenanza? Capitán Weser, mande tocar las cornetas.

—¡Idiota!—murmuró Weser, echando a andar lentamente.—¿Por qué no me mandará quedarme aquí con mi compañía? Pagot se lleva siempre la mejor parte. A ese maldito Sarre las balas no le arañan siquiera. Tiene la cabeza de concha de tortuga.

Desvióse a un lado para dejar pasar una fila de soldados que, con bayoneta calada, conducían a unos prisioneros hacia la barricada, y luego siguió andando y echando maldiciones a su suerte y a su coronel.

Sarre había recobrado el buen humor. Las cornetas tocaban y los tambores redoblaban en la rue Bara, mientras que se tropezaban y empujaban quinientos soldados con las prisas de la partida. Sarre, lleno de satisfacción, se frotaba sus gruesas manos y daba grandes fumadas a un valioso cigarro. Al pasar junto a él la fila de soldados que conducía a los prisioneros, llamó alegremente al cabo y, acercándose al pequeño convoy, le preguntó:

—¿Qué casta de pájaros son esos?

—Prisioneros—respondió el cabo brevemente, saludando después de un momento.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Sarre sonriendo y cada vez más regocijado.—¿Por qué lleváis a esa mujer?

—Por recibir cartas secretas de Versalles—dijo el cabo.

—¡Bah! ¡Eso es cosa de Rigault! ¡Suéltala!

La prisionera, una mujer de rostro delgado y cabello blanco, vestida de riguroso luto, dió las gracias silenciosamente con una inclinación de cabeza, y se alejó por la rue Vavin.

Sarre se encaró con el preso que venía detrás, un joven, que miró con desdén al coronel.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó Sarre.

—Alejandro Ouvrard.

—¿Qué ha hecho?

El joven siguió mirándole sin responder.

—Desertó de los escuchas de Franchetti, de Versalles—dijo el cabo.

—¿Con que has hecho eso?—replicó Sarre echando mano al revólver.—¿No te parece buena la Commune? Bueno; pues si eres demasiado delicado para vivir en este mundo... ¡Vete de él!

Y levantando el revólver descerrajó dos tiros en el corazón del desertor.

—Quítalo de ahí—dijo Sarre fríamente, echando una mirada al cuerpo, que aun se estremecía ensangrentado junto a la barricada donde había caído.

Después el coronel metió el revólver en la funda y examinó a los demás prisioneros. Entre ellos había dos soldados de línea, y se sonrió al fijarse en su uniforme.

—¿Como está mi amigo monsieur Thiers?—preguntó con fría sonrisa.

—Goza de excelente salud... para ahorcarle a usted cuando llegue el caso—replicó uno de los soldados despectivamente.

Sarre echó hacia atrás su redonda cabeza, y se empezó a reír hasta saltársele las lágrimas.

—¡Es delicioso este sujeto!—exclamó—. Escucha mi... mi...

La faz del prisionero se ensombreció.

—¡Asesino!—dijo entre dientes.

Sarre volvió a lanzar otra carcajada estrepitosa.

—¡Oh!—dijo, casi sin poder hablar de risa.— Este pipiolo es muy original. Ten cuidado con él... mucho cuidado. Dale una casa grande donde vivir... Espera... Me parece que Mazas es bastante grande. A ese otro... a ese chiquitín que parece asustarse... dale una habitacioncita pequeña; en Mazas también... Que no se exceda en la comida ni en el ejercicio. ¿Ya están todos vistos?

—Hay otro prisionero—dijo el cabo, echando una mirada de espanto al desertor asesinado, cuyo cadáver se llevaban dos soldados en unas angarillas.

—Tráele aquí... y tú—añadió dirigiéndose a un soldado—lleva estos amigos míos a la cárcel de Mazas.

El pelotón echó a andar hacia la rue Vavin, y el cabo fué en busca del otro prisionero.

Sarre cogió un poco de heno y se frotó unas manchas de sangre que tenía en las puntas de las botas. Cuando el cabo volvió con el último prisionero, todavía estaba el coronel haciendo su toilette, pero levantó la cabeza y examinó al individuo que permanecía inmóvil frente a él.

Entonces sacó el revólver y lo montó.

—Puedes retirarte—dijo al cabo que se había puesto completamente lívido y que obedeció en el acto.

Al quedarse Sarre solo con el prisionero le dijo:

—Arrímate a esa pared.

El joven se acercó a la barricada y se puso de cara a Sarre. Este levantó el revólver. El prisionero lanzó una exclamación y cerró los ojos.

—¡Anda!—exclamó Sarre tranquilamente.— Yo creí que te iba a hacer saltar.

Y se quedó mirando sonriente al prisionero, que seguía con los ojos cerrados convulsivamente. Luego bajó el revólver.

—¡Mátame, por Dios!—gritó el joven con voz ronca.— ¡No me tortures, Sarre!

—¡Vamos, amigo mío!—dijo Sarre.— ¡Que todavía no estás muerto!

El prisionero respiró con fuerza y abrió los ojos.

—Parece que no tienes muchas ganas de morir, amigo Landes—dijo burlonamente Sarre.

Philip se quedó mirándole con el rostro pálido y horrorizado y los ojos inyectados en sangre.

—¡Bah!—continuó Sarre, jugueteando con el revólver.— ¿Qué es la muerte? No hay que temerla, amigo mío. La muerte no es sino sueño, y el sueño no es sino un entreacto de la comedia de la vida.

Philip no respondió ni se movió.

—¿Has perdido el habla? Estás asustado.

—¡Mientes!—dijo Philip con voz casi imperceptible.

—No, no miento—replicó Sarre tranquilamente.— De miedo que tienes casi no puedes hablar. Vamos, decláralo.

Philip seguía silencioso, pero sus ojos se aclaraban cada vez más y sus mejillas se teñían de carmín.

—Parece que pierdes el miedo y que te dispones a morir como un valiente, ¿eh?—continuó Sarre.— ¿Qué crees que voy a hacer contigo?

—Fusilarme—respondió Philip, recordando la voz.

—¿Qué recompensa dan por entregarte... muerto o vivo?

—Mil francos.

—¿Nada más?

Philip no respondió.

—¿Crees tú que soy capaz de matar a un hombre por esa cantidad?—continuó Sarre.

—¡No sé de lo que serías capaz! ¡Por Dios, mátame y acaba!

Por la cara le caían chorros de sudor frío.

Sarre levantó pausadamente el revólver y oprimió el disparador. El gatillo cayó, produciendo un ruido metálico. Volvió a hacer funcionar el arma, y sólo se oyó el mismo ruido metálico de antes. Lanzando una blasfemia abrió el revólver y cayeron al suelo dos cartuchos cargados y uno vacío. Sarre cogió uno de ellos y lo miró atentamente. Después lo arrojó a los pies de Philip riéndose.

—Estás de suerte—dijo—. El gatillo funciona perfectamente. Es que los cartuchos están inutilizados.

Philip se apoyó contra la pared. Estaba muy pálido y sus ojos parecían dos hoyos sombríos.

—Te digo que estás de suerte—replicó Sarre, cerrando el revólver y guardándole en la funda.— Me alegro de no haberte matado. ¿Sabes por qué? Porque hubiera sido una lástima. Aun puedo divertirme mucho contigo. ¿Crees que yo necesito la recompensa que ofrecen por entregarte? No, amigo mío. ¡Cuánto celebro que estos cartuchos hayan fallado! He estado a punto de hacer un favor a ese cochino de Rigault. ¡Qué tonto he sido!... ¡qué tonto!

Volviendo la cabeza echó una mirada por encima del hombro hacia la rue Bara, donde se estaba formando en orden de marcha el primer batallón de Turcos, y luego volvió a encararse con Philip.

—¿Es verdad que pegaste a Raúl Rigault?—le preguntó.

—Es cierto—respondió Philip haciendo un esfuerzo.— ¡Qué perverso eres, Sarre!

—En este momento quizás estés engañado—protestó Sarre, mirando de reojo a su interlocutor.— ¿Le pegaste fuerte... en la cara?

Philip respondió afirmativamente con la cabeza.

—Eso me dijeron—prosiguió Sarre.— Sería una lástima pegar un tiro a un hombre como tú. Tal vez puedas matar algún día a... ese polizonte que se titula general Rigault. ¿eh?

—Si vivo—repuso Philip.

—¿Y tal vez a mí también?—dijo Sarre riéndose.

Landes no le respondió.

—Landes—dijo Sarre bruscamente—te concedo la vida.

El rostro de Philip recobró el color y su pecho se ensanchó; pero sólo repuso:

—¿En qué condiciones?

—¡Caramba!—exclamó riéndose Sarre—. ¡Qué muchacho tan inteligente! ¡Hubiera sido una lástima levantarle la tapa de los sesos!— Y a continuación, agregó con seriedad: —Las condiciones son que mates a Raúl Rigault...

Lo rechazó. No soy asesino.

—Pero...—replicó Sarre con tono surron—; no acabas de decir que...

—Si lo hago, será por mi cuenta—dijo Philip con un relámpago de desesperación en sus ojos—. No admito condiciones en lo tocante a Rigault.

Sarre le miró con fijeza, y, encogiendo de hombros, repuso:

—Bueno, estoy conforme. La otra condición es que ingreses en filas.

—¿En qué filas?

—En estas... en las del 1.º de Turcos.

—¿Cómo?... Te advierto que desertaré.

—Lo espero—dijo Sarre—; Pero ¿aceptas?

—¿Y si no acepto?

Sarre llamó a un oficial y le pidió el revólver. El oficial se lo entregó echando una mirada a Philip.

—¿Qué cartuchos lleva usted?—preguntó Sarre.

—B-3, nuevo modelo—respondió al interrogado.

—¿Cuántos suelen fallar en cada cartillar?

—Ninguno.

Sarre miró a Philip sonriéndose.

—Bien, amigo mío, ¿quieres ingresar en el 1.º de Turcos?

—Sí—respondió Landes sin titubear.

—Te felicito—dijo Sarre riendo—. Sargento, lleve a este nuevo recluta al depósito y dele uniforme y equipo. Destínelo a la primera compañía a la que manda el capitán Cartier. Diga al capitán que deseo verle. Si el recluta titubea en cumplir con sus deberes fusílele sin aguardar órdenes e instruya a la compañía sobre este particular. Ande de prisa... Dentro de diez minutos emprendemos la marcha.

Weser llegó en aquel momento, a decir que su compañía estaba preparada. Al ver alejarse a Landes con el sargento se quedó asombrado, pero Sarre, frotándose las manos, le explicó brevemente lo ocurrido, y Weser movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Le tendré bien guardado—concluyó—y, cuando lleguemos a Versalles le pondré en primera línea. Si le matan nos quedaremos con el cadáver y Rigault tendrá que pagarnos, y si no le matan nos habremos divertido con él, y luego se lo entregamos a nuestro amigo el prefecto... ¿Qué te parece?

—Muy bien, y mientras tanto podremos averiguar dónde tiene los diamantes—indicó Weser con sonrisa perversa.

—¡Eres un tesoro!—exclamó Sarre—. ¡Qué tonto hubiera sido de matarle tan pronto!

En aquel instante redoblaron los tam-

bores en la rue Notre Dame, las fantásticas notas de las cornetas repercutieron de plaza en plaza, y Sarre encaramándose trabajosamente en la silla de su enorme caballo tordo, sacó el sable y al gritar "¡De frente! ¡Marchen!", el primer batallón de Turcos de París avanzó por la rue de Notre Dame.

CAPITULO XVII

Con la bandera roja

La luz del día se iba desvaneciendo en el aposento. El mirlo silbaba a intervalos, guiñando los ojos, heridos por los rayos del sol poniente, y las golondrinas revoloteaban y cantaban encima de las chimeneas. En el jardín produjo un ruido metálico la azada al dejarla Ellice en el suelo, y después de oírse unos pasos, sonó el ruido de una puerta que se abrió y se cerró inmediatamente, y todo quedó en silencio.

Una ligera brisa movía las cortinas y agitaba los bucles de la frente de Juana. Estaba echada en la cama, con la cabeza sobre el pecho de Margarita,

y los ojos clavados en la mortecina luz, cada vez más apagada, que entraba por las vidrieras. Por encima de las chimeneas de enfrente veíase el cielo todavía azul, pero cambiado gradualmente hasta adquirir un matiz verde, muy pálido, que vino a borrar una masa de nubes de dorados bordes. Poco a poco las nubes se condensaron hasta ponerse resplandecientes como carbones encendidos.

—¡Dios proteja a mi esposo!—exclamó con un sollozo Margarita.

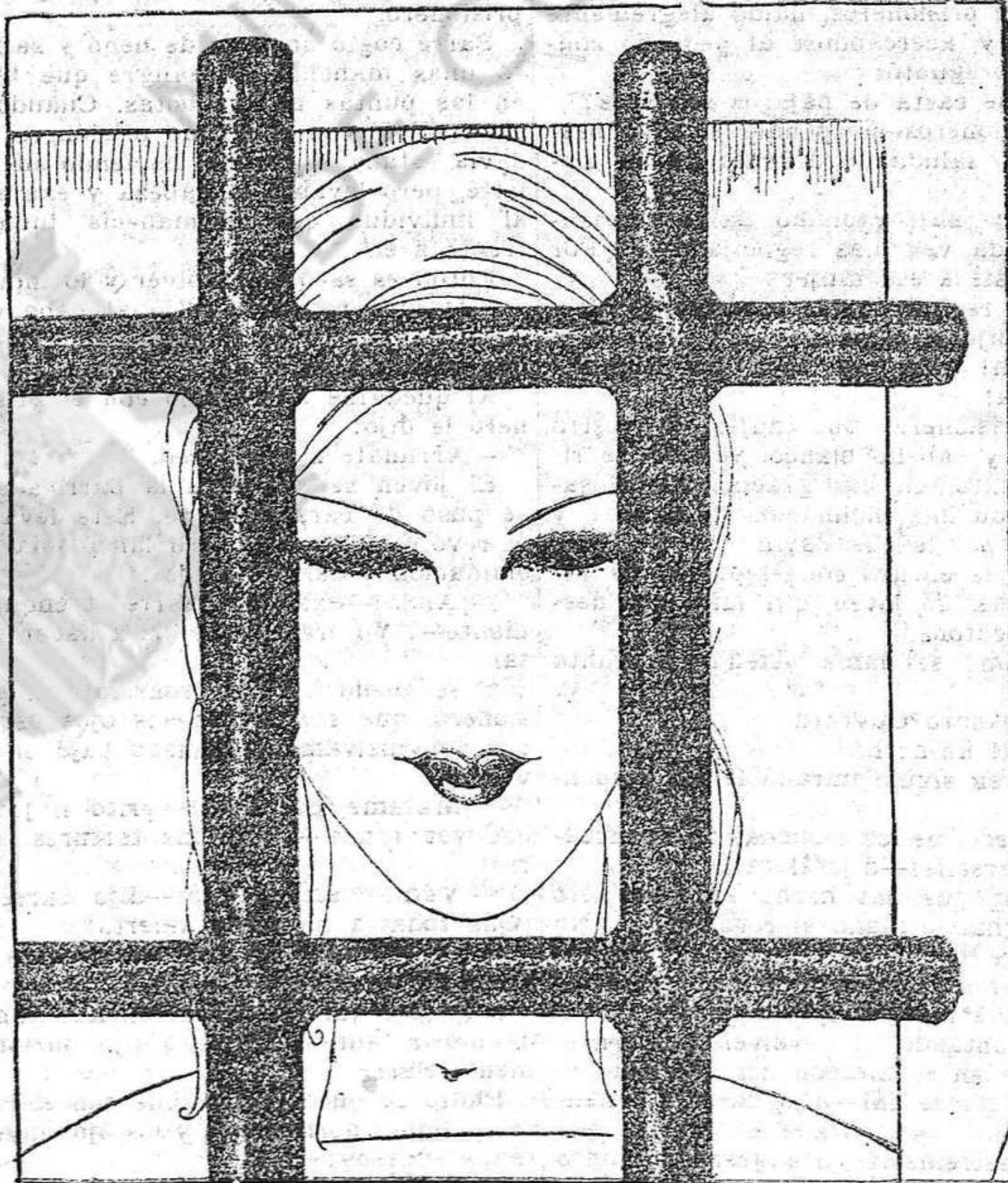
—¡Dios proteja a Philip!—murmuró Juana.

En aquel momento retumbó un trueno sordo. Juana se puso de pie, llevóse la mano al cuello y entreabrió la boca. El vientecillo nocturno que comenzaba a levantarse pasó arrastrando el eco de otro trueno que hizo retemblar los cristales. Margarita se asomó a la ventana. Allá, lejos, en el horizonte, avanzaba la noche envuelta en una neblina pálida. En el vago cenit parpadeó una estrella, y sonó nuevamente el estampido del cañón, en escala ascendente como el ruido del océano al precipitarse sobre la costa.

—¡Los cañones!—murmuró Margarita.

—¡Los cañones!—repitió Juana.

En la calle se oyó una voz enérgica y el toque de una corneta. Los tambores empezaron a redoblar con brío



Margarita se asomó a la ventana

creciente, haciendo coro con el penetrante toque de las cornetas y el rumor de la tropa que rompía la marcha. Entre el tumulto de los parches sobresalió un estampido seco, y Juana miró con ansiedad a Margarita.

—¡Un tiro!—dijo—. ¿Qué será?

—Querida mía—repuso Margarita—, eso sólo puede ser guerra y muerte.

Y las dos amigas se acercaron más una a otra.

—Escucha—murmuró Margarita—, parece que llaman.

Era Ellice, que se hallaba en el estudio pálido y agitado. Las jóvenes bajaron corriendo:

—Dice José que los federales se van de la barricada de la rue Vavin—explicó Juanito—. Y si no dejan guardia creo que podremos intentar una salida para ver al embajador yanqui.

En aquel momento llegó José precipitadamente diciendo:

—Como me lo temía, dejan una compañía de guarnición en la barricada.

Ellice se quedó suspenso. Juana miró a José, y con voz serena, pero con labios temblorosos, le preguntó:

—¿Qué ha sido ese disparo?

—Que han asesinado a un pobre infeliz...

—¿Quién era?... ¿Lo sabe usted?

José comprendió el interés de la joven, y mirándola como si fuera su hija, respondió:

—Era un desertor llamado Ouvrard. Me lo ha dicho el centinela que hay enfrente del convento.

Ellice que se estaba paseando nerviosamente exclamó:

—¡Ojalá vuelva pronto Philip! ¡Ya es casi de noche!

—Todavía no ha anochecido—replicó Margarita con calma.

Pero algo que notó en su voz, obligó a Ellice a detenerse y a mirarla. Luego dió unos pasos y se sentó junto a la chimenea.

—¡Qué burro soy!—dijo entre dientes—. Claro que todavía no es de noche—añadió en voz alta—y tal vez se haya entretenido... No hay cuidado, no va bien disfrazado, y no es tonto para meterse en peligros.

—Dicen—añadió José—que han prendido hoy al Arzobispo de París y el abate Lagarde, su Vicario general.

—¡Seguramente será mentira!—exclamó Ellice, tranquilizando a sus horrorizadas compañeras con una sonrisa—. ¡Qué se han de atrever a tocar al Arzobispo!

—Eso es lo que dicen en la barricada—repuso José con voz sorda—. Yo también he creído que es una mentira. También dicen que una parte del batallón de los Turcos ha estado esta mañana recorriendo templos, y ha mandado a la cárcel de Mazas ochenta sacerdotes que han arrestado.

—¡Pura invención!—dijo Ellice con tono de confianza.

—Eso debe ser—agregó Margarita, mirando el acongojado rostro de Juana.

—¡Esos cañonazos que hemos oído significan que están bombardeando?—preguntó Juana; pero nadie respondió, ni se habló más por espacio de unos minutos.

El cañoneo había cesado. Las estrellas centelleaban a través de la montera de cristales del estudio. En el jardín cantaba un grillo, y entre el ramaje del castaño asomaba la luna en fino creciente.

Juana alzó los ojos y la contempló. El estrecho rayo de luna, que se filtraba por las ramas, trajo a su imaginación recuerdos infantiles que la inundaron de ternura y amor.

—Cuando cae la luna nueva sobre el hombro derecho se consigue lo que se desea. Yo deseo que vuelva Philip.

Y con los ojos fijos en el plateado satélite repetía mentalmente su deseo sin fijarse en lo infantil de su creencia. Al mismo tiempo que contemplaba la luna, pensaba que Philip podía estar contemplando también el astro de la noche, y acordándose de ella. Así entregada a sus pensamientos y a sus ensueños, pasó un rato, hasta que un movimiento de Margarita la trajo a la realidad, y al recordar que estaba en el mundo, rezó por Philip, donde quiera que se hallase, y sintió henchido su corazón de pena profunda.

El nombre por quien rezaba hallábase en aquel mismo momento en un baluarte de las fortificaciones, rezando por ella, con toda la fuerza de su amor y de su pasión. Mientras oraba alzó la vista, y sus ojos se fijaron en la luna, que lucía en el firmamento.

—¡Dios la proteja!—murmuró, echando una mirada a la sombría ciudad, sobre la cual se destacaban gigantescas a la luz del crepúsculo, las dos torres gemelas de Notre Dame.

Luego volvió la cabeza hacia el Norte. Allá, a lo lejos, retumbaban los cañones del fuerte de Issy, y las nubes reflejaban los vivos fogonazos. Desde el baluarte principal de la fortificación el paisaje se extendía hasta la altura de Versalles, donde parpadeaban millares de puntos luminosos del campamento del Ejército leal. Más lejos, las alturas cubiertas de bosques de Meudon, descendían suavemente hacia el Oeste, donde, a través de unas cortaduras de las colinas, las estrellas se reflejaban en las aguas del Sena.

En el momento de mirar hacia aquel punto, salía una columna de llamas de debajo de los arcos del viaducto por el Point du Jour, y en el mismo instante, retumbó el reducto de granito por efecto de una explosión.

—Esa es la pieza del cañonero "Farcy"—Dijo un individuo que estaba al lado de Philip.

Este pudo ver el negro casco del barco al pasar por debajo del viaducto, pero en seguida quedó oculto por las orillas del Sena. Dos veces más, aguzando la vista, vió hacer fuego al enorme cañón que asomaba por el costado del buque, y, que al disparar, hacía vibrar los arcos del puente.

En las alturas de St. Cloud se movían luces formando círculos y líneas. Landes comprendió en seguida que eran señales, pero no podía interpretarlas. Un oficial de Artillería que se hallaba a su derecha mirando con unos gemelos, dictaba las señales a un artillero que las iba apuntando a la luz de un farol.

—¡Siete! ¡Uno!—gritaba el oficial con voz monótona.

—¡Siete! ¡Uno!—repetía el artillero.

—Siete, diez y seis, siete, uno, cinco, nueve, diez y siete, uno—seguida gritando el oficial, mientras que el soldado repetía los números y los anotaba según se los iban dictando.

—Bien podían enviar un oficial que entendiese las señales y averiguase la clave—observó un teniente de Turcos, contemplando los mensajes que le entregaba el artillero.

—Siete, seis, siete, once, nueve. ¡Fíjese cuántas veces se repite el siete!... Uno, siete, diez, siete... Emplean luces de color... verde, tres; rojo, dos; azul, siete; verde, uno; azul, siete... Fíjese, rojo, uno; amarillo, seis.

Philip escuchaba con aburrimiento la monótona voz del oficial, hasta que surcaron el horizonte tres cohetes del fuerte de Vanves, y salió un fogonazo de uno de los cañones de la batería de Clamart. Entonces retumbó en el río la enorme pieza del "Farcy" y la respondió el fuerte de Issy. Las señales luminosas fueron desvaneciéndose en las alturas, los cañones enmudecieron y se sumieron en un gran silencio la tierra y el río.

Philip se quedó mirando la hoguera que ardía no lejos de donde él se hallaba, y en torno de la cual charlaban en voz baja sus compañeros, envueltos en sus blancos capotes. Las líneas de luces del campamento se extendían formando curvas a lo largo de las fortificaciones, proyectando extrañas sombras sobre los ángulos y las explanadas, arrancando destellos a los pesados cañones de sitio y lanzando nubes de chispas hacia el negro firmamento. El humo llegó a los ojos de Philip y se los frotó con las mangas de su chaquetilla de Turco, cuyos colgantes botones produjeron un tintineo metálico al rozar con los bordados arabescos. El yanqui vestía el uniforme del Primero de Turcos, y llevaba en la cabeza el fez rojo de borla azul. Las piernas estaban cubiertas por blancas polainas de lona, completando el uniforme la chaquetilla azul turquí y los pantalones de zuavo. El armamento consistía en una bayoneta pendiente de un cinturón de cuero que sujetaba una banda escarlata, y del cual pendía también una cartuchera y una botella de goma, para el agua, cubierta con una funda azul.

A través del fuego vió al centinela paseándose silenciosamente, entre los fusiles puestos en pabellones y los montones de mochilas. Allí estaba su fusil. Lo distinguía entre los cinco que formaban uno de los pabellones. Entre las apiñadas bayonetas había banderas de combate, cuidadosamente dobladas, y un poco más allá, relucientes, bajo la luz de la hoguera, se alzaba una pila de tambores. Al lado formando corro, unos oficiales envueltos en sus largos capotes, fumaban y hablaban en voz baja, pero todos ellos parecían hallarse de muy buen humor a juzgar por las silenciosas carcajadas que de vez en cuando se les escapaban.

Philip reconoció a Sarre y a Weser, y al capitán de su compañía, Cartier, un joven de ojos dulces, que le guiaba la

lucha apasionadamente. Al poco rato vió retirarse a Sarre, seguido de Wesser y de otros a quienes no conocía. Después de darse las buenas noches y de cambiar marciales saludos, el grupo se deshizo, dirigiéndose Sarre y sus intimos a la parte inferior de las fortificaciones, y Cartier, y otros capitanes hacia una cantina, en cuya puerta lucía un farol que alumbraba dos mesas. Al poco tiempo el ruido de las botellas y de los vasos indicó la ocupación de los militares, y Philip vió sacar rodando unos barriles de vino y de cerveza, hacia el sitio donde se hallaba el coronel.

Philip se echó en el suelo envuelto en una manta, y se puso a meditar: ¿En qué acabaría aquéllo? ¿Era posible que él, Philip Landes, fuese soldado de la Commune? Todo parecía una horrible pesadilla... Su escape de las garras de Raúl Rigault, su arresto en el pasaje Stanislas, en el momento de empezar a escalar la pared para volver a su casa, la espantosa escena con Sarre, su apresurada marcha a través de la negra ciudad, cuyas calles se hallaban llenas de millares de soldados gritando y vitoreando a la anarquía y a la Commune...

La muerte de Georgias, a pesar de tratarse de un ladrón y asesino, afectaba a Philip de un modo extraño. Hasta en el momento en que se hallaba con los ojos cerrados ante el revólver de Sarre, tratando de rezar y queriendo pensar en Juana, se le había representado en la mente la imagen de Georgias, tal como le había visto por última vez, convertido en un informe montón de carne y ropas, en medio de un charco de sangre. En sus oídos resonó una voz que decía: "¡Seré vengado!" y con temblorosos dedos subió la manta hasta la cara para taparse los oídos, pero a pesar de todo la voz seguía repitiendo: "¡Seré vengado! ¡Seré vengado!"

Cuando al fin pudo conciliar un sueño, nada tranquilo, la voz cesó, y sólo llegó a sus oídos un lejano tumulto, y empezó a soñar, unas veces con el jardín y la fuente de su casa, otras con la blanca faz del Arzobispo, otras con ríos y ríos de espléndidos diamantes, que le cogían y le arrastraban hasta un mar centelleante. Después soñó que el mirlo estaba cantando en el almendro, y que veía salir a Juana al jardín. El al verla, se adelantaba para hablarla, pero le era imposible. ¡Qué fuerte cantaba el mirlo! ¡Qué silbidos tan agudos y tan penetrantes! Landes se incorporó. Las cornetas estaban tocando furiosamente, las estrellas parpadeaban en el infinito y negro cenit, y desde el rescoldo, recién removido de las hogueras del campamento, llegaba el olor del rancho que hervía lentamente. Alrededor de Philip se movían, dando traspiés, los soldados soñolientos, que iban formándose percosamente en fila, y de un lado para otro pasaban sombrías figuras con faroles en la mano.

—¡Venga usted!—le gritó alguien que se hallaba junto a él, y Landes se levantó para dirigirse hacia donde se dirigían los demás.

Sarre pasó por su lado de muy mal humor, seguido de sus ayudantes, y en-

tre las tinieblas de la madrugada, Philip le oyó maldecir a Rigault. Después de pasar lista siguió a sus compañeros para coger un hacha de un montón y partir leña. La madera era dura, pero el ejercicio no le sentó mal, y cuando se repartió la sopa matutina la comió con apetito.

Todavía no era de día cuando el batallón salió por la puerta de las fortificaciones en dirección al campo. El ambiente era fresco y húmedo, pero no corría viento a través del obscuro llano, por donde caminaban pisando el rocío.

Philip marchaba con la primera compañía. Delante de él iban silenciosos los cornetas y los tambores, y a la cabeza de la columna veíanse las vagas siluetas de varios jinetes. Sarre y su Estado Mayor seguían su camino, haciendo frecuentes altos y dejando pasar delante otros regimientos. Unas veces se les adelantaba una batería de cañones, que avanzaba estrepitosamente, arrastrada por los caballos, agobiados bajo la carga de los pesados arneses, y con los artilleros montados en los arzones; otras era un turbulento batallón de infantería, de la Guardia Nacional; a veces, una columna de Garibaldinos, de roja guerrera, barbudos y tostados por el sol. Una de las veces pasó un destacamento de jinetes como fantasmas. Los caballos marchaban sin hacer ruidos con los cascos, y los soldados iban envueltos en largas capas. Al verlos, hasta los rufianescos Turcos se echaron hacia atrás, porque los Húsares de la Muerte parecía que impregnaban el aire matutino de olor a destrucción.

Ya amanecía, y todavía seguían avanzando las tropas, por el camino militar, hacia los bosques de las alturas que se veían al frente, alzándose negras y misteriosas sobre el pálido fondo del horizonte.

Eran las cuatro de la mañana cuando el batallón entró en el Rond-Point de Courbevoie, evacuado pocas horas antes por las tropas de Versalles. Philip vió que el pueblo estaba ocupado por grandes núcleos de infantería y artillería federales.

Había allí cañones para un ejército doble de grande. Las piezas eran de todos tamaños, formas y calibres, y las arrastraban caballos, cogidos a toda prisa de los ómnibus y de los coches de alquiler. Detrás de los cañones se veían grandes filas de carros de impedimenta y de pan. A lo largo de la carretera de Rueil, se encontraban vehículos de todas clases, y un ómnibus, con el letrero "Ratignolles-Clichy-Odeon" pasó, cargado de cajas de cartuchos y barriles de pólvora.

De pronto se oyeron rumores por la orilla opuesta del río, donde descansaba el ala derecha del ejército, y pocos minutos después atravesó la Avenida de Neuilly un carruaje de dos caballos, descubierto.

—¡Bergeret!—gritó Sarre—. ¡Atención! ¡Presenten armas!

Era, en efecto, Bergeret, resplandeciente cual una aurora boreal, con su llamativo uniforme. Venía recostado en el coche fumando un cigarrillo, y de-

volviendo con altanería los saludos a los jefes de los regimientos. Su carruaje, precedido de un turco que hacía las veces de ordenanza y de correo de gabinete, y seguido de su vistoso Estado Mayor, se dirigió al centro de la plaza. Bergeret se puso de pie, y volviéndose con ademán dramático hacia Versalles, alzó la mano. Era la señal.

Redoblaron los tambores, sonaron las cornetas y se alzó un grito clamoroso: —¡A Versalles! ¡A Versalles!

Bergeret en su coche, rodeado de doce cañones, se puso a la cabeza de la columna. Detrás marchaban tres batallones de la Guardia Nacional, el 24, 128 y el 188. Luego iba el 1.º de turcos de París, mandado por el coronel Sarre. Los soldados cantaban a voz en grito:

"¡Voici le sabre!
le sabre!
le sabre!"

El estribillo era tan apropiado que Bergeret mandó un oficial a pedir a los turcos que cambiasen la tonada. Inconscientes con la ironía, los turcos se negaron, y el general Bergeret juró para sus adentros castigar al batallón cuando regresasen.

Detrás de los turcos marchaban seis batallones más, pidiendo a voces guerra y exterminio inmediatos.

Cuando llegaron a campo abierto, Sarre levantó una mano, y los capitanes repitieron la orden.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Alto!

Los tres batallones de la vanguardia se habían detenido también, y todas las cabezas estaban vueltas hacia una colina gris, que se alzaba silenciosa e imponente como una tumba gigantesca.

Era Monte Valerien.

Por toda la columna pasó un estremecimiento involuntario. Entre las sombras de aquel monte había ocultos enormes cañones. Toda la colina era una enorme fortaleza, que dominaba el camino de Rueil.

Bergeret hizo dar la vuelta a su coche, y recorrió todo el frente de la columna dando voces.

—Todo va bien, no hay nada que temer, amigos míos—decía—. ¡El fuerte está ocupado por los marinos! ¡El fuerte está con nosotros! ¡Adelante y viva la Commune!

Las palabras de Bergeret inspiraron confianza, y las tropas avanzaron hasta que la columna alcanzó un recodo de la carretera, donde el camino de Rueil pasa a menos de doscientos metros de la fortaleza.

De repente una espantosa explosión hizo retremblar la tierra, y luego sonó otra y otra, seguidas de otras tres detonaciones simultáneas. Hacía fuego el reducto de Gibets. Casi en el mismo momento los baluartes superiores de la fortaleza se iluminaron con un relámpago, y el majestuoso estampido de los cañones de sitio retumbó en las alturas de los alrededores.

A los cañonazos siguió un pánico espantoso. Algunos federales yacían mutilados, muertos otros y otros echados en el suelo boca abajo para librarse de las granadas, que estallaban en el

aire pero la mayoría de los soldados, llenos de terror, huían como locos. En vano trataban los oficiales de tranquilizar a la tropa, porque el conocido grito de "¡Traición! ¡traición! ¡Nos han traicionado!", ahogaba la voz de los oficiales. Por todas partes los soldados arrojaban las armas, y huían en el mayor desorden. Los caballos de la artillería, espantados, galopaban en todas direcciones arrastrando los cañones. Algunos individuos cortaban los tirantes a los caballos, y montándose en ellos, corrían hacia París con desenfrenado galope.

El tronco que tiraba del coche de Bergeret había volado hecho polvo, pero el "general" se libró, y desaparecía en dirección de la capital con la mayor presteza posible. Flourens, el vehemente e impetuoso, cayó con el cráneo partido en dos; el comandante del batallón 24° quedó despanzurrado por una granada; de los soldados que llevaba a sus órdenes, habían veinticinco tendidos en la carretera, muertos y otros heridos: el batallón 128° perdió un teniente y diez y ocho hombres, y del 188° dos oficiales habían sido destrozados materialmente, y quince soldados quedaban tirados en las cunetas. Y todo no había sido más que la primera salva que, como saludo, había hecho la fortaleza de Mont-Valerien.

El 1.º de Turcos no había estado directamente en la línea de fuego por haber hecho alto a la entrada del pueblo, pero llegaron hasta él dos granadas que explotaron al caer, y fueron derribados tres hombres de la primera compañía, entre los cuales figuraba el capitán Cartier. De la quinta compañía murieron siete individuos y el capitán Isidoro Weser yacía bajo su moribundo caballo. Sarre recibió la sorpresa con frialdad.

—¡Quietos!—gritaba recorriendo las filas—. ¿Qué esperabais al salir a combatir?... ¿Un puñado de confetti?... ¡Quietos! ¡Al que no le guste esto, le daré algo que le gustará menos! ¡Arriba, capitán Weser! ¡Oficial, ayúdale a levantarse! El caballo está deshecho, pero tú no tienes nada... ¡Quisiera oír pronunciar la palabra traición a alguno de mi batallón! ¡Atención! ¡Echase al suelo!

Al decir esto, empezó a caer sobre las cabezas de los soldados un diluvio de plomo, acompañado del bronco ruido de las ametralladoras, cuyas continuadas detonaciones repetía el eco de las vertientes del monte.

Philip volvió con ansiedad la vista hacia la empinada fortaleza, ya silenciosa y coronada de nubes.

Los cañones habían enmudecido, pero los baluartes desaparecían entre el humo de los disparos. Luego vió al capitán Cartier levantarse del suelo, atolondrado y con un largo rasguño rojo a través de la frente, y al ponerse de pie con todos sus compañeros, obedeciendo a una señal de Sarre, se fijó en Weser, que, pálido de terror, contemplaba la fortaleza como hipnotizado.

Por todas partes corrían los subordinados de Bergeret buscando el camino de París y vociferando como salvajes. Dos cañones, resto de una bate-

ria montada, se conservaban intactas en una senda de la derecha. Los artilleros habían cortado los tirantes a los caballos y galopaban hacia la capital. Sarre miró con ojos maliciosos a las fugitivas tropas, y, volviéndose a su teniente coronel, un tuerto llamado Gloanec, que desde lo alto de su caballo contemplaba la huida con calma, le dijo en tono burlón:

—¡Qué bonito!, ¿eh?

—Sí—replicó el interpelado sin visible interés.

Un jinete de la Guardia Nacional llegó al galope hasta donde se hallaba Sarre, y le saludó con nerviosidad.

—¿Qué hay?—preguntó el coronel.

—Los..., los veinte mil hombres de la reserva que había al otro lado del río... las fuerzas del general Bergeret... se han ido...

—¿Que se han ido?—exclamó Sarre poniéndose de pie sobre los estribos.

—Sí; han huído, mi coronel...

—Entonces, ¡vive Dios!—rugió Sarre—, llevaré mi batallón a Clamart, donde no tiene mando ese mono. ¡Corneta, toque el alerta! ¡Atención! Por columnas de a cuatro... Señor teniente coronel, póngase al frente... Voy a demostrar a ese traidor Bergeret lo que yo puedo hacer... Sí; traidor. ¡Lo he dicho, y lo repito! ¡No hay otra palabra! Yo quizás no sepa hacer maniobrar a un batallón, pero sé luchar. ¡Ya lo verán ustedes!... Weser, monte a caballo, pronto, o nos veremos las caras. ¿Puede usted montar, capitán Cartier? Bueno. Como usted dice, no es más que un arañazo. Dejad los muertos en el pueblo y destacar cuatro hombres y un cabo para que los entierren. Los heridos que no puedan seguirme, que se queden esperando a que lleguen las ambulancias. ¿Con que huyeron, eh? ¡Los veinte mil Guardias Nacionales... han huído al escuchar la voz de Mont-Valerien! ¡Miren ustedes! Por allí van los Húsares de la Muerte hacia Clamart. ¡Valientes buitres! ¡Son aficionados a la carroña! Soldados, seguid a esos, que tienen buen olfato... ¡Marchen!

Echando realmente espuma por la boca, Sarre picó espuelas al caballazo que montaba, y se dirigió al pueblo. Al pasar junto a Philip le señaló con el dedo diciendo:

—Cuide personalmente de este individuo, capitán Cartier. Usted responde, con su cabeza, del cuerpo de este hombre, muerto o vivo.

Luego, echando maldiciones, castigó ferozmente al caballo, y emprendió la marcha por la carretera de Clamart.

Serían cerca de las seis de la mañana cuando el batallón llegó a la vista del fuerte de Issy, el cual estaba mandado por Cluseret, y había sido provisto de artillería gruesa. Bajo la protección de los fuertes del Sur, el general Duval había dividido sus fuerzas en dos columnas, una de las cuales ocupaba la carretera de Clamart, y la otra se apostaba bajo el reducto de los Molinillos. Era la mejor disposición posible (mucho mejor que las imbéciles maniobras del ejército de Bergeret), pero el centro ofrecía cierta debilidad, pues sólo se componía de cinco batallones, apoyados por dos baterías.

Cuando Sarre, a la cabeza del 1.º de Turcos, marchaba bajo el reducto de los Molinillos, salió a su encuentro, al galope, un oficial de Estado Mayor.

—¿Qué querrá ese espantajo?—murmuró Sarre.

Pero contuvo el caballo y devolvió el saludo con toda corrección.

—El general Duval supone que la llegada de su batallón confirma las noticias del desastre del general Bergeret, traídas hace pocos minutos por los Húsares de la Muerte—dijo el oficial, cuyo nombre era Razoua, y que había servido como jefe de batallón en el 103 hasta ser nombrado ayudante de Duval.

—El general Duval no se equivoca—respondió Sarre poniéndose encarnado.

—Pues bien—repuso Razoua—. El general Duval me manda saludarle a usted y transmitirle la orden de desplegar su batallón en guerrillas por los bosques de Bas-Meudon. El ataque comenzará a las seis. La señal es un cañonazo del fuerte de Issy. Ya casi es la hora.

—¡Y ahí está el cañonazo!—exclamó Sarre muy contento al mismo tiempo que salía una nube de humo del fuerte, y retumbaba en los bosques un estampido.

Los batallones de Duval empezaron a salir de Issy por el reducto de los Molinillos, y emprendieron la marcha hacia Beudon dando atronadores vivas. Apenas se habían apagado los ecos del primer disparo, envolvió una llama los baluartes del fuerte de Vanves, y tronaron los morteros del fuerte de Montronge acompañados de las detonaciones del reducto de los Molinillos. Las fortificaciones defendidas por el ejército de Versalles respondieron inmediatamente. Las baterías de Chantillon, Meudon y Bas-Meudon, fulguraban y tronaban. Cíanse también los chasquidos de las ametralladoras de Bas-Meudon, y por la parte del pueblo de Clamart se escuchaban las detonaciones de los fusiles de la infantería.

Sin darse cuenta de ello, Philip se encontró en los bosques de Bas-Meudon, echado boca abajo en el suelo, mirando a través de las hierbas, cuya monotonía sólo interrumpían unos cuantos árboles grandes. Cartier, su capitán, se hallaba a su lado, vigilando todos los movimientos de su compañía, hostigando a los tardíos, recomendando cautela a los atrevidos, y conteniendo a los desprecupados que avanzaban más de lo conveniente.

Por lo que Philip podía ver hubiera creído que en el bosque no estaba más que su sección, pero el ruido de las hierbas le indicaban que el resto del batallón seguía su camino, arrastrándose entre los matorrales hacia las alturas.

Con todos los sentidos alerta, por el peligro que tenía enfrente, acechaba un momento oportuno para escaparse. Pero acaso el capitán Cartier había adivinado sus pensamientos, porque se le acercó, y sentándose en un tronco que había al lado preguntó a Philip:

—¿Ha oído usted las órdenes del coronel?

—Pues tendré que cumplirlas.
Philip no respondió. El capitán le miró con curiosidad.

—No es usted cobarde... Ya lo veo—dijo.

—No... no soy cobarde, pero no quisiera morir—replicó Philip con calma.

—¿Le asusta el ruido de las granadas?

—Sí; me asusta.

—Entonces, ¿por qué no huyó usted esta mañana?

—Porque no tuve ocasión—respondió Philip inocentemente.

—¡Hum!—exclamó Cartier retorciéndose su rubio bigote—¿No le interesa a usted la Commune?

Philip se rió al notar el desencanto del capitán.

—¿Qué me ha de importar, si soy yanqui!

—¡Ah! ¿Es usted ese Landes a quien anda buscando Rigault?

—Sí, señor; yo soy.

—¡Ah!

Cartier se quedó silencioso un momento. Después se puso de pie y dijo con amabilidad.

—Por mi parte, no quisiera que le ocurriese nada malo, pero aunque no soy verdugo, tengo mis órdenes.

—Gracias, mi capitán—dijo Philip al oficial que se alejaba corriendo.

Centímetro a centímetro las guerrillas avanzaban, deslizándose como serpientes entre las matas. De vez en cuando un soldado se echaba el fusil a la cara y apuntaba a las alturas, pero el capitán, que se hallaba presente en todas partes, daba un puntapié al fusil y echaba una reprimenda al impaciente tirador. Uno de los soldados que estaban al lado de Philip no pudo contenerse, e hizo fuego. Philip vió desvanecerse entre los arbustos una mancha de color escarlata y el capitán la vió también.

El 1.º de Turcos había llegado a las avanzadas de Versalles.

Cuando se apagó el eco de la detonación, reinó un silencio sepulcral entre las tropas. Quizás empezaban a hacerse cargo de que luchaban con compatriotas suyos, y que había empezado la guerra civil. Con mirada triste y seria, Cartier sacó el revólver y envainó el sable. Un turco que venía al lado de Philip se arremangó y empezó a hacer esgrima de bayoneta con un árbol. Los minutos transcurrían en silencio. La larga fila de soldados avanzaba lentamente arrastrándose.

Philip comenzaba a sentir calor y sed, y ya se dirigía a un riachuelo que se deslizaba entre las piedras de un antiguo cauce, cuando le llamó la atención cierto movimiento entre los árboles, y volvió la cabeza. Un soldado con la gorra escarlata y los pantalones del ejército leal le estaba apuntando, y antes de que pudiera hacer nada sonó un disparo, y le pasó una bala silbando junto al oído... Instintivamente se encogió, pero otra bala vino a darle en la marmita de hojalata y otra arrancó un puñado de hojas de un árbol cercano. A aquellos disparos siguieron otros. Los fusiles despedían pequeñas columnitas de humo en todos los matorrales, y desde el tronco del roble donde se había

refugiado, Philip veía una porción de soldados de rojos pantalones, recorriendo el bosque en todas direcciones, alzándose y agachándose, pero avanzando siempre, hasta el punto de oírse perfectamente el ruido de los gatillos de los fusiles. Los turcos devolvían los disparos, cuyas detonaciones se confundían con el lejano tumulto de los fuertes.

Philip no hacía fuego. Había resuelto no disparar un solo tiro como no se viese obligado a ello para salvar la vida. Pensaba desertar en cuanto tuviese ocasión. Una vez en poder de las tropas de Versalles, explicaría su situación si le daban tiempo antes de fusilarle, y si conseguía hacerse oír esperaba vengarse fusil en mano de Sarre y de sus rufianes. Ni aun la idea de los deberes que tenía que cumplir con sus amigos de París, y especialmente con Juana, era suficiente para quitarle el ardiente deseo que tenía de desquitarse a tiros de los insultos que le habían prodigado. Sarre le había demostrado que no era un cobarde y pensaba darle probabilidades de salvación, pero a Weser le mataría como si fuera una ali-maña. Si, con Sarre tendría más consideración, pues aun siendo un ladrón y un asesino, al menos era valiente, pero Weser merecía morir como un animal dañino. Mientras Philip, empuñando su fusil, se entregaba a estos pensamientos de justa venganza, una bala procedente de otro ángulo del bosque alcanzó la cantimplora, derramando el coñac con agua que llevaba en ella. En el mismo instante, una espantosa tormenta de metralla destrozó las copas de los árboles, cubriendo a los turcos de ramas y cortezas. La lluvia de plomo arreciaba cada vez más, destrozando árboles, arbustos, matorrales y hierbas. En las verdosas vertientes relampagueaban los cañones constantemente. Los disparos de los turcos no se oían entre el atronador ruido de la artillería y de las ametralladoras. Frío y sereno, apoyado contra un árbol, Cartier señalaba hacia las guerrillas de Versalles, dirigiendo un avance aquí, un disparo allí, dando un consejo a éste, recomendando prudencia al otro. Sarre y la gente de su Estado Mayor se apearon dos veces, recorriendo la línea de soldados, mirando ansiosamente hacia las alturas donde estaban situadas las baterías. La segunda vez que pasaron, el teniente coronel fué alcanzado por un trozo de metralla y le llevaron al abrigo de un árbol.

—¡Maldita sea nuestra suerte! ¡Este ya ha acabado!—dijo Sarre brutalmente; y pocos segundos después el bretón moría, quizás con menos emoción de la que había denotado en vida.

La compañía de Weser, la quinta, había sufrido algunas pérdidas, pero fuera de esto el 1.º de Turcos se sostenía bien. Había perdido la timidez el encontrarse con tropas regulares, y ya avanzaban los soldados constantemente, haciendo tan nutrido fuego, echados en el suelo, que las guerrillas versallistas comenzaban a retroceder.

El capitán Cartier estuvo vigilando un rato a Philip, y por último, se le acercó. Poniéndole una mano en el hombro le dijo:

—No ha hecho usted un solo disparo Philip permaneció silencioso.

—No conviene, no conviene—prosiguió el capitán—Su ejemplo es malo para los demás. Debe usted hacer fuego... aunque no afine mucho la puntería.

Philip contestó echándose el fusil a la cara y haciendo un disparo sobre el tronco de un árbol, del cual arrancó astillas la bala.

—¡Buen tirador!—exclamó el capitán.—Siento... siento mucho que no esté usted de nuestra parte.

Luego se quedó silencioso, jugueteando pensativo con el revólver, y después se puso delante de la compañía y llamó por sus nombres a siete soldados y a un sargento, que respondieron instantáneamente.

Cartier entonces hizo señas a Philip para que se uniese a ellos, y señalando en dirección de una cuesta que se alzaba a la izquierda, y que estaba dividida por el cauce de un arroyo, dijo:

—Tienen ustedes que llegar a lo alto de esa cuesta y ver por qué los hombres del capitán Weser permiten que las guerrillas del enemigo nos hostilicen con ese fuego de costado. Si el capitán Weser necesita ayuda, que venga un hombre a decírmelo. Si se halla en buenas condiciones, quédense ustedes con él, y procuren quitar de ahí esos tiradores enemigos. Sospecho que están detrás de ese grupo de sicomoros.

El sargento saludó, y el pequeño destacamento echó a andar por el cauce del arroyo, subiendo lentamente. La cuesta era empinada y estaba cubierta de espesa vegetación, pero tardaron pocos minutos en llegar a lo alto, donde encontraron a los soldados de Weser, con más ganas de producir humo y armar ruido que de afinar la puntería. Weser estaba sentado detrás de un árbol a retaguardia, muy a retaguardia, y si no se había echado en el suelo era por miedo a Sarre, pues de lo contrario, no le hubiera importado afrontar el ridículo.

Los soldados que tenía a sus órdenes estaban nerviosos y desanimados. Aquello no era lo que esperaban. Ellos creían verse capitaneados por un general con muchas plumas y muchos galones, entre muchos cañones y entre infinidad de bayonetas, y lo único que veían era a un capitán sentado detrás de un árbol.

Realmente Weser no se encontraba bien. El estruendo de la batalla le había puesto malo del estómago. Asesinatos, robos, falsificaciones, todo se podía sobrellevar. A él no le importaba hundir un cuchillo en el cuerpo de un hombre... si la víctima estaba distraída, pero aquellos silbidos de las balas eran otra cosa, y maldecía de Sarre, de la Commune y de todo, sintiendo solamente no hallarse tranquilamente en París, metido en la cama.

De la compañía de Weser habían muerto cinco hombres, dos de ellos del mismo disparo. Philip vió sus rígidos cuerpos, medio apoyados en el árbol tras del cual les había cogido la descarga. El sargento, un alsaciano alto y de muy buen humor, distribuyó sus hom-

bres de modo que pudiesen atacar a los tiradores, que habían llegado a los sicomoros y podían hostilizar al centro del destacamento de Weser. A Philip le tocó estar tras de una roca cubierta de líquenes, en compañía de un escocés llamado Mc Barron. No lejos de ellos se agachaba bajo un árbol Con Daily con los ojos centelleantes ante el fragor de la batalla.

El cañoneo que momentos antes había redoblado la violencia, se calmó bruscamente. Enmudecieron los fusiles del enemigo y sólo sonaron los disparos de los Turcos. Philip vio deslizarse entre el grupo de sicomoros un tirador versallista y al mismo tiempo le vio también Mc Barron, pero antes de que pudiera dispararle un tiro se alzó entre los árboles un clamor de zuavos esgrimiendo las terribles bayonetas.

—¡Viva la Patria! ¡Viva Francia! ¡A la bayoneta!

Y por todos los matorrales aparecieron enjambres de zuavos esgrimiendo las terribles bayonetas.

La gente de Weser se quedó un instante contemplándolos, asombrada, y huyó en seguida, pero los zuavos se volvieron hacia las fuerzas de Cartier rugiendo como tigres. Philip y Mc Barron se acercaron a gatas hasta el borde de la cuesta y se pusieron a contemplar la escena. Por todas partes se veían revueltos los rojos zuavos con los azules Turcos, y por donde quiera que se tendía la vista no se percibían más que fusiles y bayonetas ensangrentadas. El encuentro acabó antes de que Philip pudiera recobrar el aliento contenido por la emoción. Por inspiración de Thiers allí no se daba cuartel ni se cogían prisioneros. El capitán Cartier yacía atravesado sobre el tronco de un árbol caído, con la masa encefálica deshecha. Junto al cadáver estaba un zuavo limpiando su fusil con un puñado de hojas secas. Todos los que no habían huído, estaban muertos o moribundos. Philip vio a los zuavos dar el golpe de gracia a muchos heridos graves, y se le encogió el corazón.

—Esa es la diferencia que hay entre los verdaderos zuavos y los turcos falsificados—dijo tranquilamente Mc Barron.

—¡Horrible!... ¡horrible!—murmuró Philip.

Daily, que se había acercado con los otros seis hombres al borde de la cuesta, se volvió hacia Philip y le dijo con gesto amistoso:

—¡De buena nos hemos escapado!

—Más vale que nos marchemos de aquí—interrumpió Mc Barron.—Venid todos...

—¿A dónde vamos?—preguntó Philip.

—¿Quién lo sabe?—dijo Daily—Lo principal es irse de aquí, aunque nos lleve el demonio.

—¡Ya están ahí!—exclamó Mc Barron al sentir silbar una bala en sus oídos y ver que una docena de zuavos empezaban a subir la cuesta.

—¡Hacedles una descarga!—gritó Daily echando a correr con los demás para ponerse en salvo. Philip les siguió, comprendiendo de pronto que el ejér-

cito versallista no era, precisamente, el puerto de salvación que ansiaba, y corrió con sus compañeros a través del bosque. En el camino encontraron un caballo muerto, y atravesado encima el cadáver de un húsar de la Muerte. El soldado tenía los labios rígidos, y sus hundidos ojos semejaban dos bolas de marfil. En torno de su cabeza zumbaban las moscas...

CAPITULO XVIII

Una idea de Tcherka

Cuando Mont-Valerien hizo hablar a sus cañones destrozando en un instante la columna Bergeret, estaban todavía durmiendo la mayoría de los habitantes de París, con alguna excepción, entre ellas la de Tcherka, la gatita de Juana, que sin que nadie lo advirtiese, se había escapado del estudio.

La libertad era dulce, muy dulce para Tcherka, y sentía un deleite especial ante los peligros y aventuras que pudiera correr en una excursión nocturna por el jardín.

Había estado sentada lo menos diez minutos sin saber qué hacer, y concluyó por ponerse a mirar a la tapia, cuando vio pasar rápidamente una sombra, una fantástica silueta de gato, que se detuvo en lo alto de la tapia. Tcherka se irguió lentamente al ver aquella estatua viviente. Era, en efecto, un gato que también buscaba aventuras.

Juana de Brassac estaba despierta en la cama. Toda la noche la pasaba dando vueltas, pensando en Philip y hundiendo la cabeza en las almohadas para conciliar el sueño. Al sentir los maullidos del gato aventurero Juana se levantó y se asomó a la ventana. El gato huyó instantáneamente y Tcherka saltó a la tapia mirando a su dueña, a la cual se negó a obedecer cuando le llamó. Entonces Juana, comprendiendo que no iba a poder dormir, decidió vestirse y salir al jardín.

Un segundo después de hallarse en él la ciudad se estremeció con el estampido de Mont-Valerien.

Al sentir el primer cañonazo, Tcherka dió un brinco de asombro. Al oír la segunda detonación, la gata saltó al jardín y corrió hacia la puerta de la calle. Juana, que permanecía de pie, pálida como la muerte, comprendió que Tcherka se iba a escapar, y cuando llegó a la puerta sólo pudo ver que la gatita corría hacia la barricada de la rue Vavin. Sin pensar en sí misma, Juana abrió el postigo y salió a la calle llamando "¡Tcherka!"; pero en aquel momento ahogó su voz una espantosa descarga que sonó por el lado del Norte.

La joven siguió corriendo junto a las paredes del convento, sin perder de vista al animalito, cuando una silueta que apareció de pronto en la acera descargó un culatazo a la gata. Esta al sentir el golpe dió un huído y saltó por encima de la barricada, mientras que Juana,

que la seguía de cerca, se volvió hacia el soldado como una furia, diciéndole:

—¿Cómo se atreve usted a pegar a mi gata?

El soldado, un jovencuelo rechoncho y barbilampifio miró estúpidamente a la joven.

—¿Cómo se atreve usted?—repitió Juana en voz baja—¡Déjeme pasar inmediatamente!

Antes de que el centinela hubiese tenido tiempo de abrir la boca, Juana había traspuesto la barricada y corría por la rue Vavin hacia el Luxemburgo. El soldado, mientras tanto, se repuso de la emoción y se precipitó hacia la barricada gritando:

—¡Alto! ¡Alto o hago fuego!

Al mismo tiempo se echó el fusil a la cara, pero Juana, como si nada fuera con ella, siguió su camino.

—¡Alto o hago fuego!—gritó nuevamente el soldado.

Juana ni siquiera volvió la cabeza. El centinela titubeó un momento, bajó el fusil, lo volvió a levantar con irresolución, y por último lo volvió a dejar caer. Su corazón no estaba endurecido hasta el punto de matar a una joven inocente, y cuando atraído por las voces salió el cabo, tambaleándose, de un café próximo, el centinela le dijo una mentira, y aguantó sin protestar las maldiciones de su superior. Cinco minutos después se relevaban los centinelas, y a los diez minutos volvía Juana a la barricada, con la gatita fuertemente sujeta en los brazos. Al verla el nuevo centinela afirmó el fusil y ante aquella actitud Juana retrocedió unos pasos y se detuvo:

El centinela, un mocetón sensual y grosero, se echó a reír, y la dijo con tono jocoso:

—Es demasiado temprano para ir al mercado, señorita, y además, nosotros los Turcos nunca comemos gatos rubios... sólo nos gustan los negros.

—Quisiera pasar—murmuró Juana empezando a hacerse cargo de su situación.

—¡Toma! ¡Eso quieren muchas que no tiene pase! Pero no suelen ser tan bonitas como usted. ¡Vamos, no sea usted arisca! ¡Me da usted un beso si la dejo pasar?

Juana estaba asustada. Mientras estrechaba a Tcherka contra su pecho veía la tosca faz del centinela, enrojecida por el alcohol, y al fijarse en la mirada que la dirigía la flaquearon las piernas, pero se sobrepuso, y con el corazón oprimido contó al soldado la causa de su salida.

—¿Conque salió usted a buscar el gato?

—Sí.

—¿De dónde?

—De mi casa.

—¿Dónde vive usted y cómo se llama?

Juana se quedó silenciosa. No se atrevía a decir dónde vivía ni a declarar su nombre.

—Señorita—dijo el centinela haciendo una mueca burlesca—esos cuentos son buenos para niños. Venga acá y deme un par de besos y luego no nos faltará de qué hablar.

Llena de miedo, Juana dió media vuelta y huyó hacia el Luxemburgo. La ca-

de Vavin estaba obscura y desierta, pero la calle del Luxemburgo se hallaba iluminada y pasaba bastante gente junto a la verja de los jardines, en dirección de la calle de Vaugirard. Instintivamente la joven se creyó más segura entre la multitud que sola en las calles silenciosas y se mezcló con los transeúntes, extrañándose de que a aquellas horas estuviesen fuera de sus casas muchas mujeres y niños.

Una vez perdido su refugio ni siquiera se atrevía a preguntarse a sí misma qué iba a hacer. Carecía literalmente de techo, de cama y de dinero. Su desgracia había sido demasiado brusca y terrible para comprenderla desde luego. Seguía a la multitud de hombres y mujeres porque se sentía más segura a su lado y porque no tenía ningún sitio donde ir. No se detenía a indagar adónde iban ni por qué iban; limitóse a seguir de cerca a una mujer alta, de pelo canoso que llevaba en una mano un pan y una botella de vino, y en la otra un niño. Una o dos veces la desconocida la miró sin hablarla, pero al cruzar la calle de Vaugirard y entrar en la de Bonaparte, la preguntó de pronto:

—¿Por qué lleva usted el gato?

—No lo sé—respondió Juana.

La mujer la había hecho la pregunta con amabilidad, y cuando volvió a hablar Juana vió en sus ojos retratada la tristeza.

—¿A quién busca usted, hija mía, a su padre, a su hermano o a su novio?

—No entiendo lo que quiere usted decirme—repuso Juana con apocamiento. La mujer se quedó mirándola.

—¿Sabe usted adónde va?—la preguntó.

Juana permaneció silenciosa.

—¿Y sabe usted que ha empezado la batalla?—continuó la desconocida.

—He... he oído los cañonazos—respondió Juana.

—Mi hijo está con los Turcos en el primer batallón de París—suspiró la mujer—. Marchó con el general Bergetret. Dicen que se puede ver todo desde las murallas.

—¿Va usted a las fortificaciones?—preguntó Juana timidamente.

—¡Claro! ¿Y usted? Porque supongo que tendrá usted en el ejército algún hermano, o a su novio quizás, pues si no no se explica que ande tan temprano por la calle.

La mujer echó una mirada al pálido rostro de Juana y agregó:

—Hija mía, a usted le sucede algo. ¿Qué la trae a estas horas por la calle? Dígamelo... Bien veo que es usted una joven buena.

Juana se aproximó más a su nueva conocida, y apretando contra su seno a la gatita, dijo:

—Déjeme ir a su lado, señora; soy muy desgraciada.

Estaba amaneciendo cuando llegaron a las murallas. A la pálida luz de la aurora se veían millares de figuras de hombres, mujeres y niños, que habían acudido a los baluartes al ser despertados de su sueño por la potente voz de Mont-Valerien. La puerta de la ciudad estaba abierta, y la larga carretera que se extendía por el campo estaba llena de gente que había acudido a ver la batalla.

Al dar las seis sonó el primer cañonazo del fuerte, de Issy, seguido de los estampidos de las baterías de todos los fuertes del Sur. Un momento después se unían al duelo de la artillería las defensas de Versalles, produciendo tan terrible estrépito que muchas mujeres hubieron de retirarse de las fortificaciones, donde no estaban a gusto ni los golfos callejeros.

Juana se sentó en el parapeto de granito contemplando el panorama que se extendía hasta Versalles, y sujetando a "Tcherka", que al sentir el bombardeo se agarraba desesperadamente, con las uñas, al vestido de su ama. Junto a Juana se sentaba la mujer de pelo canoso con su hija, niña de seis años. A sus pies, el Sena se deslizaba por el llano, formando un recodo en Neuilly, donde se hallaba el negro cañonero. La llanura estaba salpicada de pueblecillos, de rojos tejados, y acá y allá, se destacaba una torre o un camino bordeado de árboles. El humo de la batalla alzábase por encima del fuerte de Issy, y se extendía por los bosques de Meudon. Bas-Meudon estaba tranquilo y despejado.

—Yo me apellido Cartier—dijo la mujer a Juana. Y después de un momento añadió—¿Y usted, quiere decirme su nombre?

—Me llamo Juana de Brassac—respondió la interrogada.

Mme. Cartier hizo un movimiento de sorpresa y la miró con lástima.

—¡Pobrecita!—murmuró—¡Pobrecita!

—¿Conoce usted mi nombre?—preguntó Juana a media voz.

—Sí... en la calle donde yo vivo hay un bando ofreciendo una recompensa por capturarla a usted. ¿Por qué me ha declarado usted cómo se llama?

—No lo sé—replicó Juana—Confío en usted.

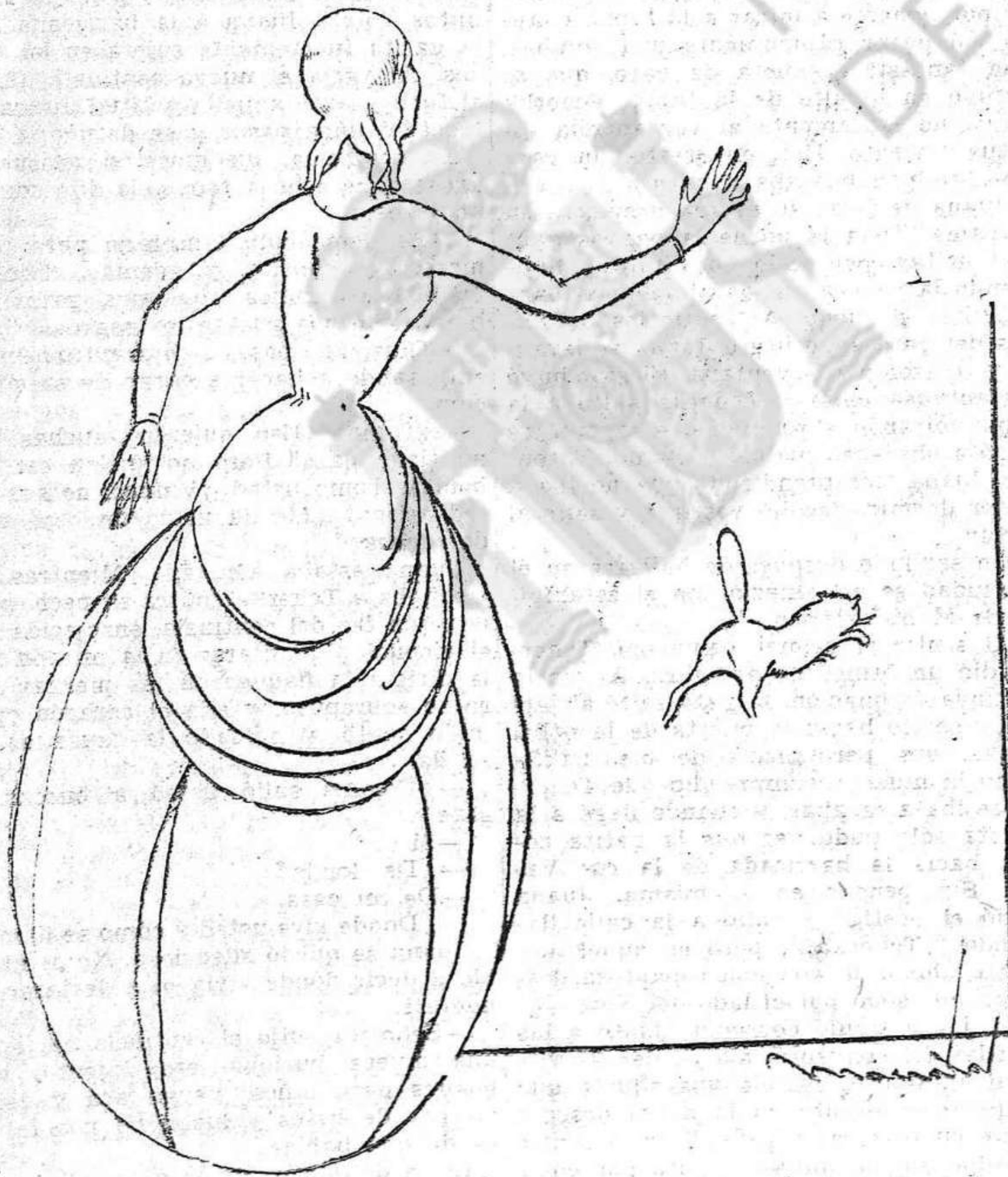
—Puede usted confiar—repuso Mme. Cartier.

A continuación le refirió que su hijo, que hasta entonces había sido carpintero, era capitán del 1.º de Turcos, y que esperaba ser ascendido pronto.

—Es buen hijo para mí.—agregó—En cuanto pudo trabajar, me quitó de coser y éramos muy felices, hasta que estalló la guerra. Entonces fué a Metz con Bazaine, el traidor, y fué traicionado... ¡le vendieron a los prusianos! ¡Ah! ¡Cuánto ha sufrido con esos ladrones, que, con Thiers a la cabeza, quieren esclavizarnos! ¿Oye usted el ruido de sus cañones?

—Sí, lo oigo—suspiró Juana.

—Ignoro lo que habrá usted hecho—continuó Mme. Cartier, cogiendo en brazos a su niña para que se durmiese—pero estoy segura de que no tienen



...la gatita corría hacia las barricadas

por qué molestar a una joven de la edad de usted. Yo no sería capaz de entregarla, aunque la recompensa que ofrecen fuera de millones. ¿Está usted mala?

—¿Mala? ¡Oh, no!... ¡no!

—Como está usted tan pálida...

—Es que... he perdido un... hermano... mi único amigo.

—¿Le mataron?

—¡Oh, no!—exclamó Juana con gesto de horror—Es... que me temo que haya tenido que esconderse para librarse de la Commune.

—Pues puede usted dar las gracias de que no se halle entre las balas y entre las granadas, como está mi hijo. Si viera usted lo que sufro...

—Sí... ya lo creo.

—¿Quiere usted mucho a su hermano?

—No es... hermano verdadero.

—¡Ah!, ¡ah!, ¡hija mía!—dijo Mme. Cartier con dulzura.

Mientras hablaba continuaba el atroz ruido de los fuertes, y el día avanzaba. Las dos mujeres se quedaron silenciosas. Mme. Cartier estaba muy pálida también. Juana se acercó y la dió un beso en la mejilla.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—gimió la desconocida—¿Qué desgraciadas somos!

Desde la puerta de la muralla llegó una voz áspera que gritaba:

—¡Las fuerzas que mandaba Bergeret han sido aniquiladas por Mont-Valerien!

La gente que se agolpaba en el baluarte se quedó un momento sumida en el más profundo estupor. Luego se alzó el grito de "¡Traición! ¡Traición!" Las mujeres comenzaron a agitarse, llorando y pidiendo noticias de tal o cual escuadrón o batallón. Los oficiales que había en el parapeto eran acosados a preguntas, formuladas con la mayor ansiedad, y a las cuales no les era posible contestar. Al poco rato empezaron a llegar los fugitivos de la columna de Bergeret, hablando de desastre y de traición, y antes de que hubieran transpuesto las puertas aparecieron grandes masas de federales, aterrizados, en revuelta confusión con caballos, carros y cañones. Circulaban espantosas historias acerca de la carnicería producida por los cañones de Mont-Valerien. Algunos decían que Bergeret había muerto, después de haberle matado dos caballos el fuego enemigo, en muchas y valientes cargas. Realmente era cierto que le habían matado dos caballos, pero no montándose él, sino tirando de su coche. Las noticias de la muerte de Flourens arrancaron a la multitud gritos de ira y de venganza. Los batallones que entraban corriendo, por las puertas, eran rodeados y acosados a preguntas.

—¿Dónde están los Turcos?—preguntó una voz.

—¡No queda ni uno!—gritó un movilizado que venía loco de terror.

Mme. Cartier se puso de pie, toda trémula.

—¿Qué disparate!—dijo un oficial de la Guardia Nacional, obeso y bonachón, que se había detenido a contemplar el regreso de las tropas—. ¡Qué disparate!

repetía con voz campanuda—. Los Turcos están perfectamente. No se hallaban en la línea de fuego, y no han tenido que correr como nosotros.

La multitud se alegraba al saber lo de los Turcos, y algunos empezaron a burlarse de los batallones de Guardias Nacionales, que corrían hacia el centro de la ciudad.

De la estación telegráfica salió un soldado y pegó en la pared un despacho en el que se decía que la victoria había sido de Bergeret, y terminaba: "¡No tengáis miedo! Nuestras tropas marchan bien. ¡Bergeret "mismo" está allí!

Esto produjo una tempestad de burlas.

—¿Bergeret "mismo"? ¿Y quién es Bergeret "mismo"?—gritó un golfillo.

A este comentario siguió una risotada general, no de regocijo, sino de ira. Desde aquel día, el imbécil de Bergeret fue conocido en toda Francia por el nombre de "Bergeret Mismo".

—¿Victoria?—exclamó uno—. ¡Si esto es una victoria, prefiero un desastre y una derrota!

—¿Qué prisa se dan a abandonar el campo de su triunfo!—gritó otro.

Mme. Cartier se acercó al Guardia Nacional, bonachón, que, con tanta franqueza, había declarado su huida, y la buena situación probable de los Turcos, y le preguntó:

—¿Cómo sabe usted que no les ha ocurrido nada a los Turcos?

—Porque los he visto marchar en buen orden por la carretera de Clamart. Probablemente habrán ido a unirse a las tropas del general Duval..., que es un general de veras—respondió el oficial, cargando su pipa con perfecta ecuanimidad.

—Sí, señora y a toda su compañía.

—¿Están en salvo?

—Le vi pasar por el pueblo con su compañía cuando dejó de hacer fuego el fuerte.

—¿Mataron a alguien de su compañía?

—Vi muerto a un americano llamado Mc Glone.

Juana, al oír las palabras "muerto" y "americano", se acercó oprimiendo a "Tcherka" contra el pecho.

—¿Un americano muerto?—preguntó—. ¿Dónde?

—En la carretera de Rueil.

—¿Cuándo?

—Cuando nos hizo fuego el frente.

—¿Conocía usted a ese americano?

—Ya lo creo. Anoche acampé con mi amigo Cartier y vi varios americanos en el batallón, entre ellos uno nuevo que acababa de ingresar. No parecía estar muy contento y según me dijo Cartier, el coronel Sarre le aborrece.

—¿Es soldado?—preguntó Juana.

—Sí.

La joven se apartó con el espíritu más tranquilizado, pero apenas había dado dos pasos oyó decir al oficial:

—El recluta nuevo concuerda con la filiación de ese Landes a quien tantas ganas tiene de coger Rigaut, y por el cual ofrece una recompensa. Yo se lo dije al capitán Cartier, pero me respondió que debía estar equivocado, porque

Sarre le conocía y si hubiera sido el tal Landes, seguramente lo habría entregado a Rigaut a escape.

Juana volvió a acercarse a Mme. Cartier y preguntó con voz reposada:

—¿Qué aspecto tiene ese americano?

El oficial hizo una descripción de Philip tan perfecta que Juana creyó desmayarse.

—Ya ve usted—concluyó el capitán—que sus señas no pueden ser más parecidas a las que da Raul Rigaut en su bando. El capitán Cartier dice que este soldado es un sujeto a quien se cogió queriendo escalar una tapia en el pasaje Stanisles, vestido de guardia nacional. Sarre le dió a escoger entre unirse a las filas o morir fusilado, y el hombre no titubeó en la elección. Pero ya le recogerá Figault.

—¿No decía usted que no es el mismo individuo por quien ofrecen una recompensa?—dijo Mm. Cartier, con indiferencia, como si ella y su nueva amiga hubiesen oído todo lo que deseaban saber.

Luego llevó a Juana al lado del parapeto y le dijo en voz baja:

—Usted ama a monsieur Landes. Su nombre de usted figura al lado del suyo en el bando, disponiendo su captura. ¿Cree usted que es él ese soldado del batallón de Turcos?

—Sé que es él—respondió Juana con el corazón angustiado.

Al medio día llegaron noticias de que los Turcos habían sido derrotados, que una de sus compañías había sido aniquilada en los bosques de Bas-Maudon, y que el resto era perseguido por los feroces zuavos de Charette.

Juana oyó esto en la puerta de la muralla y echó a andar hacia la carretera exterior.

Pasaban en aquel momento los Turcos de Weser de la quinta compañía, y al reconocer su uniforme, la joven se acercó a un soldado para preguntarle:

—¿De dónde vienen ustedes?

—De Bas-Meudon.

—¿Dónde está eso?

El Turco señaló al monte.

—¿Y los demás soldados de su regimiento?

—Los muertos quedan en el bosque y los otros andan buscando el medio de escapar—dijo el soldado tristemente, siguiendo su marcha hacia la población.

Con los ojos arrasados en lágrimas, Juana contempló el lejano monte salpicado de pequeñas nubes de humo. Tcherka saltó de los cansados brazos de su dueña y echó a andar por la carretera volviendo la cabecita para ver si la seguía.

CAPITULO XIX

Sarre paga una deuda

Cuando los zuavos de Charette salieron de los bosques de Bas-Maudon, dejaban limpios los matorrales de seres vivientes. En dos ocasiones quisieron avanzar los Húsares de la Muerte, pero en ambas les obligaron a retroceder los zuavos con sus terribles bayonetas, hasta que, por fin, tuvieron que huir al galope por el llano.

Los Turcos de Sarre habían sido atacados por el flanco y el golpe resultó desastroso. Los hombres de Weser huyeron y la compañía de Cartier quedó aniquilada. Las tropas leales penetraron como una cuña en el ejército revolucionario y las dos alas del batallón se esparcieron como hojas que lleva el viento. Sarre rabiaba, maldecía a su gente y la obligaba a avanzar con el cañón del revólver; pero los zuavos se revolvián como demonios entre las descompuestas filas, matando, aplastando, demoliendo a los oficiales y acuchillándolo todo, sin piedad, con las puntas de sus temibles bayonetas, cogiendo banderas de combate y arrancando el rojo estandarte de la Commune de su dorada asta. En poco tiempo todo acabó. Los pocos hombres que quedaban del 1.º de Turcos se abrían camino hacia el terreno descubierto con la furia de la desesperación, pero los zuavos los perseguían y a cada embestida caían nuevos cadáveres.

Sarre, todavía a caballo, sostenía a la pequeña banda que le rodeaba por pura fuerza de voluntad. Con su sable, lleno de cabellos y de sangre coagulada, amenazaba al enemigo y a aquellos de sus subordinados que se mostraban pusilánimes. Cuando llegó a la carretera de Clamart llevaría en torno suyo unos doscientos hombres, pero los zuavos hacían fuego por pelotones y los Turcos caían como las hojas bajo el impulso de la tormenta, hasta que una hondonada en la carretera y un repliegue del terreno les proporcionaron un momentáneo abrigo. Sarre miraba en torno suyo como un lobo cogido en una trampa. Al otro lado de la carretera había una casita de piedra, solitaria, medio oculta entre los árboles de un huerto, y desde el primer momento comprendió que en ella podían hacerse fuertes. Era inútil ir más lejos, aunque estaban a la vista de las murallas de París. Diez minutos más bajo el fuego de los fusiles de los zuavos bastarían para acabar con la poca gente que le quedaba. Sólo podía elegir entre morir en medio de la carretera o tras de las tapias de una casa y escogió esto último, no porque abrigase la más pequeña esperanza de que le ayudase Duval, el fuerte de Issy o alguien de París, sino, porque así tenía más tiempo para matar más zuavos, y echando una mirada de odio a los rojos gorros de los enemigos, que empezaban

a asomar en lo alto del repliegue, condujo a sus hombres, unos cincuenta acaso, al huerto que rodeaba la casa.

—¡Un hombre detrás de cada árbol! —gritó—. ¡Diez hombres a defender ese seto! ¡Seis detrás del brocal del pozo! ¡No hay ningún capitán? ¡Cómo! ¡Han acabado con todos mis capitanes? ¡Eh!... usted, teniente... He olvidado su nombre... hágase cargo del huerto y defiéndalo. ¡Defiéndalo bien! ¡Ya sabe usted que los zuavos no hacen prisioneros! Hay que sostenerse hasta que mandemos recado a París para que vengan a sacarnos de esta sartén donde nos están friendo a tiros.

Luego, al fijarse en Philip que permanecía silencioso al lado de Mc Barron y de Con Daily se acercó diciendo:

—¿Estás aquí? ¡Bueno!, ¡bueno! ¡Me parece que ahora no vas a tener tanta suerte como en otras ocasiones! ¡Tiene gracia! Te vas a ver ensartado en una de tus mismas bayonetas. No dan cuartel.

Philip dió media vuelta sin contestar y Sarre fué a ponerse al abrigo del brocal del pozo, porque empezaban a llegar balas entre los árboles. Los Turcos, apostados tras del seto se defendían disparando sus fusiles como locos.

—¡Echadse al suelo!—dijo Mc Barron—. ¡Echadse!

En vez de obedecer, Daily se echó fríamente el fusil a la cara y derribó de un balazo a un zuavo que venía en su dirección.

—¿Qué os parece?—gritó cargando otro cartucho.

—¡Echate, Con Daily, no seas tonto!—gritó Mc Barron apuntando a un oficial de zuavos que aparecía a lo lejos y haciéndole caer de un balazo en la cara.

—¿Yo tonto?—aulló Daily—. Vas a ver cómo no lo soy. ¿Apuntabas a ese?

Al decir esto disparó el fusil y alcanzó a otro zuavo que dió un brinco en el aire y cayó de bruces sobre el suelo.

El tiroteo era cada vez más cercano y más mortífero. Desde cada árbol, desde cada punto del seto los Turcos llovían balas sobre los zuavos, que se acercaban a paso de carga. El huerto humeaba por todas partes como si estuviera incendiado. Tres veces se acercaron los zuavos hasta el mismo seto, pero en ninguna de las tres ocasiones pudieron resistir la tormenta de plomo, y tuvieron que volver a refugiarse detrás del repliegue del terreno. Allá a lo lejos, los Húsares de la Muerte corrían hacia París; al oeste, el fuerte de Issy vomitaba humo y llamas; y más allá, en dirección de Clamart, se libraba una gran batalla, porque el ruido de las descargas dominaba el atronador ruido de los fuertes.

A las tres de la tarde, los Turcos, reducidos a veinte, seguían sosteniendo su posición, pero empezaban a sufrir las torturas de la sed. Dos hombres que habían ido a sacar agua habían sido alcanzados por las balas y habían caído al fondo con los cubos. Uno de ellos, que no había muerto del balazo se agarraba a algún saledizo y pedía socorro con gritos lastimeros, pero no había cuerda que echarle, y aunque la hubie-

ra habido, falta tiempo para echarse; porque los zuavos llegaban ya al huerto como un enjambre de avispas furiosas, esperando solamente el momento oportuno para acabar hasta con el último turco.

De las dos docenas que quedaban de éstos, cuatro hombres defendían el seto, diez se agazapaban detrás de los árboles y tres o cuatro andaban alrededor del pozo. Había veces que no se oía un disparo en diez minutos, en ninguno de ambos bandos, hasta que un pequeño movimiento o una voz de los soldados leales ponían de pie a todos los Turcos y en seguida venía un ciclón de plomo barriendo la cuesta, porque los zuavos hacían descargas cerradas, en lugar de emplear la bayoneta.

Sin embargo una vez ocultos entre el humo se deslizaron seis zuavos hacia el ángulo norte del huerto; pero aun no habían avanzado diez pasos cuando cayeron sobre ellos Mc Barron, Con Daily, Philip, Sarre y otros dos Turcos que se habían separado de los árboles para dirigirse a un manantial que había en el prado detrás de la casa. Sarre cogió a un zuavo por la faja y le cortó el cuello antes de que pudiera dar un grito. Con Daily rompió el cráneo a otro con la culata del revólver y Mc Barron atravesó con la bayoneta a otros dos mientras que Sarre mataba a otro más de un tiro en el estómago. Philip no hizo fuego mientras no le atacaron directamente, pero de repente, el último zuavo que quedaba se precipitó sobre él lanzando un aullido y le cogió por el pelo. Philip, entonces, le sujetó por la cintura y le dobló hasta casi troncharle y en aquel instante llegó Sarre y le degolló con el sable. El zuavo quedó muerto en brazos de Philip, el cual le dejó caer sobre el césped y como todavía se estremeciese algo, Sarre le remató asestándole un golpe tremendo en la sien con la culata del revólver.

—¡Malditos lobos!—murmuró Sarre echando una mirada hacia el repliegue del terreno—. ¡Ya no tenemos tiempo de llegar al manantial, porque van a caer sobre nosotros! ¡Mirad!

Los zuavos habían llegado al pozo y antes de que Sarre pudiese acercarse mataban a bayonetazos y tiros a los Turcos que se resguardaban en el brocal; pero los demás Turcos respondieron con tan nutrido fuego que los hicieron retroceder.

Sarre mandó entrar en la casa a los catorce hombres que le quedaban, comprendió que no había salvación posible y que tenían que morir cogidos como ratas, pero luchando hasta lo último.

En la casa, que constaba de dos pisos, no había nadie. Mc Barron, Daily y Philip se apostaron en la alcoba desde la cual dominaban el huerto y el pozo, mientras que sus compañeros apilaban armarios, baúles y camas tras de la puerta y tapaban las ventanas con cojines, almohadas y mantas. Sarre rebuscó por todas partes, por si había algo que beber, pero no encontró ni una gota de agua.

—¡Eh!—gritó—. No tenemos agua... ¿Quién se atreve a ir al manantial? Aquí hay tres cubos. ¡A ver, tres hombres de buena voluntad!

—Yo iré—dijo Mc Barron tranquilamente echando una mirada al campo.

—Bueno—gruñó Sarre—. ¿Quién es el otro?

—Tengo dos compañeros que querrán ir—añadió Mc Barron—. Mande que vigilen el huerto tres hombres y nosotros nos descolgaremos por una ventana de la parte de atrás de la casa.

Sarre movió la cabeza en señal de asentimiento y ordenó que subieran tres hombres a defender la ventana de la alcoba. Con los mismos envió los tres cubos, que Mc Barron repartió entre Philip, Daily y él, y con los fusiles puestos en bandolera se dirigieron a la ventana por donde pensaba salir. Al llegar junto a ella la abrió reposadamente y descendió al corral. Daily y Philip le siguieron, y en seguida se encaminaron al manantial del prado arrastrándose entre la hierba.

Al llegar a la pequeña fuente bebieron hasta hartarse y mientras se llenaba su cubo, dijo Mc Barron echando una mirada hacia el huerto:

—Parece que están muy tranquilos

Daily llenó también su cubo y se dirigió a la casa.

—¡Esperadme!—dijo Philip que acababa de poner a llenar el cubo que le correspondía.

—No—respondió Mc Barron—; es mejor que Daily y yo llevemos cuantos antes estos cubos, porque si te esperamos tal vez no podamos volver con ellos. Esa tranquilidad que se observa en el huerto me hace desconfiar.

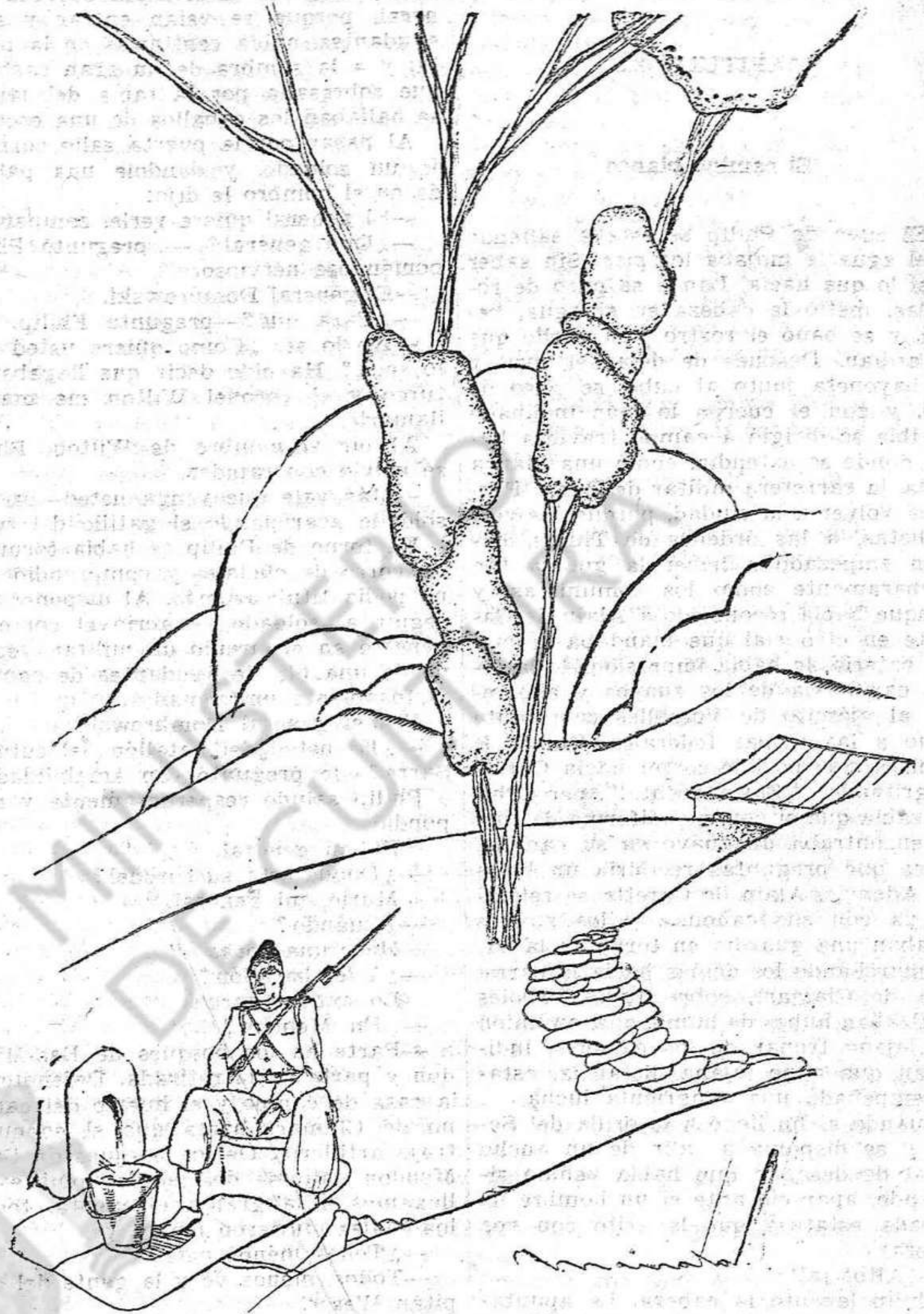
—Entonces, ¿qué hago yo? ¿Voy a la casa en cuanto llene, o espero a que volváis?

—Ya tenemos bastante agua—respondió Daily—. Cuando llenes tu cubo vuélvete y te ayudaremos a subirlo.

—Philip se sentó mientras se llenaba el cubo y se puso a mirar cómo se alejaban sus compañeros. Estos al llegar al corral le atravesaron en dirección de la casa y vieron que estaba asomado un turco, el cual cogió el cubo que le acercó Daily subiéndose a los hombros de Mc Barron. En aquel momento sonó un disparo y Mc Barron cayó desplomado sobre una piedra arrastrando en la caída a Daily cuyo cubo se vertió. El turco que estaba asomado a la ventana respondió inmediatamente con otro disparo, y a continuación retumbó otro entre la hierba. Daily que estaba apuntando con su fusil hacia el sitio donde se escondía el misterioso tirador dió un par de vueltas y cayó redondo.

En aquellos momentos se salía ya el agua del cubo que Philip tenía puesto en la fuente, pero él no lo veía. Tenía los ojos fijos en el matorral de donde salían los disparos. Un instante después vió alzarse cautelosamente un zuavo y dirigirse a gatas hacia la casa. En seguida empezaron a surgir nuevas figuras por todo el prado; en cada montículo, en cada hondonada aparecía un hombre; en el huerto, en el seto y en los campos hormigueaban los zuavos, avanzando rápida y silenciosamente hacia la casa. La granja estaba completamente cercada y Philip vió que se había quedado muy a retaguardia de los zuavos.

Su primer pensamiento fué regresar



Philip se sentó mientras se llenaba el cubo

a la casa y correr la suerte que pudiera caberle a su batallón, pero esto no fué más que un instinto, porque en seguida comprendió que no debía nada al cuerpo de Turcos en el que había ingresado contra su voluntad, y que su deuda con el coronel sólo podía pagarse a balazos. Pero aunque ahora se sentía libre de las garras de la Commune, por un extraño fenómeno sentía simpatía hacia la pequeña guarnición de la casa campestre. Los soldados que había en ella habían sido compañeros suyos en los peligros y estaban a punto de morir, y pensando esto no se acordaba de que debía huir para librarse de una muerte segura. Sin saber por qué permanecía agazapado contemplando las líneas escarlata cada vez más apretadas que formaban los sitiadores. ¿Cómo irían a tomar la casa? Su pregunta mental tuvo inmediata respuesta, porque vió hacer alto a las rojas líneas de zuavos, y vió venir al trote una sección de batería ligera. Un oficial, gineete en un magnífico caballo, mandaba

dos cañones y su indiferencia hacia las descargas que hacían desde las ventanas, estuvo a punto de costarle la vida, porque perdió el caballo, y el zuavo que le ayudó a levantarse cayó al momento atravesado de otro balazo. Pero ya estaban los cañones en posición y el oficial daba las voces de mando.

—Número 1, ¡fuego!

—Número 2, ¡fuego!

La casa quedó un momento envuelta en polvo, y luego apareció medio deshecha. Una docena de turcos que salieron de entre los escombros como ratas, fueron acometidos por los zuavos, y murieron luchando hasta el fin. Philip vió a Sarre derribar a tres zuavos, pero en seguida se tambaleó y una bayoneta le atravesó el corazón. Este fué su fin. Excepción hecha de la quinta compañía de Weser y acaso de otros cincuenta individuos, huídos de Bas Meudon, quedaba borrado de la faz de la tierra el primer batallón de Turcos de París.

CAPITULO XX

El camino blanco

El cubo de Philip se estaba saliendo y el agua le mojaba los pies. Sin saber casi lo que hacía, Lande se puso de rodillas, metió la cabeza en el agua, bebió, y se bañó el rostro y el cuello que le ardían. Después de dejar el fusil y la bayoneta junto al cubo, se puso de pie, y con el cuerpo lo más inclinado posible se dirigió a campo traviesa hacia donde se extendía, como una blanca cinta, la carretera militar de París. Pensaba volver a la ciudad, porque los versallistas, a las órdenes de Thiers, habían empezado a hacer la guerra tan bárbaramente como los comunistas, y aunque había reconocido a Alain de Carette en el oficial que mandaba la medio batería, le había impresionado la feroz carnicería de los zuavos y aborrecía al ejército de Versalles casi tanto como a las tropas federales. Quizás le hubiera sido posible correr hacia Carette gritando: "¡Soy inocente!", pero Philip sabía que si con su uniforme de turco encontraba un zuavo en su camino, antes que preguntas recibiría un balazo. Además, Alain de Carette se retiraba ya con sus cañones, y los zuavos dejaban una guardia en torno de la casa, marchando los demás hacia la carretera de Clamart, sobre cuyos árboles se alzaban nubes de humo, que, en unión del lejano tronar de los cañones, indicaban que a no lejana distancia, estaba empeñada una sangrienta lucha.

Cuando al fin llegó a la orilla del Sena, y se disponía a salir de un ancho canal de desagüe que había venido siguiendo, apareció ante él un hombre de elevada estatura que le gritó con voz áspera:

—¡Alto! ¡alto!

Philip levantó la cabeza. Le apuntaba con el revólver un húsar de la Muerte. Estaba salvado. Para sus ojos, secos y fatigados, aquel hombre vestido con un fantástico uniforme parecía un ángel protector. El húsar le contempló un instante, y bajando lentamente el revólver lanzó una carcajada silenciosa. Philip saltó fuera del canar y le dijo:

—Soy el último del batallón. El coronel y todos mis compañeros quedan allí. ¿Podré atravesar el río?

El húsar se volvió y señalando hacia un puente de pontones que se veía a través de los árboles respondió:

—Aun tienes tiempo.

Philip echó a correr, porque estaba empezando a desarmar el puente una compañía de federales, los cuales le dejaron pasar. A los pocos momentos se hallaba en la otra orilla, sano y salvo, pero cansado y febril, con los pies deshechos. Allí vió un grupo de casas de rojo tejado, y cuando llegó a ellas se encontró en un pueblecillo ocupado por infantería federal.

La única calle de la aldea estaba llena de oficiales, que le miraban con cu-

riosidad al verle pasar. En una de las casas debía de estar alojado algún general, porque se veían entrar y salir ayudantes, había centinelas en la puerta, y a la sombra de un gran castaño, que sobresalía por la tapia del jardín, se hallaban los caballos de una escolta.

Al pasar por la puerta salió corriendo un soldado, y dándole una palmas en el hombro le dijo:

—El general quiere verle, compañero.

—¿Qué general? — preguntó Philip poniéndose nervioso.

—El general Dombrowski.

—¿Para qué? — preguntó Philip.

—No lo sé. ¿Cómo quiere usted que lo sepa? Ha oído decir que llegaba un turco y el coronel Wilton me manda llamarle.

Al oír el nombre de Wilton, Philip se volvió con rapidez.

—Más vale que venga usted—dijo el soldado acariciando el gatillo del fusil.

En torno de Philip se había formado un corro de oficiales y comprendió que no podía titubear más. Al disponerse a seguir al soldado se abrió el corro, y penetró en el círculo un militar, seguido de una fila de ayudantes de campo, vistosamente uniformados.

Era el general Dombrowski.

—¿Es usted del batallón del coronel Sarre? — le preguntó con amabilidad.

Philip saludó respetuosamente y respondió:

—Sí, mi general.

—¿Dónde está su coronel?

—Murió, mi general.

—¿Cuándo?

—Hace una hora.

—¿Y el batallón?

—Lo exterminaron.

—¿En Meudon?

—Parte en los bosques de Bas-Meudon y parte en la retirada. Defendimos la casa de campo y el huerto del camino de Clamart hasta que el enemigo trajo artillería. De los bosques de Bas-Meudon salimos doscientos hombres y llegamos a la granja cincuenta, todos los cuales murieron menos yo.

—¿Todos menos usted?

—Todos, menos yo y la gente del capitán Weser.

El general Dombrowski se quedó silencioso y pensativo un momento y luego se irguió y miró bondadosamente a Philip.

—Y usted, hijo mío, ¿cómo se libró?

Philip se lo refirió con sencillez.

—¿Conque, según dice usted, fueron los zuavos los que hicieron todo eso?

—Los zuavos de Carette.

Entre los militares que rodeaban a Philip se alzó un murmullo de ira.

—¡Asesinos! ¿Con que Thiers no da cuartel? ¡Ya nos acordaremos de los zuavos de Carette.

A una señal de Dombrowski, un oficial despidió a la escolta (una sección de caballería polaca), y un momento después traían los caballos del general y del Estado Mayor y se daba orden de montar. El destacamento partió al trote hacia la orilla del río, y Philip reanudó su cansada marcha hacia París, pero antes de salir de la única calle del pueblo se le acercó una mujer vestida de cantinera diciendo:

—Ciudadano, ¿quiere usted comer o beber?

Philip se volvió lentamente y la miró. Era Faustina Courtois. Su rostro carecía de expresión, pero en su mirada había compasión y dulzura. Con mucha amabilidad echó un pan, un trozo de carne y una botella de vino tinto en el vacío saco de provisiones de Philip, y siguió andando a su lado.

—¡Compañero! — gritó un soldado riéndose. — ¿Te llevas nuestra bonita cantinera?

—Gracias, ciudadana—dijo Philip en voz baja a su amiga.

—¡Que Dios te proteja, compañero! — murmuró la joven.

Y haciendo un rápido saludo militar se detuvo, mientras que Philip seguía su camino.

Media hora después se sentaba en el suelo al borde del blanco camino militar y vaciaba el saco sobre la hierba. A pocos pasos corría un arroyo de agua.

Philip se lavó la cara y las manos y acudió a sus provisiones. Desde el rancho, tomado a toda prisa en las murallas antes del amanecer, Lande no había vuelto a probar bocado, y a pesar del cansancio devoró el pan y la carne y bebió el vino con verdadero deleite. Luego se recostó sobre el tronco de un árbol y se puso a contemplar las murallas de París, que se divisaban perfectamente desde el punto donde se hallaba. No tenía sueño, pero le satisfacía el reposo. Ante sus ojos se extendía la carretera de París, pasando por dos aldeas, rodeadas de sicomoros y de castaños, y doblándose en Point-du-Jour, hasta internarse en la ciudad por la puerta de las graníticas murallas. Por todo lo que su vista alcanzaba el camino estaba desierto. Sólo se veían dos urracas regañando ruidosamente, revoloteando de un lado a otro, dando aletazos y asestandose picotazos. Cansado del ruido y de las peripecias del combate de las aves, Philip cerró los ojos. A los pocos momentos volvió a abrirlos para ver si se habían marchado las urracas, y le chocó verlas silenciosas, pero no tardó en descubrir la causa. Las amenazaba un peligro común. Las acechaba un gato agazapado en el suelo, y se acercaba lentamente, con los ojos encandilados y estirando el cuerpo como una serpiente. Cuando el gato se recogía para dar un salto y caer sobre su presa, las aves lanzaron unos graznidos burlones y echaron a volar a través de los campos, hacia un árbol lejano. El gato volvió lentamente la cabeza, siguiendo con la vista el vuelo de las urracas, y luego se sentó. Un momento después se volvió como un rayo, porque Philip se había puesto bruscamente en pie, y contemplaba al animal, frotándose los ojos con violencia. En el mismo instante apareció una figura solitaria en el recodo del camino. Era una mujer que avanzaba lenta y distraídamente con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¡"Tcherka"! — gritó Philip.

La gata emprendió un trotcito en dirección de Philip levantando la rojiza cola. La mujer se detuvo y alzó la cabeza con un gesto de terror; pero cuando vió venir hacia ella a Philip lanzó un grito ahogado, extendió los bra-

zos, y un momento después se encontraba entre los de su amigo, con su rostro junto al rostro de Philip.

CAPITULO XXI

Nombramiento para dos

En el campo reinaba la tranquilidad más absoluta; las solemnes notas del cañón eran cada vez menos frecuentes, y había callado la espantosa voz de Mont-Valerien.

Juana de Brassac, satisfecha y sonriente, se hallaba sentada al pie de un árbol de una pradera próxima al camino de París. Philip permanecía a sus pies con la barbilla entre las manos y el fez echado sobre los ojos.

Los dos amigos habían hablado poco. Los abrazos y los saludos habían dejado feliz y pensativo a uno y deslumbrada a la otra. Todo había ocurrido tan de repente, que Juana sólo tenía conciencia de que había desaparecido de su corazón aquella sensación de terror y que tenía ante sí una cara conocida y amada. Con mucha dulzura, la joven abrazó a Philip, el cual, ya tranquilo y henchido de esperanzas, la estrechó entre sus brazos. Por el pronto, Juana sólo había pensado que tenía a Philip a su lado, vivo y sano, y esto le bastaba, pero ya empezaba a comprender que también ella estaba en salvo, porque tenía quien la protegiese.

Habíanse contado uno a otro los peligros corridos, pero ya unidos, los riesgos que pudieran amenazarles les parecían tan lejanos y tan problemáticos que no había que pensar en ellos. Philip escuchó en silencio el relato de Juana, y luego no pudo menos de exclamar:

—¿Pero cómo salió usted al jardín a aquellas horas?

—No podía dormir...—repuso la joven, y después de una pausa, añadió—pensando en usted.

Philip permaneció inmóvil, con la barbilla entre las manos y los ojos fijos en los de su amiga, y ella recibía aquella mirada con otra dulcísima y serena. Philip se arrodilló a sus pies. Juana puso sus blancas manos en los hombros del joven, con inocencia y ternura. ¿Qué mirar tan profundo el de aquellos ojos violeta, que se destacaban sobre la blanca palidez de las mejillas de Juana! Philip libraba una batalla en su interior. Sabía, y nunca había procurado ocultárselo a sí mismo, que no era honrado hablar de amor a Juana, mientras se hallase desvalida, bajo su protección. Y su amor, apasionado, casi fiero a veces, nunca había vencido a su voluntad. Pero la inocente ternura de Juana, y su cariño demostrado abiertamente, unidos a la alegría de haberle encontrado, pudieron más que su voluntad.

—Margarita—comenzó a decir Juana con voz dulce y apagada, sin retirar las manos de los hombros de Philip—,

Margarita dice que no soy más que una niña..., y quizás tenga razón. Pero yo no sentía como puede sentir una niña cuando anoche lloré por usted en el jardín... y dije que si Dios quería que volviese a verle a usted le diría que... ¡Oh, Philip!..., que no hay nadie en el mundo a quien yo ame tanto como a usted.

Philip inclinó la cabeza... De sus labios cayó a la hierba una gota de sangre roja y brillante. Buscó palabras con que responder y no las encontró. Juana retiró las manos de sus hombros. El levantó la cabeza y la vio retroceder asombrada, descorazonada, ante su silencio, y entonces él exclamó:

—¡Juana! ¡No entiendo lo que me acaba de decir!... ¡Siempre la amé!... ¡Siempre! Desde aquella Nochebuena en que la conocía, cuando no era usted más que una niña. ¡Desde aquel momento no se apartaron de mi imaginación su rostro, su voz, sus ojos, su cabello, sus manos!... La amo a usted tanto, y tan de veras, que he procurado ser silencioso. Sí, Juana, sí; me he esforzado por conservar en silencio mi amor. No quise sacar ventaja de mi tutela..., no quise violar nunca la confianza que usted depositaba en mí... Pero ahora me he vencido a mí mismo y mis planes han fracasado. No sé si la amo a usted poco o la amo demasiado..., pero no ignoro que ese efecto, que usted me dispensa lo pago con otro afecto tan puro y tan inocente como el que usted tiene para mí. Si Dios permite que algún día pueda llevarla con su familia, la ofreceré mi vida, mi corazón, y todo cuanto soy y cuanto pueda ser... ¿Me escuchará usted entonces, Juana?

Cuando acabó de hablar tomó una mano de su amiga y se la besó. Después se quedaron ambos como petrificados.

—¿Adónde va usted a llevarme—preguntó Juana después de un rato de silencio—. Mire usted que va a anochecer y que van a cerrar las puertas de las murallas.

—He estado pensando—respondió Philip, con cierta inseguridad en la voz—que quizás no conviniese volver a París hasta conocer el resultado de la batalla. No quisiera llevarla a usted a París; está lleno de federales. Desde aquí se ve el tejado de una casa de campo tras del recodo de la carretera. Debe usted haber pasado por allí al venir.

—Sí, y al pasar me llamó un joven, pero no entendí lo que decía y seguí mi camino sin contestar. ¿Vamos a ver si nos dan albergue allí? Tengo gana de comer.

—Sí, vamos a acercarnos. ¿Conque tiene usted apetito?

—Sí, no he comido nada desde esta mañana. Madame Cartier, la madre de su pobre capitán, me dió un poco de desayuno.

—¿Qué le dió?

—Poca cosa; un vasito de vino y una rebanada de pan. Me lo hizo tomar a la fuerza. Fué muy buena conmigo.

—Pues ya es casi de noche y debe usted comer algo—dijo Philip, y después de hacerla sentarse, sacó las provisiones que le quedaban, y preparó un em-

paredado con pan y carne. Luego ofreció a la joven un poco de vino en un vasito de hojalata.

Riéndose alegremente, Juana mordió el emparedado y al ir a beber notó que se salía el vino.

—¡Pero si tiene un agujero el vaso!—exclamó, y en seguida añadió—: ¡Este agujero lo ha hecho una bala!

—¡Ah, sí!... Se me había olvidado—respondió Philip—. Va usted a tener que beber en botella. Yo la ayudaré.

Juana entreabrió los labios y Philip la echó un poco de vino en la boca, esperando luego a que su amiga le pidiese otro trago.

—¿Qué descuidada soy, amigo Philip!—exclamó Juana—. Mire usted cuánto vino he vertido.

—¡Pues mire usted mi uniforme! Estamos iguales.

—También se me ha llenado de vino el pañuelo... Présteme usted el suyo—dijo Juana.

—¡Ojalá lo tuviera!—repuso Philip con tono patético—. ¿Le servirá esto?

Y cortó un trozo de su roja banda. Juana lo tomó riéndose y rogó a su compañero que diera un poco de carne a "Tcherka".

Cuando la gata hubo comido, Philip la cogió en brazos y se dirigió con Juana hacia la casita de tejado rojo que se veía detrás del recodo del camino.

Al llegar a la puerta salió un joven con un farol y unas guarniciones en la mano, y los miró detenidamente levantando en alto la luz.

—Buenas noches, ciudadano—dijo Philip—. ¿Podría usted proporcionarnos una cazuela de sopas y albergue para esta noche?

—¿Tiene con qué pagar?—preguntó el mozo.

Philip se quedó silencioso. No tenía un céntimo.

—Yo tengo un reloj—dijo Juana en voz baja.

Philip movió la cabeza afirmativamente, y repuso:

—Sí, tenemos con qué pagar, ciudadano.

El mozo titubeó.

—Tengo dos oficiales a cenar—dijo después de un momento—; pero les podré servir a ustedes la sopa antes de que vengan.

—Está bien—repuso Philip—. Nos otros no le estorbaremos en la mesa.

El mozo señaló una puerta.

—Ahí está la mesa. Antes de nada tengo que enganchar el caballo. Pasen ustedes.

Inmediatamente se encaminó a la cuadra, y Philip y Juana penetraron en la casa. En una estancia de la planta baja había una mesa junto al fuego. Philip acercó dos sillas, y se sentaron él y su compañera. A los pocos minutos se presentó el mozo conduciendo un caballo enganchado a un cochecito. Después de dejar el farol en el suelo y atar el caballo al seto del jardín entró en la casa.

—No quisiéramos molestarle demasiado, monsieur—dijo Juana cortésmente.

La joven había cometido un grave error. Philip lo comprendió en seguida,

"Monsieur" era palabra desusada en el vocabulario de la Commune; se debía decir "ciudadano".

El mozo se volvió lentamente hacia Juana, y mirándola con ojos encandilados la respondió:

—No, "madame"; usted no molesta.

La sopa, servida en dos cazuelas de barro, estaba caliente y substanciosa. Era lo que apetecía. El mozo se sentó al lado de Philip y le miró el uniforme.

—¿Era usted de los Turcos del coronel Sarre, ciudadano?

—Sí, ciudadano.

—¿Les han zurrado, eh?

—Una cosa regular.

—Dicen que han matado a Flourens.

—No ha sido el único muerto.

—No, no; no ha sido el único—dijo el mozo echando una mirada a Juana.

Philip le miró, haciéndose el distraído.

—Dicen que Dombrowski está en ese pueblo—continuó el mozo.

—Sí, he tenido el honor de acompañar al ciudadano general—respondió Philip.

—¡Ah!—dijo el mozo con tono más respetuoso—. ¿Es usted el turco que tenía de ordenanza?

—Sí—respondió Philip mintiendo a sabiendas.

El mozo echó otra ojeada a Juana, y en seguida se levantó diciendo a Philip que le siguiese.

Los dos hombres entraron en un pequeño aposento lleno de aperos de labranza.

—Haga usted el favor de leer eso—dijo el mozo mostrándole un cartel que había en la pared.

Era un bando ofreciendo una recompensa por "los llamados Landes y Ellice" y por las ciudadanas de Brassac y de St. Brieuc.

El ciudadano señalaba con insistencia la descripción de Juana y le chispeaban los ojos.

—El humo de la pólvora me ha dejado casi ciego, ciudadano—dijo Philip—. Haga usted el favor de leerme el cartel.

Al adelantarse el mozo y empezar a leer en voz baja el cartel, Philip cogió un mazo de madera que había en un banco detrás de él y le examinó tranquilamente. El mozo acabó su lectura y se volvió diciendo:

—¡Cinco mil francos de recompensa por la mujer!

—¿Pero dónde está?—preguntó Philip.

—¡Pues ahí! ¿No ve usted que es la misma? Hace dos horas la ví pasar por la carretera y desde luego me pareció que era ella, pero mientras vine a leer el cartel para cerciorarme, desapareció. Ya he mandado un chico al otro pueblo con el aviso.

—Pero... ¿va usted a delatar a esa pobre mujer?...

—¡Bah! Es una aristócrata. ¡Mire usted que no saber qué casta de pájara había usted escogido para pasar el rato! La mitad de la recompensa es mía, compañero... Sólo reclamo la mitad... ¡Ay!, ¡ay!... ¡Dios mío!...

Philip había descargado dos veces el mazo en la cabeza del campesino, y que-

daba tendido en el húmedo suelo del cuarto de los aperos. En el mismo instante se oyeron pesados pasos y el ruido de un sable en el corral. Philip echó una mirada al caído y salió del aposento cerrando la puerta y guardándose la llave en el bolsillo. Al entrar en el comedor vió un oficial con la gorra en la mano, saludando muy cortesmente a Juana. Al entrar Philip, el militar se fijó en el uniforme del soldado y se irguió para recibir el esperado saludo, pero Philip se acercó de un salto al oficial y le cogió ambas manos exclamando:

—¡Archie Wilton! ¡Dios te envía en mi auxilio!

—¡Landes! ¡Philip Landes!—exclamó Wilton.

—Ven aquí—dijo Philip—, y tirando de su amigo abrió la puerta del cuarto de las herramientas y le mostró el cuerpo del mozo, que seguía inmóvil en el suelo.

—No sé si le he matado—dijo—pero necesitaba hacerle callar.

Y a continuación explicó brevemente a Wilton todo lo sucedido y su terrible situación en aquellos campos donde podían conocerle y delatarle para cobrar la recompensa ofrecida.

—Y, además, no tengo un céntimo amigo Archie; estoy sin un cuarto—concluyó Landes.

Wilton tardó un minuto largo en recobrar sus facultades. Luego sacó una abultada bolsa y lanzando una carcajada se la entregó a Philip.

—Toma—le dijo—. Veo que te dedicas a romper cabezas y eres capaz de rompérmela a mí si no te doy esto. Hay bastante oro... Ya no me acuerdo cuánto tiene.

—¿Y si te hace falta a ti?

—No lo creo, pero en caso de necesidad no me faltará dónde coger más.

—Eres un buen amigo, Wilton—dijo Philip profundamente conmovido.

—Bueno, hombre—repuso el militar—. ¿Qué piensas hacer con ese individuo a quien acabas de romper la cabeza?

—Amordazarle y dejarle ahí encerrado—respondió Landes.

—No; mejor será detenerle por sospechoso, y cuando vuelva en sí ya verás cómo no piensa ocuparse más de mademoiselle de Brassac. Mi ordenanza, que está en la puerta, lo llevará a Point-du-Jour a la grupa de su caballo.

Entre los dos amigos sacaron a rstras al mozo que seguía desvanecido y lo llevaron al aposento donde esperaba Juana, pálida y llena de inquietud, porque había oído el ruido de la lucha y gritos ahogados. En seguida lo llevaron a la puerta y lo subieron a la grupa del caballo que montaba el ordenanza.

—Picard—ordenó Wilton—lleva este sospechoso a la cárcel de Mazas por la Point-du-Jour.

El soldado saludó, sujetó por la faja al mozo y arreó al caballo en dirección de París.

—Es poco noble la jugarreta—murmuró Landes viendo alejarse al jinete—pero va en ello nuestra vida...

—No te preocupes, querido Philip—repuso Wilton—. Ese individuo estaba dispuesto a jugarosla sin ningún escrúpulo de conciencia.

Philip puso un gesto sombrío al re-

cordar la forma en que aquel hombre había hablado de Juana.

—Ahora, vamos a ver cómo os disfrazáis tú y mademoiselle de Brassac—dijo Archie—porque si te cogen con ese uniforme te van a fusilar creyendo que eres un desertor. Verás; voy a ir al pueblo a coger ropa para ti... Esta noche pensaba cenar aquí con otro oficial que no podrá acudir a la cita, porque se ha emborrachado y como, por el pronto, tampoco echará de menos su uniforme, voy a traértelo. También traeré, si puedo, ropa de mujer y si no, tendrá que ponerse mademoiselle de Brassac lo que buenamente pueda proporcionarla.

—¿Ropa de hombre, no!

—Ella elegirá entre ir vestida de hombre o correr el riesgo de que la cojan, como seguramente no tardará en suceder, porque ha ido un chico al pueblo con la noticia de que está aquí, y todo el vecindario saldrá en busca de los cinco mil francos que suponen su captura. Es joven, esbelta y erguida, y con el uniforme y la capucha tapándole la cabeza será invisible. Sólo quedarán al descubierto la nariz, las espuelas y la punta de las botas. Aconséjala que acepte si no quiere verse en manos de Raül Rigault.

—Se disfrazará, si es necesario, como propones—dijo Philip.

Wilton montó a caballo y se alejó diciendo:

—En seguida estaré de vuelta.

Philip permaneció un instante viéndole alejarse, y después entró en la casa. Juana seguía inmóvil en el mismo sitio donde la había dejado. Cuando su amigo la dijo lo que había hecho, se estremeció.

—¿Querrá usted ponerse un uniforme de oficial si Wilton no encuentra otra cosa mejor?—preguntó Philip después de una pausa y sin atreverse a mirar a su amiga.

—Me pondré lo que usted crea que debo ponerme—respondió la joven tranquilamente—. ¿Qué tal escaparemos?

—No lo sé—respondió Philip sentándose algo distanciado de Juana y apoyando la cabeza en una mano. Su faz se tornó pálida y sombría, y sus ojos adquirieron una expresión dura y fría. "Tcherka" saltó a la mesa y fué a regrestarse contra el hombro de Philip.

Este levantó bruscamente la cabeza.

—¿Qué hacemos con esta gata?—dijo con voz irritada—. Ahora no podemos llevarla.

—¿No será posible?—preguntó tímidamente la joven.

—Creo, Juana—replicó Philip con cierta viveza—que no querrá usted jugarse la vida por un gato.

—Bueno, bueno—repuso suavemente Juana tendiendo la mano a "Tcherka" que acudió en seguida a su lado.

Juana cogió con ambas manos la bonita cabeza del animalito y la besó. En sus ojos había lágrimas y bajó los párpados para que no lo notase Philip, pero éste lo observó.

—¿No sería mejor pegarla un tiro, que dejarla? ¡Son tan crueles los soldados!—dijo Juana.

—Por el pronto, vendrá con nosotros—repuso Philip—. No nos separaremos

de ella como no nos veamos muy obligados. Juanita, yo sólo quisiera verla a usted en sitio seguro y después sería capaz de todo por rescatar este animalito a quien tanto quiere usted. Y luego añadió sonriéndose tristemente: Perdóname si he hablado con alguna brusquedad. ¿Estoy tan nervioso!...

—¿Perdonarle yo? ¿Por qué?—replicó Juana—. ¿Si se olvida usted de sí mismo por pensar en mí! Mi vida tiene un precio. Puedo comprarla con esos miserables diamantes. Pero usted... ¿A qué precio podría comprar su existencia y su tranquilidad, teniendo por enemigo a Raúl Rigault?... Y sin embargo, usted teme por mí... ¿Oh Philip!

—No piense usted en eso, yo...

—¿Es usted el hombre más bravo y más generoso que puede haber en el mundo!—repuso la joven con orgullo—. Ninguna muchacha ha tenido jamás un... un...—Juana titubeó un momento y en seguida acabó la frase con voz clara y firme—: ¡un novio como usted! No merezco su amor, no soy bastante digna de usted, pero... si pudiera dar mi vida por usted la daría.

—Algún día me dará usted su vida—murmuró Philip.

—Sí, cuando usted me la pida—respondió Juana con efusión.

¡Con cuánto placer hubiera estrechado Philip entre sus brazos a Juanita! ¡Cuánto hubiera dado por tocar sus cabellos, por tocar sus ojos, por besar sus manos! ¡Era tan gentil, tan inocente, tan desgraciada!... Pero el joven se mantuvo fiel a sus propósitos y no se

atrevió a dar rienda suelta a las efusiones de su alma.

Salió a la puerta y tendió la vista por la obscura carretera. Oíase cada vez más próximo el galope de un caballo. Philip avanzó unos pasos al escuchar la respiración anhelante del animal que llegaba con la boca y los flancos cubiertos de espuma. El jinete se inclinó y el corazón de Landes dejó de latir al ver que el recién llegado era un húsar de la Muerte.

—¿Qué desea usted?—preguntó Landes con los labios secos.

—¿Verle a usted!—refunfuñó el jinete haciendo una mueca maliciosa a Philip que había retrocedido unos pasos.

El húsar desató un paquete del arzón de la silla y lo echó al suelo con una carta. Después dió media vuelta al caballo y se alejó entre las tinieblas del camino.

Philip sintió ira de sí mismo por haberse impresionado. Cuando se apagó a lo lejos el ruido de los cascos del caballo, cogió la carta y el paquete y penetró en la casa lleno de ansiedad. Abrió el sobre y leyó la carta que decía así:

“Querido Philip:

Mi batallón sale para Issy dentro de diez minutos. Ya están tocando las cornetas. Acaban de recibirse órdenes de Dombrowsky, el cual se ha encargado del mando. El portador de esta carta te lleva la ropa. No espera contestación. No le entretengas. Es uno de esos húsares de la Muerte que tienen tanto olfato para espiar. ¡Cuidado con tu precioso tesoro! Bien sabe Dios que qui-

siera ayudarnos, pero no soy nadie. Hago lo único que puedo, enviándote la adjunta orden. Te servirá para vivir tranquilo mientras sales de este atolladero. Adiós.

Archie Wilton”.

La carta había sido escrita a toda prisa y con ella venía este documento, oficial al parecer.

“Cuartel general del Ejército de Operaciones, 5 Abril, 1871.

“Se ordena al ciudadano Archibald Wilton, comandante del batallón 266, que destaque dos o más oficiales a La Resida con encargo de inspeccionar toda la leche, aves, verduras frescas, huevos y frutas, procedentes de las requizas, que vayan a ser entregadas en Point-du-Jour cuando sean necesarias para la guarnición.

(Firmado) Dombrowski”.

El documento llevaba pegada al pie una tira de papel que decía:

“Encárguense de este servicio los teniente Dupré y Fabrice, del Departamento de Subsistencias que a la sazón desempeñan el cargo de ayudantes especiales de mi Estado Mayor”.

(Firmado) Archibald Wilton.

“Coronel”.

Al pie de este papel iba pegado otro con estas instrucciones:

“La Resida es un lugar de tres casas de la carretera de Varzin. Allí estaréis solos y nadie os molestará. Hay un criado. Seguid el camino que tuerce al Sur desde la casa donde os halláis ahora. Se tardan dos horas en llegar en coche y cuatro andando.

Archie.”

“Postdata. Aprovecha el carrito. El mozo no irá a buscarlo, porque estará en la cárcel de Mazas un mes o cosa así. Hasta puedes quedarte con el caballo y con el vehículo, si quieres. Al pobre animal le conviene que no le abandonen mientras su amo disfruta de la hospitalidad de la Commune.

A. W.”

Mientras Philip leía los escritos, Juana deshizo el paquete, encontrándose con dos uniformes completos de oficial del Departamento de Subsistencias. Eran nuevos. Prendida en una manga de uno de los dobles había una tarjeta que decía:

“Al fin no tuve que robarlos. Son del repuesto. Los he tomado del tren de equipajes que acaba de llegar. Si se presenta el sastre en La Resida con las facturas, págaselos... Tienes bastante dinero.

A. W.”

—¿Qué buen humor tiene este maldito!—exclamó Philip balbuceando de satisfacción.

Juana reunió las prendas del uniforme más pequeño, incluyendo el kepis negro, las botas de montar y el correaje, y penetró en la cocina, cerrando la puerta. Al quedarse solo, Philip se quitó el uniforme de turco y se puso el nuevo, lanzando un suspiro de satisfacción, porque estaba limpio y le sentaba mucho mejor que las holgadas prendas



... hacia la casa del tejado rojo...

del otro. Después de ponerse el kepi bien echado sobre los ojos llamó a la puerta de la cocina, gritando:

—Salga cuando quiera, Juanita; ya estoy vestido.

Con encantadora timidez la joven salió y se quedó inmóvil en la puerta con deliciosa confusión. Bajo la visera de su kepi brillaban sus ojos un tanto velados por las largas pestañas; sus labios escarlata estaban comprimidos nerviosamente y sus mejillas parecían de grana. El dolman ribeteado de astracán caía perfectamente sobre su fino cuerpecito. Por encima de las gruesas botas de montar que la llegaban casi hasta las rodillas asomaban sus piernas redondas y como modeladas bajo el negro calzón de montar con su triple franja azul oscuro. Con una mano en la empuñadura del sable y la otra en la visera, miró a Philip y movió los pies para que sonasen las espuelas.

—¡Un perfecto militar!—exclamó el joven entusiasmado ante la gracia y la belleza de su amiga.

—Pero el pelo... el pelo es muy poco marcial, Philip.

Recójalo todo encima de la cabeza, bajo el kepi.

—¿Verdad que parezco un militar?... ¡Si soy oficial!... ¡Voy a cortarme el pelo!—anunció.

—¡Parece usted una amazona!—exclamó Philip.

—Sí; me cortaré el pelo—repitió Juana—. Me gusta mucho este traje militar. Da más libertad. ¡Aborrezco las faldas!

La febril alegría de la joven era una reacción de los crueles sufrimientos experimentados en los dos últimos días, y el regocijo hubiera llegado a producir una crisis, si Philip no la hubiese interrumpido, comenzando a decir:

—¡Juana!...

—Mi teniente, si le parece mejor—replicó la joven, riendo histéricamente.

—Juana—repitió Philip—hay que salir de aquí cuanto antes. Haga con su ropa un paquete, lo más pequeño posible, y después coja a "Tcherka" y monte en el cochecito. Tenga cuidado de que la gata no se escape, porque no podríamos perder tiempo buscándola. Yo voy a esconder mi ropa de turco.

En seguida buscó un azadón en el cuarto de herramientas, y cavó en el jardín un hoyo, lo bastante grande para enterrar el uniforme. Luego volvió a la casa, apagó la luz, cerró la puerta, y fué en busca de Juana, que le esperaba ya en el coche.

La joven se había puesto el capote, y tenía la gata en brazos.

—Abríguese bien, porque va usted a tener frío—dijo Philip, quitando la traba al caballo.

Juana estaba muy pálida, pero había desaparecido todo signo de agitación y daba muestras de un gran cansancio. Philip se envolvió en su amplio capote, y atrayendo hacia su pecho la cabeza de su amiga, la dijo al oído:

—Duerma... si puede.

Después sacudió las riendas, y el coche partió por la carretera de Varzin

CAPITULO XXII

Dentro de las murallas

La gran salida de Versalles, concebida y dirigida por Bergeret "Mismo", había fracasado. La columna de Flourens había sido rechazada, y Flourens yacía muerto en la carretera, con el cráneo partido por el sable de un gendarme. Excepción hecha del 1.º de Turcos y de los Húsares de la Muerte, la columna de Bergeret se había retirado, a toda prisa, hacia le Point-du-Jour, con Bergeret "Mismo" a la cabeza. Eudes vigilaba, lleno de ansiedad, desde Issy con los fragmentos de su columna, y la de Duval, luchando con bravura, se retiraba lentamente de los ensangrentados campos de Meudon y Clamart, mientras que su jefe, apresado con todo su Estado Mayor, era fusilado, sin previa sumaria, de acuerdo con las ideas de monsieur Thiers, en lo relativo a la guerra civilizada. Duval murió bizarramente. Al llegar al lugar de la ejecución se quitó reposadamente la guerrera, la colocó doblada sobre la hierba, y, desabrochándose la pechera de la camisa, gritó:

—¡Viva la República!... ¡Apunten!... ¡Fuego!

El anciano general Vinoy, que se hallaba cerca, retorciéndose el bigote murmuró:

—"C'était un crâne bougre... Il est mort comme un bon bougre!"

El ejército de la Commune estaba reducido a fragmentos, y Cluseret dictó una orden siniestra que dejó helado a todo París.

Cluseret no era más que un movilizado, que llegó a capitán de Cazadores de a pie, cuyo mando tuvo que resignar por ciertas irregularidades que se le imputaron en asuntos de dinero. Luego marchó a América, donde llegó a general en la guerra de Sucesión, pero su historia era tan ignorada como sus hazañas. Al regresar a París publicó un periódico. Según declaración propia "no había leído mucho", pero firmaba sus artículos con el título de "General Cluseret", y esto le abrió gran camino, aunque era repulsivo al sentido profesional de la Prensa parisiense.

Apenas se vió en el Ayuntamiento, comenzó a publicar decretos, en tal número, que el impresor del gobierno hizo dimisión de su cargo.

El primer decreto restablecía las Compañías de Marcha de la Guardia Nacional. Estaba concebido en estos términos:

"En atención al patriótico deseo de una gran masa de Guardias Nacionales, que, aunque casados, insisten en que se les conceda el honor de defender este país, y su independencia municipal, se modifica el decreto del 5 de abril en la forma siguiente:

"1.º Desde la edad de diez y nueve

años será voluntario el servicio en el Ejército de la Commune, y "obligatorio", para todos los Guardias Nacionales, casados o no, de diez y nueve a cuarenta años.

2.º Ruego a todos los buenos patriotas que sirvan de policía a los cuarteles de la población en que vivan, y obliguen a los refractarios a prestar servicio en el Ejército de la Commune."

Tan infame decreto estaba firmado así:

"El delegado de la Guerra,
General Cluseret."

Por efecto de la antedicha disposición, todo ciudadano se veía forzado a servir en una guerra civil, luchando por una causa que quizás le fuera odiosa. No podía idearse medida más impopular, ni que más daño acarrear a la causa de la Commune. El decreto organizaba y legalizaba la persecución de los ciudadanos neutrales, en cualquier sitio, en la calle, en su casa y hasta en la iglesia, al pie del altar.

Pero el segundo decreto del general Cluseret casi hizo olvidar el primero, porque establecía el terror marcial, los tribunales militares.

Raúl Rigault no veía bien estos procedimientos, temiendo, sin duda, que le quitasen de su alcance gente a quien quería asesinar por sí mismo, por cuya razón redobló su "vigilancia", y las cárceles se llenaban de sacerdotes.

Mientras tanto, en Versalles tomaba el mando Mac Mahon, siempre, por supuesto, bajo la dirección de monsieur Thiers. El Ejército versallista se componía a la sazón de dos nutridos cuerpos de infantería, un numeroso cuerpo de caballería, y además dos divisiones de infantería de reserva. Mac Mahon no perdió tiempo. El 6 de abril quedaba sitiada la línea exterior de fuertes el 7, llegaban los versallistas a Gennevilliers; la división de Montaudon caía el día 8 sobre el puente de Neuilly, y lo dejaba limpio; el 9 entraban al galope en Courbevoie los cazadores de Gallifet, y el día 17 dirigía Davoust el asalto del famoso Castillo de Becon, que era la llave de Gennevilliers. El día 18 un regimiento de gendarmes echaba a los federales del Bois-de-Colombes; el 19 eran arrojados por el puente de Asnières, y huían, revueltos, a París los Húsares de la Muerte, los Jinetes Polacos y los Garibaldinos. Gracias a Dombrowski, no quedó abierto al ejército versallista el paso del Sena.

—¡Cobardes!—gritó el militar, espoleando el caballo y precipitándose sobre los insurgentes—. ¡Que un oficial polaco tenga que dar lecciones de valor a los franceses!...

Y dicho esto, se lanzó seguido de su Estado Mayor, a través del fuego enemigo, gritando:

—¡Que no me siga gente cobarde!

Los federales al oírle se rehicieron, volvieron a la carga y el puente se salvó.

El general Cluseret, "delegado de la guerra", eligió tres tenientes generales, y a decir verdad los eligió muy bien. El mejor de los tres era Dombrowski, el cual se encargó de las líneas de defensa desde Saint-Ouen a la Point-du-Jour,

y fijó su cuartel general en La Muette. Su estrategia y su sistema de defensa fueron admirables.

El segundo de los referidos tenientes generales, era Wroblewski; otro polaco que probablemente sabría tanto como el más listo del Ayuntamiento, y seguramente más que Cluseret, pero no igualaba a Dombrowski. Wroblewski mandaba las líneas de Point-du-Jour a Berey.

El tercero de los elegidos por el general Cluseret, fué La Cecilia, un caballero muy bien educado, que hablaba o entendía veintiséis idiomas, y que pasaba por un erudito matemático, pero aunque se había distinguido como coronel de franco-tiradores en la guerra franco-prusiana, no era lo que se llama un general, y hubiera hecho mejor siguiendo de coronel.

Con estos tres hombres, Cluseret podía haber hecho algo, o mejor dicho, debía haber hecho mucho, pero al igual que monsieur Thiers, no hizo nada, y se le vino encima todo el Ayuntamiento.

—¡Cluseret es un inútil!—gritó Arnold.

—¡Cluseret es un tonto!—aulló Wallant.

—¡Cluseret "es un sospechoso"!—añadió Clovis Dupont, con gesto despectivo.

El asunto quedó arreglado. El calificativo de "sospechoso" lo arreglaba todo. Cluseret fué destituido y se publicó un decreto, que, después de muchos preámbulos, terminaba así:

"Se decreta:

Que sea arrestado el ciudadano Cluseret hasta que terminen los presentes operaciones militares."

De esta suerte Raúl Rigault tenía cogido a Cluseret, y el mismo día ocupaba Rossel, el lugar del destituido.

El abandono del fuerte de Issy fué el último acto de Cluseret; la recuperación de esta fortaleza constituyó la primera hazaña del nuevo general.

El día 29 de abril las baterías versallistas de Meudon y Breteuil deshicieron el fuerte de Issy, y a pesar de los trenes blindados que rompieron el fuego desde el viaducto de Point-du-Jour, y a pesar de los cañoneros, y de la terrible tempestad de hierro y plomo de los baluartes 76 y 77, los versallistas avanzaron por Clamart y los Molinillos, y ocuparon el parque y las trincheras del fuerte de Issy, levantando rápidamente unas defensas que los pusieron a cubierto del fuego de fusil. El bombardeo cesó a media noche, pero al romper el día, tronaron las baterías de Val-Fleury, y las humeantes ruinas de Issy volvieron a cubrirse de cascotes de granada. La extenuada guarnición permaneció todo el día agazapada entre los escombros, y al llegar la noche, cuando ya había huído el comandante, los soldados salieron arrastrándose de aquel crater, y entraron en París por la Point-du-Jour. El fuerte había caído, y las tropas de Versalles avanzaban ya cautelosamente por las trincheras y por la explanada, cuando el coronel Rossel, a la cabeza de los Húsares de la Muerte, y de los soldados que quedaban del 1.º de Turcos salían del cementerio de Issy, barriaban las tropas versallistas del Parque, del Castillo

y del Couvent des Oiseaux, y una vez más ondeaba la bandera roja de la Commune sobre las ruinas del fuerte de Issy.

Hasta el 9 de mayo se sostuvo en las ruinas el puñado de Turcos. El estampido de sus cañones de sitio, y las detonaciones de sus fusiles americanos tranquilizaba a los patriotas del Ayuntamiento, pero el fuerte de Issy estaba sentenciado a la derrota, y en la tarde del 9 de mayo aparecieron en las paredes de París unos carteles que decían:

"La bandera tricolor ondea en el Fuerte de Issy. El primer batallón de Turcos de París ha sido completamente aniquilado.

El delegado de la guerra
"Rossel"

Entonces el Ayuntamiento lanzó el grito de "¡Traición!", pero Rossel se adelantó hasta el centro del grupo de exaltados, y con la mayor serenidad les reprochó por su inacción.

—Os pedí artillería e infantería, y tardasteis en enviármela. ¿Dónde está la traición?—gritó—Os pedí un general y me mandasteis un profesor, ¡os pedí coroneles, comandantes y capitanes, y me enviasteis panaderos, carniceros y barrenderos dedicados a la política! ¿Dónde está la traición? Vuestros comités, en perpetua discordia, han paralizado todos mis movimientos, y vuestra debilidad e incertidumbre me han hecho perder mi fortaleza.

Luego, encarándose con Delescluze, le dijo:

—¡Resigno el mando... y tengo el honor de pedir una celda en la cárcel de Mazas!

El Comité Central se quedó mudo de asombro. Delescluze arrugó el ceño, y volviéndose a Billioray murmuró:

—¿Oye usted lo que pide?

—Sí; lo he oído—repuso el interpelado—. Démosle la celda y vamos a cenar.

De los trescientos hombres que habían quedado del primer batallón de Turcos de París, sólo uno escapó de la destrucción del fuerte de Issy. Con su compañía, que había huído de los bosques de Bas Meudon y con la compañía de Pagot, Weser había marchado al cementerio de Issy, y había estado presente cuando las tropas, guiadas por Rossel, barriaron a los versallistas y recobraron el fuerte, pero las líneas enemigas habían ido engrosando de día en día, y en la mañana del 9 de mayo, los Zuavos de Charette volvieron a caer sobre el ruinoso fuerte. Bastaron unos minutos. Los asaltantes no daban cuartel, y antes de un cuarto de hora la bandera tricolor ondeaba gallardamente sobre un montón de cadáveres. Isidoro Weser lo había previsto la noche anterior, y no tardó mucho en determinar lo que debía hacer. Medio adivinando su intención Pagot le vigilaba estrechamente.

—Si intenta usted desertar—dijo—, le advierto que no pasará de París.

—¿Qué quiere usted decirme con eso?—replicó Weser.

—Quiero decirle... ¡Ya me entiende usted!

Por eso, cuando en la noche del 8 de mayo salía Weser, a rastras, de la trin-

chera, se encontró frente a frente con Pagot, que le había estado acechando.

—¿Dónde va usted?—le preguntó.

—Me han dado un balazo en un pie—replicó Weser—y voy al hospital.

—¡Hombre! ¡Es curioso! No cojea usted—murmuró Pagot.

—Mire usted, mire usted—dijo Weser quitándose una bota medio deshecha.

Pagot se inclinó y le cogió el pie con ambas manos.

—¿Dónde está la herida? ¿Le molesta mucho?

—Sí, es muy dolorosa.

—Pues no la veo...—comenzó a decir Pagot.

—¿No la ve?—replicó Weser, con acento burlón, al mismo tiempo que le hundía un cuchillo en la espalda—. Pues lo siento, pero tengo que irme ahora mismo.

De esta suerte, Isidoro Weser, con un pie algo malo y con los ojos fatigados por la vigilia, pudo entrar en el despacho del Ayuntamiento, donde Tribert, cómodamente instalado, copiaba órdenes y decretos. Tribert le miró con una sorpresa que no tardó en modificarse cuando Weser empezó a relatar sus hazañas y sus proezas en lo que él aseguraba que era el último asalto del fuerte de Issy.

—Es maravilloso que yo haya podido escapar—dijo al acabar su relato.

—Sí, es realmente maravilloso—repuso Tribert.

—Luché como un demonio...

—Como siempre—observó Tribert.

—Todos mis hombres cayeron... La artillería tronaba, el aire estaba materialmente lleno de balas y metralla... el pobre Pagot cayó con una bala en el corazón...

—Y cuando él perdió el corazón usted perdió el suyo—replicó Tribert.

—Los baluartes se convertían en polvo... el suelo estaba empapado en sangre... la sangre corría por las trincheras... la sangre salpicaba los fusiles... la sangre corría...

—Y usted también corrió.

Weser se detuvo y clavó sus brillantes ojos negros en el rostro de Tribert.

—¿No me cree usted?—preguntó.

—No, mi amigo.

—¿Y qué va usted a hacer?—dijo Weser dulcemente.

Media hora después Weser, con uniforme nuevo de oficial de Estado Mayor, volvía a contar su maravillosa historia de la carnicería de Issy, y se sentaba a escribir órdenes en el despacho de Tribert.

Allí hubiera estado muy a gusto, pero comprendió que Tribert sospechaba y temía que pudiera hacer más averiguaciones y esto le tenía intranquilo. Por otra parte, Tribert le molestaba continuamente con su maldita costumbre de decirle cosas que le asustaban.

Una tarde que Weser se encontraba muy satisfecho, le dijo su compañero:

—Amigo Weser, la Commune se hunde. No tardarán en fusilarnos. Nos ejecutarán en cuanto vuelva monsieur Thiers.

—¿Quiá!—replicó Weser con tono desdenoso, pero sintiendo helársele la sangre.

—A los oficiales no nos darán cuarteles—prosiguió Tribert—. A usted y a Raúl Rigault les torturarán probablemente.

—¡Bah!—exclamó Weser con cierto enfado—. ¿Cuándo va Rigault a fusilar a esos curas?

—Espero que los fusile pronto... ¡Pero es tan lento para todo! A Darboy le tiene hace tiempo esperando la ejecución. Yo le hubiera ahorcado hace ya tiempo.

—Sí, Raúl Rigault es muy tarde algunas veces para decidirse.

—Sí, es tardío, pero seguro, amigo Weser. Ahora me parece que le ha echado el ojo a usted—repuso Tribert con tono malicioso.

—¡Está chiflado!—murmuró Weser.

—No; lo que creo es que tiene mucha afición a matar. Con él no estamos seguros ninguno... desde que ha empezado a sospechar del Comité Central. Ayer arrestó a Rossel, hoy denuncia a Eudes, mañana puede que le toque la vez a Descluze.

—O a usted o a mí—apuntó Weser—. No es franco ese hombre. Pero lo que no me explico es por qué nos asustamos de él, de un individuo que a pesar de todos sus esfuerzos no ha conseguido coger al yanqui Landes.

—¿Landes?—repitió Tribert con voz sorda.

—Si—repuso Weser naciéndose el desentendido.— ¿No se acuerda usted de él? Pues es extraño, porque todavía lleva usted en la cara la huella de su tamaño.

Tribert se encolerizó de tal modo que Weser tuvo que coger su carpeta y huir a un aposento inmediato, en el cual se encerró y se sentó riendo a carcajadas, mientras Tribert vociferaba y maldecía.

Aquella misma tarde, venciendo su repugnancia, Tribert fué a la Jefatura de Policía a ver a Raúl Rigault, al cual encontró lavándose las manos en una jofaina de agua perfumada.

—¿Qué desea usted, coronel Tribert?—le preguntó con una sonrisa tan fría que Tribert se sintió desfallecer.

Después de secarse con una toalla de damasco el jefe de Policía llamó a un ordenanza para que le cepillase.

—Si va usted a salir no quiero entretenerle—dijo Tribert, pesadoso de haber venido y retirándose hacia la puerta.

—Voy a comer, pero si desea usted denunciar a alguien, siempre es buena hora.

—No... sí... Es decir, sólo deseaba preguntarle si ha podido usted encontrar alguna pista de Landes, el yanqui.

—¿Ha venido usted a criticar de mi departamento?—preguntó Rigault echando a su interlocutor una mirada poco tranquilizadora.

—Nada de eso... Sólo quería decir que... tendría mucho gusto en añadir cinco mil francos a la recompensa ofrecida.

—¿Usted muy generoso, coronel Tribert—dijo Rigault, pensativo—. ¡Y muy desinteresado!—añadió.— ¡Cinco mil francos de su bolsillo particular, usted, un pobre coronel sin más rentas que su paga... trescientos sesenta y cinco francos mensuales! Realmente, si no supiese que es usted incorruptible, casi me

extrañaría que tuviese usted cinco mil francos.

La frente de Tribert se cubrió de un sudor frío y en su semblante se retrataba el más espantoso terror. Balbuceando unas palabras, se dirigió a la puerta.

—Buenas noches, coronel Tribert—dijo Rigault echándole una profunda y fría mirada.

CAPITULO XXIII

Una voz de las nubes

En la blanca aldea de La Resida, bañada por el sol, bajo un cielo de zafiro, una gata se entretenía persiguiendo mariposas que burlaban velozmente los zarpazos del animalito, el cual dejó bruscamente su caza al sentir ruido de ruedas y chasquidos de látigo en la blanca carretera. Aquel ruido significaba para la gatita una cazuela de leche recién ordeñada y acaso una buena tajada de sabrosa carne. Por lo tanto, el animal abandonó la pradera a grandes saltos para salir al encuentro del convoy que se acercaba escoltado por media docena de soldados que se apearon al llegar a la aldea, y condujeron sus caballos a la sombra del cobertizo de una de las casas.

—¡Anda, aquí está la gata!—exclamó un dragón.— ¡Cómo sabe buscar la pitanza

Y en seguida llamó al animalito, el cual acudió con la cola levantada y dando maullidos de satisfacción y esperanza.

—¡Toma, "Tcherka", toma!—gritó un soldado joven, pero la gata sabía lo que hacía y se puso a restregarse contra las piernas del dragón, maullando, hasta que el militar se echó a reír y llamó a un carrero, diciendo:

—¡Eh, tú! ¡Trae un tazón de leche!

En aquel momento se abrió la puerta de la casa y apareció un hombre con el uniforme negro, azul y plata de teniente de la Sección de Subsistencias de la Commune. Al verle saludaron todos los soldados y los carreros levantaron los látigos. El oficial se llevó la mano a la brillante visera de su gorra, movió la cabeza afectuosamente y miró a "Tcherka" que se agazapaba extasiada ante una taza de leche.

—Voy viendo, ciudadanos, que es inútil mi presencia aquí como inspector—dijo el oficial.— Mi gata prueba todo por mí y yo no tengo que hacer sino firmar.

La escena se repetía todas las mañanas.

—Es una gata muy mona... No hay mejor gata en toda Francia, ciudadano teniente—dijo el dragón.

Esta era la respuesta invariable a las bromas de Philip, el cual daba las gracias con un movimiento de cabeza, y to-

maba la hoja de papel que sacaba de la gorra el jefe de los carreros. Luego revistaba lentamente los carros, tanteando las verduras, examinando los huevos, probando la leche o deshojando una lechuga. Realmente, Philip debía desempeñar a las mil maravillas su cargo de inspector de provisiones, porque ni el general La Cecilia que mandaba las fuerzas de Point-du-Jour, ni ninguno de los jefes de la guarnición formulaban quejas sobre la calidad de los alimentos. Hecha la revista, el inspector firmaba y sellaba la factura y el certificado de la expedición y se los devolvía al jefe del convoy, el cual se sonreía por anticipado esperando con fruición el final de estas escenas.

—Ciudadanos, estáis cansados... Hay mucho polvo en el camino... ¿Quieren echar un trago?

Tal era la fórmula invariable con que Philip daba por terminada su misión y siempre le contestaba un coro de voces:

—¡Muchas gracias, ciudadano teniente!

Philip daba una voz a su asistente, y éste se presentaba con una bandeja y media docena de botellas de vino común. El inspector llenaba solemnemente su copa y la alzaba diciendo:

—¡Por la República, ciudadanos!

—¡Por la República!—respondían todos vaciando de un trago sus copas.

Los soldados sacaban del cobertizo sus caballos, los carreros montaban en sus vehículos, el convoy de provisiones reanudaba pesadamente la marcha, y el pequeño lugar de La Resida volvía a quedar silencioso y desierto entre los resplandores del brillante sol de mayo.

Aquella mañana, Philip permaneció en la puerta hasta que hubo desaparecido el último carro por detrás de una colina próxima. La calma de la mañana era perfecta. En la carretera se veía un conejillo asomado en la cuneta moviendo el hocico y mirando a "Tcherka" con grandes y húmedos ojos. Las probabilidades eran ciento contra una de que no pasaría por aquel camino ningún ser humano hasta que regresase a media noche el convoy. Philip llamó al asistente.

—¿Se ha levantado ya el teniente Fabricio?—preguntó.

—Todavía no, mi teniente.

—Sí, ya estoy levantado—dijo una alegre voz desde una de las ventanas altas—Jacques, súbeme el café en seguida. ¡Buenos días, ciudadano teniente Dupré!

—Buenos días, teniente—respondió Philip saludando gravemente.— ¿Tendré el honor de desayunarme en su compañía?

—Encantado, amigo mío—respondió el otro oficial.— Espere un momento, que voy a bajar a desayunar ahí, a la sombra de los árboles.

—Saca aquí el café, Jacques—mandó Philip al asistente y fué a sentarse bajo un castaño.

Un momento después aparecía otro militar esbelto y airoso, vestido lo mismo que Philip.

—Hoy quisiera ponerme mi ropa. ¿Qué le parece a usted, Philip? Hace más de un mes que estamos aquí y hasta la hora

presente no hemos visto pasar por la carretera ningún ser peligroso como no sean los conejos y el asistente.

—Espere un poco, Juana—respondió Philip concisamente.

—No tenga usted cuidado, ni me crea poco razonable... Considere usted que llevo mucho tiempo vistiendo de uniforme y que quisiera vestirme de mujer aunque sólo fuese un par de horas.

—Sí y que le dé la gana de hacer una escapada hasta aquí al general.

—No vendrá.

—O supóngase que pase tropa.

—No pasará.

—O que vuelva el convoy.

—No vuelve hasta media noche.

—No me pida usted autorización para hacer semejante locura, Juana.

—Pues insisto, Philip.

—Y yo... se lo prohibo.

—Bueno—suspiró la joven—pero es una lástima, porque a los conejos no les había de extrañar verme de mujer, y el asistente está en el secreto y podemos fiarnos de él.

—Es muy peligroso—repuso Landes—. ¿Quién la dice a usted que no pasa por aquí cualquier soldado... un mendigo? Los carreros y los soldados de la escolta del convoy son buena gente, pero si llegan a sospechar algo, tanto usted como yo serviremos de adorno a las ramas de este árbol que nos cobija, porque no tardarían dos minutos en colgarnos de ellas. Nada, nada, Juana, no piense usted siquiera en ello.

—Bueno, amigo mío, no hablemos más. No quiero preocuparle—dijo Juana con dulzura—. Bastante ha sufrido usted por mí. Ya tiene usted dos canas en la sien. ¿A su edad! ¿Tendré yo la culpa?

—No. —Juanita—respondió Philip riéndose, pero su risa no era natural y la carcajada terminó con suspiro casi imperceptible. De aquellas canas tenía la culpa Juana. En el espacio de seis semanas se le habían hundido los ojos, y pensando en su amiga habíansele formado dos arrugas en los lados de la boca. No era sólo el peligro lo que le preocupaba. Había algo más. Su amor comenzaba a torturarle, bien a pesar suyo. Sabía que Juana le amaba tiernamente, pero no tanto como él quisiera. Empezaba a temer que jamás le amaría como él la amaba a ella. Creía notar en Juana un afecto infantil, y muchas veces sentía tentaciones de procurar que aquel afecto se convirtiera en algo más hondo. La lucha mental comenzaba a inquietarle.

Jacques trajo cafés y bollos, y Philip y Juana se sentaron a tomar el desayuno.

—¿Qué va usted a hacer, monsieur?—preguntó la joven alegremente.

—A enseñarla a usted a decir "ciudadano" en vez de "monsieur". Es una imprudencia.

—¿Y después?—insistió Juana sonriendo.

—Si quiere usted, daremos un paseo por la pradera y nos llegaremos al río.

—¿Sí, para que se pase usted el día viendo si hay truchas!—dijo Juana riendo.— ¿Eso es como si buscara usted si renas en el Sena!

—¿Si tuviera aquí mi caja de colores!—dijo Philip con tristeza.

—¿Pobrecillo! ¿Pásese usted el día buscando truchas a ver si así se le olvidan sus pinturas!

—¿Quiere usted que pongamos un par de cañas, a ver si...

—Sí, para pescar esas truchas invisibles.

—Tal vez haya. Estas lagunas son profundas. Nada se pierde probando. Jacques tiene sedales y anzuelos, porque era aficionado a pescar en el Sena... ¡Jacques!

Expuesto su deseo, el asistente trajo a Philip unas cuantas cañas de pescar. Después de haber escogido dos, Landes y Juana entregaron los sabies a Jacques.

—Cuideme a "Tcherka", Jacques—dijo Juana señalando a la gata, que dormitaba al sol.— ¿A qué hora volveremos Philip?

—A eso de las seis. Comeremos a las siete, Jacques... Ya sabes, pichones y ensalada... ¿Qué no se te quemó la sopa!

Jacques hizo una mueca.

—Si viene alguien...—comenzó a decir Philip.

—¿No vendrá nadie!—exclamó Juana impacientada.

Philip se echó al hombro un saquito con emparedados y una botella de vino, y se dirigió con Juana hacia la puerta.

—Si por cualquier causa no volvemos a la hora de cenar—dijo Jacques al salir—no te alarmes. Sé prudente, no hables de más y estate aquí hasta que vengamos.

—Y ten cuidado de "Tcherka"!—añadió Juana alegremente.

Al oír su nombre el animalito levantó el sonrosado hocico, pero Juana y Philip se alejaban ya por la pradera pisando el aromático trébol. Ambos caminaban silenciosos un rato, hasta que al fin, exclamó la joven:

—¿Cuántas mariposas! ¡Parece que les salen alas a los tréboles! ¿Cree usted que son felices las mariposas? A mí me parece que sí. Mire usted cómo revolotean hasta desvanecerse en el azul del espacio. ¿Volverán a descender? Ahora se remontan dos más. ¿Van siempre de dos en dos, cuando emprenden esos vuelos hacia las alturas? ¿Por qué se remontarán tanto?

—Tal vez vayan en busca del paraíso del amor—dijo Philip tristemente.

Juana observó el tono con que su amigo había pronunciado estas palabras, y repuso en voz baja:

—¿Psiquis tiene una mariposa. ¿Es el amor inmortal, Philip?

—Algunos amores, sí.

—¿Cómo lo sabe usted?

—¿Cómo lo sé?—repitió el joven con viveza.

—Sí... ¿cómo lo sabe usted?

—Porque amo.

Después siguieron andando en silencio. Juana iba un poco delante de Philip, y al llegar al riachuelo de la pradera se detuvo para aguardar a su compañero.

Philip la dió la mano para saltar la pequeña corriente de agua.

—¿Escuche, Philip!... ¡Los pájaros!—exclamó Juana.

En la enramada cantaban sin cesar las aves.

—¿Un mirlo! ¡Nuestro profeta!—dijo la joven en voz baja.

—¿Qué profetizará, Juana?

—La felicidad, espero.

—¿Para nosotros?

Juana inclinó la cabeza. Tenía el rostro cubierto de carmín.

—Es nuestro profeta—murmuró,—pero no me pregunte usted más ahora, Philip... Déme usted tiempo.

—Dígame...—repuso Philip con voz suplicante.

—¿Qué quiere usted que le diga?

—Que está usted aprendiendo a amar.

—A amar—repitió Juana con trémulos labios.— ¡Oh! ¡No sé! Espere... espere... Déme tiempo. Apenas sé lo que digo... Ha sido un pensamiento tan repentino... en la pradera...

—Está usted asustada, —Juanita—dijo Philip en voz baja con acento de satisfacción—. Esperaré, Juana, esperaré. No tiemble usted. Yo no soy más que Philip su compañero.

—Usted es más—exclamó la joven.— ¡Philip, le amo!—y le echó los brazos al cuello.

—Los pájaros siguen cantando—murmuró Landes, mientras Juana yacía trémula entre sus brazos.— ¡Juana, Juana, la amo!

La joven alzó la cabeza. Su rostro rebosaba inocencia y amor. Su corazón latía fuertemente. Philip la estrechó más entre sus brazos. Todo era calma en el bosque.

Sus labios se encontraron. El mirlo lanzó una nota cristalina.

Si hubiese habido truchas en los riachuelos y si Philip y Juana se hubieran dedicado a pescarlas, tal vez hubiesen servido de algo las moscas artificiales que los jóvenes prepararon antes de emprender su excursión, pero ni los riachuelos ni las profundas lagunas de aguas ambarinas que se extendían bajo el verde ramaje, fueron removidos por ningún pescador aquel día. Un zorrillo de cría salió de la espesura enderezando las orejas y mirando a todos lados, y luego se puso a jugar al sol hasta que Philip dió unos pasos. El animalito empezó a aullar descaradamente.

—¿Qué es eso?—preguntó Juana levantando la cabeza del hombro de Philip.

—Nada, querida mía, un zorrillo pequeño.

El animal cansado de aullar se quedó mirándolos con sus vivos ojillos. A través del ramaje caía el sol como polvo de oro. Un halcón pasó volando, y al alzar Philip los ojos para seguirlo con la vista, se vió envuelto bruscamente en una sombra. El y Juana se estremecieron. Por encima de las copas de los árboles se deslizaba un globo. En el mismo instante se oyó en la barquilla una voz clara y distinta:

—Suelta un saco de arena. Tenemos que remontarnos. En este bosque no hay nadie. ¡Arriba!

Al mismo tiempo cayó un torrente de arena entre las hojas. El zorrillo huyó. Juana se cogió del brazo de Philip.

—Teniente, haga señales al general Gallifet para que ataque—dijo la voz de las alturas que ya se oía más débilmente.

—¡Está bien, mi coronel!

—¡En seguida, otro sacó!

De nuevo volvió a caer otro chaparrón de arena.

—Cuando estemos más altos, haga señales a Clamart.

—Está bien, mi coronel.

Las voces se oían cada vez más débiles hasta que se apagaron en el nimbamento y el globo siguió ascendiendo. El sol reverberaba en la amarillenta seda del aerostato y el heliógrafo de la barquilla despedía torrentes de destellos.

—Vámonos de aquí—dijo Philip reposadamente.— Ese globo es de los versallistas y está haciendo señales para que ataquen.

—Supongo que si hubiese usted llamado a los aeronautas nos habrían hecho fuego sin más averiguaciones, ¿verdad?—preguntó Juana con ansiedad.

—Sí... nuestros uniformes... y en estas circunstancias seguramente les habrían inducido a hacernos fuego.

Juana suspiró y Philip la rodeó el talle con el brazo, pero antes de que pudiera hablar, las lejanas detonaciones de las carabinas de la caballería obligaron a Philip a correr con Juana hacia la linde del bosque.

—¡Mire, mire!—exclamó Juana.— ¡Están haciendo disparos al globo!

Lo que decía la joven era cierto. Una docena de jinetes corrían por la carretera, presas de la mayor excitación.

De vez en cuando contenían los caballos y hacían fuego desde la silla contra el globo y luego picaban espuelas y seguían persiguiendo al aerostato, que se deslizaba lentamente hacia el oeste. La barquilla estaba demasiado lejana para poder distinguir las figuras o las banderas, pero aún se veían los reflejos del heliógrafo que seguía enviando despachos a Clamart, a Meudon y a las alturas de Versailles.

—¿Qué es eso? ¡Philip, mire allí!—exclamó nuevamente Juana.

—¿Dónde? ¿Qué sucede?

—¡Allí, en nuestra casa! ¿No la ve usted? Mire, qué bandera roja cuadrada tan extraña hay en aquella colina.

—Esa bandera es de un regimiento de Infantería de línea—repuso Landes con tranquilidad—y lo que se ve más allá, cerca de nuestra casa son los reflejos del sol en una batería de artillería de campaña. Mire cómo se mueve ahora. Los jinetes han dejado de perseguir al globo. Se conoce que han visto la Infantería de Versailles y van a avisar al grueso de la fuerza.

—¿Entonces no podemos volver a casa?—preguntó Juana desfallecida.

—De ninguna manera... Ya estamos sin casa otra vez, querida mía, a no ser que los federales tengan muchas fuerzas por aquí, pero lo dudo. Si no hubiésemos venido a pescar nos hubieron cogido los escuchas de Versailles.

—¿Y nos hubieran fusilado?

—A usted me parece que no.

—Hubiera sido lo mismo—replicó Juana

con indiferencia;—habría muerto a morir usted.

En una senda cercana, sonó una descarga de fusilería.

—¡Vamos!—exclamó Philip.—Sea lo que quiera, aquí están los federales. Ahora han hecho fuego las avanzadas, pero, escuche. Esa descarga es de toda una compañía. Mire aquella nube blanca que sale por encima de la colina detrás de nuestra casa. La batería también ha entrado en juego. Esa granada ha venido perfectamente. Debe haber explotado entre los batallones.

—Van a convertir nuestro paraíso en un campo de batalla—dijo Juana con desesperación.

—Así lo temo—repuso Landes atrayéndola hacia sí.

Bajo el fuego de la batería de la lejana colina, la Infantería insurrecta que ocupaba el bosque huía desordenadamente en todas direcciones. Luego entraron en acción otras baterías ocultas entre la espesura y tras de las colinas circundantes. Los federales corrían como ratas a ocultarse en lo más espeso del bosque.

—Vienen hacia aquí—dijo Philip.—No podemos permanecer más tiempo en este sitio.

—¿Pero, adónde vamos?—preguntó Juana.

—A París... No podemos elegir. Todo el ejército de Versailles está en movimiento. ¡Si pudiéramos deshacernos de estos uniformes!

—¡Mire, mire, Philip!—exclamó Juana cogiéndole por un brazo y señalando hacia un puentecillo que se veía a menos de medio kilómetro de distancia.

—Ya lo veo—murmuró Philip.— Los federales van a destrozarlo. Es un movimiento de flanco.

De pronto, vieron venir por el puente una densa columna de Infantería, y Philip dió media vuelta con ademán irresoluto.

—¡Qué lástima que lleve usted ese maldito uniforme!—exclamó el joven.— Correría usted menos peligro. ¡Qué mal hice negándome a que se pusiese usted su ropa de mujer!

—Sería lo mismo—repuso Juana.—No podría usted ir a ningún lado sin que yo le siguiera.

—Su salvación es lo primero—dijo Philip casi con aspereza.—Mire, qué cerca están. ¡Qué mal hice! ¡qué mal hice!

Juana le cogió una mano y se sonrió.

—¿No iba usted a llevarme a París?

—¡Ojalá pueua!—exclamó Landes.

Un grito medio ahogado de Juana le impidió seguir hablando. Pisando silenciosamente sobre la hierba, avanzaba en perfecto silencio, entre los árboles, una fila de jinetes. Alto como un fantasma en un caballo, esquelético y ostentando los espantosos emblemas de la muerte, el jefe de los soldados avanzaba silenciosamente hacia la linde del bosque, y le seguía una horrible legión compuesta de soldados altos y pálidos. Sus hundidos ojos figuraban. Luego sonó el ruido de los sables al sacarlos de las vainas, y retumbó una bronca voz de mando ante la cual los Húsares de la Muerte pusieron

al galope los caballos y cargaron sobre el enemigo.

—¡Ay, Philip!—gimió Juana tapándose los ojos, porque el espectáculo que se ofrecía en el puente era terrible. Fascinado por el horror de la carnicería, Philip había avanzado hasta la linde del bosque, pero el grito de Juana le volvió a la realidad, y miró en torno suyo con viveza. Ya venían arrastrándose en su dirección unos cuantos tiradores de roja gorra, mientras que los amedrentados insurgentes de la pradera trepaban a una colina y huían por los bosques en dirección de París.

—Venga usted—dijo Philip cogiendo a su amiga de una mano y echando a correr con los que huían.

Fué una larga carrera a través de los árboles, pero Juana se portó bravamente, sin soltar la mano de su compañero. Cuando la faltaba aliento y la flaqueaban las piernas, Philip acertaba el paso hasta que Juana le indicaba silenciosamente que estaba dispuesta a reanudar la carrera. En una ocasión, la bala de un fusil versallista alcanzó a un federal que corría delante de los dos enamorados. El herido cayó al suelo, pero el tirador se vió instantáneamente envuelto por un enjambre de tuitivos que cayeron sobre él como fieras y le destrozaron materialmente.

Dos veces se detuvo Juana a apagar la sed en los arroyos que se cruzaban en su camino, y poco a poco fueron pasando delante de ellos los federales fugitivos, hasta dejarlos completamente solos en el límite del bosque. Allí se dejó caer Juana al suelo llorando y falta de aliento, y Philip se arrojó a su lado.

—¡No... no... puedo seguir!—exclamó Juana balbuciente.

—Hay que hacer un esfuerzo—repuso Philip cogiéndola las manos.—No hay prisa, pero es preciso huir.

—No puedo—suspiró Juana.—¡Me ahogo!

Philip se acercó al borde del bosque y volvió corriendo.

—Valor, querida mía. Ya estamos casi junto a París. Un pequeño esfuerzo más y podemos darnos por salvados.

Juana le miró y levantando las manos, repuso:

—Ayúdeme a levantarme. Probaré.

Philip la ayudó, y al ponerse de pie, Juana le echó los brazos al cuello sonriéndose en medio de sus lágrimas.

Cuando todavía estaban abrazados apareció un hombre arrastrándose entre la hierba. Philip se echó hacia atrás y Juana cayó a sus pies. En el mismo instante apareció otro hombre y dió un fuerte golpe a Philip, el cual cayó rodando ensangretado y casi sin conocimiento. Juana, pálida y silenciosa luchaba con dos marineros de la Commune, pero uno de ellos sacó el sable y colocando la punta del acero en el pecho de Juana la obligó a quedarse inmóvil. Entonces Philip abrió los ojos, suspiró, miró a todos lados y se puso de pie tambaleándose.

—¡Ah!—exclamó Weser.— ¡Un espía con uniforme de la Commune! ¡Muy bonito, muy bonito! ¡Pero es más bonito lo que vendrá después!—Y encarándose

con un cabo que estaba a su lado, andió:—Lleva este hombre a la Roquette... en compañía de ese jovencuelo blanco y sonrosado que parece una mujer por lo que tiembla. Ya le daremos algo para que tiembra más. ¿Dónde está mi caballo? Dí a mi ayudante que notifique a Rigault que Landes ha sido cogido y que está a buen recaudo en La Roquette... Que le diga también que me envíe al Ayuntamiento la recompensa ofrecida. Tú no cuentes nada de esto al coronel Tribert... Yo mismo se lo contaré. Si los prisioneros no se portan bien, rómpelos la cabeza. ¡Marchen!

CAPITULO XXIV

Weser se despide de Tribert

Cuando la compañía de Pagot, última de los Turcos de París, fué exterminada en París, Tribert notificó al coronel Rossel que la barricada de la rue de Notre Dame estaba sin tropa e indefensa. El coronel Rossel, militar hasta la médula y bravo como pocos, estaba muy ocupado tratando de recobrar las trincheras de Issy al llegar el despacho de Tribert pero tuvo tiempo para enviar un mensaje a Dombrowski interesándole el inmediato envío de su batallón a la rue de Notre Dame y explicándole la importancia de la barricada, puesto que servía para defender la estación de Montparnase y el Luxemburgo. Dombrowski se retorció el canoso bigote, contempló las reservas de Bergeret que estaban llenando de arena diez mil sacos, y, finalmente, se dirigió al galope al Ayuntamiento donde Tribert le recibió temblando de miedo.

—Necesito un batallón, — dijo Dombrowski, —pero un batallón bueno, no de los de hechura de Bergeret.

Weser que estalla sellando órdenes de Tribert, dijo para sí:

—¡Ahora verás, gandul! ¡Qué rabia te va a dar tener que salir de este despacho tan cómodo y tan soleado!

—Ahí está el batallón de Marina— empezó a decir Tribert, con voz dulce, pero fué interrumpido con rudeza.

—¡Qué se vaya a paseo, el batallón de Marina!— exclamó el general Dombrowski.—¡Es un atajo de borrachos! Lo que yo necesito es un batallón de gente disciplinada... franco o de guardia, lo mismo me da. ¿Tiene usted alguno?

—No — respondió Tribert —malhumorado.

—Entonces, tiene usted que tomar el mando de sus "Vengadores"; son la flor de los veteranos y el único cuerpo franco que vale, ahora que han desaparecido los Turcos. ¡Ojalá viviese el coronel Sarre!

—¡Gracias a Dios que ha fallecido!— pensó Weser.

—¡Oh!—dijo Tribert echando una mi-

na muerto el coronel Sarre, pero aun queda uno de sus más bravos capitanes... un sujeto sereno y prudente, pero enemigo encarnizado en la batalla. Su valor ha sido puesto a prueba en Meudon e Issy, y, sin embargo, ese leal hijo de la República, que no es todavía más que capitán, no pide nada, no reclama nada; sólo trata de cumplir con su deber. ¿Quiere usted saber quién es ese héroe tan modesto, general Dombrowski? Pues es mi querido compañero, mi amigo, mi hermano, mejor dicho... el último de los Turcos... ¡Isidoro Weser!

Weser, cuya expresión había ido cambiando lentamente a medida que Tribert hacía el panegirico, saltó casi de la silla al sentir pronunciar su nombre, pero Tribert no le dió tiempo para protestar.

—General—agregó con tono de suplica—pido una recompensa para este bizarro oficial. Merece el bien de la República. Concédale ese codiciado honor: el mando de los "Vengadores". Mucha satisfacción y mucho orgullo me ha producido su ruego pidiéndome que tome el mando de un batallón que yo mismo he formado, pero aun me sentiria más orgulloso y más feliz si viese a mi querido hermano y compañero capitaneando a los "Vengadores" en la batalla!

—¡Alto!—dijo Weser, casi sin aliento y cubierto de frío sudor.—Yo no... deseo... yo no... merezco... ese honor.

—¡Si lo merece usted, Isidoro, si lo merece usted! — exclamó Tribert entusiasmado

—¡No, no!!—refunfuñó Weser echando una terrible mirada a Tribert.

Pero Tribert siguió elogiándole, y sonriéndose plácidamente, hasta que el bravo general se interpuso.

—Es usted demasiado modesto, ciudadano Weser—dijo, porque como hombre bravo que era no se le ocurría sospechar cobardía en los demás.—Es demasiada modestia, aun tratándose de un valiente. Ha aguardado usted pacientemente el premio de sus méritos y ya ha llegado la hora de recibir el galardón. Le doy el mando de los "Vengadores". Sea usted digno de ellos, y ellos serán dignos de usted. Son las diez. A las doce tendrá usted el nombramiento. Unase, desde luego, a su batallón y ocupe la barricada de la rue de Notre Dame.

Después de devolver el saludo a Tribert, Dombrowski salió en busca de Delescluze y Ferré.

Weser y Tribert se quedaron un momento mirándose en silencio. Weser tenía el rostro verde de ira reprimida; pero Tribert no le hizo caso, y, al cabo de un minuto se dirigió a su mesa encogiéndose de hombros.

—¡Buena me la ha jugado usted! —dijo Weser con voz reposada, pero echando fuego por los ojos.

—¡Silencio!—replicó Tribert con voz de trueno.— ¿Sabe usted con quién está hablando?

—Sí, le sé—respondió Weser.

—¡Tenga usted presente que soy su superior jerárquico — dijo Tribert, y luego añadió riéndose.— ¡Por esta vez está usted cogido!

Lo celebro mucho—repuso Weser.

Tribert siguió lanzando carcajadas.

—¡Ya lo creo que lo celebra usted! Se ve en sus ojos el ardor bélico. Se le nota el deseo de ofrecer su pecho a las bayonetas versallistas. ¡Ansía usted desafiar las balas. Las balas hieren, amigo Weser, pero ¿qué importa una pierna, un brazo, un ojo, el rostro entero destrozado?... ¿Qué es una vida humana cuando puede darse por la gloria... ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!..., por la gloria y por el honor..., sí, por el honor de la Commune?

—¡Los demonios le maldigan!—dijo Weser lentamente.

Le ardían los ojos en su faz distorsionada, y extendía los brazos en sus angustias de miedo y de odio.

Luego salió del aposento, y al poco rato le oyó Tribert salir a la calle arrastrando el sable.

Al quedarse solo Tribert, se vió a sus anchas, y maldijo algo también, porque en la cara y en la voz de Weser había notado algo que le preocupaba más de lo que hubiera deseado.

La oficina era muy frecuentada. Por ella pasaban militares de todos los grados, con vistosos uniformes, hablando siempre de lo mismo, del último número del "Diario Oficial de la Commune" o del "Oficial", como generalmente se le llamaba. Lo llenaba casi el relato del juicio y sentencias de Cluseret ante la Commune... La Commune había estado reunida en sesión aquella mañana, y se habían votado medidas de urgencia pedidas por Rossel. Día tras día Rigault, Delescluze, Billioray y Ferré habían ido exagerado sus sanguinarias medidas y casi todas habían pasado. La pena de muerte por delitos civiles y militares, la ley de denuncias y la de visitas a media noche a las casas sospechosas, el servicio obligatorio en la Guardia Nacional..., todo había pasado y con fuerza de ley se hallaba en vigor, no obstante lo cual Rigault pedía más atribuciones y más sangre. La Commune temblaba ante él.

Hallábase Tribert pensando acaso en Rigault o en alguna otra cosa desagradable, cuando de pronto se puso de pie estremeciéndose violentamente, al ver que un hombre pequeño y corto de vista, se sentaba a su lado sin ceremonia y sacando unos lentes se los ajustaba en la nariz y sonreía.

Era Rigault.

—Siéntese, siéntese, coronel Tribert —dijo el recién llegado notando su involuntario estremecimiento—. Tengo que hablar un poco con usted. Acabo de salir de la sesión de la Commune. Ahora empiezan a sospechar de Dombrowski. ¡Hum! La danza sigue y mis cárceles se van llenando demasiado. Tengo que fusilar a unos cuantos para hacer sitio. Acabo de convencer a la Commune de que hay encerrados veinte o treinta gendarmes que no sirven para nada en este mundo. Fueron sentenciados y a estas horas deben salir para ser fusilados. Siento no poder presenciar la escena, porque hay entre ellos una docena que tienen mucho miedo a la muerte. ¿Dónde está su amigo Weser?

—Le han dado el mando de los "Vengadores"—respondió Tribert sonriente.

—¡Hum! ¿Con que usted se libró y él fué cogido, eh? Es un cobarde... Usted no es de su casta, sólo que le gusta a usted la comodidad y la buena mesa. ¿Quién le ha dado el nombramiento?

—Dombrowski.

—“Dombrowski es sospechoso”—dijo Rigault friamente, y a continuación agregó—: Aunque fusilase el noventa por ciento de la Commune, siempre quedarían traidores. Dicen... que estoy loco. (Sé quienes dicen que estoy loco), y que estoy ebrio de sangre, pero sé quiénes son los traidores. ¿Cree usted que se les escapa algo a mis espías? ¿Cree usted que no están anotados en mi “libro de los Condenados” hasta los que tienen una idea traidora? Todo saldrá a relucir cuando llegue la ocasión.

Tribert le miraba con la boca entreabierta.

—Vengo a hablar con usted del americano Philip Landes—dijo Rigault—. ¿Sabe usted dónde está?

—No—respondió Tribert.

—Pues yo sí—dijo Rigault.

—¿Usted?... ¿Le ha cogido usted ya?

—Sí, le ha cogido su amigo Weser y quiero la recompensa.

—¿Dónde..., dónde está ese yanqui?

—En lo Roquette. Estoy muy contento. No lo fusilaré.

—¿No le fusilará?—exclamó Tribert.

—No... Le estrangularé... lentamente.

Ambos interlocutores permanecieron silenciosos unos instantes. Rigault habló de nuevo.

—Su rostro de usted llevará siempre la huella de sus dedos.

Tribert rechinó los dientes.

—Yo también tengo que ajustar una cuenta a monsieur Landes—continuó Rigault, echando una profunda mirada al desfigurado rostro de Tribert.

—¿Cuándo va usted a hacer lo que dice?—preguntó Tribert después de un momento.

—¿Qué?

—Que cuándo va usted a estrangularle.

—¡Oh! Eso no lo sé realmente. Tengo que tomar tiempo. Quiero prestar al asunto mi atención personal. El joven se lo merece. Primeramente voy a fusilar un lote de gendarmes y de curas para despejar las cárceles. Luego fusilaré a Darboy.

—¿Al arzobispo?

—Así se titula él. Después de éste quedan otros. Va a ser muy divertido. Reservo al americano como quien reserva un buen bocado. ¿Le gustaría a usted presenciar la entrevista?

Tribert hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

—Le avisaré con tiempo. Verá usted cómo le torturo—continuó Raúl Rigault—. ¿Sabe usted algo de la chica de Brassac?

—No—respondió Tribert—. Es extraño que no los hayan cogido juntos. ¿Estaba Landes solo?

—No; le acompañaba otro joven, disfrazados ambos con nuestro uniforme, pero Weser no ha podido descubrir ningún rastro de la chica de Brassac.

—¿Cómo tropezó Weser con Landes?—preguntó Tribert con curiosidad.

—¿Recuerda usted el día que le en-

vió usted a ver a Dombrowski con el despacho de Bergeret, el día que los versallistas atacaron de flanco a La Cecilia y destrozaron Moulin-Saquet y Montrauge? Pues bien, ese zorro de Weser llevaba al mismo tiempo un encargo mío, que consistía en prender al coronel Wilton, del 266, que en mi opinión es un sospechoso. Weser le cogió y le envió a La Roquette, y al volver con su escolta de marinos tuvo la suerte, una verdadera casualidad, de tropezar con un fugitivo, un individuo del 265, llamado Martín. Este individuo era el mismo que estaba de guardia en el callejón de la Muerte cuando Landes se llevó a la chica de Brassac. Pues bien, Martín había visto y conocido a Landes, a pesar del uniforme, y recordando la recompensa, y cierta jugarreta que le había hecho el yanqui, le denunció a Weser, y le enseñó el sitio donde estaba. Esta es toda la historia. ¿Verdad que es sencilla e interesante?

—Sí, sí. ¿Y Martín percibe algún dinero de la recompensa?

—La mitad. Aquí traigo la parte correspondiente a Weser.

Diciendo esto, Rigault puso encima de la mesa de Tribert una bolsa llena de monedas de oro.

—Weser se ha ido—dijo Tribert.

—Volverá, porque necesita su dinero. El dinero está barato ahora. Hay mucho en el Banco de Francia.

Rigault se puso de pie, recogió el sable, se limpió la boca con un pañuelo bordado y perfumado y salió del despacho.

Tribert se recostó en el respaldo de la silla con los ojos fijos en la bolsa de oro, y así pasó una hora, sin moverse casi y sin quitar la vista del dinero hasta que sintió pasos, y vio aparecer a Weser con uniforme de coronel de la Guardia Nacional. Tribert le miró esperando otro exabrupto, pero Weser se sonrió y le hizo señas de que se levantara.

—Tengo que hablar con usted—dijo amablemente—. Venga usted al despacho secreto. ¿Tiene las llaves?

Un poco sorprendido Tribert, pero deseando evitar otra riña con un hombre que ya era de su misma jerarquía, buscó la llave en el bolsillo y dijo:

—Yo también tengo que decirle algo.

En seguida cogió la bolsa del dinero y agregó:

—Vamos, Weser.

Weser le siguió por la ancha escalera, después recorrieron una serie de lóbregos corredores, y luego bajaron por otra escalera que terminaba en una gruesa puerta que Tribert abrió, y en seguida penetró con su acompañante en el gabinete secreto.

—¿Qué puerta tan pesada!—exclamó Tribert.

—Y las paredes, ¿son muy gruesas?—preguntó Weser.

Lo bastante para apagar el eco de los alaridos que pudieran lanzar todos los condenados del infierno. Nadie nos oye. Siéntese usted.

El aposento contenía una mesa y una docena de sillas.

En un ángulo había un pilón de hierro en el cual goteaban dos grifos. El acompasado ruido de las gotas

de agua irritaba a Tribert. Trató de cerrar bien los grifos pero el agua siguió goteando con solemne regularidad.

Weser había echado la llave a la puerta y se había sentado junto a la férrea mesa, apoyando la cara entre las manos y recorriendo la habitación con sus negros ojos.

—Nunca había estado aquí—dijo—. ¿Qué significa esa argolla que hay en el suelo?

—¿Esa argolla?—repuso Tribert—, sirve para levantar una losa del suelo.

—¿Qué hay debajo?

—¿Debajo? El río.

—¿Debajo del suelo?

—Sí... Maldito grifo! No puedo cerrarlo bien. ¿Qué tenía usted que decirme?—preguntó Tribert sentándose frente a Weser y encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué tenía usted que decirme?—repitió.

—Quiero que me diga usted sinceramente qué probabilidades de triunfo tiene la Commune..., por una cosa.

—Pues como estamos solos y nadie puede escuchar por el ojo de la cerradura, puedo decirle con franqueza que esto se acaba.

—¿Lo cree usted así?

—Estoy seguro de ello. Sólo un arreglo con Thiers puede salvarnos el cuello.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Mire usted lo del fuerte de Issy! ¡Considere lo del viaducto de Point-du-Jour! ¡Fíjese cómo echaron a pique nuestros cañoneros! ¡Acuérdese de los fuertes de Montrouge, de la batería de Moulin-Saquet y del baluarte número setenta! ¿No sabe usted que los versallistas están junto a las murallas? Ya han llegado al bosque de Boulogne.

—¿Al bosque de Boulogne?

—Sí, y caen granadas en el Arco de Triunfo y en el boulevard de los Italianos. Nuestra única esperanza está detrás de las barricadas.

—¿Y luego?...

—Si toman las barricadas, podremos quemar la ciudad, volarlo todo, y correr hacia las líneas alemanas. Los prusianos son neutrales. ¿Es esto todo lo que deseaba usted saber?

—Por ahora... sí. Y usted, ¿qué quiere de mí?

—Nada..., una pequeñez. ¿Conque se ha ganado usted una recompensa por un servicio prestado a Raúl Rigault?

—Sí.

—Y no me lo había usted dicho.

—¿Para qué?

—Porque si lo hubiera sabido nos hubiéramos repartido esa cantidad.

—La recompensa me pertenece. ¿Dónde está el dinero?—dijo Weser.

En mi bolsillo, amigo mío. La mitad del premio ha sido para Martín, y la otra mitad me la guardo yo.

—¿Es mía!—exclamó Weser en voz baja.

—Pero me la cede usted a mí, ¿verdad, amigo Weser?—replicó Tribert con tono burlón.

—¿Deme usted el dinero!—repitió Weser.

—Tengo la seguridad de que me la

cedera si no quiere que se sepa que Pagot murió de una puñalada en la espalda—dijo Tribert haciendo una mueca.

La faz de Weser adquirió momentáneamente un cariz espantoso. Luego dilató sus labios una tétrica sonrisa.

—¡Oh! Si se pone usted en ese terreno tendré que acceder—dijo sin la menor alteración en la voz.—Puede usted guardarse el dinero.

Tribert hizo otra mueca, y poniéndose de pie se dirigió a la puerta, al mismo tiempo que decía:

—Gracias, Weser. ¿Viene usted?

—Todavía no.

—¿No? Pues entonces, adiós.

Tribert hizo una irónica reverencia, y saludó militarmente, añadiendo:

—Buenas noches, coronel Weser.

—Buenas noches—respondió éste haciendo a su compañero un disparo que le atravesó por la espalda

CAPITULO XXV

Marido y mujer

El estampido del revólver, al repercutir en los muros de piedra, produjo a Weser un fuerte zumbido de oídos, y al pronto le cegó el humo de la pólvora, más poco a poco los vapores fueron ascendiendo, y el ambiente quedó algo despejado. En el silencio del gabinete secreto seguía escuchándose el monótono gotear del grifo. Weser conservaba el revólver en la mano, pero empezaba a dolerle la muñeca y dejó suavemente al arma sobre la mesa. Sus ojos no se habían apartado de la masa ensangrentada que se alzaba al pie de la puerta. Dirigióse a ella y dio una vuelta al cuerpo del caído con el pie. En el rostro y en la mirada de Tribert estaba retratada la muerte.

Cuando hubo registrado la ropa del cadáver, (operación que hizo muy a disgusto, porque no le gustaba tocar a los muertos), Weser arrastró el cuerpo del que había sido su compañero, hasta la losa de la argolla y levantó la piedra. De las negras profundidades salió un olor repulsivo que le produjo náuseas. Empujando el cadáver con el pie lo dejó caer por el agujero, y luego con el tapete de la mesa mojado en la fuente, limpió la sangre del suelo y tiró el paño al pozo.

Terminadas estas lúgubres operaciones, tapó el pozo con la piedra, se lavó las manos, y se puso a contar las monedas de veinte francos del premio, alineándolas en la mesa en montoncitos de a diez. Algunas estaban sucias y las frotó con la yema del dedo pulgar, silbando al mismo tiempo. Luego examinó el botín sacado de los bolsillos de Tribert. En un montón fue poniendo un hermoso reloj americano, un lapicero de oro, un cortaplumas de plata, un manojito de llaves y un portamonedas de oro

lleno de piezas de veinte francos. Otro montón de monedas de plata se lo guardó en el bolsillo, y luego se sentó a leer las cartas y los papeles, pero estaban muy manchados de sangre y volviendo a levantar la losa los tiró al pozo en compañía de un revólver, un sable, un legajo de órdenes en blanco y una petaca llena de tabaco. Antes de volver a tapar el agujero estuvo escuchando el ruido que el sable hacía al chocar con las paredes del pozo, pero apenas podía resistir el olor a muerte y podredumbre que salía del fondo y colocó en su sitio la losa de la argolla. En seguida volvió a lavarse las manos, guardó lo que había cogido a Tribert, y salió del gabinete secreto tateando una canción.

Al llegar a la puerta de la calle se detuvo un momento. Se oía ruido de tambores tocando alarma. Su batallón, el de los "Vengadores" estaba detrás de las barricadas al otro lado del río. ¿Iria a ponerse al frente de él? Titubeó un momento, y luego echó a andar de prisa, en dirección opuesta, sujetando fuertemente el sable bajo el brazo izquierdo.

Era el domingo 21 de mayo, o como los comunistas decían "el 3 Pradial del año 79". Ya estaba bastante avanzada la tarde. La furia del bombardeo había convertido en un montón de ruinas los alrededores de Point-du-Jour. Las baterías versallistas habían barrido el viaducto y los cañoneros que se cobijaban bajo sus arcos, y habían limpiado de hombres y cañones los baluartes cercanos. El fuerte de Montrouge y las baterías de Moulin-Saquet contestaban todavía a las baterías de Versailles y mandaban granadas a la espesura del bosque de Boulogne. Delescluze, delegado, entonces, de la guerra, estaba muy satisfecho de la visita de inspección hecha a estos fuertes y a las murallas del sur y del este.

La rue de Notre Dame, había venido librándose de los efectos de las granadas, pero el 21 de mayo, a las cinco de la tarde, apareció en el cielo, por encima de Point Neuf, un enorme proyectil. Produciendo un sordo zumbido en su trayectoria, fué a caer en los jardines de Luxemburgo, y explotó entre un grupo de niños y niñas. Aquel horror no tardó en multiplicarse. El aire se vio lleno de granadas, y el estampido de las explosiones ahogó los gritos de las mujeres y de los niños inocentes.

Los "Vengadores", agrupados tras de la barricada de la rue Notre Dame, oían el tumulto y esperaban impacientemente la llegada de Weser, su nuevo coronel.

—Las granadas no tardarán en llegar hasta aquí—decían.—Nos van a diezmar sin haber disparado nosotros ni un solo cartucho.

—¡Que venga nuestro coronel!—clamaban los oficiales, irritados, cuando llegó una granada y estalló con gran estruendo en una casa del fondo de la rue Vavin.

—Me parece que nuestro coronel es un cobarde—dijo un individuo que llevaba una banda roja.

—¡Eso! ¡Un cobarde! ¡un cobarde!—gritaban los soldados levantando en alto los fusiles y sacudiéndolos con rabia. —¡Que nos den un jefe! ¡Que nos den un hombre! ¡A las murallas! ¡a las murallas!

—Yo os llevaré—dijo el hombre de la banda roja.

—¿Cómo se llama usted?

—Delescluze, delegado civil de la guerra, ciudadanos!

Las tropas prorrumpieron en gritos de frenética alegría, y los tambores redoblaron en la rue Vavin.

—¡Delescluze! ¡Delescluze! ¡Adelante! ¡El nos conducirá a la batalla!—gritaron todos, y en la rue Notre Dame resonó el confuso clamor de la partida.

Por una puerta de hierro asomó una cara, y con asustados ojos contempló cautelosamente la tropa en orden de marcha. Cuando las compañías de "Vengadores" se alejaron por la rue Notre Dame vitoreando a Delescluze y a la Commune, el rostro se asomó más afuera, y cuando la retaguardia del batallón hubo desaparecido tras de la esquina del Convento, aparecieron los hombros, y, finalmente, todo el cuerpo de la persona que con tanta ansiedad había estado observando la marcha de la tropa.

Era José Lelocard, portero de la casa de Philip Landes. En el pálido semblante de José se retrataba el disgusto y el espanto. Su rostro enflaquecido y descuidado se movió convulsivamente un momento. Luego dio media vuelta el portero y se internó a toda prisa en la casa, penetrando en el estudio sin llamar. Ellice, que estaba sentado ante la apagada chimenea, con la cara entre las manos, levantó, sorprendido, la cabeza al ver entrar a José.

—¿Qué sucede?...—comenzó a decir; pero se detuvo al ver la expresión de regocijo del portero.

José se llevaba las manos a la cabeza en un delirio de alegría.

—¡Se han marchado los federales! ¡Señor Juanito, se han marchado! ¡No queda un comunista en toda la calle! ¿No me cree usted? ¿Por qué tiembla usted y se pone pálido?... Se han marchado, ¡sí señor! Lo digo yo y basta.

—¿Qué sucede, monsieur Ellice?—preguntó Margarita, asomándose al balcón.

Estaba muy pálida, pero más bella que nunca.

—Dice José que los federales se han marchado—balbuceó Ellice.

—Venga usted, monsieur Ellice... Venga usted, mademoiselle de Saint-Brieuc, y verá cómo es verdad lo que digo.

—Pues si realmente se han marchado—repuso lentamente Margarita,—no podemos perder un momento. El hombre que entró ayer en el jardín era indudablemente un espía y Raúl Rigault no tardará mucho en venir a molestarnos.

—Yo también me figuro que era un espía—dijo Ellice.—He procurado no alarmarla a usted, pero no hay duda que nos acecha la policía de Rigault. Debemos marcharnos de aquí en seguida. ¿Cuánto tardará usted en arreglarse?

—Ya estoy dispuesta a salir—respondió Margarita.

—Entonces, vámonos a escape—dijo Ellice poniéndose el sombrero.—Llevo todo el dinero que tenemos.

Margarita bajó al estudio y salieron al jardín, seguidos de José.

—Adiós, señorita; adiós, monsieur—dijo el portero con lágrimas en los ojos.—Ya tendré cuidado del estudio y del perrito. Dios quiera que vuelvan ustedes acompañados de monsieur Philip y de mademoiselle de Brassac.

Al decir esto José lloraba. Ellice le estrechó la mano en silencio.

—Volveremos, querido José—dijo Margarita, llorando también, y echó a andar tras de Ellice por la rue de Notre Dame.

Diez minutos después, hallándose José en la puerta de su portería contemplando al perro que se estaba comiendo un hueso, entró una fila de guardias nacionales y se detuvo en el portal. Pero los pájaros habían volado ya y Ferré, que mandaba el destacamento, se retiró amenazando a José con futuros castigos si llegaba a probarse que sabía dónde estaban los fugitivos. José no se desconcertó e hizo tan perfectamente su papel de tonto, que Ferré sólo pudo retirarse, furibundo, llamándole imbécil, cretino e idiota.

A las cinco y media, Margarita y Ellice habían conseguido llegar al Trocadero. Su camino hacia la legación americana fue bastante tortuoso, porque las calles estaban cortadas por barricadas y les fué preciso dar muchos rodeos.

En el Trocadero se detuvieron indecisos, hasta que Juanito advirtió que los miraba un hombre medio oculto detrás de un kiosco.

—¿Es un soldado federal?—preguntó Margarita.

—No, es un paisano. ¡Ya se acerca! Ellice dió media vuelta.

—¿Qué buscan por este barrio ciudadanos?—preguntó el desconocido, descubriéndose cortésmente.

Ellice no contestó.

—Por lo que se ve, se han extraviado ustedes.—prosiguió el desconocido.—¿Buscan alguna calle? Tal vez pueda encaminarle.

—No, "monsieur"...—empezó a decir Margarita, pero se mordió los labios, porque había olvidado decir "ciudadano" en vez de "monsieur" y el desconocido iba a comprender que eran sospechosos o fugitivos.

—No se alarme usted, madame—dijo.—Yo también soy de su partido. Me apellido Ducatel y soy capaz de carreteras, hablen con toda libertad. ¿Puedo servirles en algo?

—Sí señor—respondió Ellice.—Estamos sin casa. ¿Puede darnos albergue para pasar la noche?

—Con mucho gusto. Vivo cerca del Point-du-Jour y en el sótano se está muy seguro. Si quieren seguirme no tardaremos veinte minutos en llegar—dijo Ducatel amablemente.

Ellice albergaba ciertas sospechas de Ducatel, y de su ofrecimiento, y se lo dijo francamente.

—¡Mon Dieu!—exclamó riéndose el francés.—Ustedes verán. Es deplorable que en estos tiempos los amigos pa-

rezcan enseguros. Yo no puedo ofrecer más que lo que tengo.

—¡No, no; si aceptamos su ofrecimiento!—exclamó Ellice un poco avergonzado, y siguió a Ducatel hacia Point-du-Jour.

—¿No les parece a ustedes extraño que no se vean tropas federales por las calles?—dijo Ducatel después de haber andado unos diez minutos en silencio.

Ellice miró en torno suyo. Estaba anocheciendo. Las calles se hallaban desiertas y no lucían los faroles. Entonces comenzó a hacerse cargo de la desolación de la escena y miró a Ducatel.

El francés apresuraba más el paso a medida que se acercaban a las murallas.

—¡Me parece que han abandonado el campo los federales! Miren ustedes las huellas de las granadas... Todo es ruina y desolación... ¡Ah! Ahí hay una barricada. ¿No se ve movimiento en ella, verdad?

—Está abandonada—dijo Ellice ocultando su agitación.

—¿Entonces no impide que entren las tropas versallistas!—exclamó Ducatel.—Parece mentira que los federales hayan abandonado las murallas... ¿Cómo está todo! Por esa brecha podría entrar un ejército... ¡Si lo supiesen los versallistas!

—¿Y si les llamásemos la atención?—dijo Margarita.

Ducatel miró a la joven. Luego sacó el pañuelo y lo ató al extremo del paraguas.

—Tiene usted razón—repuso.—Probáremos. Los versallistas están a menos de doscientos metros de los baluartes.

Ellice y Margarita quisieron seguirle al parapeto de la muralla, pero les hizo señas de que se detuviesen, diciendo:

—Pueden hacer fuego, y ¿a qué exponer tres vidas?

—¿Es preciso subir al parapeto?—preguntó Margarita.—¿Por qué no les hace usted las señales desde esa puerta?

—Es verdad—murmuró Ducatel.

Ellice y Margarita le ayudaron a abrir la férrea puerta, y el francés salió. La agitación que dominaba a Margarita y su amigo les impedía estarse quietos, y salieron también, agitando los pañuelos, en dirección de las trincheras versallistas. A la poca luz del crepúsculo, Ellice vió moverse una docena de cabezas, y observó el brillo de algunas armas.

—¡Retírese de aquí, Margarita!—dijo.—Pueden hacer fuego.

Pero Margarita se negó a retirarse. Diez minutos después las oscuras formas de las distantes trincheras aumentaron en número, pero nadie respondía a las señales. Ducatel estaba desesperado.

—De seguro creen que es un ardid para atraerlos—dijo amargamente.—Ustedes no deben exponerse, porque estoy esperando que hagan una descarga.

Ellice quiso llevar a Margarita al abrigo de la puerta, pero la joven se negó obstinadamente, sin dejar de agitar el pañuelo con desesperación.

—¡Ya nos entenderán!—repetía.

Entonces vieron salir de una trinchera una figura con un trapo blanco atado al sable.

—¡Ya nos han entendido! ¡Ya vienen!—exclamó Ellice.

Ducatel tremolaba como un loco el paraguas. La confusa silueta del militar se iba acercando, y al poco rato se oyó una voz que decía:

—¡No hagais fuego! ¡Oficial con bandera de parlamento!

—¡Gracias a Dios!—soltó Margarita.

Ducatel avanzó a saltos hasta unirse con el oficial versallista en medio del campo. El encuentro debió de ser cordial, porque Ellice y su amiga vieron abrazarse efusivamente a Ducatel y al oficial. En seguida sonó un silbido, y de las trincheras surgieron nutridas masas de hombres, los cuales llegaron a la puerta en pocos minutos.

—¿No hay nadie?—preguntó un oficial con incredulidad.

—¡No, no hay nadie! ¡Pasen corriendo!—replicó Ellice riendo alegremente.—¡No hay un federal en todo el barrio del Trocadero!

A continuación comenzaron a llegar del campo, alumbrados por las estrellas, largas y oscuras columnas de hombres seguidos de artillería. Ellice retiró a Margarita a un lado de la puerta para que pasasen las tropas. La joven lloraba de alegría ante tan inesperada salvación. Entre los jinetes que escoltaban a los cañones venía uno con una antorcha que iluminaba los bronceados rostros de los soldados; según pasaban las baterías quiso adelantarse un oficial que montaba un fogoso caballo negro. Al fijarse en él Margarita se adelantó, y cogiéndose a un estribo, exclamó:

—¡Alain! ¡Alain!

El oficial se inclinó, y cogiendo a la joven en brazos la sentó en la silla delante de él. Luego alzó la mano y gritó: "¡Alto! ¡alto!"

Ante esta voz de mando se detuvo la larga fila de cañones y carros.

—¿Qué sucede, capitán Cayette?—preguntó un oficial que llegaba al galope de retaguardia.

—No es nada, mi teniente coronel... Mi mujer que estaba en peligro. Permítame que la lleve a la cabeza de la columna antes de dar la orden de marcha nuevamente.

Y de esta manera, el capitán Alain de Cayette entró a caballo en París, a la cabeza de su batería, con su mujer desmayada en el arzón de la silla.

CAPITULO XXVI

La cantinera del 66°

La noche del 22 de mayo fueron trasladados cuarenta prisioneros de la cárcel de Mazas a La Grande Roquette. De los cuarenta, los más importantes, a los ojos de la Commune era Monseñor Darbois, Arzobispo de París, y los de menos importancia, Philip Landes y Juana de Brassac.

Hallándose aquella mañana Delescluze, delegado civil de la guerra, conferenciando en el Ayuntamiento con Raul Rigault, llegó corriendo un mensajero con la noticia de que los versallistas estaban en París.

Rigault lanzó un aullido de asombro, pero Delescluze desconfiando de las noticias, saltó a su coche y se dirigió rápidamente al Trocadero para convencerse con sus propios ojos. Una hora después volvía lleno de agitación.

—¡La puerta de Point-du-Jour fue abandonada anoche—dijo—, y el enemigo es dueño del Trocadero!

—Entonces tengo que apresurar mis ejecuciones—repuso Rigault fríamente—¿Dónde está el coronel Weser?

—Ha desertado—dijo Delescluze en voz baja.

—Pues dé usted cuenta de lo que ocurre a la Commune—repuso Rigault—. ¡Hasta luego! Voy a fusilar unos cuantos curas—. Y se encaminó a la cárcel de Mazas.

Deslescluze llamó a Fortin y le contó lo que sucedía.

—¡No lograrán pasar las barricadas!—exclamó Fortin; pero Ferré, gritando como un loco, entró precipitadamente en la sala de Consejos de la Commune, agitando los puños y echando miradas furibundas con sus sanguinolentos ojos.

—¡Traición! ¡Traición!—gritaba—. ¡Los versallistas están en París!

Los individuos de la Commune saltaron de sus asientos.

—¿Quién se atreve a decir eso?—tronó Sicard con el rostro distorsionado por la ira.

—¡A las barricadas!—gritó otro, y en un momento el Ayuntamiento se convirtió en una casa de locos.

Entonces comenzaron aquellos siete horribles días de lucha en las calles de París, durante la cual fueron pasados a cuchillo por las tropas versallistas treinta y cinco mil federales. El ejército de MacMahon, formando tres divisiones, rodeó la ciudad, y el círculo fué estrechándose hora por hora, dejando tras de sí montones de cadáveres y torrentes de sangre que apenas encontraban salida suficiente por las bocas de las alcantarillas. Calle tras calle, barricada tras barricada, centímetro tras centímetro, el ejército de Thiers se abrió camino a través de París, entre las frenéticas aclamaciones de los ciudadanos, mientras la Commune, retirándose de las ensangrentadas barricadas, caía salvajemente sobre el pueblo con el hierro y el incendio.

Tremendas explosiones estremecían la ciudad hasta sus cimientos, la espléndida rue Royal era una hoguera, y la severa fachada del Ministerio de Hacienda, regada con petróleo, estaba convertida en una llama que se perdía en las alturas. Rufianes de Belleville y de los suburbios, vertían latas de petróleo en los museos y en los palacios, o hacían funcionar las bombas de incendio para cubrir de kerosina paredes y tejados, que se incendiaban en el acto. Las Tullerías vomitaban llamas por todas las ventanas, el Louvre, el Palacio Real, el Consejo de

Estado, el Palacio de la Legión de Honor, todo era pasto del incendio. Sobre París se extendía, ocultando el sol, una enorme nube semejante a gigantesco hongo, y entre densa humareda caían silbando las granadas de Mont Valerien, cuyas horribles explosiones ahogaban los chasquidos de las llamas y las detonaciones de la fusilería. Del Palacio de Justicia no quedaba más que un montón de brasas, entre las cuales se alzaba intacta la Santa Capilla. Cuando la prefectura de Policía empezó a arrojar espesas masas de humo negro, Raúl Rigault se alejó del edificio con una sonrisa de desdén en los labios.

Un hombre que estaba solo en una esquina de enfrente, contemplaba satisfecho la conflagración, hasta que entró por la parte baja de la calle el batallón 66°, de federales, perseguido por un destacamento de dragones de Versalles. Entonces aquel hombre, que llevaba uniforme de oficial de insurgente, echó a correr, pero vió cortado su paso por otro destacamento de federales que llegaba por el extremo opuesto de la calle.

—¿Dónde va usted, ciudadano?—preguntó una joven vestida con el uniforme de cantinera—. ¡Anda! ¡Si es Isidoro Weser!—añadió con ira—. ¡También ha desertado! ¡Eso no se hace, ciudadano Weser!

—¡Déjeme en paz!—dijo Weser tratando de echar a correr.

—¡Detenedle!—gritó la cantinera—. ¡Deserta en presencia del enemigo!

—¿Eres tú, Faustina Courtois?—rugió Weser temblando de miedo, y levantando el sable para descargar un golpe a la joven.

Pero el arma fué a dar en el cañón de un fusil que se interpuso, y dos soldados federales cogieron por el cuello al desertor.

—¿Con que se pone en contra de la Commune?—gritó un soldado sacando un revólver—. ¡Vamos a ajustarle en seguida las cuentas a este caballero!

Antes de que pudiera hacer fuego el comunista fué derribado por sus mismos compañeros que emprendieron precipitada fuga. Habían caído sobre ellos los dragones versallistas, y con furia indecible descargaban los sables y revólvers, pero el batallón 66° se rehizo y rechazó a los jinetes, luchando sus hombres como fieras, hasta que los dragones tuvieron que abandonar el campo.

Había una barricada en la rue Caumartin y en ella se refugiaron los fragmentos del 66°, entre los cuales figuraba Weser, desgredado, ensangrentado y temblando de miedo.

Faustina Courtois, con una honda en una mano, y un revólver en la otra marchaba tras de Weser, con su lindo rostro densamente pálido, pero lleno de resolución. Los federales se replegaron al abrigo de la barricada, sacando los cañones de sus fusiles por encima de las piedras, y mirando con furia hacia la lejana esquina donde yacían amontonados los cadáveres de sus amigos con los dragones y los caballos muertos. Faustina echó a Weser una mirada desdeñosa; se subió en la barricada, y desde lo alto arengó a los soldados

con perfecta serenidad.

—Hermanos, los asesinos están aquí... los asesinos de Versalles. Nos traen: la muerte o la esclavitud. ¡Escoged!

—¡Mueran!—gritaron los insurgentes—. ¡Abajo los realistas! ¡Viva la Commune!

—¡Viva la república!—gritó la cantinera con argentada voz.

En aquel momento, un oficial de Estado Mayor, que andaba con los pies muy poco seguros, entró en la barricada y trató de atravesar las líneas de centinelas.

—¡Quién vive!—le gritaron.

—Idos a paseo—respondió el oficial tratando de desenvainar el sable.

—Ciudadano—gritó Faustina—, no puede usted pasar sin la contraseña.

El interpelado contestó con un insulto, y Faustina, roja como la grana, permaneció silenciosa.

—¡Borracho!—gritó Rigault y le cerró un tiro. Luego se alejó diciendo: Podéis dar de bayonetazos a Weser. Yo voy a ver si fusilo a unos cuantos curas.

La soldadesca comunista buscó por todas partes a Weser, y por fin lo encontraron escondido debajo de un cestón.

—¡Mueran los cobardes!—gritaron.

Weser se defendió mordiendo y arañando, mientras le arrastraban hasta el muro salpicado de sangre, pero cuando le estaban poniendo de pie se oyó una voz que decía:

—¡Mirad! ¡La infantería de línea!

En efecto, por la parte de abajo de la calle, llegaban muchos tiradores versallistas. En un instante la barricada vomitó una llama de balas, y la pieza de campaña entró en acción, Weser permaneció quieto unos instantes, y luego se deslizó cautelosamente hasta el portal de una casa próxima, en el cual se ocultó.

Las descargas de fusilería de la barricada consiguieron barrer del arroyo a la infantería versallista, pero todavía disparaba ésta desde las esquinas y también llegaba una lluvia de balas a través de las persianas de todos los balcones de la rue de Caumartin. Luego unas sordas explosiones advirtieron a los federales que el enemigo estaba abriéndose camino con barrenos a través de las paredes de las casas para atacarles por el flanco.

—¡No importa! ¡Valor!—gritó Faustina—. La barricada sostendrá el frente. ¡Enfile el cañón sobre esa casa amarillenta, ciudadano Faure!

—No tardarán en atacar a la bayoneta—dijo Genton, que acababa de entrar en la barricada con su secretario Fortin.

—¡Que ataquen!—dijo Faustina sonriendo.

—No hacen prisioneros—dijo Sicard—. Los seis infelices que capturaron hace una hora fueron pasados por las armas en la primera pared que encontraron.

—También nosotros podemos fusilar—gritó Genton—. ¿Qué hace Rigault con esos centenares de curas y gendarmes? ¿Por qué no fusila también seis prisioneros?

—¡Ya es hora de...

—¡Vamos a despacharle!—gritó Fortin—. Sicard, venga usted con Genton y conmigo. Vamos a tomar media docena de voluntarios y a ir en busca de Ferré para que nos dé la orden.

Faustina, que seguía en lo alto de la barricada, oyó la amenaza de Fortin y protestó.

—¡Ciudadano Fortin, va usted a hacer una cosa vergonzosa!

—¡Usted qué sabe!—replicó Sicard brutalmente—. ¡Métase usted en sus asuntos!

—¡Protesto!—exclamó Faustina—. ¡Eso es un asesinato! ¿A qué hacer daño a ese anciano? Fortin, usted es amigo mío...

Fortin la contempló con calma unos momentos, y se echó a reír.

—Es usted muy bonita—dijo—; pero no puede darme lecciones. ¿A usted qué le importa todo esto?

—¿No le da a usted vergüenza?—exclamó Faustina colérica—. ¿Es que no tiene usted valor más que para asesinar sacerdotes? ¿Es esto la Commune? ¿Es esta la causa por que luchamos?

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se las enjugó.

—¡Bájese de la barricada!—dijo Fortin—. Van a pegarle un tiro.

Pero Faustina, sin hacer caso del aviso, empezó a intecer por la vida del arzobispo.

—¡Es tan anciano y tan bueno! ¿Se ve tan desvalido! ¿Ha hecho daño a alguien? Confío en usted Fortin.

—El arzobispo debe morir—gruñó Sicard—. Hay que matar a seis y él no es mejor que los demás.

—Debe morir—agregó Fortin con frialdad—, pero yo no tengo ningún interés en lo tocante a los otros cinco. Lo mismo me dan unos que otros.

—Pues yo pido la muerte del americano Landes—gritó un soldado—. ¡Me llamo Martín!

—¡Martín!... ¡Martín!—exclamó Faustina, con tono burlón—. ¿Y qué importa a nadie que se llame usted Martín?

—Bueno, no importará—repuso el soldado con actitud—; pero pido la muerte del americano Landes.

—Lo mismo da fusilar a un yanqui que a un francés—... Le fusilaremos con el cura—dijo Genton—. ¡Vamos, Fortin!

—¡Bájese de la barricada!—gritó Fortin al ver estrellarse una bala a los pies de Faustina.

—No me quitaré de este sitio—replicó la joven hasta que me hayan prometido que no matarán al arzobispo ni al americano.

—¡Bájese de ahí, tonta!—repitió Fortin.

Faustina le miró con fijeza y replicó: —¿Oye usted, Emilio? Le prohíbo que fusile al americano.

Una descarga de las tropas versallistas ahogó su voz, pero en cuanto pudo hacerse oír añadió:

—Pido protección a la Commune para el americano Landes.

Una segunda descarga la interrumpió de nuevo, y en el mismo momento cayó sobre la barricada un chaparrón

de balas. Fortin cogió a Faustina por la muñeca y trató de hacerla bajar.

—¡Está usted estorbando en este sitio! ¡Ya llegan! ¡Tenemos que hacer fuego!

—¡Déjeme usted!—gritó Faustina intentando trepar otra vez a lo alto de la barricada.

—¡Eájese, tonta! ¿No ve que nos impide hacer fuego con el cañón?

—¡Disparadlo! ¿Qué importa?—gritó Faustina.

—¿No quiere bajar?

—¡No!

—Pues entonces ¡fuego!—aulló Martín tirando del disparador.

—¡Dios mío!—gritó Fortin—. ¡Y estaba delante la muchacha!

Al mismo tiempo se arrojó sobre Martín, y ambos rodaron por el suelo hasta que Fortin pudo sacar el sable. Un momento después se levantaba cubierto de sangre.

—¡Ahora, por el arzobispo!—gritó con voz que no tenía nada de humana. Y seguido de Sicard, Genton, y seis federales más, dejó la barricada.

CAPITULO XXVII

La cárcel de los Condenados

Había oscurecido en el largo corredor de "la cárcel de los condenados" cuando François, el alcaide, se frotó los ojos, y se inclinó sobre una fila de papeles que tenía extendidos sobre la mesa.

—Ya no se ve... ¡Romain, traiga un quinqué!—dijo bostezando y rascándose la cabeza.

Romain trajo la luz, y el alcaide entornó los ojos y bostezó de nuevo.

—Me está molestando ese cura—dijo—. ¿Por qué no le fusilará Rigault? Siempre está rezando, quejándose y diciendo que está malo.

—Dice que no puede dormir en esa tabla de la celda—observó Romain, el carcelero.

—¿Y por qué no?

—Dice que es anciano y que está enfermo.

—Y además es arzobispo. Eso es lo que le duele. Cree que todavía es arzobispo, pero yo le desengañaré. Debía de haberle puesto en la celda número 1; la 23 es la mejor de la Grande Roquette, y todavía no está satisfecho.

¡Ah! Tiene que decirle que no ponga letreros en las paredes. ¿Qué es lo que ha escrito ahora?

—Una tontería jesuítica: "la cruz es la fortaleza de la vida y la salvación del alma".

—¿Lo ha puesto en francés?

—No, en latín.

—Eso debe significar otra cosa y para descifrarla hace falta una clave que no tengo, ¿entiende usted? Estos jesuitas son el demonio en lo tocante a traiciones. ¿Cambió usted todos los presos de este lado?

—Todos—dijo Romain con sonrisa placentera.

François dió media vuelta y tendió la vista por la oscura galería.

A los dos lados del corredor había una serie de gruesas puertas con una pequeña mirilla para ver el interior de las celdas. Todas las puertas tenían pesados cerrojos. En el centro de la galería se veía media docena de lavabos en los cuales corría el agua constantemente.

Ni en la galería ni en las celdas había más muebles que unos bancos de hierro empotrados en la pared de sólida fábrica, y la mesa y la silla que usaba el alcaide. Por una reja del fondo de la galería veíase un patio cubierto de hierba, la capilla y una sección del muro que rodeaba el circular camino de ronda.

François echó a andar por la galería, tocando ligeramente las puertas de las celdas con un rollo de papel que llevaba en la mano. Romain le seguía.

—¿Quién hay aquí? ¿Qué número es éste?

—El veintidós... Aquí está el jesuita Guerin.

—¿Cómo! ¿Y el arzobispo en la celda de al lado? ¿Está usted durmiendo! Ponga usted a Landes el americano, en la celda de junto al arzobispo, y meta al jesuita en la celda del americano. ¿Quién está en la veinticuatro?

—Ese amigo del americano que tenía cara de niño, y que resultó una mujer.

—Bueno, a ese déjelo donde está, pero no me encierre más jesuitas al lado del arzobispo o ¡vive Dios!...

—¡Eh! ¡eh!—interrumpió Romain—. ¡Tenga usted presente que no es arzobispo!

—¡Cuidado con la lengua!

—Y también ha olvidado usted que Dios está mandado retirar, y ya ha jurado usted por él dos veces.

—¿Sí?—replicó François desdeñosamente—. Todos los hombres decimos a veces tonterías y no se olvidan fácilmente las simplezas que nos enseñan de pequeños. ¿Creo que no sospechará usted de mí?

—¡Oh, no!—dijo Romain.

—¡Más le vale!—replicó François con voz de trueno.

—¡No, no!—repitió Romain con voz suave y aduladora.

El alcaide se quedó mirándole.

—¡Es usted el caballo más hipócrita de los que andan sin ahorcar!—rugió—. ¡Puede usted espiar y engañar a los presos con sus falsedades, pero en lo tocante a mí más le vale no intentar ninguna traición!

—Es usted muy injusto conmigo—dijo Romain con un acento de sinceridad que hubiera engañado a otro que no hubiese sido el alcaide.

—Bueno—replicó François—. ¿Qué ha podido sonsacar esta mañana a ese jesuita, a Guerin?

—Poca cosa. Dice que el arzobispo confía plenamente en Thiers.

—Pues entonces es el ser más tonto de todo París. ¿Qué hora tenemos?

—Las seis.

—Ya es tarde para sacar a los pri-

ñoneros. Supongo que podrán pasarse sin salir y si no pueden, que se aguanten; me da lo mismo.

—¿Va usted a pasar lista?—preguntó Romain.

—Sí; dame esa luz y abre las puertas.

Romain cogió un pesado manojito de llaves que llevaba pendiente del cinturón y abrió rápidamente las puertas de las celdas, pasando de una a otra con la ligereza que le daban su práctica y su afición al cargo que desempeñaba.

—Celda número uno! ¡Caubert!—gritó el alcaide acercando a la luz una larga hoja de papel.

Abrióse la puerta de la celda que había en el extremo de las galerías y apareció en el dintel un sacerdote que se quedó mirando plácidamente al alcaide. François alzó la luz y mirando al sacerdote repitió:

—Caubert!

—Presente.

—Entrese!—dijo el alcaide brutalmente.

El padre Caubert dió media vuelta y se internó en su celda con cierto gesto de ironía en su sonrisa.

El alcaide cerró la puerta.

—Número dos! ¡Ducoudray!—gritó François.

—Presente!—respondió el padre Ducoudray, el cual volvió a ser encerrado inmediatamente.

De este modo el alcaide y el carcelero fueron revistando a los presos hasta llegar a la celda del arzobispo.

—Tendrá usted que entrar—dijo Romain—, porque Darboy está malo y no puede levantarse.

Pero en el mismo instante apareció en el umbral el anciano. Tenía el cabello blanco como la nieve y la larga y canosa barba que le había crecido durante su encierro le cubría el pecho.

—Presente!—dijo el Arzobispo con voz debilitada por los padecimientos.

—Celebro verle. El ejercicio le sentará bien—dijo François—. ¿Duerme usted bien?

—No—respondió el anciano.

—Es que no tiene usted la conciencia tranquila—dijo el alcaide dándole con la puerta en las narices—. ¡Veinticuatro! ¡Ciudadana!

—Presente!—contestó Juana de Brasac asomándose.

—¡Me gustaría retorcerte el pescuezo por espía!—exclamó François.

Juana, que vestía aún el uniforme del Departamento de Subsistencias permanecía recostada contra la puerta de la celda. No era aquella la primera amenaza que había recibido del alcaide de la Grande Roquette.

—¡Adentro!—gruñó François cerrando la puerta.

Terminada la requisa los carceleros se retiraron y el silencio sólo fué interrumpido por los acompasados paseos del centinela y el gotear del agua en los lavabos de hierro.

El ruido de la puerta de la galería fué para Philip señal de que el alcaide se había retirado, y después de permanecer un momento pensativo, se levantó para dirigirse a la reja que formaba parte del muro que separaba su celda

de la del arzobispo. Desde dicha reja podía ver parte de la celda de monseñor Darboy y algo de la de más allá, que también tenía una reja, pero era tan escasa la luz a aquella hora, que apenas se distinguía nada. El arzobispo estaba echado en un tablón empotrado en la pared.

—Monseñor—dijo Landes con voz queda.

—Hijo mío—respondió el anciano levantándose trabajosamente.

—Soy yo..., Philip Landes, el americano, monseñor.

El arzobispo sonrió. Se había hecho muy amigo de Philip durante las horas de paseo en el patio.

—¿Está usted ahora, ahí?—dijo—. ¿Qué ha sido del abate Guerin?

—Le han puesto en la celda que yo ocupaba antes. Voy a cenar. ¿Quiere usted algo?

—Coma usted, hijo mío; muchas gracias. A mí me dan más de lo que puedo comer.

—¿Sufre usted mucho esta noche, monseñor?

—No más de lo que puedo soportar—repuso el anciano—. ¿Sabe usted que mademoiselle Juana está en esa celda de al lado?

—No lo sabía. ¿Le molestaría a usted si hablase con ella?

—Yo mismo voy a llamarla—dijo el arzobispo—. ¡Juana! ¡Juana!

En seguida oyó Philip una voz tímida que respondía:

—Aquí estoy, monseñor.

—¡Juana!—llamó Philip en voz suave.

—¡Philip! ¿Está usted ahí?

—No grite demasiado, no vayan a oírnos. ¿Cómo está usted? ¿Qué tal come? Yo tengo aquí mi cena.

—Pues no la deje. A mí no me falta nada.

—¿Esta usted bien?

—Perfectamente—respondió la joven con entereza—. ¿Y usted?

—Yo también. ¿No habrá usted perdido la esperanza?

—No; ni la perderé mientras esté usted ahí.

—Dios mediante—dijo el arzobispo.

—Dios mediante—repitieron los jóvenes reverentemente.

Después de una pausa Philip añadió:

—¿Oyó usted las detonaciones esta mañana?

—Sí, parecían muy próximas.

—A eso de las cuatro cayó una granada en la calle. La vi desde la ventana.

—¿Cree usted que habrán entrado los versallistas?—preguntó Juana tímidamente.

—Creo que sí. El fuego era en la ciudad y no puede ser más que los versallistas, a menos que los revolucionarios estén asesinando al pueblo.

—Quizás fuese un pelotón de ejecuciones—dijo el arzobispo débilmente.

—No lo creo, monseñor. No eran descargas sencillas lo que se oía; parecía el fuego de una barricada.

El anciano permaneció silencioso un momento y después de lanzar un suspiro se volvió a su camastro.

—Creo que voy a poder dormir un poco—dijo.

—Entonces, buenas noches, monseñor—replicaron los jóvenes

el arzobispo los echó la bendición y se volvió de cara a la pared.

—Buenas noches, Juanita—dijo Philip en voz baja.

—Buenas noches, Philip—suspiró Juana.

La joven se quedó silenciosa y presa de un repentino temor.

—¡Escuchad!—exclamó el arzobispo incorporándose bruscamente y volviendo la cabeza hacia la puerta de la celda. Oíase en la calle un ruido que conocía muy bien: la voz de una multitud irridada que se aproximaba rápidamente hasta que se abrió de par en par una puerta y se precipitó en los corredores. Entonces, resonó un solo grito en las bóvedas de la cárcel, un grito siniestro, que atravesaba hasta los sólidos muros de piedra de la Prisión de los Condenados.

—¡Mueran!

El arzobispo avanzó tambaleándose hacia la puerta de su celda.

Oíanse voces y ruido de bayonetas y se veía la luz de las antorchas que alumbraban al populacho.

—¿Qué es eso?—gritó el alcaide de la cárcel precipitándose, a medio vestir en la galería—. Romain, tú eres testigo...

—¡Cállese!—interrumpió Fortin desdenosamente—. Tenemos una orden.

—¿Dónde está Darboy, ese zorro viejo?

—¿Una orden? ¿De quién?

—¡De Ferré!

—¡Ah!—dijo el alcaide—, eso es otra cosa.

Echó una mirada a la muchedumbre, compuesta principalmente de Garibaldinos, Húsares de la Muerte, Vengadores de la República, Guardias Nacionales y desertores y preguntó concisamente:

—¿Quién manda?

—Yo, Juan Verig, capitán del 180—gritó un sujeto con facha de criminal.

—¿Qué has de mandar tú!—dijo Fortin—. Soy yo el que mando, y aquí está la orden—añadió dando casi con el papel en las narices del alcaide.

—Veamos... Léala usted—dijo François.

Entonces Fortin leyó en voz alta: "Por la presente se ordena al ciudadano gobernador de la Prisión de los Condenados la ejecución de seis presos, especialmente al señor Darboy, que se titula a sí mismo arzobispo de París. Ferré.—Raúl Rigault."

—Está bien—dijo François frotándose las manos—. Tomaremos los seis primeros de su lista. Lea los nombres.

—¡Silencio!—ordenó Fortin y con voz campanuda leyó:

—Darboy..., Deguerry..., Bonjean..., Clere..., Allard..., Ducoudray:

El carcelero Romain había abierto la puerta de una celda y apareció en el dintel la figura consumida por la fiebre del arzobispo.

—¿Es usted el ciudadano Darboy?—preguntó Verig.

—Sí, hijo mío.

—Entonces, quédese aquí.

—¿Voy a morir?—preguntó.

—¿Voy a morir?—repitió imitándole burlonamente Sicard—. ¡Ya lo creo!

Las otras cinco víctimas fueron sacadas prontamente de su encierro y co-

locadas en fila. Con un farol en la mano, Romain guió el cortejo seguido por la horda de federales, a cuya cabeza marchaba Gento, Fortin Sicard y François.

Lentamente bajaron los escalones de piedra, en número de veinticinco, y entraron en una galería que bordeaba la fachada opuesta del patio, atravesaron una puerta, bajaron seis escalones más y entraron en la senda que rodea los muros de la prisión, el temido "camino de ronda". Volvieron hacia la derecha a través del jardín del hospital, pasaron por la "Sala de los viejos" y entraron en el segundo camino de ronda. Allí le acometió un repentino desmayo al arzobispo, porque el paseo era largo, y monseñor Darboy estaba muy malo. Bonjean sollozaba y Sicard se reía de él.

—¡Cobarde!—dijo.

—No sollozo por mí, pero tengo una familia—dijo Bonjean.

—Ustedes no pueden tratar de fusilarnos—añadió el arzobispo con voz lastimera—. Es imposible...

—¡Basta!—gritó Fortin y la procesión avanzó hacia el rastrillo, lo traspuso y salieron al pie del muro exterior de la cárcel.

—¡Monseñor!—exclamó el padre Clerc cayendo de rodillas.

Todos los sacerdotes se arrodillaron. El anciano los bendijo silenciosamente y se dirigió tambaleándose al sitio que se le asignaba junto al muro.

—¡Daos prisa!—dijo François—. ¿Es que no veis para apuntar?

—Déjeme su sable—dijo Sicard a Fortin—. Yo daré la orden de fuego.

Genton distribuyó a los individuos armados en tres filas y retrocedió hasta donde se hallaba François. El padre Allard se desabrochó la sotana dejando el pecho al descubierto, y en el mismo instante Sicard levantó el sable.

Los fusiles retumbaron.

—¡Fuego!—gritó Sicard de nuevo, y otra vez relampaguearon las armas.

El arzobispo cayó con todos sus compañeros, pero aún daba señales de vida. Sicard hizo señas a un soldado para que le rematase con la bayoneta y se dirigió a Genton diciendo:

—Vaya, ya está arreglado el arzobispo.

—Mi enhorabuena—repuso Genton—. ¿Tiene usted un pitillo?

CAPITULO XXVIII

La última barricada

Al día siguiente del asesinato del arzobispo fueron encerrados en la Prisión de los Condenados, dos nuevos prisioneros. François los inspeccionó mientras Romain leía las órdenes de encarcelamiento con una voz que parecía vibrar de compasión.

—"Archibald Wilton, detenido por orden de Raúl Rigault y acusado de traición. Ejecútese sin sumario al recibo de una orden firmada por el Prefecto de Policía."

—¿Está usted herido?—preguntó el alcaide a Wilton.

—He perdido una mano. Me la arrancó una bala de cañón.

—A ver.

Wilton alzó el brazo mutilado.

—Si le matan a usted, tendré un disgusto con Rigault—dijo François—. ¿Quién es esa mujer?

Romain leyó la orden de prisión.

—"Inés de Falaise, acusada de hablar mal de la Commune y convicta de haber asistido a versallistas heridos, especialmente al traidor Wilton. Será fusilada al recibo de una orden firmada por Raúl Rigault."

El alcaide se acercó a Inés que permanecía junto a Wilton. Vestía de negro y llevaba una cruz roja en el brazo.

—¿Quién es usted?—preguntó François.

—Inés Falaise, ex actriz del Folies St. Antoine.

Su voz era casi imperceptible.

—¿Es usted ahora religiosa?

—No.

—Entonces, ¿por qué lleva usted la cruz roja?

—Porque me dedico a cuidar heridos.

—¿De veras? Eso es muy recomendable. ¿También va usted vestida de luto? Muy piadoso. ¿Por quién es ese luto?

—Por el honor de mi patria.

—Yo hubiese creído que era por el honor de usted. ¿Es su novio este traidor?

—Yo le amo—respondió sencillamente la joven poniendo la mano en un hombro de Wilton.

—Pues, entonces, cuídele usted. No voy a estar molestando diariamente al médico de la cárcel. Cuídele hasta que le fusilen. Romain, mete esta pareja de enamorados en la celda del jesuita muerto, y toca a recreo. Los presos pasearán por aquí, porque está lloviendo.

El carcelero condujo a Inés y Wilton a la celda del difunto arzobispo, cerró la puerta y luego tocó la campana.

Al oír Landes las campanadas se puso de pie, porque aquella señal significaba una hora de libertad que podía pasar al lado de Juana.

Después del recreo, Philip y Juana fueron llevados a sus celdas, y el carcelero les dio las buenas noches, añadiendo:

—Mañana irá el alcaide a hablar con Rigault acerca de ustedes.

Philip dejó a un lado su misera cena y se echó de bruces sobre las losas del pavimento de su encierro; pero Wilton que ocupaba la celda que antes había ocupado el arzobispo, junto a la de Landes, se acercó tambaleándose a la reja que les separaba y dijo con voz apagada:

—Philip, llama al centinela para que traiga un sacerdote. Dile que estoy muriéndome.

Landes hizo lo que deseaba su ami-

go, pero a su llamada contestó el carcelero Romain, que pasaba por la galería con un farol y un manojo de llaves.

—¿Qué quiere usted?—pregunto.

—El preso de la celda de aquí al lado se está muriendo y pide el auxilio de un sacerdote—dijo Philip.

—No se permite—respondió Romain—. El hombre tiene el deber de ir al Infierno por su camino.

Pero al mismo tiempo abrió un calabozo próximo y pasó al sacerdote que lo ocupaba a la celda donde se hallaba Wilton con la cabeza reclinada en el regazo de Inés.

Mientras el moribundo se confesaba devotamente, dijo Inés casi al oído de Philip:

—¿Qué trance tan duro! Le amo tanto, que si viviera sería yo una mujer buena. Soy otra desde que empecé a amarle.

—¿Están ustedes casados?—preguntó Philip.

—No, pero Archie quiere que nos casemos ahora.

Al acabar la confesión y cumpliendo los deseos de Wilton, el sacerdote echó la bendición nupcial, al moribundo y a Inés, siendo testigos de la unión Philip y Juana, que presenciaban la escena a través de los barrotes de la reja.

Acabada la ceremonia, Archie se echó diciendo débilmente a Landes:

—Adiós, Philip.

—Adiós, querido Archie—respondió Philip.

Wilton lanzó un suspiro, volvió el rostro hacia Inés y falleció placidamente en los brazos de la que ya era su esposa. Romain abrió la puerta y se retiró, dejando a la joven sentada junto al cadáver de su marido.

A las cuatro de la mañana se oyó en la calle un gran rumor seguido de una fuerte explosión. Al oírlo los prisioneros se agitaron mientras que Romain corría de celda en celda amenazando pegar un tiro al preso que no guardase silencio.

Landes tuvo una inspiración. Comenzó a golpear la puerta gritando:

—¡Los versallistas están en París! ¡Muera la Commune!

Romain introdujo el cañón del revólver por la mirilla de la puerta e hizo fuego: Landes se dejó caer al suelo, y el carcelero, creyéndole herido, quiso entrar a rematarle, pero al abrir la puerta, Philip saltó sobre él, le cogió por el cuello, le arrancó el revólver de la mano y le hizo un disparo en la cara. Romain cayó boca abajo soltando las llaves y el farol. Philip cogió la luz y las llaves, y sin perder momento se precipitó a la galería.

En la galería había doce guardias armados, pero Philip les gritó que le ayudasen, porque las tropas versallistas estaban en París. Los guardias, que en su mayoría prestaban aquel servicio por el miedo que les inspiraba la Commune, al oír las palabras de Philip, no titubearon.

—¿Hablas de veras, ciudadano?—preguntó uno.

—Sí, hombre. Toma estas llaves y suelta a los presos de las otras galerías—gritó Landes—. ¡La Commune

vendrá seguramente por nosotros, y es preciso atrincherarse.

—Vengan las llaves—dijo el guardia—. Abriré a los presos, aunque me fusilen—y echó a correr por las galerías.

Sin saber cómo, habían corrido las noticias del triste fin de setenta y cinco prisioneros sacados aquella mañana de la cárcel. Los inconcebibles horrores de la carnicería de la rue Haxo; donde el populacho había acuchillado bárbaramente a las indefensas víctimas, los referían con todos sus detalles los guardias, y en la amplia galería resonaban los gritos indignados de los prisioneros.

—¿Nos asesinarán también a nosotros?—gritó un Turco de la Infantería de línea—. ¿Iremos también a la rue Haxo?

—¡Defendámonos!—gritaron los prisioneros buscando tablonés y puertas para formar una barricada. Un soldado de línea llamado Ziem tomó el mando de la posición apostando a los doce gendarmes que tenían fusil en el centro y a los demás detrás de ellos, armados con barras de hierro.

Aprovechando la confusión, François, el alcaide, había huído y los prisioneros sabían que no tardarían en llegar a la cárcel los batallones de la Commune.

—¡Eres un traidor!—gritó furioso Rigault al ver llegar a François a medio vestir.

—No, no—repuso el alcaide castañeándole los dientes—. Es que han sabido lo de la rue de Haxo y están desesperados. Deme usted ropa y un batallón y dominaré la insurrección.

—Vístete y vuelve a acabar de una vez con todos—respondió Rigault—. ¿Cuántos son? ¿Mil quinientos? Bueno! Voy a darte una orden para ejecutarlos.

Y extendió en seguida el documento.

—¿Y si se niegan?—replicó François.

—¿Cómo? ¿No te doy un batallón?

—Sí, pero supongo que harán resistencia.

—Entonces suelta a todos los criminales que hay en las cárceles de la ciudad para que obtengas una masa sedienta de sangre, que sea capaz de atravesar los muros de la Grande Roquette. Que vuelen las paredes si es preciso, con tal de caer sobre los prisioneros. ¿Qué mal he hecho dejando que se me escurran esos curas y esos gendarmes! También hay allí un americano a quien pensaba estrangular.

—¿Qué batallón puedo tomar?—preguntó François.

—El primero que encuentres, ¡anda de prisa!—replicó Rigault retirándose.

François empleó todo el día en reclutar su gente, pero cuando la hubo reunido pudo decir que tenía bajo sus órdenes la canalla más grande y más ávida de sangre que pudiera apetecerse.

En seguida entraron en el patio de la Prisión de los Condenados y trataron de subir la escalera, pero los doce fusiles y el revólver de Philip cubrieron los escalones de muertos y moribundos. Desconcertados los asaltantes ensayaron la diplomacia y enviaron un emisario con

bandera blanca a ofrecer a los sitiados el salvo conducto. Los prisioneros consultaron. Unos cuantos sacerdotes y ciudadanos que creían que no sería posible sostener la barricada por falta de víveres, se fiaron en las promesas de libertad y salieron al patio.

—¿Nos prometéis el salvoconducto?—preguntaron.

—Es una promesa sagrada—respondió Juan Verig abriendo la puerta de la calle.

Uno tras otro fueron saliendo los prisioneros por el angosto postigo y uno por uno fueron cayendo en poder de una horda de criminales que los asesinó con tan profundo silencio, que si no hubiera sido porque uno de los asesinos disparó un tiro contra el último sacerdote que salió, los defensores de la barricada hubieran creído que realmente tenían abierta la puerta de la libertad.

François no se quedó tranquilo aun después de romper la cabeza al rufián que contra lo ordenado había hecho fuego, porque la detonación había puesto en guardia a los prisioneros, y el alcaide comprendía que serían capaces de morir tras la barricada antes que fiarse de sus promesas. Por esta causa arrojó la máscara y excitó al ataque a la horda, la cual atacó tres veces la escalera y en las tres ocasiones tuvo que retroceder presa del pánico dejando montones de cadáveres. También trataron de prender fuego a la barricada, pero Inés y Juana tenían preparados grandes cubos de agua y el fuego no tardaba en ser apagado.

Aprovechando la obscuridad de la noche, François y su gentuza llevaron a la escalera un barril de petróleo y apilaron alrededor una docena de granadas cargadas. Los desesperados prisioneros lograron humedecer el reguero de pólvora que los asaltantes ponían para prender fuego, pero al fin cayó una antorcha encendida en el petróleo y conmovió una terrible explosión todo el arco de la puerta de la escalera. En el patio cayeron grandes masas de piedras y los maderos comenzaron a arder; pero no pudo propagarse el incendio, porque todo el edificio era de piedra.

Esta fué la última tentativa que hicieron aquella noche los asaltantes. La guarnición de la barricada puso centinelas en la escalera, y Juana se echó en un camastro que improvisó Landes, al lado de Inés la cual no quiso separarse del cadáver de su marido.

Así permanecieron hasta que al empezar a clarear el día sonó un disparo de fusil y la barricada se llenó de gente.

—Ya vuelven al ataque—dijo Philip a Juana—. No salga usted de esta celda mientras haya lucha. Dentro de una hora volveré a verla. Si por cualquier circunstancia se queda usted sola, haga lo que le aconseje el padre Lannay. Confíe usted en él.

En aquel momento sonó una descarga de fusilería seguida de este grito:

—¡Cuidado con la granada! ¡Bajad la cabeza!

Philip se precipitó hacia la puerta de la celda.

—¡Cuidado! ¡Mire la granada!—le gritaron desde la barricada y en el mis-

mo instante vió llegar rodando hacia él por el suelo una bola negra.

Philip se quedó contemplando estúpidamente la columnita de humo que despedía aquel objeto, sin comprender casi lo que significaba, pero al dar un paso atrás se produjo un relámpago, resonó un estampido y se alzó un grito en la celda contigua. Los de la barricada oyeron el grito y vino corriendo un soldado al tiempo que Philip penetraba en la celda.

—¡Es una mujer!—exclamó el soldado.

Philip se había quedado como petrificado ante el cadáver de Inés, que yacía atravesado sobre el cuerpo de su marido.

—Mire..., le ha dado en la cabeza—dijo el soldado—. La granada estaba llena de metralla.

—Se conoce que el proyectil penetró rodando hasta aquí y explotó. No creí que corriésemos tanto peligro—repuso Philip.

En seguida se dirigió a la barricada, en la que encontró dos individuos heridos por los fragmentos de la granada. Las balas penetraban silbando en la galería y la horda gritaba:

—¡Los cañones! ¡Los cañones! ¡Mueran los prisioneros!

Acaba de llegar un nuevo contingente de asaltantes con dos cañones y un mortero de la alcaldía del Príncipe Eugenio.

—¡Artillería!—exclamó Philip horrorizado.

—¡Esto se acabó!—dijo amargamente un gendarme sentándose y ocultando la cara entre las manos.

Philip miró, temeroso, en torno suyo. La mayoría de los soldados permanecían con los brazos cruzados, esperando resignadamente su fin, mientras que los sacerdotes oraban de rodillas unos, y otros de pie, rígidos, con los ojos fijos y moviendo los labios de un modo casi imperceptible. Landes fué al lado de Juana y la encontró temblando en el camastro donde se había echado.

—Querida mía—dijo en voz muy baja—. Abráceme. ¿Está usted dispuesta a morir conmigo?

—Sí... con usted.

Philip sacó el revólver, lo cargó y lo puso a su pies. Luego besó a Juana en los labios.

—Cuando llegue esa horda... tengo dos balas preparadas para nosotros... Es lo mejor...

—Es lo mejor—repitió Juana serenamente.

—Y si... me matan antes de poder hacer fuego—añadió—, coja usted el revólver... así..., junto a la sien... ¡Más vale morir así que morir en la rue Haxo!

En la calle se produjo un tumulto espantoso. Oíanse gritos y alaridos, disparos, silbidos y explosiones de granadas mezclados con el repiqueteo de las ametralladoras. Al mismo tiempo, en el patio de la cárcel se alzaban voces de horror, ayes espantosos y ruido de bayonetas. De pronto sintieron pasos precipitados por la escalera y chasquidos de acero.

—¿Está usted dispuesta, Juana?—pre-

guntó Philip—. ¡Déme un beso!... ¡Adiós!

—¡Adiós!—murmuró la joven.

Philip amartilló el revólver titubeó y echó una furiosa mirada a las escaleras. Por los últimos escalones subía un hombre, pero no de prisa, sino tranquilo y silencioso. Philip vió con sorpresa que llevaba uniforme de Infantería de Línea. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, se alzó un gran grito en la barricada.

—¡La Infantería de Línea!

Y los prisioneros abandonaron sus posiciones defensivas para bajar corriendo al patio donde los tambores de la Infantería de Marina redoblaban formando alegre coro con los cornetas.

—¡El ejército de Thiers está ahí! ¡Aquí vienen los marinos!—gritaron los prisioneros en el colmo del entusiasmo.

—¡Aquí están!—gritó el coronel Blas subiendo a saltos la escalera. Los de la horda revolucionaria están cayendo como hojas secas en Père Lachaise.

Un capitán de Artillería, joven y alto, que había llegado con el coronel, se volvió y miró con fijeza a Landes.

—¡Alain!—balbuceó Philip—. ¡Juana, aquí está el Ejército! ¿Oye usted, querida mía?

—Sí—suspiró Juana, cayendo desmayada en brazos de su protector.

CAPITULO XXIX

La vuelta del mirlo

Una soleada tarde de septiembre, hallábase Juanito Ellice sentado en el borde de la fuente en el jardín del estudio, jugueteando con el perro y con Tcherka, mientras Philip y Alain de Carette jugaban una partida de ajedrez, muy reñida. José vino a interrumpirles trayendo una bandeja con refrescos y después de haberlos saboreado, los tres amigos encendieron unos cigarros, y Philip y Carette reanudaron su juego.

—¿Cuántos días tiene de licencia Alain?—preguntó Ellice.

—Treinta... No muevas la mesa, Juanito.

—Perdona... ¿Y cómo le ha dado esos treinta días el general? ¿Si no ha hecho nada!

—No... no ha hecho nada... más que ganarse la Legión de Honor.

—¡Bah!—dijo Alain—. Vosotros la merecéis mejor que yo...

—¿Es cierto que murió Rigault?—preguntó Ellice.

—Sí, hombre. Alain vió cómo acabaron con él. ¿Verdad, Alain?

—Sí, presencié la escena—respondió Carette moviendo una de las figuras del tablero.

—¿Le fusilaron?

—Sí. Yo iba por el Luxemburgo y al llegar frente a rue Gay Lussac vi ve-

nir un hombre seguido por una multitud a la cual pude contener hasta que me dijeron quién era el perseguido. Cuando supe que se trataba de Rigault hice lo posible por persuadir a sus aprehensores para que lo entregasen a los tribunales militares, sin hacerle más daño; pero ya sabéis lo que es una multitud enfurecida... Le destrozaron materialmente y luego fusilaron lo que quedó.

—¿Y murió arrepentido?—preguntó Ellice.

—Al contrario—repuso Alain—; murió como una fiera, echando espuma por la boca. Aún me parece estar oyendo su último grito.

—¿Qué dijo?—preguntó Ellice devorado por la curiosidad.

—Dió un viva a la Commune.

—¿Es verdad que Weser logró escapar al fin?

—Así parece—dijo Philip—. Se le ha visto en Nueva York, pero no se puede obtener la extradición.

Ellice miró el reloj.

—¡Caramba! ¡Son cerca de las tres!—exclamó—. Voy al estudio a ver si está todo arreglado.

—Quizás vuelva tarde mi mujer—dijo Alain—. Tiene que ir a ver a unos amigos que han llegado de Chartres.

—¿De Chartres?—preguntó Philip levantando la vista del tablero de ajedrez.

—Sí, y por cierto, ¿cuánto tiempo hace que no tiene usted noticias de mademoiselle de Brassac?

—Un mes.

—Entonces, ¿no ha sabido usted nada de ella desde que salió para Suiza?

—No..., es decir, indirectamente, sí, por su tutor.

—¿Por mi primo. St. Gildas?

—Sí... S. Gildas no la deja escribir y tiene buenas razones para ello. Yo supongo que nunca le seré agradable.

—¿Cómo lo sabe usted?—preguntó Alain.

—Me lo figuro. Ahora que mademoiselle de Brassac se ha repuesto de las impresiones de... aquellos días y de aquellos meses pasados entre nosotros, empezará a ver las cosas con serenidad y supongo que procurará olvidar.

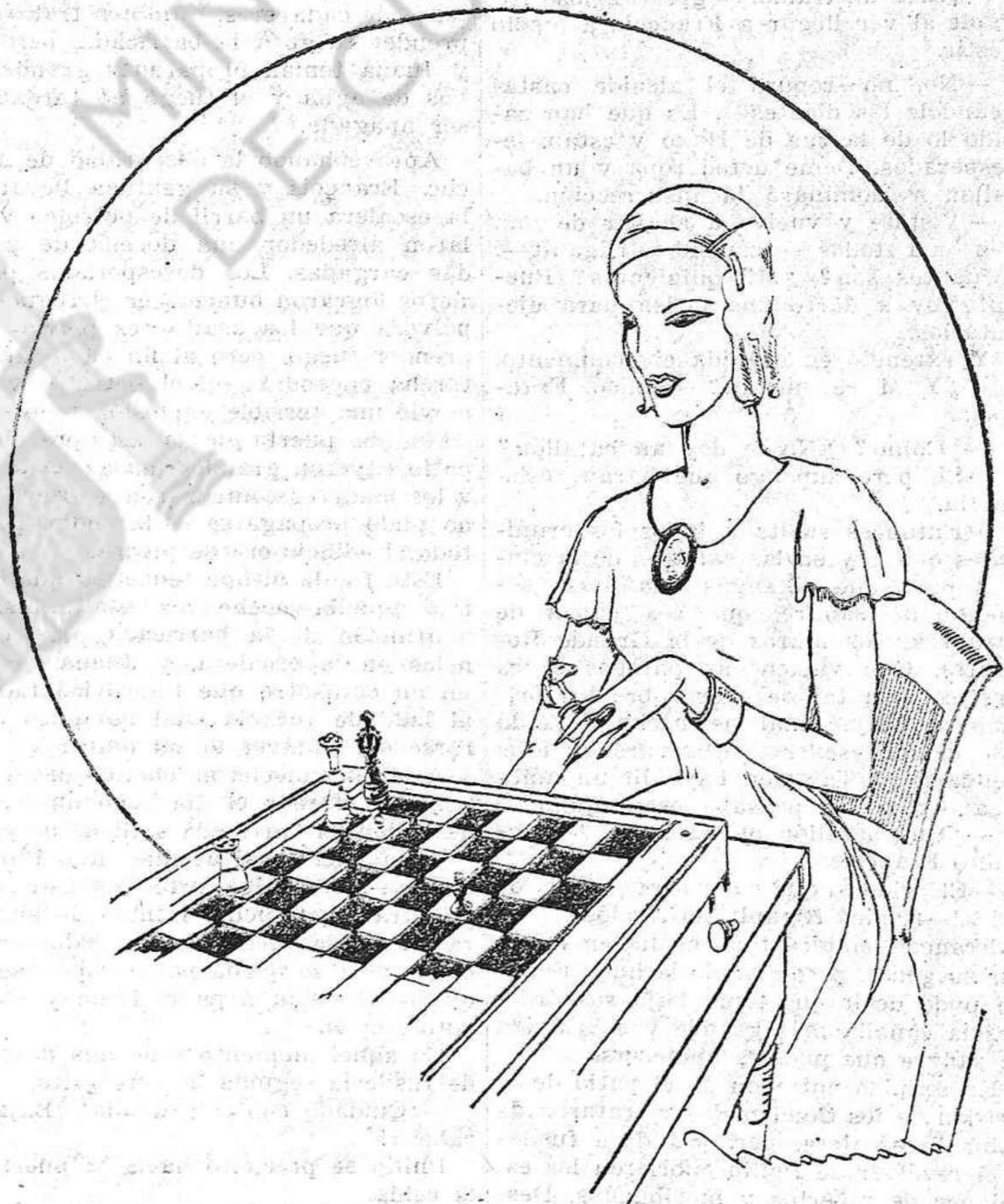
—¿Olvidar? ¿Qué tiene que olvidar?

—Todo... todos los horrores que ella... y yo pasamos.

Alain hizo una jugada desfavorable para Philip, y repuso:

—Se descuida usted en el juego, amigo Philip. ¿Por qué ha de querer olvidar... a usted?

Philip se quedó mirando al tablero.



Tomó la figurilla entre sus dedos

—¿Supongo—continuó Alain—que el abate Lagarde depositaría los diamantes de Brassac en el Banco de Francia?

—Sí, él mismo me escribió. ¡Fue una suerte que el pobre Arzobispo le enviase a Versalles con aquella comisión! Le han criticado por no haber vuelto, y los periódicos comunistas le han acusado de faltar a su palabra, pero el Arzobispo quería que se quedase.

—Tuvo una buena idea al coserse los diamantes en la sotana. Así, mademoiselle de Brassac puede decir que es heredera.

—Sí—repuso Philip procurando sonreír.

—A usted le toca mover—empezó a decir Alain cuando le interrumpió el ruido de la puerta. Al sentirlo se puso de pie pausadamente y miró a Philip sonriéndose.

—A usted le toca mover—repitió—en este juego... y en el juego de la vida. Haga los movimientos con despreocupación y no tema nada, amigo Philip... Creo que llega mi mujer... ¡Ahí está!

Philip se puso de pie, rápidamente, y fué a estrechar la elegante y enguantada mano que le tendía Margarita, condesa de Carette.

—¿Verdad, Alain, que es delicioso el jardín de este estudio?—dijo riéndose. —¿No te lo decía? A mí me gusta mucho sentarme en esta fuente donde según te tengo dicho tantos ratos he pasado...

—En compañía de Juanito Ellice—replicó Alain—. ¡Estoy horriblemente celoso!... ¿Pero, dónde está Philip?

—¡Déjalos solos, tonto!—respondió Margarita en voz baja—. Vuélvete de espaldas como yo.

Juana de Brassac se hallaba bajo los almendros que tanto conocía y Philip estaba a su lado.

—No sabía que venía usted—decía el joven balbuceando—. No me había dicho nada madame de Carette. Creí que estaba usted en Zurich.

—¿Cómo había usted de saberlo—repuso Juana con sonrisa de felicidad—si yo misma no supe nada hasta que madame St. Gildas me dijo que salíamos para París?

... una mirada en torno suyo y añadió:

—¿Qué cariño me inspiran este jardín, esta fuente y estos almendros!... Ya he saludado a José... ¿Dónde están Tcherka y Toodles?

Al decir esto, se dirigió a la mesa donde estaba el tablero del ajedrez y se sentó.

—Siéntese usted y cuénteme todo—dijo—. ¡Hola, monsieur Ellice!

Juanito se acercó radiante de satisfacción dispuesto a sentarse también, pero Margarita le hizo retirarse, y entre ella y Alain impidieron que interrumpiese el coloquio de Philip y Juana.

—¿Ha visto Alain el estudio?—preguntó Margarita con sonrisa encantadora.

—Sí, ya lo ha visto—dijo Ellice, pero Alain siguió la corriente e insistió en verlo de nuevo.

—Vamos a tomar una taza de té en el estudio—dijo Margarita a Juana.

El sol doraba las piedrecillas del suelo y buscaba las profundidades del agua de la fuente. Tcherka se afilaba las uñas en los árboles, y Toodles, el perro, que había desenterrado un hueso seco como una momia egipcia, se puso a roerlo como si estuviera muerto de hambre.

—No le deje usted roer ese hueso, Philip—dijo Juana, tomando inconscientemente el tono familiar de otros tiempos.

—¡Toodles!—gritó Philip.

El perrillo golpeó el suelo con la cola.

—¡No quiere soltarlo!... ¡Déjele que se lo coma!—exclamó Juana riéndose de sus caprichos—. ¿Está el mirlo todavía por aquí, Philip?

—Sí, se pasa mucho tiempo en los jardines del Luxemburgo, pero siempre vuelve... Pero todavía no la he preguntado cómo está. ¿Qué tal le ha ido?

—Muy bien, y ¿usted, Philip, es feliz?

—Sí, soy feliz, gracias.

Juana notó cierta tiesura en los modales de Philip.

—No sabía que le gustaba jugar al ajedrez—dijo mirando al tablero.

—Estaba jugando con el capitán Ca-

rette—respondió Landes echando una mirada vaga a las piezas.

—¿Cuáles eran las de usted? Vamos a acabar la partida. ¿Quiere usted?

—Con mucho gusto—repuso sonriendo—. Estas son las mías, las negras. A usted le toca mover.

—Eueno, pues ¡jaque!

—Juega usted muy deprisa. Yo también, ¡jaque!

Juana se recostó en el respaldo de la silla examinando el tablero con grave atención. Luego se inclinó para coger una pieza que se había caído y al ver la mano que apoyaba en el brazo de la silla, Philip recordó el pasado: el día de Nochebuena, Víctor y la niña de ojos azules sentada al amor de la lumbre con una mano encima del brazo de su madre.

—¡Jaque a la reina, Philip!—dijo Juana y alzando los ojos añadió: —¿Por qué me mira usted de ese modo tan extraño?

—¡Jaque mate, Juana!

—¡Mate ya, Philip!

—Mate—repitió—. No tenía más remedio, Juana.

La joven volvió a levantar los ojos y le echó una larga mirada en silencio.

—¿Qué dice monsieur de St. Gildas?—preguntó Philip cruzando su mirada con la de Juana.

La joven no trató de engañarle.

—Dice lo que yo diga—respondió.

Al responder esto sus mejillas y sus sienes se tiñeron de un suave color carmín. Sus labios temblaban imperceptiblemente.

—¿Y usted qué dice, Juana?

La joven le tendió los brazos.

—¿Tiene usted que preguntarlo Philip?

... ..
En las ramas del almendro se sintió un aleteo, crujieron las hojas del árbol y el mirlo lanzó una nota dulce y suave.

FIN

INDICE

de las novelas publicadas por

“LECTURAS PARA TODOS”

- NUM. 1.—Más largo es el tiempo que la fortuna y Un servilón y un liberalito, por Fernán Caballero.
- NUM. 2.—Temple de acero, por J. Francisco Muñoz y Pabón
- NUM. 3.—Aventuras de David Balfour, por R. L. Stevenson.
- NUM. 4.—A vista de pájaro, por Juan de Ariza.
- NUM. 5.—Aguas primaverales, por Ivan Turguenef.
- NUM. 6.—El grillo del hogar, por Carlos Dickens.
- NUM. 7.—La española inglesa, por Miguel de Cervantes.
- NUM. 8.—Los buscadores de oro, por Enrique Conscience.
- NUM. 9.—La gran amiga, por Pierre L'Ermite.
- NUM. 10.—Nido de hidalgos, por Ivan Turguenef.
- NUM. 11.—Mi prima Filis, por Mistress Gaskell.
- NUM. 12.—Las minas del rey Salomón, por Rider Haggard.
- NUM. 13.—La república roja (1.^a parte), por Roberto W. Chambers.

En nuestro próximo número publicaremos la interesantísima novela

“LADY JOCELYN”

original de Mary Johnston

“LADY JOCELYN”

es un delicioso apunte de fino y airoso trazo

“LADY JOCELYN”

es una sensación perfecta y humana de la realidad

Lea usted nuestro próximo número

LA REPUBLICA DE COLOMBIA

WASHINGTON

BOGOTÁ



REVISTA SEMANAL

PARA TODOS

MINISTERIO DE LA CULTURA

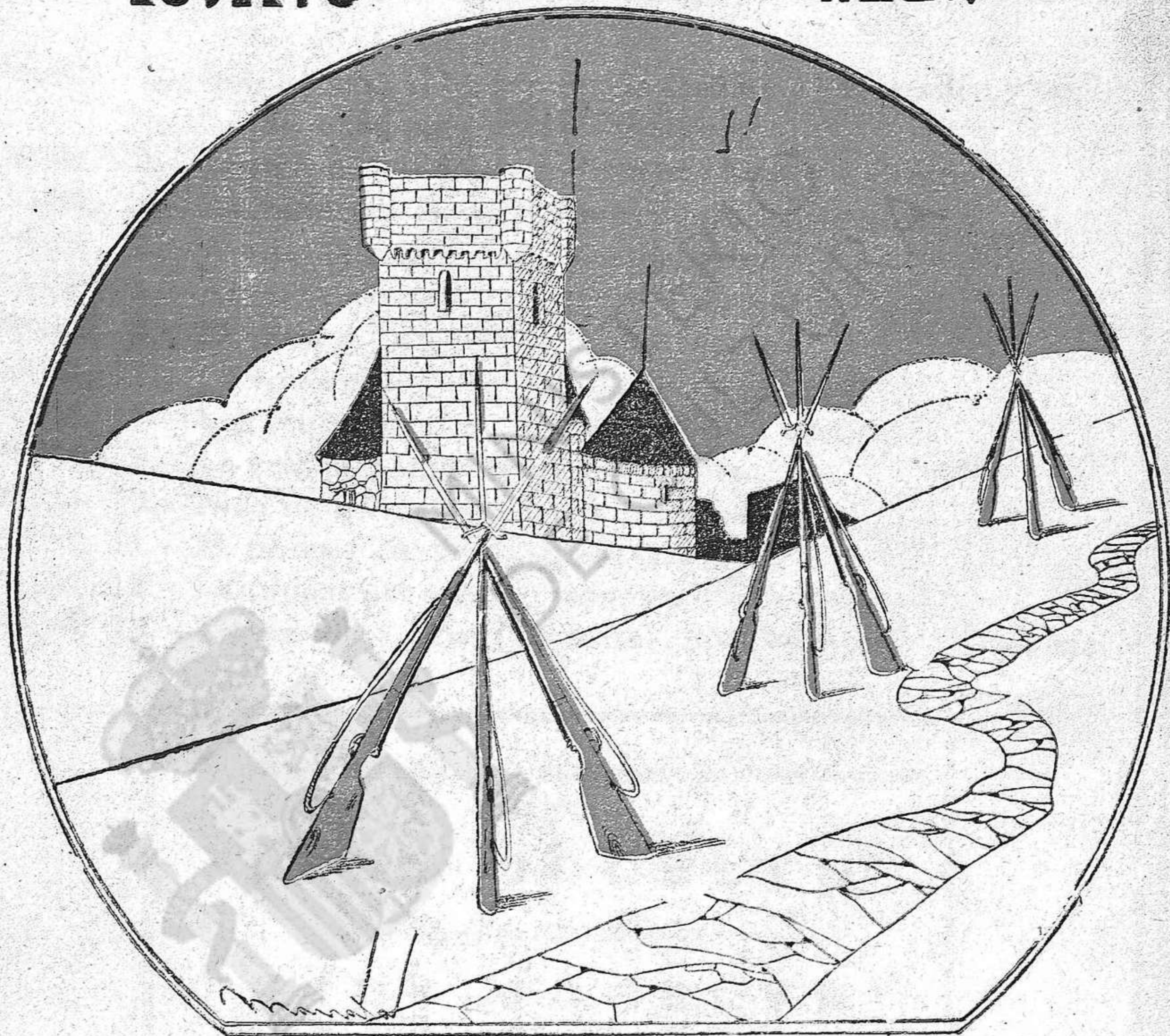


"Semana"

LA REPÚBLICA ROJA

ROBERTO

W. CHAMBERS



LECTURAS PARA TODOS

SUPLEMENTO DE LA

REVISTA SEMANAL

"Jeromín"

